



Julio Verne

Aventuras de
tres rusos y tres
ingleses en el
África austral



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AVENTURAS DE TRES RUSOS Y TRES INGLESES EN EL ÁFRICA AUSTRAL

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1872
FUENTE: [HTTPS://FR.WIKISOURCE.ORG/](https://fr.wikisource.org/)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. EN LAS ORILLAS DEL RÍO ORANGE

El 27 de febrero de 1854, dos hombres, tendidos al pie de un gigantesco sauce llorón, conversaban observando con extrema atención las aguas del río Orange. Este río, el Groote-river de los holandeses, el Gariep de los hotentotes, puede rivalizar con las tres grandes arterias africanas, el Nilo, el Níger y el Zambeze. Como ellas, tiene crecidas, rápidos, cataratas. Algunos viajeros, cuyos nombres son conocidos en una parte de su curso, Thompson, Alexander, Burchell, han ensalzado sucesivamente la limpidez de sus aguas y la belleza de sus orillas.

En este lugar, el Orange, al acercarse a los montes del duque de York, ofrecía a la vista un espectáculo sublime. Rocas infranqueables, masas imponentes de piedras y de troncos de árboles mineralizados por la acción del tiempo, cavernas profundas, bosques impenetrables que aún no había desflorado el hacha del colono, todo este conjunto, enmarcado en el fondo por los montes Gariepinos, formaba un paraje de incomparable magnificencia. Allí, las aguas del río, encajonadas en un lecho demasiado estrecho para ellas y bajo las cuales el suelo venía a faltar de repente, se precipitaban desde una altura de cuatrocientos pies. Aguas arriba de la caída, no era sino un simple hervidero de láminas líquidas, desgarradas aquí y allá por algunas cabezas de roca engalanadas de ramas verdes. Aguas abajo, la mirada no alcanzaba sino un sombrío torbellino de aguas tumultuosas, coronado por una espesa nube de húmedos vapores, veteada con los siete colores del prisma. De aquel abismo se alzaba un fragor ensordecedor, diversamente acrecentado por los ecos del valle.

De estos dos hombres a quienes los azares de una exploración habían sin duda llevado a esta parte del África austral, uno de ellos apenas prestaba una vaga atención a las bellezas naturales que se ofrecían a su vista. Aquel

viajero indiferente era un cazador bosquimano, un hermoso ejemplar de aquella valerosa raza de ojos vivos, de gestos rápidos, cuya vida nómada transcurre en los bosques. Este nombre de bosquimano — palabra anglicada tomada del holandés Boschjesman — significa literalmente «hombre de los matorrales». Se aplica a las tribus errantes que recorren el país en el noroeste de la colonia de El Cabo. Ninguna familia de estos bosquimanos es sedentaria. Su vida transcurre errando por esta región comprendida entre el río Orange y las montañas del este, saqueando las granjas, destruyendo las cosechas de esos imperiosos colonos que los han rechazado hacia las áridas comarcas del interior, donde crecen más piedras que plantas.

Este bosquimano, de unos cuarenta años de edad, era un hombre de elevada estatura, y poseía evidentemente una gran fuerza muscular. Incluso en reposo, su cuerpo conservaba la actitud de la acción. La precisión, la soltura y la libertad de sus movimientos denotaban un individuo enérgico, una especie de personaje vaciado en el molde del célebre Calzas de Cuero, el héroe de las praderas canadienses, aunque quizá con menos calma que el cazador favorito de Cooper. Esto se advertía en la coloración pasajera de su rostro, animada por la aceleración de los latidos de su corazón.

El bosquimano ya no era un salvaje como sus congéneres, los antiguos saquas. Nacido de padre inglés y madre hotentote, este mestizo, a fuerza de tratar con los extranjeros, había ganado más que perdido, y hablaba con soltura la lengua paterna. Su atuendo, mitad hotentote, mitad europeo, se componía de una camisa de franela roja, una casaca y un calzón de piel de antílope, y polainas hechas con la piel de un gato salvaje. Del cuello de este cazador colgaba un pequeño saco que contenía un cuchillo, una pipa y tabaco. Una especie de gorro de piel de cordero le encapuchaba la cabeza. Un cinturón hecho de una gruesa correa silvestre le ceñía el talle. En sus muñecas desnudas se enroscaban anillos de marfil confeccionados con notable habilidad. Sobre sus hombros flotaba un «kross», especie de manto drapeado, cortado en piel de tigre, que le descendía hasta las rodillas. Un perro de raza indígena dormía junto a él. Este bosquimano fumaba a bocanadas apresuradas en una pipa de hueso, y daba muestras inequívocas de su impaciencia.

— Vamos, calmémonos, Mokoum — le dijo su interlocutor —. Es usted verdaderamente el más impaciente de los hombres..., ¡cuando no está de caza! Pero comprenda bien, mi digno compañero, que no podemos cambiar

nada de lo que es. Aquellos a quienes esperamos llegarán tarde o temprano, ¡y será mañana, si no es hoy!

El compañero del bosquimano era un joven de veinticinco a veintiséis años, que contrastaba con el cazador. Su temperamento tranquilo se manifestaba en todos sus actos. En cuanto a su origen, nadie habría dudado en reconocerlo. Era inglés. Su atuendo, harto «burgués», indicaba que los desplazamientos no le eran familiares. Tenía el aire de un empleado extraviado en una comarca salvaje, y, sin querer, uno se sentía tentado de mirar si no llevaba una pluma tras la oreja, como los cajeros, dependientes, contables y demás variedades de la gran familia de los burócratas.

En efecto, aquel joven no era ningún viajero, sino un sabio distinguido, William Emery, astrónomo adscrito al observatorio de El Cabo, útil establecimiento que desde hacía tiempo prestaba verdaderos servicios a la ciencia.

Aquel sabio, quizá algo desorientado en medio de esta desierta región del África austral, a algunos centenares de millas de El Cabo, apenas lograba contener la impaciencia natural de su compañero.

— Señor Emery —le respondió el cazador en un buen inglés—, hace ya ocho días que estamos en el lugar de la cita del Orange, en la catarata de Morgheda. Y hace mucho tiempo que a ningún miembro de mi familia le ha ocurrido semejante cosa: ¡permanecer ocho días en el mismo sitio! Olvida usted que somos nómadas, y que los pies nos arden de estar así parados.

— Mi buen Mokoum —repuso el astrónomo—, aquellos a quienes esperamos vienen de Inglaterra, y bien podemos concederles ocho días de gracia. Hay que tener en cuenta la duración de una travesía, los retrasos que la remontada del Orange puede ocasionar a su lancha de vapor, en una palabra, las mil dificultades inherentes a semejante empresa. Se nos ha dicho que lo preparásemos todo para un viaje de exploración por el África austral, y que, hecho esto, viniéramos a esperar a las cataratas de Morgheda a mi colega, el coronel Everest, del observatorio de Cambridge. Aquí están las cataratas de Morgheda, estamos en el lugar señalado, y esperamos. ¿Qué más quiere usted, mi digno bosquimano?

El cazador deseaba sin duda algo más, pues su mano manoseaba febrilmente el mecanismo de su rifle, un excelente Manton, arma de precisión, de bala cónica, que permitía abatir un gato salvaje o un antílope a una distancia

de ochocientas a novecientas yardas. Se ve que el bosquimano había renunciado al carcaj de aloe y a las flechas envenenadas de sus compatriotas para emplear las armas europeas.

— Pero ¿no se habrá equivocado usted, señor Emery? —repuso Mokoum—. ¿Es realmente en las cataratas de Morgheda, y hacia fines de este mes de enero, donde le dieron la cita?

— Sí, amigo mío —respondió tranquilamente William Emery—, y aquí está la carta del señor Airy, el director del observatorio de Greenwich, que le probará que no me he equivocado.

El bosquimano tomó la carta que le tendía su compañero. La volvió y la revolvió como hombre poco familiarizado con los misterios de la caligrafía. Luego, devolviéndosela a William Emery:

— Repítame, pues —dijo—, lo que cuenta este pedazo de papel ennegrecido.

El joven sabio, dotado de una paciencia a toda prueba, volvió a empezar un relato que ya había hecho veinte veces a su amigo el cazador. En los últimos días del año anterior, William Emery había recibido una carta que le avisaba de la próxima llegada del coronel Everest y de una comisión científica internacional con destino al África austral. ¿Cuáles eran los proyectos de esta comisión, por qué se trasladaba hasta el extremo del continente africano? Emery no podía decirlo, pues la carta del señor Airy callaba al respecto. Él, siguiendo las instrucciones que había recibido, se había apresurado a preparar en Lattakou, una de las estaciones más septentrionales de la Hotentotia, carretas, víveres, en una palabra, todo lo necesario para el avituallamiento de una caravana bosquimana. Luego, conociendo de reputación al cazador indígena Mokoum, que había acompañado a Anderson en sus cacerías del África occidental y al intrépido David Livingstone en su primer viaje de exploración al lago Ngami y a las cataratas del Zambeze, le ofreció el mando de esta caravana.

Hecho esto, se convino en que el bosquimano, que conocía perfectamente la comarca, conduciría a William Emery a las orillas del Orange, a las cataratas de Morgheda, al lugar señalado. Allí debía reunírseles la comisión científica. Esta comisión había de tomar pasaje en la fragata *Augusta*, de la marina británica, ganar la desembocadura del Orange en la costa occidental

de África, a la altura del cabo Volpas, y remontar el curso del río hasta las cataratas. William Emery y Mokoum habían venido, pues, con una carreta que habían dejado en el fondo del valle, carreta destinada a transportar a Lattakou a los extranjeros y su equipaje, si no preferían dirigirse allá por el Orange y sus afluentes, tras evitar mediante un portaje de algunas millas las cataratas de Morgheda.

Terminado este relato, y bien grabado esta vez en la mente del bosquimano, este avanzó hasta el borde del abismo en cuyo fondo se precipitaba con estrépito el espumoso río. El astrónomo lo siguió. Allí, un saliente avanzado permitía dominar el curso del Orange, aguas abajo de la catarata, hasta una distancia de varias millas.

Durante algunos minutos, Mokoum y su compañero observaron atentamente la superficie de aquellas aguas, que recobraban su tranquilidad primera a un cuarto de milla más abajo. Ningún objeto, barca o piragua, turbaba su curso. Eran entonces las tres. Este mes de enero corresponde al julio de las comarcas boreales, y el sol, casi a plomo sobre este paralelo veintinueve, caldeaba el aire hasta los ciento cinco grados Fahrenheit a la sombra. De no ser por la brisa del oeste, que la moderaba un poco, aquella temperatura habría sido insoportable para cualquiera que no fuese un bosquimano. Sin embargo, el joven sabio, de temperamento seco, todo huesos y nervios, no sufría demasiado. El espeso follaje de los árboles que se inclinaban sobre el abismo lo preservaba, por lo demás, de los embates directos de los rayos solares. Ni un pájaro animaba aquella soledad en las horas cálidas del día. Ni un cuadrúpedo abandonaba el fresco refugio de los matorrales ni se aventuraba por los claros. No se habría oído ruido alguno en aquel lugar desierto, aunque la catarata no hubiese llenado el aire con sus mugidos.

Tras diez minutos de observación, Mokoum se volvió hacia William Emery, golpeando impacientemente el suelo con su ancho pie. Sus ojos, de vista tan penetrante, no habían descubierto nada.

—¿Y si sus gentes no llegan? —preguntó al astrónomo.

—Vendrán, mi buen cazador —respondió William Emery—. Son hombres de palabra, y serán puntuales como astrónomos. Además, ¿qué les reprocha usted? La carta anuncia su llegada para fines del mes de enero. Estamos a veintisiete de este mes, y esos señores tienen derecho todavía a cuatro días más para llegar a las cataratas de Morgheda.

—¿Y si, transcurridos esos cuatro días, no han aparecido? —preguntó el bosquimano.

—¡Pues bien, maestro cazador, esa será la ocasión propicia para ejercitar nuestra paciencia, pues los esperaremos hasta que se me demuestre que ya no van a llegar!

—¡Por nuestro dios Kô! —exclamó el bosquimano con voz resonante—. ¡Sería usted capaz de esperar a que el Gariep dejase de precipitar sus estruendosas aguas en este abismo!

—¡No, cazador, no! —respondió William Emery con tono siempre sereno—. Es preciso que la razón domine todos nuestros actos. Y bien, ¿qué nos dice la razón? Que si el coronel Everest y sus compañeros, agotados por un viaje penoso, faltos acaso de lo necesario, perdidos en esta solitaria comarca, no nos encontrasen en el lugar de la cita, seríamos censurables en todos los sentidos. Si ocurriera alguna desgracia, la responsabilidad recaería justamente sobre nosotros. Debemos, pues, permanecer en nuestro puesto mientras el deber nos obligue a ello. Además, aquí no nos falta nada. Nuestra carreta nos espera en el fondo del valle, y nos ofrece un refugio seguro para la noche. Las provisiones son abundantes. La naturaleza es magnífica en este lugar y digna de ser admirada. Es una dicha enteramente nueva para mí pasar algunos días bajo estos soberbios bosques, a orillas de este incomparable río. En cuanto a usted, Mokoum, ¿qué más puede desear? La caza de pelo o de pluma abunda en estos bosques, y su rifle nos proporciona invariablemente la carne de nuestro sustento diario. Cace, mi buen cazador, mate el tiempo tirando a los gamos o a los búfalos. Vaya, mi buen bosquimano. Mientras tanto, yo vigilaré a los rezagados, y al menos sus pies no correrán el riesgo de echar raíces.

El cazador comprendió que el consejo del astrónomo era bueno de seguir. Resolvió, pues, ir a batir durante algunas horas los matorrales y las espesuras de los alrededores. Leones, hienas o leopardos no eran cosa que pudiese arredrar a un Nemrod como él, de los bosques africanos. Silbó a su perro Top, una especie de «cinhiena» del desierto de Kalahari, descendiente de aquella raza de la que los balabas hicieron antaño perros de caza. El inteligente animal, que parecía tan impaciente como su amo, se levantó de un salto, y manifestó con sus ladridos alegres la aprobación que daba a los proyectos del bosquimano. Pronto el cazador y el perro hubieron desaparecido

bajo la espesura de un bosque cuya masa tupida coronaba el fondo de la catarata.

William Emery, quedándose solo, se tendió al pie del sauce, y, mientras aguardaba el sueño que debía provocarle la elevada temperatura, se puso a reflexionar sobre su situación actual. Estaba allí, lejos de las regiones habitadas, junto al curso de aquel Orange, aún poco conocido. Esperaba a europeos, a compatriotas que abandonaban su país para correr los azares de una expedición lejana. Pero ¿cuál era el objeto de esta expedición? ¿Qué problema científico pretendía resolver en los desiertos del África austral? ¿Qué observación iba a intentar a la altura del paralelo treinta sur? He aquí precisamente lo que no decía la carta del honorable señor Airy, el director del observatorio de Greenwich. A él, a Emery, se le pedía su colaboración como sabio familiarizado con el clima de las latitudes australes, y puesto que se trataba evidentemente de trabajos científicos, su colaboración estaba enteramente adquirida para sus colegas del Reino Unido.

Mientras el joven astrónomo reflexionaba sobre todas estas cosas, y se planteaba mil preguntas a las que no podía responder, el sueño le pesó en los párpados, y se durmió profundamente. Cuando despertó, el sol ya se había ocultado tras las colinas occidentales, que dibujaban su perfil pintoresco sobre el horizonte encendido. Algunos retortijones de estómago le hicieron saber a William Emery que se acercaba la hora de la cena. Eran, en efecto, las seis de la tarde, y llegaba el momento de regresar a la carreta, en el fondo del valle.

Precisamente, en ese mismo instante, una detonación resonó en una espesura de brezos arborescentes, altos de doce a quince pies, que descendía hacia la derecha siguiendo la pendiente de las colinas. Casi al momento, el bosquimano y Top aparecieron en el linde del bosque. Mokoum arrastraba los despojos de un animal que su fusil acababa de abatir.

— ¡Venga, venga, maestro proveedor! — le gritó William Emery —. ¿Qué trae usted para nuestra cena?

— Un springbok, señor William — respondió el cazador arrojando al suelo un animal cuyos cuernos se curvaban en forma de lira.

Era una especie de antílope más comúnmente conocido con el nombre de «cabra saltadora», que se encuentra con frecuencia en todas las regiones del

África austral. Encantador animal este, de lomo color canela, cuya grupa desaparecía bajo mechones de pelo sedoso de un blanco resplandeciente, y que mostraba un vientre jaspeado de tonos castaños. Su carne, excelente para comer, fue destinada a la cena.

El cazador y el astrónomo, cargando la res por medio de una vara colocada transversalmente sobre sus hombros, abandonaron las alturas de la catarata, y media hora después llegaban a su campamento, situado en una estrecha garganta del valle, donde los esperaba la carreta custodiada por dos conductores de raza bosquimana.

[Nota 1] 40,55 grados centígrados.

CAPÍTULO II. PRESENTACIONES OFICIALES

Durante los días 28, 29 y 30 de enero, Mokoum y William Emery no abandonaron el lugar de la cita. Mientras el bosquimano, arrastrado por sus instintos de cazador, perseguía indistintamente la caza y las fieras por toda aquella región boscosa que rodeaba la catarata, el joven astrónomo vigilaba el curso del río. El espectáculo de aquella naturaleza, grande y salvaje, lo embelesaba y llenaba su alma de emociones nuevas. Él, hombre de cifras, sabio incesantemente inclinado sobre sus catálogos día y noche, encadenado al ocular de sus anteojos, acechando el paso de los astros por el meridiano o calculando ocultaciones de estrellas, saboreaba esta existencia al aire libre, bajo los bosques casi impenetrables que erizaban la ladera de las colinas, en aquellas cumbres desiertas que las salpicaduras de la Morgheda cubrían de un polvo húmedo. Era para él una alegría comprender la poesía de aquellas vastas soledades, casi desconocidas para el hombre, y templar en ellas su espíritu fatigado de especulaciones matemáticas. Engañaba así los tedios de la espera, y se rehacía en cuerpo y alma. La novedad de su situación explicaba, pues, su inalterable paciencia, que el bosquimano no podía compartir. Así, de parte del cazador, siempre las mismas recriminaciones; de parte del sabio, las mismas respuestas serenas, que no lograban calmar en absoluto al nervioso Mokoum.

Llegó el 31 de enero, último día fijado por la carta del honorable Airy. Si los sabios anunciados no aparecían ese día, William Emery se vería obligado a tomar una determinación, lo cual lo pondría en un gran aprieto. El retraso podía prolongarse indefinidamente, y ¿cómo esperar indefinidamente?

— Señor William — le dijo el cazador —, ¿por qué no vamos al encuentro de los extranjeros? No podemos cruzarnos con ellos en el camino. No hay

más que un camino, el del río, y si lo remontan, como dice su pedazo de papel, los encontraremos inevitablemente.

—Excelente idea la suya, Mokoum —respondió el astrónomo—. Hagamos un reconocimiento aguas abajo de las cataratas. A lo sumo tendremos que regresar al campamento por las contravalles del sur. Pero dígame, honrado bosquimano, ¿conoce usted en gran parte el curso del Orange?

—Sí, señor —respondió el cazador—, lo he remontado dos veces desde el cabo Volpas hasta su confluencia con el Hart, en las fronteras de la república del Transvaal.

—¿Y su curso es navegable en todas sus partes, salvo en las cataratas de Morgheda?

—Tal como dice usted, señor —replicó el bosquimano—. Añadiré, sin embargo, que hacia el final de la estación seca, el Orange se queda casi sin agua hasta cinco o seis millas de su desembocadura. Se forma entonces una barra sobre la cual la marejada del oeste rompe con violencia.

—Poco importa —respondió el astrónomo—, puesto que en el momento en que nuestros europeos debieron desembarcar, aquella desembocadura era practicable. No existe, pues, razón alguna que pueda motivar su retraso, y, por consiguiente, llegarán.

El bosquimano no respondió. Se echó la carabina al hombro, silbó a Top, y precedió a su compañero por el estrecho sendero que, cuatrocientos pies más abajo, alcanzaba las aguas inferiores de la catarata.

Eran entonces las nueve de la mañana. Los dos exploradores —bien podría dárseles ese nombre— descendieron el curso del río siguiendo su orilla izquierda. El camino, ni mucho menos, ofrecía los terraplenes llanos y fáciles de un dique o de un camino de sirga. Las orillas del río, erizadas de maleza, desaparecían bajo un dosel de especies diversas. Festones de ese «*cynanchum filiforme*» mencionado por Burchell se entrecruzaban de un árbol a otro, y tendían una red de verdor ante los pasos de los dos viajeros. Así, el cuchillo del bosquimano no permanecía ocioso. Cortaba sin piedad aquellas guirnaldas embarazosas. William Emery respiraba a pleno pulmón los penetrantes aromas del bosque, particularmente perfumado por los efluvios de alcanfor que despedían innumerables flores de diosmas. Por fortuna, algunos claros, porciones de orillas desnudas, a lo largo de las cuales las aguas,

ricas en peces, corrían apaciblemente, permitieron al cazador y a su compañero avanzar más deprisa hacia el oeste. A las once de la mañana, habían recorrido unas cuatro millas.

La brisa soplaba entonces del lado del poniente. Se dirigía, pues, hacia la catarata, cuyos mugidos ya no podían oírse a aquella distancia. En cambio, los ruidos que se propagaban aguas abajo debían percibirse con nitidez.

William Emery y el cazador, detenidos en aquel lugar, divisaban el curso del río, que se prolongaba en línea recta a lo largo de dos a tres millas. El lecho del río estaba entonces profundamente encajonado y dominado por un doble acantilado calcáreo, de doscientos pies de altura.

—Esperemos en este lugar —dijo el astrónomo— y descansemos. No tengo sus piernas de cazador, maestro Mokoum, y estoy más habituado a pasearme por el firmamento estrellado que por los caminos terrestres. Descansemos, pues. Desde este punto, nuestra mirada puede abarcar dos o tres millas del río, y por poco que la lancha de vapor asome por el último recodo, no dejaremos de verla.

El joven astrónomo se recostó al pie de un gigantesco euforbio cuya copa se alzaba a una altura de cuarenta pies. Desde allí, su mirada se extendía a lo lejos sobre el río. El cazador, por su parte, poco habituado a sentarse, siguió paseando por la orilla, mientras Top hacía levantar el vuelo a bandadas de aves silvestres que no provocaban en absoluto la atención de su amo.

No hacía más que media hora que el bosquimano y su compañero se hallaban en aquel lugar, cuando William Emery advirtió que Mokoum, apostado un centenar de pasos más abajo, daba muestras de una atención más particular. ¿Habría avistado el bosquimano la lancha tan impacientemente esperada?

El astrónomo, dejando su asiento de musgo, se dirigió hacia la parte de la orilla ocupada por el cazador. En pocos instantes, la alcanzó.

—¿Ve usted algo, Mokoum? —preguntó al bosquimano.

—Nada, no veo nada, señor William —respondió el cazador—, pero si los ruidos de la naturaleza me son siempre familiares al oído, me parece que se produce un zumbido inusitado en el curso inferior del río.

Dicho esto, el bosquimano, recomendando silencio a su compañero, se tendió con el oído pegado a tierra, y escuchó con extrema atención.

Al cabo de unos minutos, el cazador se incorporó, sacudió la cabeza y dijo:

— Me habré equivocado. Ese ruido que creí oír no es otro que el silbido de la brisa entre el follaje o el murmullo de las aguas sobre las piedras de la orilla. Y, sin embargo...

El cazador aguzó de nuevo el oído, pero no oyó nada.

— Mokoum —dijo entonces William Emery—, si el ruido que ha creído percibir lo produce la máquina de la lancha de vapor, lo oirá usted mejor agachándose al nivel del río. El agua propaga los sonidos con más nitidez y rapidez que el aire.

— ¡Tiene usted razón, señor William! —respondió el cazador—, y más de una vez he sorprendido así el paso de un hipopótamo a través de las aguas.

El bosquimano descendió por la orilla, muy escarpada, agarrándose a las lianas y a las matas de hierba. Cuando estuvo a nivel del río, se metió en él hasta la rodilla y, agachándose, aplicó el oído a la altura de las aguas.

— ¡Sí! —exclamó, tras unos instantes de atención—, ¡sí! No me había equivocado. Se oye allá abajo, a algunas millas, un ruido de aguas batidas con violencia. Es un chapoteo monótono y continuo que se produce en el interior de la corriente.

— ¿Un ruido de hélice? —respondió el astrónomo.

— Probablemente, señor Emery. Los que esperamos ya no están lejos.

William Emery, conociendo la finura de sentidos de que estaba dotado el cazador, ya emplease la vista, el oído o el olfato, no puso en duda la afirmación de su compañero. Este volvió a subir a la orilla, y ambos resolvieron esperar en aquel lugar, desde el cual podían vigilar fácilmente el curso del Orange.

Pasó media hora, que William Emery, pese a su calma natural, encontró interminable. Cuántas veces creyó ver el perfil indeterminado de una embarcación deslizándose sobre las aguas. Pero la vista lo engañaba siempre. Por fin, una exclamación del bosquimano le hizo latir el corazón.

—¡Un humo! —había exclamado Mokoum.

William Emery, mirando hacia la dirección indicada por el cazador, distinguió, no sin trabajo, un ligero penacho que se desplegaba en el recodo del río. Ya no cabía duda.

La embarcación avanzaba rápidamente. Pronto William Emery pudo distinguir su chimenea, que vomitaba un torrente de humo negro, mezclado con vapores blancos. La tripulación avivaba evidentemente los fuegos para acelerar la marcha y alcanzar el lugar de la cita en el día señalado. La lancha se hallaba todavía a unas siete millas de las cataratas de Morgheda.

Era entonces mediodía. Como el lugar no era propicio para un desembarco, el astrónomo resolvió regresar al pie de la catarata. Comunicó su proyecto al cazador, quien no respondió sino retomando el camino ya trillado por él en la orilla izquierda del río. William Emery siguió a su compañero, y, habiéndose vuelto una última vez en un recodo del río, distinguió el pabellón británico que ondeaba a popa de la embarcación.

El regreso a las cataratas se efectuó con rapidez, y a la una, el bosquimano y el astrónomo se detuvieron a un cuarto de milla aguas abajo de la catarata. Allí, la orilla, cortada en semicírculo, formaba una pequeña ensenada en cuyo fondo la lancha de vapor podía atracar fácilmente, pues el agua era profunda justo al pie de la orilla.

La embarcación no debía de estar lejos, y ciertamente había ganado terreno a los dos caminantes, por rápida que hubiese sido su marcha. Todavía no se la podía divisar, pues la disposición de las orillas del río, sombreadas por altos árboles que se inclinaban sobre sus aguas, no permitía que la mirada se extendiera. Pero se oía, si no el resoplido del vapor, al menos los agudos silbidos de la máquina, que se destacaban sobre los mugidos continuos de la catarata.

Aquellos silbidos no cesaban. La tripulación trataba así de señalar su presencia en los alrededores de la Morgheda. Era una llamada.

El cazador respondió a ella descargando su carabina, cuya detonación fue repetida con estrépito por los ecos de la orilla.

Por fin, la embarcación apareció. William Emery y su compañero fueron también avistados por quienes la tripulaban.

A una señal del astrónomo, la lancha maniobró y vino a arrimarse suavemente junto a la orilla. Se arrojó una amarra. El bosquimano la asió y la enrolló en un tocón partido.

Al instante, un hombre de elevada estatura saltó ágilmente a la orilla, y avanzó hacia el astrónomo, mientras sus compañeros desembarcaban a su vez.

William Emery se dirigió al punto hacia aquel hombre y dijo:

—¿El coronel Everest?

—¿El señor William Emery? —respondió el coronel.

El astrónomo y su colega del observatorio de Cambridge se saludaron y se estrecharon la mano.

—Señores —dijo entonces el coronel Everest—, permítanme presentarles al honorable William Emery, del observatorio de El Cabo, que ha tenido la amabilidad de venir a nuestro encuentro hasta las cataratas de la Morgheda.

Cuatro pasajeros de la embarcación que se hallaban junto al coronel Everest saludaron sucesivamente al joven astrónomo, quien les devolvió el saludo. Luego, el coronel los presentó oficialmente, diciendo con su flema del todo británica:

—Señor Emery, sir John Murray, del Devonshire, compatriota suyo; el señor Mathieu Strux, del observatorio de Pulkovo; el señor Nicolas Palander, del observatorio de Helsingfors, y el señor Michel Zorn, del observatorio de Kiev, tres sabios rusos que representan al gobierno del zar en nuestra comisión internacional.

CAPÍTULO III. EL PORTAJE

Hechas las presentaciones, William Emery se puso a disposición de los recién llegados. En su condición de simple astrónomo del observatorio de El Cabo, se hallaba jerárquicamente subordinado al coronel Everest, delegado del gobierno inglés, que compartía con Mathieu Strux la presidencia de la comisión científica. Lo conocía, por lo demás, como a un sabio muy distinguido, a quien habían hecho célebre sus reducciones de nebulosas y sus cálculos de ocultaciones de estrellas. Este astrónomo, de cincuenta años de edad, hombre frío y metódico, llevaba una existencia matemáticamente determinada hora por hora. Nada imprevisto para él. Su exactitud, en todas las cosas, no era mayor que la de los astros al pasar por el meridiano. Puede decirse que todos los actos de su vida estaban regulados al cronómetro. William Emery lo sabía. Así pues, nunca había dudado de que la comisión científica llegara el día señalado.

Sin embargo, el joven astrónomo esperaba que el coronel se explicase acerca de la misión que venía a cumplir en el África austral. Pero como el coronel Everest callaba, William Emery no creyó deber interrogarlo al respecto. Era probable que, en el ánimo del coronel, no hubiese sonado todavía la hora de hablar.

William Emery conocía también, de fama, a sir John Murray, rico sabio, émulo de James Ross y de lord Elgin, que, sin título oficial, honraba a Inglaterra con sus trabajos astronómicos. La ciencia le era deudora de sacrificios pecuniarios muy considerables. Había consagrado veinte mil libras esterlinas al establecimiento de un reflector gigantesco, rival del telescopio de Parson-Town, con el cual acababan de determinarse los elementos de cierto número de estrellas dobles. Era un hombre de cuarenta años a lo sumo, de

aire de gran señor, pero cuyo semblante impasible no traicionaba en modo alguno su carácter.

En cuanto a los tres rusos, los señores Strux, Palander y Zorn, sus nombres no eran nuevos para William Emery. Pero el joven astrónomo no los conocía personalmente. Nicolas Palander y Michel Zorn mostraban cierta deferencia hacia Mathieu Strux, deferencia que su posición, a falta de todo mérito, habría justificado por lo demás.

La única observación que hizo William Emery fue que los sabios ingleses y rusos se hallaban en número igual, tres ingleses y tres rusos. La propia tripulación de la lancha de vapor, llamada *Queen and Tzar*, contaba diez hombres, de los cuales cinco eran originarios de Inglaterra y cinco de Rusia.

— Señor Emery —dijo el coronel Everest en cuanto se hubieron hecho las presentaciones—, ya nos conocemos como si hubiésemos hecho juntos la travesía de Londres al cabo Volpas. Por lo demás, le profeso una estima particular y bien merecida por esos trabajos que le han granjeado, siendo aún joven, una justa fama. A petición mía le ha designado el gobierno inglés para tomar parte en las operaciones que vamos a emprender en el África austral.

William Emery se inclinó en señal de agradecimiento y pensó que por fin iba a conocer los motivos que llevaban a aquella comisión científica hasta el hemisferio sur. Pero el coronel Everest no se explicó al respecto.

— Señor Emery —prosiguió el coronel—, le preguntaré si sus preparativos están terminados.

— Enteramente, coronel —respondió el astrónomo—. Siguiendo el aviso que me diera la carta del honorable señor Airy, salí de Cape-Town hace un mes y me dirigí a la estación de Lattakou. Allí he reunido todos los elementos necesarios para una exploración al interior de África: víveres y carretas, caballos y bosquimanos. Una escolta de cien hombres aguerridos les espera en Lattakou, y estará al mando de un hábil y célebre cazador a quien les pido permiso para presentarles, el bosquimano Mokoum.

— ¡El bosquimano Mokoum! —exclamó el coronel Everest, si es que el tono frío con que habló justifica tal verbo—. ¡El bosquimano Mokoum! Pero si conozco perfectamente su nombre.

—Es el nombre de un africano hábil e intrépido —añadió sir John Murray, volviéndose hacia el cazador, a quien aquellos europeos, con sus aires de grandeza, no lograban en absoluto turbar.

—El cazador Mokoum —dijo William Emery, presentando a su compañero.

—Su nombre es bien conocido en el Reino Unido, bosquimano —respondió el coronel Everest—. Usted fue amigo de Anderson y guía del ilustre David Livingstone, que me honra con su amistad. Inglaterra le da las gracias por mi boca, y felicito al señor Emery por haberlo elegido como jefe de nuestra caravana. Un cazador como usted ha de ser aficionado a las buenas armas. Tenemos de ellas un arsenal bastante completo, y le ruego que escoja, entre todas, la que más le convenga. Sabemos que quedará en buenas manos.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del bosquimano. El aprecio que se hacía de sus servicios en Inglaterra le halagaba sin duda, pero sin duda menos que el ofrecimiento del coronel Everest. Dio, pues, las gracias en buenos términos y se mantuvo aparte, mientras la conversación proseguía entre William Emery y los europeos.

El joven astrónomo completó los detalles de la expedición organizada por él, y el coronel Everest pareció encantado. Se trataba, pues, de llegar cuanto antes a la ciudad de Lattakou, ya que la partida de la caravana debía efectuarse en los primeros días de marzo, después de la estación de las lluvias.

—Sírvase decidir, coronel —dijo William Emery—, de qué manera quiere llegar a esa ciudad.

—Por el río Orange y uno de sus afluentes, el Kuruman, que pasa cerca de Lattakou.

—En efecto —respondió el astrónomo—, pero por excelente y rápida que sea su embarcación, no podrá remontar la catarata de Morgheda.

—Rodearemos la catarata, señor Emery —replicó el coronel—. Un portaje de algunas millas nos permitirá reanudar nuestra navegación aguas arriba de la caída, y si no me equivoco, desde ese punto hasta Lattakou los cursos de agua son navegables para una embarcación de calado poco considerable.

—Sin duda, coronel —respondió el astrónomo—, pero esta lancha de vapor tiene tal peso...

—Señor Emery —respondió el coronel Everest—, esta embarcación es una obra maestra salida de los talleres de Leard & Cía. de Liverpool. Se desmonta pieza por pieza y se vuelve a montar con suma facilidad. Una llave y algunos pernos, no se necesita más para los hombres encargados de esa tarea. ¿Ha traído usted una carreta a las cataratas de Morgheda?

—Sí, coronel —respondió William Emery—. Nuestro campamento no está ni a una milla de este lugar.

—Pues bien, rogaré al bosquimano que haga conducir la carreta al punto de desembarco. Se cargarán en ella las piezas de la embarcación y su máquina, que también se desmonta, y ganaremos aguas arriba el lugar donde el Orange vuelve a ser navegable.

Se ejecutaron las órdenes del coronel Everest. El bosquimano desapareció pronto en el matorral, tras prometer estar de vuelta antes de una hora. Durante su ausencia, la lancha de vapor fue descargada rápidamente. Por lo demás, el cargamento no era considerable: cajas de instrumentos de física, una respetable colección de fusiles de la fábrica de Purdey Moore, de Edimburgo, algunos bidones de aguardiente, barriles de carne seca, cajones de municiones, maletas reducidas al volumen más estricto, lonas de tienda y todos sus utensilios, que parecían salidos de un bazar de viaje, una canoa de gutapercha cuidadosamente plegada, que no ocupaba más sitio que una manta bien atada, algunos efectos de campamento, etc., etc., y por último una especie de ametralladora en abanico, ingenio todavía poco perfeccionado, pero que debía de hacer muy temible, para cualesquiera enemigos que fuesen, el acercarse a la embarcación.

Todos esos objetos fueron depositados en la orilla. La máquina, de la fuerza de ocho caballos, de doscientos diez kilogramos, estaba dividida en tres partes: la caldera y sus hervidores, el mecanismo que una vuelta de llave separaba de las calderas, y la hélice montada sobre el falso codaste. Estas partes, retiradas sucesivamente, dejaron libre el interior de la embarcación.

Esta lancha, además del espacio reservado a la máquina y a las carboneras, se dividía en cámara de proa, destinada a los hombres de la tripulación, y en cámara de popa, ocupada por el coronel Everest y sus compañeros. En

un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los mamparos, y se retiraron los cofres y las literas. La embarcación quedó entonces reducida a un simple casco.

Este casco, de treinta y cinco pies de largo, se componía de tres partes, como el del *Mâ-Robert*, lancha de vapor que sirvió al doctor Livingstone durante su primer viaje al Zambeze. Estaba hecho de acero galvanizado, a la vez ligero y resistente. Unos pernos, que ajustaban las planchas sobre una cuaderna del mismo metal, aseguraban su adherencia y la estanqueidad de la embarcación.

William Emery quedó verdaderamente maravillado de la sencillez del trabajo y de la rapidez con que se llevó a cabo. No hacía una hora que había llegado la carreta, conducida por el cazador y sus dos bosquimanos, cuando la embarcación ya estaba lista para ser cargada.

Esta carreta, vehículo un tanto primitivo, descansaba sobre cuatro ruedas macizas, que formaban dos trenes separados entre sí por un intervalo de veinte pies. Era, por su longitud, un verdadero «car» americano. Esta pesada máquina, chirriante de ejes, y cuyo guardarrueda sobrepasaba las ruedas en un buen pie, era arrastrada por seis búfalos domésticos, uncidos de dos en dos, y muy sensibles a la larga aguijada de su conductor. No hacían falta menos rumiantes que aquellos para hacer avanzar el vehículo cuando marchaba a plena carga. A pesar de la destreza del «leader», más de una vez debía de quedar atascado en los barrizales.

La tripulación del *Queen and Tzar* se ocupó de cargar la carreta, de manera que quedase bien equilibrada en todas sus partes. Ya se sabe la destreza proverbial de los marinos. El estibado del vehículo no fue más que un juego para aquella buena gente. Las piezas grandes de la lancha se colocaron directamente sobre los ejes, en el punto más sólido de la carreta. Entre ellas encontraron fácil acomodo las cajas, cajones, barriles y bultos más ligeros o más frágiles. En cuanto a los viajeros propiamente dichos, un trayecto de cuatro millas no era para ellos más que un paseo.

A las tres de la tarde, terminada por completo la carga, el coronel Everest dio la señal de partida. Él y sus compañeros, bajo la guía de William Emery, tomaron la delantera. El bosquimano, la gente de la tripulación y los conductores de la carreta les siguieron a paso más lento.

Esta marcha se hizo sin fatiga. Las rampas que llevaban al curso superior del Orange facilitaban el recorrido precisamente porque lo alargaban considerablemente. Era una circunstancia afortunada para la carreta, cargada con tanto peso, que, con algo más de tiempo, alcanzaría con más seguridad su destino.

En cuanto a los diversos miembros de la comisión científica, subían ágilmente por la ladera de la colina. La conversación entre ellos se generalizaba. Pero del objeto de la expedición no se habló en absoluto. Aquellos europeos admiraban en gran manera los grandiosos parajes que iban desfilando ante sus ojos. Aquella naturaleza grandiosa, tan hermosa en su estado salvaje, los cautivaba como había cautivado al joven astrónomo. Su viaje no los había hastiado todavía de las bellezas naturales de aquella región africana. Admiraban, pero con una admiración contenida, como ingleses enemigos de todo lo que pudiera parecer «improper». La catarata obtuvo de su parte algunos aplausos de buen gusto, quizá con la punta de los dedos, pero significativos. El *nil admirari* no era del todo su divisa.

Por lo demás, William Emery creía deber hacer a sus huéspedes los honores del África austral. Estaba en su casa, y, como ciertos burgueses demasiado entusiastas, no perdonaba ni un solo detalle de su parque africano.

Hacia las cuatro y media, las cataratas de Morgheda habían quedado rodeadas. Los europeos, ya en la meseta, vieron desplegarse ante ellos el curso superior del río, más allá del alcance de la vista. Acamparon, pues, en la orilla, a la espera de que llegara la carreta.

El vehículo apareció en lo alto de la colina hacia las cinco. Su viaje se había realizado felizmente. El coronel Everest ordenó de inmediato que se procediera a la descarga, anunciando que la partida tendría lugar al día siguiente, desde el alba.

Toda la noche se empleó en diversos trabajos. El casco de la embarcación, reajustado en menos de una hora, la máquina de la hélice vuelta a colocar en su sitio, los mamparos metálicos alzados entre las cámaras, las carboneras rehechas, los diversos bultos embarcados con orden: todas estas disposiciones, tomadas con tanta rapidez, hablaban en favor de la tripulación del *Queen and Tzar*. Aquellos ingleses y aquellos rusos eran gente escogida, hombres disciplinados y hábiles, con los que se podía contar justamente.

Al día siguiente, 1 de febrero, desde el alba, la embarcación estaba lista para recibir a los pasajeros. Ya escapaba de su chimenea, en remolinos, el humo negro, y el maquinista, para activar el tiro, lanzaba a través de aquel humo chorros de vapor blanco. Siendo la máquina de alta presión, sin condensador, perdía su vapor a cada golpe de pistón, según el sistema aplicado a las locomotoras. En cuanto a la caldera, provista de hervidores ingeniosamente dispuestos, y que presentaba una gran superficie de calefacción, no necesitaba media hora para suministrar una cantidad suficiente de vapor. Se había hecho buena provisión de madera de ébano y de guayaco, que abundaba en los alrededores, y se calentaba a gran fuego con aquellas preciosas maderas.

A las seis de la mañana, el coronel Everest dio la señal de partida. Pasajeros y marineros se embarcaron en el *Queen and Tzar*. El cazador, para quien la ruta del río le era familiar, los acompañó a bordo, dejando a los dos bosquimanos el cuidado de llevar la carreta de vuelta a Lattakou.

En el momento en que la embarcación largaba amarras, el coronel Everest dijo al astrónomo:

—A propósito, señor Emery, ¿sabe usted a qué venimos aquí?

—Ni siquiera lo sospecho, coronel.

—Es muy sencillo, señor Emery. Venimos a medir un arco de meridiano en el África austral.

CAPÍTULO IV. UNAS PALABRAS A PROPÓSITO DEL METRO

De todos los tiempos, puede afirmarse, ha existido en el espíritu de los hombres la idea de una medida universal e invariable, cuya rigurosa evaluación proporcionase la propia naturaleza. Importaba, en efecto, que esa medida pudiera reencontrarse exactamente, cualesquiera que fuesen los cataclismos de que la tierra hubiese sido escenario. Los antiguos, sin duda, pensaron así, pero les faltaron los métodos y los instrumentos para llevar a cabo esa operación con una aproximación suficiente.

El mejor medio, en efecto, de obtener una medida inmutable era referirla al esferoide terrestre, cuya circunferencia puede considerarse invariable, y, por consiguiente, medir matemáticamente toda o parte de esa circunferencia.

Los antiguos habían tratado de determinar esa medida. Aristóteles, según algunos sabios de su época, consideraba el estadio, o codo egipcio en tiempos de Sesostris, como formando la cienmilésima parte de la distancia del polo al ecuador. Eratóstenes, en el siglo de los Ptolomeos, calculó de manera bastante aproximada el valor del grado a lo largo del Nilo, entre Siena y Alejandría. Pero Posidonio y Ptolomeo no pudieron dar exactitud suficiente a las operaciones geodésicas del mismo género que emprendieron. Lo mismo sus sucesores.

Fue Picard quien, por primera vez en Francia, comenzó a regularizar los métodos empleados para la medición de un grado, y en 1669, determinando la longitud del arco celeste y del arco terrestre entre París y Amiens, dio para el valor de un grado cincuenta y siete mil sesenta toesas.

La medición de Picard fue continuada hasta Dunkerque y hasta Collioure por Dominique Cassini y Lahire, de 1683 a 1718. Fue verificada, en 1739, de Dunkerque a Perpiñán, por François Cassini y Lacaille. Por último, la medición del arco de ese meridiano fue prolongada por Méchain hasta Barcelona, en España. Habiendo muerto Méchain —sucumbió a las fatigas provocadas por semejante operación—, la medición de la meridiana de Francia no se reanudó hasta 1807, por Arago y Biot. Estos dos sabios la prosiguieron hasta las islas Baleares. El arco se extendía entonces desde Dunkerque hasta Formentera; su punto medio se hallaba cortado por el paralelo cuarenta y cinco norte, situado a la misma distancia del polo y del ecuador, y en esas condiciones, para calcular el valor de un cuarto de meridiano, no era necesario tener en cuenta el achatamiento de la tierra. Esta medición dio cincuenta y siete mil veinticinco toesas para el valor medio de un arco de «un grado» en Francia.

Se ve que, hasta entonces, eran especialmente sabios franceses quienes se ocupaban de esta delicada determinación. Fue también la Asamblea Constituyente la que, en 1790, a propuesta de Talleyrand, dictó un decreto por el cual se encargaba a la Academia de Ciencias que imaginase un modelo invariable para todas las medidas y para todos los pesos. En esa época, el informe firmado por aquellos nombres ilustres, Borda, Lagrange, Laplace, Monge, Condorcet, propuso como medida de longitud usual la diezmillonésima parte del cuarto de meridiano, y como evaluación del peso de todos los cuerpos, la del agua destilada, adoptándose el sistema decimal para relacionar todas las medidas entre sí.

Más tarde, esas determinaciones del valor de un grado terrestre se hicieron en diversos lugares de la tierra, pues no siendo el globo un esferoide, sino un elipsoide, múltiples operaciones debían dar la medida de su achatamiento en los polos.

En 1736, Maupertuis, Clairaut, Camus, Lemonnier, Outhier y el sueco Celsius midieron un arco septentrional en Laponia y hallaron cincuenta y siete mil cuatrocientas diecinueve toesas para la longitud de un arco de un grado.

En 1745, en el Perú, La Condamine, Bouguer y Godin, ayudados por los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, arrojaron cincuenta y seis mil setecientas treinta y siete toesas para el valor del arco peruano.

En 1752, Lacaille consignó cincuenta y siete mil treinta y siete toesas para el valor de un grado del meridiano en el cabo de Buena Esperanza.

En 1754, los padres Maire y Boscovich obtuvieron cincuenta y seis mil novecientas setenta y tres toesas para el valor del arco entre Roma y Rímini.

En 1762 y 1763, Beccaria evaluó el grado piemontés en cincuenta y siete mil cuatrocientas sesenta y ocho toesas.

En 1768, los astrónomos Mason y Dixon, en la América del Norte, en los confines de Maryland y Pensilvania, hallaron cincuenta y seis mil ochocientas ochenta y ocho toesas para el valor del grado americano.

Desde entonces, en el siglo XIX, se midieron otros muchos arcos, en Bengala, en las Indias orientales, en el Piamonte, en Finlandia, en Curlandia, en Hannover, en la Prusia oriental, en Dinamarca, etc., pero los ingleses y los rusos se ocuparon menos activamente que los demás pueblos de estas delicadas determinaciones, y la principal operación geodésica que llevaron a cabo fue emprendida, en 1784, por el mayor general Roy, con el fin de enlazar las medidas francesas con las medidas inglesas.

De todas las medidas antes referidas podía ya concluirse que el grado medio debía evaluarse en cincuenta y siete mil toesas, es decir, veinticinco leguas antiguas de Francia, y multiplicando por ese valor medio los trescientos sesenta grados que contiene la circunferencia, se hallaba que la tierra medía nueve mil leguas de circuito.

Pero, como se ha podido ver por las cifras antes citadas, las medidas de los diversos arcos obtenidos en diversos lugares del globo no concordaban en absoluto entre sí. No obstante, de esa media de cincuenta y siete mil toesas tomada como medida de un grado, se dedujo el valor del «metro», es decir, la diezmillonésima parte del cuarto del meridiano terrestre, que resulta ser de 0,513074, o sea tres pies once líneas doscientas noventa y seis milésimas de línea.

En realidad, esta cifra es un poco demasiado baja. Nuevos cálculos, que tienen en cuenta el achatamiento de la tierra en los polos, que es de $1/299,15$ y no de $1/334$ como se había admitido al principio, dan, ya no diez millones de metros para la medida del cuarto de meridiano, sino diez millones ochocientos cincuenta y seis metros. Esta diferencia de ochocientos cincuenta y seis metros es poco apreciable sobre una longitud semejante; sin

embargo, matemáticamente hablando, hay que decir que el metro tal como está adoptado no representa exactamente la diezmillonésima parte del cuarto del meridiano terrestre. Hay un error, por defecto, de aproximadamente dos diezmilésimas de línea.

El metro, así determinado, no fue sin embargo adoptado por todas las naciones civilizadas. Bélgica, España, el Piamonte, Grecia, Holanda, las antiguas colonias españolas, las repúblicas del Ecuador, de Nueva Granada, de Costa Rica, etc., lo admitieron casi inmediatamente; pero, a pesar de la evidente superioridad del sistema métrico sobre todos los demás sistemas, Inglaterra se había negado hasta el día de hoy a adoptarlo.

Quizá, de no haber sido por las complicaciones políticas que marcaron el fin del siglo XVIII, este sistema hubiera sido aceptado por las poblaciones del Reino Unido. Cuando, el 8 de mayo de 1790, la Asamblea Constituyente dictó su decreto, los sabios ingleses de la Real Sociedad fueron invitados a unirse a los sabios franceses. Para la medida del metro, había que decidir si se fundaría en la longitud del péndulo simple que bate el segundo sexagesimal, o si se tomaría como unidad de longitud una fracción de uno de los grandes círculos de la tierra. Pero los acontecimientos impidieron la reunión proyectada.

No fue hasta este mismo año de 1854 cuando Inglaterra, comprendiendo desde hacía tiempo las ventajas del sistema métrico, y viendo además fundarse sociedades de sabios y de comerciantes para propagar esa reforma, resolvió adoptarlo.

Pero el gobierno inglés quiso mantener secreta esta resolución hasta el momento en que nuevas operaciones geodésicas, emprendidas por él, permitiesen asignar al grado terrestre un valor más riguroso. Sin embargo, a este respecto, el gobierno británico creyó deber entenderse con el gobierno ruso, que también se inclinaba por la adopción del sistema métrico.

Se eligió, pues, una comisión, compuesta de tres astrónomos ingleses y tres astrónomos rusos, entre los miembros más distinguidos de las sociedades científicas. Ya se ha visto: fueron, por Inglaterra, el coronel Everest, sir John Murray y William Emery; por Rusia, los señores Mathieu Strux, Nicolas Palander y Michel Zorn.

Esta comisión internacional, reunida en Londres, decidió que, ante todo, se emprendería la medición de un arco de meridiano en el hemisferio austral. Hecho esto, se levantaría después un nuevo arco de meridiano en el hemisferio boreal, y del conjunto de ambas operaciones se esperaba deducir un valor riguroso que satisficiera todas las condiciones del programa.

Quedaba por hacer la elección entre las diversas posesiones inglesas situadas en el hemisferio austral: la colonia de El Cabo, Australia, Nueva Zelanda. Nueva Zelanda y Australia, situadas en las antípodas de Europa, obligaban a la comisión científica a un largo viaje. Además, los maoríes y los australianos, siempre en guerra con sus invasores, podían hacer muy difícil la operación proyectada. La colonia de El Cabo, por el contrario, ofrecía ventajas reales: 1.º Estaba situada bajo el mismo meridiano que ciertas porciones de la Rusia de Europa, y después de haber medido un arco de meridiano en el África austral, se podría medir un segundo arco del mismo meridiano en el imperio del zar, manteniendo secreta la operación; 2.º el viaje a las posesiones inglesas del África austral era relativamente corto; 3.º por último, aquellos sabios ingleses y rusos hallarían allí una excelente ocasión de comprobar los trabajos del astrónomo francés Lacaille, operando en los mismos lugares que él, y de verificar si había tenido razón al dar la cifra de cincuenta y siete mil treinta y siete toesas para la medida de un grado de meridiano en el cabo de Buena Esperanza.

Se decidió, pues, que la operación geodésica se practicaría en El Cabo. Ambos gobiernos aprobaron la decisión de la comisión anglo-rusa. Se abrieron importantes créditos. Todos los instrumentos necesarios para una triangulación se fabricaron por duplicado. El astrónomo William Emery fue invitado a hacer los preparativos de una exploración al interior del África austral. La fragata *Augusta*, de la marina real, recibió la orden de transportar hasta la desembocadura del río Orange a los miembros de la comisión y a su séquito.

Conviene añadir también que, junto a la cuestión científica, había una cuestión de amor propio nacional que exaltaba a aquellos sabios reunidos en una obra común. Se trataba, en efecto, de superar a Francia en sus evaluaciones numéricas, de vencer en precisión los trabajos de sus más ilustres astrónomos, y ello en medio de un país salvaje y casi desconocido. Así pues, los miembros de la comisión anglo-rusa estaban decididos a sacrificarlo

todo, hasta su propia vida, con tal de obtener un resultado favorable para la ciencia y, al mismo tiempo, glorioso para su patria.

Y he aquí por qué, en los últimos días de enero de 1854, el astrónomo William Emery se hallaba en las cataratas de Morgheda, a orillas del río Orange.

CAPÍTULO V. UNA ALDEA HOTENTOTE

El viaje por el curso superior del río se llevó a cabo rápidamente. El tiempo, sin embargo, no tardó en volverse lluvioso; pero los pasajeros, cómodamente instalados en el camarote de la lancha, no tuvieron en absoluto que sufrir las lluvias torrenciales, muy comunes en esta estación. El *Queen and Tzar* avanzaba rápidamente. No encontraba ni rápidos ni bajíos, y la corriente no era lo bastante fuerte para retrasar su marcha.

Las orillas del Orange ofrecían siempre el mismo aspecto encantador. Los bosques de especies variadas se sucedían en sus márgenes, y todo un mundo de aves habitaba sus copas verdeantes. Aquí y allá se agrupaban árboles pertenecientes a la familia de las proteáceas, y en particular los «waggenboom», de madera rojiza y jaspeada, que producían un efecto extraño con sus hojas de un azul intenso y sus grandes flores de un amarillo pálido; luego también los «zwarte-bast», árboles de corteza negra, y los «karrees», de follaje sombrío y persistente. Algunos matorrales se extendían a la distancia de varias millas más allá de las orillas del río, sombreados en todo lugar por sauces llorones. Aquí y allá, vastos terrenos despejados aparecían de improviso. Eran grandes llanuras, cubiertas de innumerables coloquintidas, y surcadas por «matorrales de azúcar», formados por proteas melíferas, de donde escapaban bandadas de pajarillos de dulce canto, a los que los colonos de El Cabo llaman «suiker-vogels».

El mundo alado ofrecía muestras muy variadas. El bosquimano se las señalaba a sir John Murray, gran aficionado a la caza de pelo y pluma. Así se estableció una especie de intimidad entre el cazador inglés y Mokoum, a quien su noble compañero, cumpliendo la promesa del coronel Everest, había regalado un excelente rifle, del sistema Pauly, de largo alcance. Inútil

describir la satisfacción del bosquimano al verse poseedor de esta magnífica arma.

Los dos cazadores se entendían bien. Aun siendo un sabio distinguido, sir John Murray pasaba por uno de los más brillantes «hunter-fox» de la vieja Caledonia. Escuchaba con interés, con envidia, los relatos del bosquimano. Sus ojos se encendían cuando el cazador le mostraba en el bosque algunos rumiantes salvajes, aquí jirafas en manadas de quince a veinte individuos, allí búfalos de seis pies de altura, la cabeza armada de una espiral de cuernos negros, más lejos, «ñus» feroces de cola de caballo, en otra parte, bandadas de «caamas», especie de grandes gamos, de ojos encendidos, cuyos cuernos forman un triángulo amenazador, y por todas partes, tanto bajo los espesos bosques como en medio de las llanuras desnudas, esas innumerables variedades de antílopes que pululan en el África austral, la gamuza bastarda, el gemsbok, la gacela, el macho cabrío de los matorrales, el macho cabrío saltador, etc. ¿No había ahí motivo para tentar los instintos de un cazador, y podían las cacerías del zorro en las tierras bajas de Escocia rivalizar con las hazañas de un Cummins, de un Anderson o de un Baldwin?

Preciso es decir que los compañeros de sir John Murray se mostraban menos conmovidos ante la vista de estas magníficas muestras de caza salvaje. William Emery observaba a sus colegas con atención y trataba de adivinarlos bajo su fría apariencia. El coronel Everest y Mathieu Strux, ambos de casi la misma edad, eran igualmente reservados, comedidos y formalistas. Hablaban con una lentitud medida, y cada mañana se hubiera dicho que, hasta la víspera por la noche, aún no se habían conocido. No cabía esperar que se estableciera jamás intimidad alguna entre estos dos personajes importantes. Es cierto que dos témpanos, puestos uno junto a otro, acaban por adherirse entre sí, pero nunca dos sabios, cuando ambos ocupan un puesto elevado en la ciencia.

Nicolas Palander, de cincuenta y cinco años de edad, era uno de esos hombres que nunca han sido jóvenes, y que nunca serán viejos. El astrónomo de Helsingfors, constantemente absorto en sus cálculos, podía ser una máquina admirablemente organizada, pero no era más que una máquina, una especie de *ábaco* o de *contador universal*. Calculador de la comisión anglo-rusa, este sabio no era sino uno de esos «prodigios» que hacen, de cabeza, multiplicaciones de cinco cifras por factor, algo así como un Mondeux quincuagenario.

Michel Zorn, por su edad, su temperamento entusiasta, su buen humor, se acercaba a William Emery. Sus cualidades amables no le impedían ser un astrónomo de gran mérito, que gozaba ya de una celebridad precoz. Los descubrimientos hechos por él y bajo su dirección en el Observatorio de Kiev, acerca de la nebulosa de Andrómeda, habían tenido gran repercusión en la Europa sabia. A su mérito incuestionable unía una gran modestia, y se borraba en toda ocasión.

William Emery y Michel Zorn estaban destinados a ser dos amigos. Los mismos gustos, las mismas aspiraciones los unieron. Casi siempre conversaban juntos. Entretanto, el coronel Everest y Mathieu Strux se observaban fríamente, Palander extraía mentalmente raíces cúbicas sin advertir los encantadores parajes de la orilla, y sir John Murray y el bosquimano forjaban proyectos de hecatombes cinegéticas.

Este viaje por el curso alto del Orange no estuvo marcado por incidente alguno. A veces, los acantilados, orillas graníticas que encajonaban el sinuoso lecho del río, parecían cerrar toda salida. A menudo también, islas boscosas surgidas en la corriente hubieran podido hacer incierta la ruta a seguir. Pero el bosquimano nunca dudaba, y el *Queen and Tzar* elegía la ruta favorable, o salía sin demora del circo de los acantilados. El timonel no tuvo que arrepentirse ni una sola vez de haber seguido las indicaciones de Mokoum.

En cuatro días, la lancha de vapor recorrió las doscientas cuarenta millas que separan las cataratas de Morgheda del Kuruman, uno de los afluentes que remontaba precisamente hasta la ciudad de Lattakou, adonde debía llegar la expedición del coronel Everest. El río, a treinta leguas aguas arriba de las cataratas, formaba un recodo, y modificando su dirección general, que es de oeste a este, volvía hacia el sudeste a morder el ángulo agudo que forma al norte el territorio de la colonia de El Cabo. Desde ese punto, apuntaba al nordeste, e iba a perderse, a trescientas millas de allí, en las regiones boscosas de la república del Transvaal.

Fue el 5 de febrero, durante las primeras horas de la mañana y bajo una lluvia torrencial, cuando el *Queen and Tzar* llegó a la estación de Klaarwater, aldea hotentote, cerca de la cual el Kuruman desemboca en el Orange. El coronel Everest, sin querer perder un instante, dejó rápidamente atrás las pocas cabañas bosquimanas que forman la aldea, y bajo el impulso de su hélice, la lancha empezó a remontar la corriente del nuevo afluente. Esta co-

riente rápida, según observaron los pasajeros del *Queen and Tzar*, se debía a una singular particularidad de este curso de agua. En efecto, el Kuruman, muy ancho en su nacimiento, se va reduciendo, a medida que desciende, bajo la influencia de los rayos solares. Pero, en esta estación, crecido por las lluvias, aumentado con las aguas de un subafluente, el Moschona, era profundo y rápido. Se avivaron, pues, los fuegos, y la lancha remontó el curso del Kuruman a razón de tres millas por hora.

Durante esta travesía, el bosquimano señaló en las aguas del río la presencia de un buen número de hipopótamos. Estos gruesos paquidermos que los holandeses de El Cabo llaman «vacas marinas», animales gruesos y pesados, de ocho a diez pies de largo, eran de humor poco agresivo. Los relinchos de la lancha de vapor y los chapoteos de la hélice los espantaban. Esta embarcación les parecía una especie de monstruo nuevo del que debían desconfiar, y, en efecto, el arsenal de a bordo dificultaba mucho su aproximación. Sir John Murray hubiera probado de buen grado sus balas explosivas en aquellas masas de carne; pero el bosquimano le aseguró que no faltarían hipopótamos en los cursos de agua del norte, y sir John Murray resolvió esperar ocasiones más favorables.

Las ciento cincuenta millas que separan la desembocadura del Kuruman de la estación de Lattakou se recorrieron en cincuenta horas. El 7 de febrero, a las tres de la tarde, se alcanzó el punto de llegada.

Cuando la lancha de vapor hubo quedado amarrada a la orilla que servía de muelle, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto grave, pero de fisonomía bondadosa, se presentó a bordo, y tendió la mano a William Emery. El astrónomo, presentando entonces al recién llegado a sus compañeros de viaje, dijo:

—El reverendo Thomas Dale, de la Sociedad de Misiones de Londres, y director de la estación de Lattakou.

Los europeos saludaron al reverendo Thomas Dale, quien les dio la bienvenida, y se puso enteramente a su disposición.

La ciudad de Lattakou, o más bien la aldea de ese nombre, constituye la estación de misioneros más alejada de El Cabo hacia el norte. Se divide en Lattakou viejo y Lattakou nuevo. El antiguo, casi abandonado en la actualidad, al que el *Queen and Tzar* acababa de llegar, contaba todavía, a comien-

zos de siglo, con doce mil habitantes, que desde entonces han emigrado hacia el nordeste. Esta ciudad, muy venida a menos, ha sido reemplazada por el nuevo Lattakou, edificado no lejos de allí, en una llanura antaño cubierta de acacias.

Este nuevo Lattakou, al que los europeos se dirigieron bajo la guía del reverendo, comprendía una cuarentena de grupos de casas, y contenía cerca de cinco o seis mil habitantes que pertenecían a la gran tribu de los bechuanas.

En esta ciudad fue donde el doctor David Livingstone residió durante tres meses, en 1840, antes de emprender su primer viaje al Zambeze, viaje que había de llevar al ilustre viajero a través de toda el África central, desde la bahía de Loanda, en el Congo, hasta el puerto de Kilmane, en la costa de Mozambique.

Al llegar al nuevo Lattakou, el coronel Everest entregó al director de la misión una carta del doctor Livingstone, que recomendaba la comisión anglo-rusa a sus amigos del África austral. Thomas Dale leyó esta carta con sumo placer, y luego se la devolvió al coronel Everest, diciéndole que podría serle útil durante su viaje de exploración, pues el nombre de David Livingstone era conocido y honrado en toda aquella parte de África.

Los miembros de la comisión fueron alojados en el establecimiento de los misioneros, vasta casa construida con esmero sobre una eminencia, y que un seto impenetrable rodeaba como un recinto fortificado. Los europeos se instalaron en esta vivienda de un modo más cómodo que si se hubieran alojado entre los bechuanas. No es que estas moradas no se mantengan limpias y ordenadas. Al contrario. Su suelo, de arcilla muy lisa, no presenta ni un átomo de polvo; su techo, hecho de un largo bálago, es impenetrable a la lluvia; pero, en suma, estas casas no son sino chozas en las que un agujero circular, apenas practicable para un hombre, da acceso. Allí, en estas chozas, la vida es en común, y el contacto inmediato de los bechuanas difícilmente puede considerarse agradable.

El jefe de la tribu, que residía en Lattakou, un tal Moulibahan, creyó conveniente presentarse ante los europeos para rendirles sus respetos. Moulibahan, hombre bastante apuesto, que no tenía del negro ni los labios gruesos ni la nariz achatada, y que mostraba un rostro redondo y no estrechado en su parte inferior como el de los hotentotes, iba vestido con un manto de

pieles cosidas entre sí con mucho arte, y un delantal llamado «pukoje» en la lengua del país. Llevaba en la cabeza un casquete de cuero, y calzaba sandalias de cuero de buey. En los codos llevaba anillas de marfil retorcidas; de las orejas le colgaba una lámina de cobre de cuatro pulgadas de largo, especie de pendiente que es también un amuleto. Sobre su casquete se desplegaba la cola de un antílope. Su bastón de caza sostenía un penacho de pequeñas plumas negras de avestruz. En cuanto al color natural del cuerpo de este jefe bechuana, no era posible reconocerlo bajo la espesa capa de ocre que lo ungía de pies a cabeza. Algunas incisiones en el muslo, hechas indelebles, indicaban el número de enemigos muertos por Moulibahan.

Este jefe, al menos tan grave como el propio Mathieu Strux, se acercó a los europeos, y los tomó sucesivamente por la nariz. Los rusos se dejaron hacer con toda seriedad. Los ingleses se mostraron algo más reacios. Sin embargo, según las costumbres africanas, era un compromiso solemne de cumplir para con los europeos los deberes de la hospitalidad.

Terminada esta ceremonia, Moulibahan se retiró sin haber pronunciado una sola palabra.

—Y ahora que ya estamos naturalizados bechuanas —dijo el coronel Everest—, ocupémonos, sin perder ni un día ni una hora, de nuestras operaciones.

Ni un día ni una hora se perdieron, y sin embargo —tanto cuidado y detalle exige la organización de una expedición semejante— la comisión no estuvo lista para partir antes de los primeros días de marzo. Era, por lo demás, la fecha señalada por el coronel Everest. En esa época, la estación de las lluvias acababa de terminar, y el agua, conservada en los pliegues del terreno, debía proporcionar un recurso precioso a los viajeros del desierto.

La partida quedó, pues, fijada para el 2 de marzo. Ese día toda la caravana, puesta a las órdenes de Mokoum, estaba lista. Los europeos se despidieron de los misioneros de Lattakou, y abandonaron la aldea a las siete de la mañana.

—¿Adónde vamos, coronel? —preguntó William Emery, en el momento en que la caravana doblaba la última choza de la ciudad.

—Todo derecho, señor Emery —respondió el coronel—, hasta el momento en que hayamos encontrado un emplazamiento adecuado para el es-

tablecimiento de una base.

A las ocho, la caravana había dejado atrás las colinas achatadas y cubiertas de arbustos enanos, que rodean la aldea de Lattakou. Inmediatamente, el desierto, con sus peligros, sus fatigas, sus azares, se desplegó ante el paso de los viajeros.

CAPÍTULO VI. DONDE SE TERMINA DE CONOCERSE

La escolta, al mando del bosquimano, se componía de cien hombres. Estos indígenas eran todos bosquimanos, gente laboriosa, poco irritable, poco pendenciera, capaz de soportar grandes fatigas físicas. Antaño, antes de la llegada de los misioneros, estos bosquimanos, mentirosos e inhospitalarios, no buscaban sino el asesinato y el saqueo, y aprovechaban habitualmente el sueño de sus enemigos para masacrarlos. Los misioneros han modificado en parte estas costumbres bárbaras; pero, sin embargo, estos indígenas son todavía más o menos saqueadores de granjas y ladrones de ganado.

Diez carretas, semejantes al vehículo que el bosquimano había conducido hasta las cataratas de Morgheda, formaban el material rodante de la expedición. Dos de estas carretas, especie de casas ambulantes, ofrecían cierta comodidad, y debían servir de campamento a los europeos. El coronel Everest y sus compañeros iban así seguidos de una vivienda de madera, de suelo seco, bien cubierta con una lona impermeable, y provista de diversas literas y utensilios de aseo. En los lugares de acampada, era otro tanto de tiempo ahorrado para levantar la tienda, puesto que la tienda llegaba ya montada.

Una de estas carretas estaba destinada al coronel Everest y a sus dos compatriotas, sir John Murray y William Emery. La otra estaba habitada por los rusos, Mathieu Strux, Nicolas Palander y Michel Zorn. Otros dos vehículos, dispuestos según el mismo modelo, pertenecían, uno a los cinco ingleses, y el otro a los cinco rusos, que formaban la tripulación del *Queen and Tzar*.

Huelga decir que el casco y la máquina de la lancha de vapor, desmontados en piezas y cargados en una de las carretas de la expedición, seguían a

los viajeros a través del desierto africano. Los lagos son numerosos en el interior de este continente. Algunos podían existir en el trayecto que eligiese la comisión científica, y su lancha le prestaría entonces grandes servicios.

Las demás carretas transportaban los instrumentos, los víveres, el equipaje de los viajeros, sus armas, sus municiones, los utensilios necesarios para la triangulación proyectada, tales como pilones portátiles, postes de señal, reverberos, caballetes necesarios para la medición de la base, y, por último, los objetos destinados a los cien hombres de la escolta. Los víveres de los bosquimanos consistían principalmente en «biltongue», carne de antílope, de búfalo o de elefante, cortada en largas tiras, que, secada al sol o sometida a la acción de un fuego lento, puede conservarse de este modo durante meses enteros. Este modo de preparación ahorra el empleo de la sal, y es muy seguido en las regiones donde falta este mineral tan útil. En cuanto al pan, los bosquimanos contaban con sustituirlo por diversas frutas o raíces, las almendras del cacahuete, los bulbos de ciertas especies de mesembriantemos, tales como el higo indígena, castañas, o la médula de una variedad de zamia, que lleva precisamente el nombre de «pan de cafre». Estos alimentos, tomados del reino vegetal, debían renovarse por el camino. En cuanto al alimento animal, los cazadores de la tropa, manejando con notable destreza sus arcos de madera de aloe y sus azagayas, especie de largas lanzas, debían batir los bosques o las llanuras y abastecer a la caravana.

Seis bueyes, originarios de El Cabo, de patas largas, hombros altos, cuernos grandes, iban uncidos a la lanza de cada carreta con arneses de piel de búfalo. Así arrastrados, estos pesados vehículos, toscas muestras de la carretaría primitiva, no debían temer ni las cuestas ni los atolladeros, y podían desplazarse con seguridad, si no con rapidez, sobre sus ruedas macizas.

En cuanto a las monturas destinadas al servicio de los viajeros, eran esos pequeños caballos de raza española, de capa negra o grisácea, que fueron importados a El Cabo desde las regiones de la América meridional, animales dóciles y valientes que gozan de gran estima. Se contaba también, entre la tropa de cuatro patas, con media docena de «cuagas» domesticadas, especie de asnos de patas finas, de formas rollizas, cuyo rebuzno recuerda el ladrido del perro. Estas cuagas debían servir durante las expediciones parciales que exigieran las operaciones geodésicas, y transportar los instrumentos y utensilios adonde las pesadas carretas no hubieran podido aventurarse.

Como excepción, el bosquimano montaba con una gracia y una destreza notables un animal magnífico que suscitaba la admiración de sir John Murray, gran conocedor. Era una cebra cuyo pelaje, rayado de bandas pardas transversales, era de una belleza incomparable. Esta cebra medía cuatro pies a la cruz, siete pies desde el hocico hasta la cola. Desconfiada, arisca por naturaleza, no habría soportado otro jinete que Mokoum, quien la había sometido a su uso.

Algunos perros de esa especie medio salvaje, impropriamente llamados a veces «hienas cazadoras», corrían a los flancos de la caravana. Recordaban, por su forma y sus largas orejas, al braco europeo.

Tal era el conjunto de esta caravana, que iba a adentrarse en los desiertos de África. Los bueyes avanzaban tranquilamente, guiados por el «jambox» de sus conductores, que los picaba en el costado, y era un espectáculo curioso el de esta tropa desplegándose a lo largo de las colinas en su orden de marcha.

¿Hacia dónde se dirigía la expedición después de abandonar Lattakou?

—Vayamos todo derecho —había dicho el coronel Everest.

En efecto, en ese momento, el coronel y Mathieu Strux no podían seguir una dirección determinada. Lo que buscaban antes de comenzar sus operaciones trigonométricas era una vasta llanura, regularmente allanada, para establecer allí la base del primero de esos triángulos, cuya red debía cubrir la región austral de África en una extensión de varios grados.

El coronel Everest explicó al bosquimano de qué se trataba. Con la desenvoltura de un sabio para quien todo ese lenguaje científico es familiar, el coronel habló al cazador de triángulos, ángulos adyacentes, base, medición de meridiana, distancias cenitales, etc. El bosquimano le dejó hablar durante unos instantes; luego, interrumpiéndolo con un gesto de impaciencia:

—Coronel —respondió—, no entiendo nada de sus ángulos, de sus bases, de sus meridianas. Ni siquiera comprendo en modo alguno lo que va usted a hacer en el desierto africano. Pero, después de todo, eso es cosa suya. ¿Qué es lo que me pide? ¿Una hermosa y vasta llanura, bien recta, bien regular? Pues bien, vamos a buscársela.

Y a la orden de Mokoum, la caravana, que acababa de dejar atrás las colinas de Lattakou, volvió a descender hacia el sudoeste. Esta dirección la llevaba un poco más al sur de la aldea, es decir, hacia esa región de la llanura regada por el Kuruman. El bosquimano esperaba encontrar, a la altura de ese afluente, una llanura favorable a los proyectos del coronel.

El cazador adoptó, desde ese día, la costumbre de mantenerse a la cabeza de la caravana. Sir John Murray, bien montado, no se apartaba de él, y, de vez en cuando, una detonación informaba a sus colegas de que sir John estaba trabando conocimiento con la caza africana. El coronel, por su parte, del todo absorto, se dejaba llevar por su caballo, y pensaba en el porvenir de una expedición semejante, verdaderamente difícil de dirigir en medio de estas comarcas salvajes. Mathieu Strux, ora a caballo, ora en carreta, según la naturaleza del terreno, no abría los labios con frecuencia. En cuanto a Nicolas Palander, tan mal jinete como pueda serse, marchaba las más de las veces a pie o se recluía en su vehículo, y allí se sumía en las más profundas abstracciones de las matemáticas superiores.

Si, durante la noche, William Emery y Michel Zorn ocupaban cada uno su propia carreta, al menos, de día, la marcha de la caravana los reunía. Estos dos jóvenes estrechaban cada día una amistad más íntima, que los incidentes del viaje habían de cimentar aún más. De etapa en etapa, cabalgaban juntos, conversando y discutiendo. A menudo se alejaban, ora apartándose a los flancos de la expedición, ora adelantándola en varias millas, cuando la llanura se extendía hasta perderse de vista ante su mirada. Eran libres entonces, y como perdidos en medio de aquella naturaleza salvaje. ¡Cómo hablaban de todo, excepto de ciencia! ¡Cómo olvidaban las cifras y los problemas, los cálculos y las observaciones! Ya no eran astrónomos, contempladores de la bóveda estrellada, sino dos colegiales escapados, felices de atravesar los espesos bosques, de recorrer las llanuras infinitas, de respirar aquel aire grande, cargado de penetrantes aromas. Reían, sí, reían como simples mortales, y no como gente grave, que hace su compañía habitual de cometas y demás esferoides. Si nunca se reían de la ciencia, sonreían a veces al pensar en aquellos austeros sabios que no son de este mundo. Ninguna malicia había en todo esto, por lo demás. Eran dos excelentes naturalezas, expansivas, amables, entregadas, que contrastaban singularmente con sus jefes, más envarados que severos, el coronel Everest y Mathieu Strux.

Y precisamente estos dos sabios eran a menudo objeto de sus comentarios. William Emery, por medio de su amigo Michel Zorn, iba conociéndolos.

—Sí —dijo aquel día Michel Zorn—, los he observado bien durante nuestra travesía a bordo del *Augusta*, y, por desgracia, me veo obligado a admitirlo, estos dos hombres están celosos el uno del otro. Si el coronel Everest parece mandar en jefe nuestra expedición, mi querido William, Mathieu Strux no por ello deja de ser su igual. El gobierno ruso ha establecido claramente su posición. Nuestros dos jefes son tan imperiosos el uno como el otro. Además, se lo repito, hay entre ellos celos de sabios, los peores de todos los celos.

—Y la que menos razón tiene de ser —respondió William Emery—, pues todo se relaciona en el campo de los descubrimientos, y cada uno de nosotros se beneficia de los esfuerzos de todos. Pero si sus observaciones son justas, y tengo motivos para creer que lo son, mi querido Zorn, es una circunstancia lamentable para nuestra expedición. Necesitamos, en efecto, un entendimiento absoluto para que una operación tan delicada tenga éxito.

—Sin duda —respondió Michel Zorn—, y mucho me temo que ese entendimiento no exista. Juzgue usted un poco nuestro desconcierto si cada detalle de la operación, la elección de la base, el método de los cálculos, el emplazamiento de las estaciones, la verificación de las cifras, provoca cada vez una discusión nueva. O mucho me equivoco, o preveo no pocas disputas cuando llegue el momento de cotejar nuestros dobles registros, y de anotar en ellos observaciones que nos habrán permitido apreciar hasta las cuatrocientas milésimas de toesa.

—Me asusta usted, mi querido Zorn —respondió William Emery—. Sería penoso, en efecto, haberse aventurado tan lejos y fracasar por falta de concordia en una empresa de este género. Quiera Dios que sus temores no se hagan realidad.

—Eso deseo, William —respondió el joven astrónomo ruso—; pero, se lo repito, durante la travesía presencié ciertas discusiones sobre métodos científicos que prueban una obstinación inconcebible en el coronel Everest y en su rival. En el fondo, percibía en ellas una mezquina envidia.

—Pero esos dos señores no se separan nunca —observó William Emery—. No se les sorprendería jamás al uno sin el otro. Son inseparables, más inseparables que nosotros mismos.

—Sí —respondió Michel Zorn—, no se separan mientras dura el día, pero no cruzan diez palabras. Se vigilan, se espían. Si el uno no logra anular al otro, trabajaremos en condiciones verdaderamente deplorables.

—Y en su opinión —preguntó William con cierta vacilación—, ¿a cuál de estos dos sabios desearía usted...?

—Mi querido William —respondió Michel Zorn con gran franqueza—, aceptaré lealmente como jefe a aquel de los dos que sepa imponerse como tal. En esta cuestión científica, no apporto prejuicio alguno, ningún amor propio nacional. Mathieu Strux y el coronel Everest son dos hombres notables. Ambos se equivalen. Inglaterra y Rusia deben beneficiarse por igual del resultado de sus trabajos. Poco importa, por tanto, que esos trabajos sean dirigidos por un inglés o por un ruso. ¿No es usted de mi opinión?

—Por completo, mi querido Zorn —respondió William Emery—. No nos dejemos, pues, distraer por prejuicios absurdos, y, dentro de nuestras posibilidades, empleemos ambos nuestros esfuerzos en pro del bien común. Quizá nos sea posible desviar los golpes que se asesten los dos adversarios. Por lo demás, su compatriota, Nicolas Palander...

—¡Ese! —respondió riendo Michel Zorn—, no verá nada, no oirá nada, no entenderá nada. Calcularía por cuenta de Theodoros, con tal de calcular. ¡No es ni ruso, ni inglés, ni prusiano, ni chino! Ni siquiera es habitante del globo sublunar. Es Nicolas Palander, eso es todo.

—No podría decir lo mismo de mi compatriota, sir John Murray —respondió William Emery—. Su Señoría es un personaje muy inglés, pero también es un cazador decidido, y se lanzará más fácilmente tras las huellas de una jirafa o de un elefante que a una discusión de métodos científicos. No contemos, pues, más que con nosotros mismos, mi querido Zorn, para amortiguar el contacto incesante de nuestros jefes. Es inútil añadir que, ocurra lo que ocurra, seguiremos siempre franca y lealmente unidos.

—¡Siempre, ocurra lo que ocurra! —respondió Michel Zorn, tendiendo la mano a su amigo William.

Entretanto, la caravana, guiada por el bosquimano, seguía descendiendo hacia las regiones del sudoeste. Durante la jornada del 4 de marzo, al mediodía, llegó al pie de aquellas largas colinas boscosas que venía siguiendo desde Lattakou. El cazador no se había equivocado; había conducido a la expedición hacia la llanura. Pero esta llanura, todavía ondulada, no podía prestarse a los primeros trabajos de la triangulación. La marcha hacia delante no se interrumpió, pues. Mokoum retomó la cabeza de los jinetes y las carretas, mientras que sir John Murray, William Emery y Michel Zorn se adelantaban en una punta de avanzada.

Hacia el final de la jornada, toda la tropa llegó a una de esas estaciones ocupadas por los granjeros nómadas, esos «boors» a quienes la riqueza de los pastos fija durante algunos meses en ciertos lugares. El coronel Everest y sus compañeros fueron acogidos hospitalariamente por este colono, un holandés, jefe de una numerosa familia, que, a cambio de sus servicios, no quiso aceptar ninguna clase de compensación. Este granjero era uno de esos hombres valerosos, sobrios y trabajadores, cuyo escaso capital, inteligentemente empleado en la cría de bueyes, vacas y cabras, se convierte pronto en una fortuna. Cuando el pasto se agota, el granjero, como un patriarca de los tiempos antiguos, busca un manantial nuevo, praderas jugosas, y reconstituye su campamento en otras condiciones más favorables.

Este granjero indicó muy oportunamente al coronel Everest una amplia llanura, situada a una distancia de quince millas, vasta extensión de terreno llano que debía convenir a la perfección a las operaciones geodésicas.

Al día siguiente, 5 de marzo, la caravana partió desde el alba. Se marchó toda la mañana. Ningún incidente hubiera alterado la monotonía de este paseo, si John Murray no hubiese abatido de un balazo, a mil doscientos metros, un curioso animal, de hocico de buey, de larga cola blanca, y cuya frente estaba armada de cuernos puntiagudos. Era un ñu, un buey salvaje, que al caer dejó escapar un sordo gemido.

El bosquimano quedó maravillado al ver caer muerta en el acto a la bestia, alcanzada con tal precisión a pesar de la distancia. Este animal, de unos cinco pies de altura, proporciona por lo común una notable cantidad de carne excelente, tanto que los ñus fueron especialmente recomendados a los cazadores de la caravana.

Hacia el mediodía se llegó al emplazamiento señalado por el granjero. Era una pradera sin límites hacia el norte, y cuyo suelo no presentaba ningún desnivel. No podía imaginarse terreno más favorable para la medición de una base. Así pues, el bosquimano, tras examinar el lugar, volvió junto al coronel Everest, y le dijo:

—La llanura que pedía, coronel.

[Nota 1] Dos centésimas de milímetro.

CAPÍTULO VII. UNA BASE DE TRIÁNGULO

La operación geodésica que iba a emprender la comisión era, como se sabe, un trabajo de triangulación cuyo objeto era la medición de un arco de meridiano. Ahora bien, la medición de uno o varios grados, directamente, por medio de reglas metálicas colocadas una a continuación de otra, sería un trabajo absolutamente impracticable desde el punto de vista de la exactitud matemática. Ningún terreno, por lo demás, en ningún punto del globo, sería lo bastante llano en un espacio de varios cientos de leguas para prestarse eficazmente a la ejecución de una operación tan delicada. Por fortuna, se puede proceder de una manera más rigurosa, dividiendo todo el terreno que debe atravesar la línea del meridiano en cierto número de triángulos «aéreos», cuya determinación es relativamente poco difícil.

Estos triángulos se obtienen apuntando, por medio de instrumentos precisos, el teodolito o el círculo repetidor, a señales naturales o artificiales, tales como campanarios, torres, faroles, postes. En cada señal converge un triángulo, cuyos ángulos son dados por los mencionados instrumentos con una precisión matemática. En efecto, un objeto cualquiera —un campanario, de día, un farol, de noche— puede ser medido con exactitud perfecta por un buen observador que lo apunte por medio de un anteojo cuyo campo está dividido por los hilos de un retículo. Se obtienen así triángulos cuyos lados miden a menudo varias millas de longitud. De esta manera unió Arago la costa de Valencia, en España, con las islas Baleares, mediante un inmenso triángulo, uno de cuyos lados tiene ochenta y dos mil quinientas cincuenta y cinco toesas de longitud.

Ahora bien, según un principio de geometría, un triángulo cualquiera es enteramente «conocido» cuando se conoce uno de sus lados y dos de sus ángulos, pues se puede deducir inmediatamente el valor del tercer ángulo y

la longitud de los otros dos lados. Así pues, tomando como base de un nuevo triángulo un lado de los triángulos ya formados, y midiendo los ángulos adyacentes a esa base, se establecerán así nuevos triángulos que se irán sucediendo hasta el límite del arco que se ha de medir. Se obtienen, pues, por este método, las longitudes de todas las rectas comprendidas en la red de triángulos, y mediante una serie de cálculos trigonométricos se puede determinar fácilmente la magnitud del arco de meridiano que atraviesa la red entre las dos estaciones terminales.

Se acaba de decir que un triángulo es enteramente conocido cuando se conoce uno de sus lados y dos de sus ángulos. Ahora bien, sus ángulos se pueden obtener con exactitud por medio del teodolito o del círculo repetidor. Pero ese primer lado, base de todo el sistema, es preciso «medirlo primero directamente sobre el terreno», con una precisión extraordinaria, y ese es el trabajo más delicado de toda triangulación.

Cuando Delambre y Méchain midieron la meridiana de Francia desde Dunquerque hasta Barcelona, tomaron como base de su triangulación una dirección rectilínea sobre la carretera que va de Melun a Lieusaint, en el departamento de Sena y Marne. Esta base tenía doce mil ciento cincuenta metros, y no se necesitaron menos de cuarenta y cinco días para medirla. Qué medios emplearon estos sabios para obtener una exactitud matemática, es lo que nos enseñará la operación del coronel Everest y de Mathieu Strux, quienes procedieron como habían procedido los dos astrónomos franceses. Se verá hasta qué punto debía llevarse la precisión.

Fue durante esta jornada del 5 de marzo cuando comenzaron los primeros trabajos geodésicos, para gran asombro de los bosquimanos, que no lograban entender nada de aquello. Medir la tierra con reglas de seis pies de largo, colocadas una a continuación de otra, le parecía al cazador una broma de sabios. En todo caso, él había cumplido con su deber. Le habían pedido una llanura bien llana, y había proporcionado la llanura.

El emplazamiento estaba, en efecto, bien elegido para la medición directa de una base. La llanura, cubierta de un césped corto y seco, se extendía hasta los límites del horizonte según un plano netamente nivelado. Sin duda los operadores de la carretera de Melun no habían sido tan favorecidos. Detrás ondulaba una línea de colinas que formaba el límite extremo sur del desier-

to de Kalahari. Al norte, el infinito. Hacia el este morían en suaves pendientes las vertientes de aquellas alturas que componían la meseta de Lattakou.

Al oeste, la llanura, descendiendo aún más, se volvía pantanosa, y se empapaba de un agua estancada que alimentaba los afluentes del Kuruman.

—Pienso, coronel Everest —dijo Mathieu Strux, tras haber observado aquella extensión herbosa—, pienso que, una vez establecida nuestra base, podremos fijar aquí mismo el punto terminal de la meridiana.

—Pensaré como usted, señor Strux —respondió el coronel Everest—, en cuanto hayamos determinado la longitud exacta de este punto. Es necesario, en efecto, comprobar, al trasladarlo al mapa, si este arco de meridiano no encuentra en su recorrido obstáculos insalvables que pudieran detener la operación geodésica.

—No lo creo —respondió el astrónomo ruso.

—Ya lo veremos —respondió el astrónomo inglés—. Midamos primero la base en este lugar, puesto que se presta a esta operación, y decidiremos después si convendrá unirla, mediante una serie de triángulos auxiliares, a la red de triángulos que habrá de atravesar el arco del meridiano.

Decidido esto, se resolvió proceder sin demora a la medición de la base. La operación había de ser larga, pues los miembros de la comisión anglo-rusa querían llevarla a cabo con una exactitud rigurosa. Se trataba de superar en precisión las mediciones geodésicas hechas en Francia sobre la base de Melun, mediciones tan perfectas, sin embargo, que una nueva base, medida más tarde cerca de Perpiñán, en el extremo sur de la triangulación, y destinada a la verificación de los cálculos exigidos por todos los triángulos, no acusó más que una diferencia de once pulgadas en una distancia de trescientas treinta mil toesas, entre la medida directamente obtenida y la medida solo calculada.

Se dieron entonces las órdenes para el campamento, y una especie de aldea bosquimana, una suerte de kraal, se improvisó en la llanura. Las carretas se dispusieron como verdaderas casas, y el poblado se dividió en barrio inglés y barrio ruso, sobre los cuales ondeaban los pabellones nacionales. En el centro se extendía una plaza común. Más allá de la línea circular de las carretas pacían los caballos y los búfalos bajo la vigilancia de sus conductores, y durante la noche se los hacía volver al recinto formado por las

carretas, a fin de sustraerlos a la voracidad de las fieras, muy comunes en el interior del África austral.

Fue Mokoum quien se encargó de organizar las cacerías destinadas al abastecimiento del poblado. Sir John Murray, cuya presencia no era indispensable para la medición de la base, se ocupó más particularmente del servicio de víveres. Importaba, en efecto, economizar las carnes en conserva, y proporcionar diariamente a la caravana una ración ordinaria de carne fresca de caza. Gracias a la habilidad de Mokoum, a su práctica constante y a la destreza de sus compañeros, la caza no faltó. Las llanuras y las colinas fueron batidas en un radio de varias millas alrededor del campamento, y resonaron a todas horas con las detonaciones de las armas europeas.

El 6 de marzo comenzaron las operaciones geodésicas. Los dos sabios más jóvenes de la comisión quedaron encargados de los trabajos preliminares.

—En marcha, camarada —dijo alegremente Michel Zorn a William Emery—, ¡y que el Dios de la precisión nos ayude!

La primera operación consistió en trazar sobre el terreno, en su parte más llana y más pareja, una dirección rectilínea. La disposición del suelo dio a esta recta la orientación de sudeste a noroeste. Su rectitud se obtuvo por medio de estacas clavadas en tierra a corta distancia unas de otras, que formaron otros tantos jalones. Michel Zorn, provisto de un anteojo de retículo, verificaba la colocación de estos jalones y la reconocía exacta cuando el hilo vertical del retículo dividía todas sus imágenes focales en partes iguales.

Esta dirección rectilínea fue así levantada a lo largo de unas nueve millas, longitud presunta que los astrónomos pensaban dar a su base. Cada estaca había sido provista en su extremo superior de una mira que debía facilitar la colocación de las reglas metálicas. Este trabajo exigió algunos días para ser llevado a buen término. Los dos jóvenes lo realizaron con escrupulosa exactitud.

Se trataba entonces de colocar, una a continuación de otra, las reglas destinadas a medir directamente la base del primer triángulo, operación que puede parecer muy sencilla, pero que exige, por el contrario, precauciones infinitas, y de la cual depende en gran parte el éxito de una triangulación.

He aquí cuáles fueron las disposiciones tomadas para la colocación de las reglas en cuestión, que se describirán a continuación.

Durante la mañana del 10 de marzo se instalaron sobre el terreno unos zócalos de madera, siguiendo la dirección rectilínea ya levantada. Estos zócalos, doce en número, se apoyaban por su parte inferior en tres tornillos de hierro, cuyo juego no era más que de algunas pulgadas, que les impedían deslizarse y los mantenían, por su adherencia, en una posición invariable.

Sobre estos zócalos se dispusieron pequeñas piezas de madera perfectamente niveladas, que debían sostener las reglas y contenerlas en pequeñas monturas. Estas monturas fijaban su dirección, sin entorpecer su dilatación, que había de variar según la temperatura y de la que importaba tener en cuenta en la operación.

Cuando los doce zócalos hubieron sido fijados y cubiertos con las piezas de madera, el coronel Everest y Mathieu Strux se ocuparon de la tan delicada colocación de las reglas, operación en la que tomaron parte los dos jóvenes. En cuanto a Nicolas Palander, lápiz en mano, estaba listo para anotar en un doble registro las cifras que le fueran transmitidas.

Las reglas empleadas eran seis, y de una longitud determinada de antemano con una precisión absoluta. Habían sido comparadas con la antigua toesa francesa, generalmente adoptada para las mediciones geodésicas.

Estas reglas tenían dos toesas de largo, seis líneas de ancho y una línea de espesor. El metal empleado en su fabricación había sido el platino, metal inalterable al aire en circunstancias habituales, y completamente inoxidable, tanto en frío como en caliente. Pero estas reglas de platino debían sufrir un alargamiento o una disminución de los que era preciso tener en cuenta, bajo la acción variable de la temperatura. Se había ideado, pues, dotar a cada una de ellas de su propio termómetro, termómetro metálico fundado en la propiedad que tienen los metales de modificarse desigualmente bajo la influencia del calor. Por eso cada una de estas reglas estaba recubierta de otra regla de cobre, algo inferior en longitud. Un nonio, dispuesto en el extremo de la regla de cobre, indicaba exactamente el alargamiento relativo de dicha regla, lo cual permitía deducir el alargamiento absoluto del platino. Además, las variaciones del nonio habían sido calculadas de tal modo que se podía evaluar una dilatación, por pequeña que fuese, en la regla de platino. Se comprende, pues, con qué precisión era posible operar. Este nonio estaba,

por lo demás, provisto de un microscopio que permitía apreciar cuartos de cienmilésima de toesa.

Las reglas se dispusieron, pues, sobre las piezas de madera, una a continuación de otra, pero sin tocarse, pues era preciso evitar el choque, por leve que fuese, que hubiera resultado de un contacto inmediato. El coronel Everest y Mathieu Strux colocaron ellos mismos la primera regla sobre la pieza de madera, en la dirección de la base. A unas cien toesas de allí, aproximadamente, encima de la primera estaca, se había establecido una mira, y como las reglas estaban armadas de dos puntas verticales de hierro implantadas en el eje mismo, resultaba fácil colocarlas exactamente en la dirección deseada. En efecto, Emery y Zorn, tras retirarse hacia atrás y tenderse en el suelo, examinaron si las dos puntas de hierro se proyectaban bien sobre el centro de la mira. Hecho esto, quedaba asegurada la buena dirección de la regla.

— Ahora —dijo el coronel Everest— es preciso determinar de manera precisa el punto de partida de nuestra operación, llevando una plomada tangente al extremo de la primera regla. Ninguna montaña ejercerá una acción perceptible sobre este hilo, y de este modo marcará exactamente sobre el suelo el extremo de la base.

— Sí —respondió Mathieu Strux—, a condición, sin embargo, de que tengamos en cuenta el semiespesor del hilo en el punto de contacto.

— Así lo entiendo —respondió el coronel Everest.

Fijado de manera precisa el punto de partida, el trabajo prosiguió. Pero no bastaba con que la regla estuviera colocada exactamente en la dirección rectilínea de la base; era preciso tener en cuenta también su inclinación con respecto al horizonte.

— ¿No tenemos la pretensión, supongo —dijo el coronel Everest—, de colocar esta regla en una posición perfectamente horizontal?

— No —respondió Mathieu Strux—, bastará con medir con un nivel el ángulo que cada regla forme con el horizonte, y así podremos reducir la longitud medida a la longitud verdadera.

Estando de acuerdo los dos sabios, se procedió a esta medición por medio de un nivel especialmente construido a tal efecto, formado por una alidada móvil alrededor de una charnela colocada en el vértice de una escuadra de

madera. Un nonio indicaba la inclinación por la coincidencia de sus divisiones con las de una regla fija que llevaba un arco de diez grados, dividido de cinco en cinco minutos.

Se aplicó el nivel sobre la regla y se comprobó el resultado. En el momento en que Nicolas Palander iba a inscribirlo en su registro, después de haber sido sucesivamente controlado por los dos sabios, Mathieu Strux pidió que el nivel fuera invertido de un extremo a otro, de manera que se pudiera leer la diferencia de los dos arcos. Esta diferencia se convertía entonces en el doble de la inclinación buscada, y el trabajo quedaba así controlado. El consejo del astrónomo ruso fue seguido desde entonces en todas las operaciones de este género.

En ese momento se observaban dos puntos importantes: la dirección de la regla con respecto a la base, y el ángulo que formaba con respecto al horizonte. Las cifras resultantes de esta observación fueron consignadas en dos registros diferentes, y firmadas al margen por los miembros de la comisión anglorrusa.

Quedaban por anotar dos observaciones no menos importantes para terminar el trabajo relativo a la primera regla: primero, su variación termométrica; después, la evaluación exacta de la longitud medida por ella.

En cuanto a la variación termométrica, quedó fácilmente indicada por la comparación de las diferencias de longitud entre la regla de platino y la regla de cobre. El microscopio, observado sucesivamente por Mathieu Strux y el coronel Everest, dio la cifra absoluta de la variación de la regla de platino, variación que fue inscrita en el doble registro, de manera que pudiera reducirse más tarde a la temperatura de 16 grados centígrados. Cuando Nicolas Palander hubo anotado las cifras obtenidas, estas cifras fueron inmediatamente cotejadas por todos.

Se trataba entonces de anotar la longitud realmente medida. Para obtener este resultado, era necesario colocar la segunda regla sobre la pieza de madera, a continuación de la primera, dejando un pequeño intervalo entre ambas. Esta segunda regla fue dispuesta como lo había sido la anterior, después de haberse verificado escrupulosamente si las cuatro puntas de hierro estaban bien alineadas con el centro de la mira.

No quedaba, pues, más que medir el intervalo dejado entre las dos reglas. En el extremo de la primera, y en la parte que no cubría la regla de cobre, se hallaba una pequeña lengüeta de platino que se deslizaba con leve rozamiento entre dos correderas. El coronel Everest empujó esta lengüeta, de manera que llegara a tocar la segunda regla. Como dicha lengüeta estaba dividida en diez milésimas de toesa, y un nonio inscrito en una de las correderas, provisto de su microscopio, daba las cienmilésimas, se pudo evaluar con certeza matemática el intervalo dejado adrede entre las dos reglas. La cifra fue anotada de inmediato en el doble registro e inmediatamente cotejada.

Se tomó todavía otra precaución, por consejo de Michel Zorn, para obtener una evaluación más rigurosa. La regla de cobre cubría la regla de platino. Podía, pues, ocurrir que, bajo la acción de los rayos solares, el platino, así resguardado, se calentara más lentamente que el cobre. A fin de evitar esta diferencia en la variación termométrica, se cubrieron las reglas con un pequeño techo elevado unas pulgadas, de manera que no estorbase las diversas observaciones. Solo que, cuando, al atardecer o por la mañana, los rayos solares, dirigidos oblicuamente, penetraban bajo el techo hasta las reglas, se tendía una tela del lado del sol, de manera que detuviera sus rayos.

Tales fueron las operaciones que se llevaron a cabo con esta paciencia y esta minuciosidad durante más de un mes. Cuando las cuatro reglas habían sido colocadas y verificadas sucesivamente desde el cuádruple punto de vista de la dirección, la inclinación, la dilatación y la longitud efectiva, se recomenzaba el trabajo con la misma regularidad, trasladando los zócalos, los caballetes y la primera regla a continuación de la cuarta. Estas maniobras exigían mucho tiempo, a pesar de la habilidad de los operadores. No medían más de doscientas veinte a doscientas treinta toesas por día, y aun así, con ciertos tiempos desfavorables, cuando el viento era demasiado violento y podía comprometer la inmovilidad de los aparatos, se suspendía la operación.

Cada día, al llegar la tarde, unos tres cuartos de hora antes de que la falta de luz hiciese imposible la lectura de los nonios, los sabios suspendían su trabajo y tomaban las precauciones siguientes, a fin de reanudarlo a la mañana siguiente. La regla que llevaba el número 1 era colocada de manera provisional, y se marcaba sobre el suelo el punto donde debía terminar. En ese punto se hacía un agujero, en el cual se hincaba una estaca a la que se

ataba una placa de plomo. Se volvía entonces a colocar la regla número 1 en su posición definitiva, después de haber observado su inclinación, su variación termométrica y su dirección; se anotaba el alargamiento medido por la regla número 4; luego, por medio de una plomada tangente al extremo anterior de la regla número 1, se hacía una marca en la placa de la estaca. En ese punto se trazaban cuidadosamente dos líneas que se cortaban en ángulo recto, una en el sentido de la base, la otra en el sentido de la perpendicular. Después, cubierta la placa de plomo con una tapa de madera, se rellenaba el agujero y se enterraba la estaca hasta el día siguiente. De este modo, un accidente cualquiera podía trastornar los aparatos durante la noche, sin que fuese necesario recomenzar la operación por completo.

Al día siguiente, descubierta la placa, se volvía a colocar la primera regla en la misma posición que la víspera, por medio de la plomada, cuya punta debía caer exactamente sobre el punto trazado por las dos líneas.

Tal fue la serie de operaciones que se prosiguieron durante treinta y ocho días sobre aquella llanura tan favorablemente nivelada. Todas las cifras fueron escritas por duplicado, verificadas, cotejadas y aprobadas por todos los miembros de la comisión.

Pocas discusiones se produjeron entre el coronel Everest y su colega ruso. Algunas cifras, leídas en el nonio, y que acusaban cuatrocientas milésimas de toesa, dieron lugar en ocasiones a un intercambio de palabras agri-dulces. Pero, llamada a pronunciarse la mayoría, su opinión hacía ley, y era preciso inclinarse ante ella.

Una sola cuestión provocó entre los dos rivales réplicas más que vivas, que exigieron la intervención de sir John Murray. Fue la cuestión de la longitud que había de darse a la base del primer triángulo. Era cierto que cuanto más larga fuese esta base, más fácil sería medir el ángulo que formaba el vértice del primer triángulo, puesto que sería más abierto. Sin embargo, esta longitud no podía prolongarse indefinidamente. El coronel Everest proponía una base de seis mil toesas de largo, casi igual a la base medida directamente sobre la carretera de Melun. Mathieu Strux quería prolongar esta medida hasta diez mil toesas, puesto que el terreno se prestaba a ello.

En esta cuestión, el coronel Everest se mostró intransigente. Mathieu Strux parecía igualmente decidido a no ceder. Tras los argumentos más o menos plausibles, se llegó a lo personal. La cuestión de nacionalidad ame-

nazó con surgir en cierto momento. Ya no eran dos sabios, eran un inglés y un ruso frente a frente. Por fortuna, este debate quedó interrumpido a causa de un mal tiempo que duró algunos días; los ánimos se calmaron, y se decidió por mayoría que la medida de la base quedaría definitivamente fijada en unas ocho mil toesas, lo cual repartió la diferencia por mitad.

En resumen, la operación se llevó a buen término y se condujo con extrema precisión. En cuanto al rigor matemático, había de controlarse más tarde, midiendo una nueva base en el extremo septentrional de la meridiana.

En suma, esta base, medida directamente, dio como resultado ocho mil treinta y siete toesas y setenta y cinco centésimas, y sobre ella iba a apoyarse la serie de triángulos cuya red debía cubrir el África austral en un espacio de varios grados.

[Nota 1] O sea, 160 kilómetros o 40 leguas.

[Nota 2] O sea, 175 leguas.

[Nota 3] Aparato que sirve para fraccionar el intervalo entre los puntos de división de una línea recta o de un arco de círculo.

[Nota 4] La presencia de una montaña puede, en efecto, por su atracción, desviar la dirección de un hilo, y fue precisamente la cercanía de los Alpes lo que produjo una diferencia bastante notable entre la longitud observada y la longitud medida del arco que se calculó entre Andrate y Mondovì.

CAPÍTULO VIII. EL VIGÉSIMO CUARTO

MERIDIANO

La medición de la base había exigido un trabajo de treinta y ocho días. Comenzada el 6 de marzo, no se terminó hasta el 13 de abril. Sin perder un instante, los jefes de la expedición resolvieron emprender inmediatamente la serie de triángulos.

Ante todo, se trataba de determinar la latitud del punto sur en el que comenzaría el arco de meridiano que se había de medir. Una operación semejante debía repetirse en el punto terminal del arco, al norte, y por la diferencia de las latitudes se conocería el número de grados del arco medido.

Desde el 14 de abril se realizaron las observaciones más precisas con el fin de determinar la latitud del lugar. Ya, durante las noches precedentes, cuando la operación de la base estaba suspendida, William Emery y Michel Zorn habían obtenido numerosas alturas de estrellas por medio de un círculo repetidor de Fortin. Estos jóvenes habían observado con una precisión tal, que el límite de las desviaciones extremas de las observaciones no llegó siquiera a dos segundos sexagesimales, desviaciones debidas probablemente a las variaciones de las refracciones producidas por el cambio de configuración de las capas atmosféricas.

De estas observaciones, tan minuciosamente repetidas, se pudo deducir, con una aproximación más que suficiente, la latitud del punto austral del arco.

Esta latitud era, en grados decimales, de 27,951789.

Obtenida así la latitud, se calculó la longitud, y el punto fue trasladado a un excelente mapa del África austral, trazado a gran escala. Este mapa re-

producía los descubrimientos geográficos hechos recientemente en aquella parte del continente africano, las rutas de los viajeros o naturalistas, tales como Livingstone, Anderson, Magyar, Baldwin, Vaillant, Burchell, Lichtenstein. Se trataba de elegir en este mapa el meridiano cuyo arco había de medirse entre dos estaciones bastante alejadas la una de la otra, en varios grados. Se comprende, en efecto, que cuanto más largo sea el arco medido, más se atenuará la influencia de los errores posibles en la determinación de las latitudes. El que se extiende de Dunquerque a Formentera comprendía cerca de diez grados del meridiano de París, o sea exactamente $9^{\circ} 56'$.

Ahora bien, en la triangulación anglorrusa que iba a emprenderse, la elección del meridiano debía hacerse con extrema circunspección. Era preciso no toparse con obstáculos naturales, tales como montañas insalvables o vastas extensiones de agua, que hubieran detenido la marcha de los observadores. Por fortuna, aquella porción del África austral parecía prestarse maravillosamente a una operación de este género. Los levantamientos del terreno se mantenían allí en una proporción modesta. Los cursos de agua eran poco numerosos y fácilmente franqueables. Se podía tropezar con peligros, no con obstáculos.

Esta parte del África austral está ocupada, en efecto, por el desierto de Kalahari, vasto territorio que se extiende desde el río Orange hasta el lago Ngami, entre el paralelo veinte y el paralelo veintinueve meridionales. Su anchura comprende el espacio contenido entre el Atlántico, al oeste, y el meridiano veinticinco al este de Greenwich. Fue sobre este meridiano donde se elevó, en 1849, el doctor Livingstone, siguiendo el límite oriental del desierto, cuando avanzó hasta el lago Ngami y las cataratas del Zambeze. En cuanto al desierto propiamente dicho, no merece en realidad ese nombre. Ya no se trata de las llanuras del Sáhara, como se estaría tentado de creer, llanuras arenosas, desprovistas de vegetación, a las que su aridez hace casi infranqueables. El Kalahari produce una gran cantidad de plantas; su suelo está cubierto de hierbas abundantes; posee espesos matorrales y bosques de grandes árboles; los animales pululan en él, tanto caza salvaje como fieras temibles; está habitado o recorrido por tribus sedentarias o nómadas de bosquimanos y bakalaharis. Pero el agua falta en este desierto durante la mayor parte del año. Los numerosos lechos de ríos que lo cortan están entonces secos, y la sequedad del suelo es el verdadero obstáculo para la exploración de esta parte de África. Sin embargo, en esa época, la estación de las lluvias

acababa apenas de terminar, y todavía se podía contar con importantes reservas de agua estancada, conservada en charcas, lagunas o arroyos.

Tales fueron los informes proporcionados por el cazador Mokoum. Conocía aquel Kalahari por haberlo frecuentado muchas veces, ya como cazador por cuenta propia, ya como guía adscrito a alguna exploración geográfica. El coronel Everest y Mathieu Strux estuvieron de acuerdo en que aquel vasto emplazamiento presentaba todas las condiciones favorables para una buena triangulación.

Quedaba por elegir el meridiano sobre el cual se había de medir un arco de varios grados. ¿Podría tomarse este meridiano en uno de los extremos de la base, lo que evitaría tener que unir esta base a otro punto del Kalahari mediante una serie de triángulos auxiliares?

Esta circunstancia fue cuidadosamente examinada, y tras la discusión, se reconoció que el extremo sur de la base podía servir de punto de partida. Este meridiano era el vigésimo cuarto al este de Greenwich: se prolongaba en un espacio de al menos siete grados, del vigésimo al vigésimo séptimo, sin encontrar obstáculos naturales, o al menos el mapa no señalaba ninguno. Solo hacia el norte atravesaba el lago Ngami en su porción oriental, pero esto no era un impedimento insuperable, y Arago había experimentado dificultades mucho mayores cuando unió geodésicamente la costa de España con las islas Baleares.

Se decidió, pues, que el arco que había de medirse se tomaría sobre el vigésimo cuarto meridiano, que, prolongado hasta Europa, ofrecería la facilidad de medir un arco septentrional en el propio territorio del imperio ruso.

Las operaciones comenzaron enseguida, y los astrónomos se ocuparon de elegir la estación a la que debía llegar el vértice del primer triángulo, que tendría por base la base medida directamente.

La primera estación se eligió hacia la derecha de la meridiana. Era un árbol aislado, situado a una distancia de unas diez millas, sobre una prominencia del terreno. Era perfectamente visible, tanto desde el extremo sudeste de la base como desde su extremo noroeste, puntos en los que el coronel Everest mandó levantar dos pilones. Su copa puntiaguda permitía marcarlo con extrema precisión.

Los astrónomos se ocuparon primero de medir el ángulo que formaba aquel árbol con el extremo sudeste de la base. Este ángulo se midió por medio de un círculo repetidor de Borda, dispuesto para las observaciones geodésicas. Los dos anteojos del instrumento estaban colocados de tal manera que sus ejes ópticos quedasen exactamente en el plano del círculo; uno apuntaba al extremo noroeste de la base, y el otro, al árbol aislado elegido al nordeste; indicaban así, por su separación, la distancia angular que separaba estas dos estaciones. Huelga añadir que este admirable instrumento, construido con extrema perfección, permitía a los observadores reducir tanto como quisieran los errores de observación.

Y, en efecto, por el método de la repetición, estos errores, cuando las repeticiones son numerosas, tienden a compensarse y a destruirse mutuamente. En cuanto a los nonios, a los niveles, a las plomadas destinados a asegurar la correcta colocación del aparato, no dejaban nada que desear. La comisión anglorrusa poseía cuatro círculos repetidores. Dos debían servir para las observaciones geodésicas, tales como la medición de los ángulos que había que determinar; los otros dos, cuyos círculos estaban colocados en posición vertical, permitían, por medio de horizontes artificiales, obtener distancias cenitales y, por consiguiente, calcular, incluso en una sola noche, la latitud de una estación con la aproximación de una pequeña fracción de segundo. En efecto, en esta gran operación de triangulación, era preciso no solo obtener el valor de los ángulos que formaban los triángulos geodésicos, sino también medir, a ciertos intervalos, la altura meridiana de las estrellas, altura igual a la latitud de cada estación.

El trabajo comenzó en la jornada del 14 de abril. El coronel Everest, Michel Zorn y Nicolas Palander calcularon el ángulo que el extremo sudeste de la base formaba con el árbol, mientras que Mathieu Strux, William Emery y sir John Murray, trasladándose al extremo noroeste, midieron el ángulo que este extremo formaba con el mismo árbol.

Entretanto, se levantaba el campamento, se uncían los bueyes, y la caravana, bajo la dirección del bosquimano, se dirigía hacia la primera estación, que debía servir de lugar de parada. Dos caamas y sus conductores, destinados al transporte de los instrumentos, acompañaban a los observadores.

El tiempo estaba bastante despejado y se prestaba a la operación. Se había decidido, por lo demás, que si la atmósfera llegaba a estorbar las medi-

ciones, las observaciones se harían durante la noche por medio de faroles o de lámparas eléctricas, de las que iba provista la comisión.

Durante esta primera jornada, medidos los dos ángulos, el resultado de las medidas fue anotado en el doble registro, después de haber sido cuidadosamente cotejado. Cuando llegó la noche, todos los astrónomos estaban reunidos con la caravana en torno al árbol que había servido de mira.

Era un enorme baobab cuya circunferencia medía más de ochenta pies. Su corteza, de color de sienita, le daba un aspecto particular. Bajo la inmensa ramazón de aquel gigante, poblada de todo un mundo de ardillas muy aficionadas a sus frutos ovoides de pulpa blanca, toda la caravana pudo hallar sitio, y la comida fue preparada para los europeos por el cocinero de la lancha, al que no le faltó carne de caza. Los cazadores de la tropa habían bati-do los alrededores y matado cierto número de antílopes. Pronto, el olor de las brasas humeantes llenó el aire y avivó el apetito de los observadores, que no necesitaba ser excitado.

Después de esta reconfortante comida, los astrónomos se retiraron a su carreta especial, mientras Mokoum apostaba centinelas en el linde del campamento. Grandes hogueras, alimentadas con las ramas muertas del gigantesco baobab, permanecieron encendidas toda la noche, y contribuyeron a mantener a respetuosa distancia a las fieras que atraía el olor de la carne sangrante.

Sin embargo, tras dos horas de sueño, Michel Zorn y William Emery se levantaron. Su trabajo de observadores no había terminado. Querían calcular la latitud de aquella estación mediante la observación de alturas de estrellas. Ambos, sin preocuparse por las fatigas del día, se instalaron ante los anteojos de su instrumento, y mientras la risa de las hienas y el rugido de los leones resonaban en la sombría llanura, determinaron rigurosamente el desplazamiento que el cenit había sufrido al pasar de la primera estación a la segunda.

[Nota 1] Con el fin de hacer comprender mejor a aquellos de nuestros lectores que no están suficientemente familiarizados con la geometría lo que es esta operación geodésica que se llama triangulación, tomamos las líneas siguientes de las *Lecciones nuevas de Cosmografía* del señor H. Garcet, profesor de matemáticas en el liceo Henri IV. Con la ayuda de la figura adjunta, este curioso trabajo se comprenderá fácilmente: «Sea AB el arco de

meridiano cuya longitud se trata de hallar. Se mide con el mayor cuidado una base AC, que va desde el extremo A del meridiano hasta una primera estación C. Luego se eligen, a uno y otro lado de la meridiana, otras estaciones D, E, F, G, H, I, etc., desde cada una de las cuales se puedan ver las estaciones vecinas, y se miden con el teodolito los ángulos de cada uno de los triángulos ACD, CDE, EDF, etc., que forman entre sí. Esta primera operación permite resolver estos diversos triángulos: pues en el primero se conocen AC y los ángulos, y se puede calcular el lado CD; en el segundo, se conoce CD y los ángulos, y se puede calcular el lado DE; en el tercero, se conoce DE y los ángulos, y se puede calcular el lado EF, y así sucesivamente. Luego se determina en A la dirección de la meridiana por el procedimiento ordinario, y se mide el ángulo MAC que esta dirección forma con la base AC: se conoce, pues, en el triángulo ACM el lado AC y los ángulos adyacentes, y se puede *calcular* el primer tramo AM de la meridiana. Se calcula al mismo tiempo el ángulo M y el lado CM: se conoce, pues, en el triángulo MDN el lado DM = CD – CM y los ángulos adyacentes, y se puede *calcular* el segundo tramo MN de la meridiana, el ángulo N y el lado DN. Se conoce, pues, en el triángulo NEP el lado EN = DE – DN, y los ángulos adyacentes, y se puede *calcular* el tercer tramo NP de la meridiana, y así sucesivamente. Se comprende que así se podrá determinar por partes la longitud del arco total AB.»

[Nota 2] Adanson midió en el África occidental baobabs que tienen hasta 26 metros de circunferencia.

CAPÍTULO IX. UN KRAAL

Al día siguiente, 25 de abril, las operaciones geodésicas se prosiguieron sin interrupción. El ángulo que formaba la estación del baobab con los dos extremos de la base indicados por los pilones fue medido con precisión. Esta nueva marcación permitía comprobar el primer triángulo. Hecho esto, se eligieron otras dos estaciones a la derecha y a la izquierda de la meridiana: una formada por un montículo muy visible que se alzaba a seis millas en la llanura, y la otra señalada mediante un poste indicador a una distancia de unas siete millas.

La triangulación prosiguió así sin contratiempos durante un mes. El 15 de mayo, los observadores habían avanzado un grado hacia el norte, después de haber construido geodésicamente siete triángulos.

El coronel Everest y Mathieu Strux, durante esta primera serie de operaciones, apenas habían tenido trato el uno con el otro. Ya se ha visto que, en el reparto del trabajo y para el propio control de las medidas, los dos sabios estaban separados. Trabajaban a diario en estaciones distantes varias millas, y esa distancia era una garantía contra cualquier disputa de amor propio. Al caer la tarde, cada uno regresaba al campamento y se retiraba a su propio alojamiento. Algunas discusiones, es cierto, se suscitaron en varias ocasiones sobre la elección de las estaciones, que debía decidirse en común; pero no dieron lugar a altercados serios. Michel Zorn y su amigo William podían, pues, esperar que, gracias a la separación de los dos rivales, las operaciones geodésicas proseguirían sin provocar un desagradable altercado.

Aquel 15 de mayo, los observadores, tal como se ha dicho, tras haber avanzado un grado desde el punto austral de la meridiana, se hallaban en el

paralelo de Lattakou. La población africana estaba situada a treinta y cinco millas al este de su estación.

En aquel lugar se había establecido recientemente un vasto kraal. Era un punto de descanso muy indicado, y a propuesta de sir John Murray se decidió que la expedición reposaría allí unos días. Michel Zorn y William Emery debían aprovechar aquella pausa para tomar alturas del sol. Durante el alto, Nicolas Palander se ocuparía de las reducciones que había que hacer en las medidas, por las diferencias de nivel de las miras, de manera que todas esas medidas quedaran referidas al nivel del mar. En cuanto a sir John Murray, quería descansar de sus observaciones científicas estudiando, a tiros de fusil, la fauna de la región.

Los indígenas del África austral llaman «kraal» a una especie de aldea móvil, de población ambulante que se traslada de un pastizal a otro. Es un recinto, compuesto de unas treinta viviendas aproximadamente, y que pueblan varios centenares de habitantes.

El kraal al que llegó la expedición anglorrusa formaba una importante aglomeración de chozas, dispuestas circularmente en las orillas de un arroyo, afluente del Kuruman. Estas chozas, hechas de esteras aplicadas sobre montantes de madera, esteras tejidas de juncos e impermeables, se asemejaban a colmenas bajas, cuya entrada, cerrada con una piel, obligaba al habitante o al visitante a arrastrarse de rodillas. Por esa única abertura salía en remolinos el humo acre del hogar interior, lo que debía de hacer la habitabilidad de esas chozas bastante problemática para cualquiera que no fuese un bosquimano o un hotentote.

A la llegada de la caravana, toda aquella población se puso en movimiento. Los perros, encargados de la guardia de cada cabaña, ladraron con furia. Los guerreros de la aldea, armados de azagayas, cuchillos y mazas, y protegidos bajo sus escudos de cuero, avanzaron. Su número podía calcularse en doscientos, lo que indicaba la importancia de aquel kraal, que no debía de tener menos de sesenta a ochenta casas; encerradas en un seto de empalizada guarnecido de agaves espinosos de cinco a seis pies de largo, esas chozas estaban al abrigo de las fieras.

Sin embargo, las disposiciones belicosas de los indígenas se disiparon rápidamente en cuanto el cazador Mokoum hubo dicho unas palabras a uno de los jefes del kraal. La caravana obtuvo permiso para acampar cerca de

las empalizadas, en las mismas orillas del arroyo. Los bosquimanos ni siquiera pensaron en disputarle su parte de los pastos que se extendían a uno y otro lado a lo largo de varias millas. Los caballos, los bueyes y demás rumiantes de la expedición podían alimentarse allí en abundancia sin causar ningún perjuicio a la población ambulante.

Inmediatamente, bajo las órdenes y la dirección del bosquimano, se organizó el campamento según el método habitual. Las carretas se agruparon en círculo, y cada cual se entregó a sus propias ocupaciones.

Sir John Murray, dejando entonces a sus compañeros con sus cálculos y sus observaciones científicas, partió, sin perder una hora, en compañía de Mokoum. El cazador inglés montaba su caballo de costumbre, y Mokoum, su cebra domesticada. Tres perros los seguían retozando. Sir John Murray y Mokoum iban armados cada uno con una carabina de caza de bala explosiva, lo que denotaba por su parte la intención de atacar a las fieras de la comarca.

Los dos cazadores se dirigieron hacia el nordeste, hacia una región boscosa situada a algunas millas del kraal. Ambos cabalgaban uno junto al otro y conversaban.

—Espero, maestro Mokoum —dijo sir John Murray—, que aquí cumplirá usted la promesa que me hizo en las cataratas de Morgheda de conducirme al centro de la comarca más rica en caza del mundo. Pero sepa que no he venido al África austral para tirar liebres o dar caza a zorros. Eso ya lo tenemos en nuestras highlands de Escocia. Antes de una hora quiero haber derribado...

—¡Antes de una hora! —respondió el bosquimano—. Su Señoría me permitirá decirle que eso es ir un poco deprisa, y que ante todo hay que tener paciencia. Yo solo soy paciente en la caza, y con eso rescato todas las demás impaciencias de mi vida. ¿Acaso desconoce usted, sir John, que cazar la caza mayor es toda una ciencia, que hay que aprender cuidadosamente el terreno, conocer las costumbres de los animales, estudiar sus pasos, y luego rodearlos durante largas horas de manera que se los aborde a favor del viento? ¿Sabe usted que no hay que permitirse ni un grito inoportuno, ni un paso en falso ruidoso, ni una mirada indiscreta? Yo he pasado jornadas enteras acechando a un búfalo o a un gemsbok, y cuando, tras treinta y seis horas de

astucia y paciencia, había abatido a la bestia, no creía haber perdido el tiempo.

—Muy bien, amigo mío —respondió sir John Murray—, pondré a su servicio toda la paciencia que usted me pida; pero no olvidemos que este alto no durará más de tres o cuatro días, y que no hay que perder ni una hora ni un minuto.

—Es una consideración —respondió el bosquimano con un tono tan sereno que William Emery no habría reconocido a su compañero de viaje del río Orange—, es una consideración. Mataremos lo que se presente, sir John, no elegiremos. Antílope o gamo, ñu o gacela, todo será bueno para unos cazadores tan apremiados.

—¡Antílope o gacela! —exclamó sir John Murray—, no pido tanto para mi debut en tierra africana. Pero entonces, ¿qué espera usted ofrecerme, mi buen bosquimano?

El cazador miró a su compañero con aire singular, y luego, en tono irónico:

—En cuanto Su Señoría se declare satisfecho —respondió—, ya no tendré nada más que decir. Yo creía que no me daría por libre por menos de un par de rinocerontes o una pareja de elefantes.

—Cazador —replicó sir John Murray—, iré adonde usted me lleve. Mataré lo que usted me diga que mate. Así que, adelante, y no perdamos el tiempo en palabras inútiles.

Pusieron los caballos al medio galope, y los dos cazadores avanzaron rápidamente hacia el bosque.

La llanura que atravesaban ascendía en suave pendiente hacia el nordeste. Estaba sembrada aquí y allá de innumerables matorrales, entonces en plena floración, de los que manaba una resina viscosa, transparente y perfumada, con la que los colonos hacen un bálsamo para las heridas. En grupos pintorescamente agrupados se alzaban los «nwanas», una especie de higueras sicómoros, cuyo tronco, desnudo hasta una altura de treinta a cuarenta pies, sostenía una vasta sombrilla de verdor. En aquel espeso follaje charlaba todo un mundo de loros chillones, muy afanados en picotear los higos agrios del sicómoro. Más allá había mimosas de racimos amarillos, «árboles de plata» que sacudían sus copos sedosos, álces de largas espigas de un rojo

vivo que se habrían tomado por arborescencias coralinas arrancadas del fondo de los mares. El suelo, esmaltado de encantadoras amarilis de follaje azulado, se prestaba a la marcha rápida de los caballos. Menos de una hora después de haber salido del kraal, sir John Murray y Mokoum llegaban a la linde del bosque. Era una alta arboleda de acacias que se extendía por un espacio de varias millas cuadradas. Aquellos árboles innumerables, plantados sin orden, entrelazaban sus ramas y no dejaban llegar los rayos del sol hasta el suelo, cubierto de espinos y hierbas altas. Sin embargo, la cebrá de Mokoum y el caballo de sir John no vacilaron en aventurarse bajo aquella espesa bóveda, y se abrieron paso entre los troncos irregularmente espaciados. Aquí y allá se abrían amplios claros en medio del monte bajo, y los cazadores se detenían en ellos para observar la maleza circundante.

Hay que decir que aquella primera jornada no fue favorable a Su Señoría. En vano recorrieron él y su compañero una amplia porción del bosque. Ningún ejemplar de la fauna africana se molestó en recibirlos, y sir John pensó más de una vez en sus llanuras escocesas, donde un tiro de fusil no se hacía esperar. Quizá la cercanía del kraal había contribuido a alejar a la caza, recelosa. En cuanto a Mokoum, no mostraba ni sorpresa ni despecho. Para él, aquella cacería no era una cacería, sino una carrera precipitada a través del bosque.

Hacia las seis de la tarde hubo que pensar en regresar al campamento. Sir John Murray estaba muy contrariado, aunque sin querer admitirlo: ¡un cazador emérito volver «con las manos vacías»! ¡Jamás! Se prometió, pues, disparar contra el primer animal, fuera cual fuese, ave o cuadrúpedo, caza o fiera, que pasara al alcance de su fusil.

La suerte pareció favorecerlo. No se hallaban los dos cazadores a más de tres millas del kraal cuando un roedor, de esa especie africana designada con el nombre de «*lepus rupestris*», una liebre, dicho en una palabra, saltó de un matorral a ciento cincuenta pasos de sir John. Sir John no vaciló, y disparó al inofensivo animal una bala de su carabina.

El bosquimano lanzó un grito de indignación. ¡Una bala a una simple liebre, a la que se habría dado cuenta con perdigones del seis! Pero el cazador inglés tenía interés en su roedor, y corrió al galope hacia el lugar donde debía de haber caído la pieza.

¡Carrera inútil! De la liebre, ni rastro; algo de sangre en el suelo, pero ni un pelo. Sir John buscaba bajo los matorrales, entre las matas de hierba. Los perros husmeaban en vano entre la maleza.

—¡Sin embargo, le he dado!—exclamaba sir John.

—Demasiado le ha dado —respondió tranquilamente el bosquimano—. Cuando se dispara a una liebre con una bala explosiva, sería sorprendente encontrar de ella ni una migaja.

Y, en efecto, la liebre se había dispersado en pedazos impalpables. Su Señoría, absolutamente contrariado, volvió a montar en su caballo y, sin añadir palabra, regresó al campamento.

Al día siguiente, el bosquimano esperaba que sir John Murray le hiciera nuevas propuestas de caza. Pero el inglés, muy dolido en su amor propio, evitó encontrarse con Mokoum. Pareció olvidar todo proyecto cinegético, y se ocupó de comprobar los instrumentos y de hacer observaciones. Luego, para distraerse, visitó el kraal bosquimano, mirando a los hombres ejercitarse en el manejo del arco, o tocar el «gorah», una especie de instrumento compuesto de una tripa tensada sobre un arco, que el artista hace vibrar soplando a través de una pluma de avestruz. Entre tanto, las mujeres se dedicaban a las tareas domésticas, fumando el «matokouané», es decir, la insalubre planta del cáñamo, distracción compartida por la mayoría de los indígenas. Según la observación de algunos viajeros, esta inhalación de cáñamo aumenta la fuerza física en detrimento de la energía moral. Y, en efecto, varios de aquellos bosquimanos parecían como embotados por la embriaguez del matokouané.

Al día siguiente, 17 de mayo, sir John Murray, al amanecer, fue despertado por esta simple frase pronunciada junto a su oído:

—Creo, Su Señoría, que hoy tendremos más suerte. ¡Pero no volvamos a disparar a las liebres con obuses de montaña!

Sir John Murray no se inmutó al oír aquella recomendación irónica, y se declaró dispuesto a partir. Los dos cazadores se alejaron unas millas a la izquierda del campamento, incluso antes de que sus compañeros estuvieran despiertos. Sir John llevaba esta vez una simple escopeta, admirable arma de F. Goldwin, en verdad más adecuada para una simple caza de gamo o antílope que la terrible carabina. Es cierto que los paquidermos y los carnívo-

ros podían encontrarse por la llanura. Pero sir John tenía atravesada en el corazón la «explosión» de la liebre, y habría preferido disparar a un león con perdigones antes que repetir semejante lance, sin precedente en los anales del deporte.

Aquel día, tal como Mokoum había previsto, la fortuna favoreció a los dos cazadores. Abatieron una pareja de «harrisbucks», una especie de antílopes negros, muy raros y difíciles de matar. Eran hermosos animales, de cuatro pies de altura, de largos cuernos divergentes y elegantemente curvados en forma de cimitarra. Tenían el hocico afinado y comprimido lateralmente, la pezuña negra, el pelo tupido y suave, las orejas estrechas y puntiagudas. Su vientre y su rostro, blancos como la nieve, contrastaban con el pelaje negro del lomo, que acariciaba una ondulante crin. Unos cazadores bien podían mostrarse orgullosos de semejante lance, pues el harrisbuck siempre ha sido el desiderátum de los Delegorgue, los Valhberg, los Cumming, los Baldwin, y es también uno de los más admirables especímenes de la fauna austral.

Pero lo que hizo latir el corazón del cazador inglés fueron ciertas huellas que el bosquimano le mostró en la linde de un espeso monte bajo, no lejos de una vasta y profunda laguna, rodeada de gigantescas euforbias, cuya superficie estaba toda constelada de las corolas azul celeste del lirio de agua.

—Señor —le dijo Mokoum—, si mañana, hacia las primeras horas del día, Su Señoría quiere venir a la espera en este lugar, esta vez le aconsejaré que no olvide su carabina.

—¿Qué le hace hablar así, Mokoum? —preguntó sir John Murray.

—Estas huellas frescas que ve usted en la tierra húmeda.

—¡Cómo! ¿Estas anchas huellas son pisadas de animales? ¡Pues entonces las patas que las han dejado tienen más de media toesa de circunferencia!

—Eso prueba sencillamente —respondió el bosquimano— que el animal que deja semejantes huellas mide al menos nueve pies a la altura de la cruz.

—¡Un elefante! —exclamó sir John Murray.

—Sí, Su Señoría, y, si no me equivoco, un macho adulto que ha alcanzado todo su crecimiento.

—Hasta mañana, entonces, bosquimano.

—Hasta mañana, Su Señoría.

Los dos cazadores volvieron al campamento, trayendo los «harrisbucks», que habían sido cargados sobre el caballo de sir John Murray. Aquellos hermosos antílopes, tan raramente capturados, suscitaron la admiración de toda la caravana. Todos felicitaron a sir John, salvo quizá el grave Mathieu Strux, que, en materia de animales, apenas conocía otros que la Osa Mayor, el Dragón, el Centauro, Pegaso y demás constelaciones de la fauna celeste.

Al día siguiente, a las cuatro, los dos compañeros de caza, inmóviles sobre sus caballos, con los perros a su lado, aguardaban en medio de un espeso monte bajo la llegada de la manada de paquidermos. Por nuevas huellas habían reconocido que los elefantes acudían en manada a beber a la laguna. Ambos iban armados de carabinas rayadas de balas explosivas. Llevaban observando el monte bajo cerca de media hora, inmóviles y silenciosos, cuando vieron agitarse la oscura espesura a cincuenta pasos de la laguna.

Sir John Murray había asido su fusil, pero el bosquimano le retuvo la mano y le hizo señas de moderar su impaciencia.

Pronto aparecieron grandes sombras. Se oía abrirse la maleza bajo una presión irresistible; la madera crujía; los matorrales aplastados crepitaban en el suelo; un soplo ruidoso pasaba entre las ramas. Era la manada de elefantes. Media docena de aquellos gigantescos animales, casi tan corpulentos como sus congéneres de la India, avanzaban a paso lento hacia la laguna.

La luz, que iba haciéndose poco a poco, permitió a sir John admirar aquellos poderosos animales. Uno de ellos, un macho de tamaño enorme, atrajo especialmente su atención. Su ancha frente convexa se desplegaba entre unas vastas orejas que le colgaban hasta más abajo del pecho. Sus dimensiones colosales parecían aún acrecentadas por la penumbra. Aquel elefante proyectaba vivamente su trompa por encima de la maleza, y golpeaba con sus colmillos curvados los gruesos troncos de árboles, que gemían al choque. Quizá el animal presentía un peligro próximo.

Entretanto, el bosquimano se había inclinado al oído de sir John Murray, y le había dicho:

—¿Le conviene ese?

Sir John hizo una señal afirmativa.

—Bien —añadió Mokoum—, lo separaremos del resto de la manada.

En ese momento, los elefantes llegaron a la orilla de la laguna. Sus patas esponjosas se hundían en el fango blando. Sacaban agua con la trompa, y esa agua, vertida en su ancho gazonete, producía un glugluteo retumbante. El gran macho, seriamente inquieto, miraba a su alrededor y aspiraba ruidosamente el aire para captar alguna emanación sospechosa.

De pronto, el bosquimano dejó oír un grito peculiar. Sus tres perros, ladrando de inmediato con vigor, saltaron fuera del monte bajo y se precipitaron hacia la manada de paquidermos. Al mismo tiempo, Mokoum, tras decir a su compañero esta única palabra: «quédese», espoleó su cebría y franqueó el matorral de manera que cortara la retirada al gran macho.

Aquel magnífico animal, por lo demás, no trató de escabullirse mediante la huida. Sir John, con el dedo en el gatillo de su fusil, lo observaba. El elefante golpeaba los árboles con su trompa, y agitaba frenéticamente la cola, dando ya no señales de inquietud, sino señales de cólera. Hasta entonces solo había olido al enemigo. En ese momento lo vio y se abalanzó sobre él.

Sir John Murray estaba entonces apostado a sesenta pasos del animal. Esperó a que llegara a cuarenta pasos, y apuntándole al costado, hizo fuego. Pero un movimiento del caballo alteró la precisión de su disparo, y la bala solo atravesó carnes blandas sin encontrar un obstáculo suficiente para estallar.

El elefante, furioso, precipitó su carrera, que era más bien una marcha excesivamente rápida que un galope. Pero esa marcha habría bastado para dejar atrás a un caballo.

El caballo de sir John, tras encabritarse, se lanzó fuera del monte bajo, sin que su amo pudiera retenerlo. El elefante lo perseguía, enhiestando las orejas y haciendo resonar su trompa como una llamada de clarín. El cazador, arrastrado por su montura, apretándola con sus vigorosas piernas, trataba de deslizar un cartucho en el «trueno» de su fusil.

Sin embargo, el elefante le iba ganando terreno. Ambos se hallaron pronto en la llanura, fuera de la linde del bosque. Sir John desgarraba con las espuelas los ijares de su caballo, que se desbocaba. Dos de los perros, ladrando junto a sus patas, huían sin resuello. El elefante no le llevaba ni dos cuerpos de retraso. Sir John sentía su resoplido ruidoso, oía los silbidos de la

trompa que azotaba el aire. A cada instante esperaba verse arrancado de la silla por aquel lazo viviente.

De pronto, el caballo dobló los cuartos traseros. La trompa, abatiéndose, lo había golpeado en la grupa. El animal lanzó un relincho de dolor, y dio un traspié que lo lanzó de costado. Ese traspié salvó a sir John de una muerte segura. El elefante, arrastrado por su velocidad, pasó de largo, pero su trompa, barriendo el suelo, recogió a uno de los perros, al que sacudió en el aire con indescriptible violencia.

A sir John no le quedaba otro recurso que volver a internarse en el bosque. El instinto de su caballo lo llevaba también hacia allí, y pronto franqueaba la linde de un prodigioso impulso.

El elefante, dueño de sí, había reanudado la persecución, blandiendo al desdichado perro, al que le destrozó la cabeza contra el tronco de un sicómoro al precipitarse en el bosque. El caballo se lanzó a un espeso matorral, entrelazado de lianas espinosas, y se detuvo.

Sir John, desgarrado, ensangrentado, pero sin haber perdido un instante su sangre fría, se volvió y, echándose la carabina a la cara, apuntó al elefante al hueco del hombro, a través de la red de lianas. La bala, al encontrar un hueso, hizo explosión. El animal se tambaleó, y casi al mismo tiempo, un segundo disparo, hecho desde la linde del bosque, lo alcanzó en el costado izquierdo. Cayó de rodillas cerca de un pequeño estanque medio oculto bajo la hierba. Allí, bombeando agua con la trompa, empezó a regar sus heridas, lanzando gritos lastimeros.

En ese momento apareció el bosquimano. — ¡Es nuestro! ¡Es nuestro! — exclamó Mokoum.

En efecto, el enorme animal estaba herido de muerte. Lanzaba gemidos lastimeros; su respiración silbaba; su cola ya solo se agitaba débilmente, y su trompa, sacando agua del charco de sangre formado por él mismo, derramaba una lluvia roja sobre los matorrales vecinos. Después, faltándole las fuerzas, cayó de rodillas, y así murió.

En ese momento, sir John Murray salió del matorral de espinas. Estaba medio desnudo. De su traje de caza no quedaban más que jirones. Pero habría pagado con su propia piel aquel triunfo de deportista.

—¡Un animal soberbio, bosquimano! —exclamó, examinando el cadáver del elefante—, un animal soberbio, pero un poco demasiado pesado para el zurrón de un cazador.

—¡Bueno, Su Señoría! —respondió Mokoum—. Lo despedazaremos aquí mismo y solo nos llevaremos los mejores trozos. ¡Vea usted de qué magníficos colmillos lo ha dotado la naturaleza! Pesan al menos veinticinco libras cada uno, y a cinco chelines la libra de marfil, eso hace una buena suma.

Mientras hablaba, el cazador procedía a despedazar al animal. Cortó los colmillos con su hacha, y se limitó a quitarle las patas y la trompa, que son trozos exquisitos, con los que quería agasajar a los miembros de la comisión científica. Esta operación le llevó algún tiempo, y él y su compañero no estuvieron de vuelta en el campamento antes del mediodía.

Allí, el bosquimano hizo cocer las patas del gigantesco animal al modo africano, enterrándolas en un hoyo previamente calentado como un horno mediante carbones incandescentes.

Ni que decir tiene que aquel manjar fue apreciado en su justo valor, incluso por el indiferente Palander, y que valió a sir John Murray las felicitaciones de toda la tropa de sabios.

[Nota 1] Estaciones que corresponderían a los puntos F y E de la figura del capítulo anterior.

CAPÍTULO X. EL RÁPIDO

Durante su estancia en el kraal de los bosquimanos, el coronel Everest y Mathieu Strux habían permanecido absolutamente ajenos el uno al otro. Las observaciones de latitud se habían hecho sin su concurso. No estando obligados a verse «científicamente», no se habían visto en absoluto. La víspera de la partida, el coronel Everest se había limitado a enviar su tarjeta «P. P. C.» al astrónomo ruso, y había recibido la tarjeta de Mathieu Strux con la misma fórmula.

El 19 de mayo, toda la caravana levantó el campamento y reanudó su marcha hacia el norte. Se habían medido los ángulos adyacentes a la base del octavo triángulo, cuyo vértice estaba a la izquierda de la meridiana, en un pitón juiciosamente elegido a una distancia de seis millas. Ya no se trataba, pues, sino de alcanzar aquella nueva estación para reanudar las operaciones geodésicas.

Del 19 al 29 de mayo, la comarca quedó enlazada a la meridiana mediante dos nuevos triángulos. Se habían tomado todas las precauciones con el fin de obtener una precisión matemática. La operación marchaba a pedir de boca, y hasta entonces las dificultades no habían sido grandes. El tiempo había seguido siendo favorable a las observaciones diurnas, y el terreno no presentaba obstáculo insuperable alguno. Acaso incluso, por su llanura, no se prestara del todo a la medición de los ángulos. Era como un desierto de verdor, cortado por arroyos que corrían entre hileras de «karrée-hout», una especie de árboles que, por la disposición de su follaje, se asemejan al sauce, y cuyas ramas emplean los bosquimanos para fabricar sus arcos. Aquel terreno, sembrado de fragmentos de rocas descompuestas, mezclado de arcilla, arena y partículas ferruginosas, ofrecía en ciertos lugares síntomas de una gran aridez. Allí desaparecía todo rastro de humedad, y la flora ya no se

componía sino de ciertas plantas mucilaginosas que resisten a la más extrema sequía. Pero, durante millas enteras, aquella región no presentaba ninguna elevación que pudiera elegirse como estación natural. Había que levantar entonces, ya postes indicadores, ya pilones de diez a doce metros de altura, que pudieran servir de mira. De ahí una pérdida de tiempo más o menos considerable, que retrasaba el avance de la triangulación. Hecha la observación, había que desmontar el pilón y trasladarlo unas millas más allá, a fin de formar allí el vértice de un nuevo triángulo. Pero, en suma, esa maniobra se realizaba sin dificultad. La tripulación del *Queen and Tzar*, encargada de ese tipo de trabajo, se desempeñaba con soltura en su tarea. Aquellos hombres, bien instruidos, operaban con rapidez, y no habría habido más que elogiar su destreza, de no haber sembrado a menudo la discordia entre ellos las cuestiones de amor propio nacional.

En efecto, aquellos celos imperdonables que dividían a sus jefes, el coronel Everest y Mathieu Strux, excitaban a veces a esos marineros unos contra otros. Michel Zorn y William Emery empleaban toda su sensatez, toda su prudencia, en combatir aquellas tendencias enojosas; pero no siempre lo lograban. De ahí discusiones que, por parte de gente medio tosca, podían degenerar en lamentables agresiones. El coronel y el sabio ruso intervenían entonces, pero de manera que envenenaban las cosas, tomando cada uno de ellos invariablemente partido por sus compatriotas, y apoyándolos a toda costa, fuera cual fuese el lado de la culpa. De los subordinados, la discusión ascendía así hasta los superiores, y crecía «proporcionalmente a las masas», como decía Michel Zorn. Dos meses después de la partida de Lattakou, ya no quedaban más que los dos jóvenes que hubiesen conservado entre sí el buen acuerdo tan necesario para el éxito de la empresa. Hasta sir John Murray y Nicolas Palander, por absortos que estuvieran, este en sus cálculos, aquel en sus aventuras de caza, empezaban a mezclarse en aquellas disputas intestinas. En resumen, cierto día la disputa fue lo bastante viva como para que Mathieu Strux creyera deber decir al coronel Everest:

—Bájese un poco el tono, señor, con unos astrónomos que pertenecen a ese observatorio de Pulkovo, cuyo poderoso anteojo ha permitido reconocer que el disco de Urano es perfectamente circular.

A lo que el coronel Everest respondió que uno tenía derecho a subírsele aún más cuando tenía el honor de pertenecer al observatorio de Cambridge,

cuyo poderoso anteojo había permitido clasificar entre las nebulosas irregulares la nebulosa de Andrómeda.

Luego, habiendo llevado Mathieu Strux las alusiones personales hasta decir que el anteojo de Pulkovo, con su objetivo de catorce pulgadas, hacía visibles las estrellas de decimotercera magnitud, el coronel Everest replicó con acritud que el objetivo del anteojo de Cambridge medía catorce pulgadas lo mismo que el suyo, y que, en la noche del 31 de enero de 1862, había descubierto por fin el misterioso satélite que causa las perturbaciones de Sirio.

Cuando unos sabios llegan a decirse semejantes personalidades, bien se comprende que ya no es posible acercamiento alguno. Era de temer, pues, que el porvenir de la triangulación se viera pronto comprometido por aquella incurable rivalidad.

Muy afortunadamente, al menos hasta entonces, las discusiones solo habían afectado a sistemas o hechos ajenos a las operaciones geodésicas. Alguna vez se debatían las medidas tomadas con el teodolito o mediante el círculo repetidor, pero, lejos de perturbarlas, ese debate no hacía sino determinar más rigurosamente su exactitud. En cuanto a la elección de las estaciones, hasta entonces no había dado lugar a ningún desacuerdo.

El 30 de mayo, el tiempo, claro hasta entonces y por consiguiente favorable a las observaciones, cambió casi de repente. En cualquier otra región se habría predicho sin duda alguna tormenta, acompañada de lluvias torrenciales. El cielo se cubrió de nubes de mal aspecto. Algunos relámpagos sin trueno aparecieron un instante en la masa de vapores. Pero la condensación no se produjo entre las capas superiores del aire, y el suelo, entonces muy seco, no recibió una sola gota de agua. Solo que el cielo permaneció embrumado durante algunos días. Aquella niebla intempestiva no podía sino estorbar las operaciones. Los puntos de mira ya no eran visibles a una milla de distancia.

Sin embargo, la comisión anglorrusa, no queriendo perder tiempo, resolvió establecer señales de fuego, con el fin de operar durante la noche. Solo que, por consejo del bosquimano, hubo que tomar algunas precauciones en interés de los observadores. Y, en efecto, durante la noche, las fieras, atraídas por el resplandor de las lámparas eléctricas, se agrupaban en manadas alrededor de las estaciones. Los operadores oían entonces los gritos chillo-

nes de los chacales, y la ronca risa burlona de las hienas, que recuerda la risa peculiar de los negros ebrios.

Durante aquellas primeras observaciones nocturnas, en el centro de un círculo ruidoso de animales temibles, entre los que un rugido formidable anunciaba a veces la presencia del león, los astrónomos se sintieron un tanto distraídos de su trabajo. Las medidas se llevaron a cabo con menos rapidez, si no con menos exactitud. Aquellos ojos encendidos, fijos en ellos y penetrando en la espesa sombra, incomodaban un poco a los sabios. En tales condiciones, tomar las distancias cenitales de los reverberos y sus distancias angulares exigía una sangre fría extrema, y un dominio de sí mismo imperturbable. Pero esas cualidades no faltaron a los miembros de la comisión. Al cabo de algunos días habían recobrado toda su presencia de ánimo, y operaban en medio de las fieras con tanta claridad como si hubiesen estado en las tranquilas salas de los observatorios. Por lo demás, en cada estación se agregaban algunos cazadores, armados de fusiles, y cierto número de hienas demasiado audaces cayeron entonces bajo las balas europeas. Huelga añadir que sir John Murray encontraba «adorable» aquella manera de llevar a cabo una triangulación. Mientras tenía el ojo fijo en el ocular de los anteojos, su mano sostenía su Goldwing, y más de una vez disparó, entre dos observaciones cenitales.

Las operaciones geodésicas no se vieron, pues, interrumpidas por la inclemencia del tiempo. Su precisión no sufrió por ello en absoluto, y la medición de la meridiana siguió avanzando regularmente hacia el norte.

Ningún incidente digno de mención marcó la continuación de los trabajos geodésicos desde el 30 de mayo hasta el 17 de junio. Se establecieron nuevos triángulos mediante estaciones artificiales. Y antes de que terminara el mes, si algún obstáculo natural no detenía la marcha de los operadores, el coronel Everest y Mathieu Strux confiaban en haber medido un nuevo grado del vigésimo cuarto meridiano.

El 17 de junio, un curso de agua bastante ancho, afluente del río Orange, cortó el camino. A los miembros de la comisión científica no les costaba trabajo atravesarlo en persona. Poseían una canoa de caucho, destinada precisamente a franquear ríos o lagos de tamaño medio. Pero las carretas y el material de la caravana no podían pasar así. Había que buscar un vado, ya aguas arriba, ya aguas abajo del curso de agua.

Se decidió, pues, pese a la opinión de Mathieu Strux, que los europeos, provistos de sus instrumentos, atravesarían el río, mientras que la caravana, bajo la dirección de Mokoum, iría unas millas más abajo a tomar un paso vadeable que el cazador aseguraba conocer.

Aquel afluente del Orange medía en aquel punto media milla de anchura. Su rápida corriente, quebrada aquí y allá por cabezas de roca y troncos de árboles hundidos en el fango, ofrecía por tanto cierto peligro para una frágil embarcación. Mathieu Strux había presentado algunas observaciones al respecto. Pero, no queriendo parecer que retrocedía ante un peligro que sus compañeros iban a afrontar, se sumó a la opinión general.

Solo Nicolas Palander hubo de acompañar al resto de la expedición en su rodeo hacia el curso bajo del río. No es que el digno calculador hubiese concebido el menor temor; estaba demasiado absorto para sospechar peligro alguno. Pero su presencia no era indispensable para la dirección de las operaciones, y podía sin inconveniente separarse de sus compañeros durante uno o dos días. Además, la embarcación, muy pequeña, solo podía contener un número limitado de pasajeros. Ahora bien, era preferible no hacer más que una travesía de aquel rápido, y transportar de una sola vez a los hombres, los instrumentos y algunos víveres a la orilla derecha. Hacían falta marineros experimentados para gobernar la canoa de caucho, y Nicolas Palander cedió su puesto a uno de los ingleses del *Queen and Tzar*, mucho más útil en aquella circunstancia que el honorable astrónomo de Helsingfors.

Convenida una cita al norte del rápido, la caravana empezó a descender por la orilla izquierda bajo la dirección del cazador. Pronto las últimas carretas hubieron desaparecido en la lejanía, y el coronel Everest, Mathieu Strux, Emery, Zorn, sir John Murray, dos marineros y un bosquimano muy entendido en materia de navegación fluvial, permanecieron en la orilla del Nosoub.

Tal era el nombre que daban los indígenas a aquel curso de agua, muy crecido en ese momento por los arroyos tributarios formados durante la última estación de las lluvias.

—Un río muy bonito —dijo Michel Zorn a su amigo William, mientras los marineros preparaban la embarcación destinada a transportarlos a la otra orilla.

—Muy bonito, pero difícil de atravesar —respondió William Emery—. Estos rápidos son cursos de agua que tienen poco tiempo de vida, ¡y que disfrutan de la vida! Dentro de unas semanas, con la estación seca, quizá no quede en el lecho de este río con qué saciar la sed de una caravana, y ahora es un torrente casi infranqueable. Se apresura a correr, y pronto se secará. Tal es, querido compañero, la ley de la naturaleza física y moral. Pero no tenemos tiempo que perder en disquisiciones filosóficas. Aquí está la canoa preparada, y no me disgusta ver cómo se comporta en este rápido.

En pocos minutos, la embarcación de caucho, desplegada y fijada sobre su almacén interior, había sido botada al río. Esperaba a los viajeros al pie de una ribera, cortada en suave pendiente en un macizo de granito rosa. En aquel lugar, gracias a un remanso producido por una punta avanzada de la orilla, el agua tranquila bañaba sin murmullo los juncos entremezclados con plantas trepadoras. El embarque se llevó a cabo, pues, con facilidad. Los instrumentos fueron depositados en el fondo de la canoa, sobre una capa de hierbas, para que no sufrieran ningún golpe. Los pasajeros tomaron asiento de manera que no estorbaran el movimiento de los dos remos confiados a los marineros. El bosquimano se colocó a popa y tomó la caña del timón.

Aquel indígena era el «foreloper» de la caravana, es decir, «el hombre que abre la marcha». El cazador lo había presentado como un hombre hábil, de gran práctica en los rápidos africanos. Aquel indígena sabía algunas palabras de inglés, y recomendó a los pasajeros que guardaran un profundo silencio durante la travesía del Nosoub.

Se soltó la amarra que sujetaba la canoa a la orilla, y los remos no tardaron en empujarla fuera del remanso. Empezó a sentir la influencia de la corriente, que, un centenar de yardas más allá, se transformaba en rápido. Las órdenes que el foreloper daba a los dos marineros se ejecutaban con precisión. Tan pronto había que levantar los remos, para evitar algún tocón medio sumergido bajo las aguas, como forzarlos, por el contrario, para vencer algún remolino formado por una contracorriente. Luego, cuando el arrastre se volvía demasiado fuerte, se dejaba correr manteniendo la ligera embarcación en el hilo de las aguas. El indígena, con la caña del timón en la mano, la mirada fija, la cabeza inmóvil, hacía frente así a todos los peligros de la travesía. Los europeos observaban con vaga inquietud aquella situación nueva. Se sentían arrastrados con irresistible fuerza por aquella corriente tumultuosa. El coronel Everest y Mathieu Strux se miraban el uno al otro sin

despegar los labios. Sir John Murray, con su inseparable rifle entre las piernas, examinaba las numerosas aves cuya ala rozaba la superficie del Nossoub. Los dos jóvenes astrónomos admiraban sin preocupación y sin reserva las orillas que huían ya con vertiginosa velocidad.

Pronto la frágil embarcación alcanzó el verdadero rápido, que había que cortar oblicuamente para ganar hacia la orilla opuesta unas aguas más tranquilas. Los marineros, a una palabra del bosquimano, apretaron con más vigor los remos. Pero, pese a sus esfuerzos, la canoa, arrastrada irresistiblemente, retomó una dirección paralela a las orillas, y se deslizó hacia aguas abajo. El timón ya no tenía acción sobre ella; los remos ni siquiera podían enderezarla. La situación se volvía muy peligrosa, pues el choque con una roca o un tronco habría volcado infaliblemente la canoa.

Los pasajeros sintieron el peligro, pero ninguno de ellos pronunció una palabra.

El foreloper se había incorporado a medias. Observaba la dirección que seguía la embarcación, cuya velocidad no podía frenar sobre unas aguas que, al tener precisamente la misma rapidez que ella, anulaban la acción del timón. A doscientas yardas de la canoa se alzaba, fuera del lecho del río, una especie de islote, peligrosa aglomeración de piedras y árboles. Era imposible evitarlo. En unos instantes, la canoa debía alcanzarlo y desgarrarse en él sin remedio.

En efecto, el choque se produjo casi de inmediato, pero menos violento de lo que cabía suponer. La embarcación se inclinó; entraron en ella algunas pintas de agua. Sin embargo, los pasajeros pudieron mantenerse en su sitio. Miraron delante de ellos... La roca negra contra la que habían chocado se desplazaba y se agitaba en medio del hervor de las aguas.

Aquella roca era un monstruoso hipopótamo, al que la corriente había arrastrado hasta el islote, y que no se atrevía a aventurarse en el rápido para ganar una u otra orilla. Al sentirse golpeado por la embarcación, alzó la cabeza y, sacudiéndola horizontalmente, miró a su alrededor con sus pequeños ojos embotados. El enorme paquidermo, de diez pies de largo, de piel dura, parda y desprovista de pelo, con las fauces abiertas, mostraba incisivos superiores y caninos extremadamente desarrollados. Casi de inmediato se precipitó sobre la embarcación, a la que mordió con rabia, y que sus dientes amenazaban con desgarrar.

Pero allí estaba sir John Murray. Su sangre fría no lo abandonó. Se echó tranquilamente el fusil a la cara e hirió con una bala al animal cerca de la oreja. El hipopótamo no soltó presa, y sacudió la canoa como un perro sacude a una liebre. El rifle, recargado al instante, hirió de nuevo al animal en la cabeza. El disparo fue mortal, pues toda aquella masa carnosa se hundió de inmediato, tras haber, en un último esfuerzo de agonía, apartado la canoa del islote.

Antes de que los pasajeros hubieran podido reponerse, la embarcación, tomada de través, girando como una peonza, retomaba oblicuamente la dirección del rápido. Un brusco recodo del río, a algunos centenares de yardas más abajo, quebraba entonces la corriente del Nosoub. La canoa fue llevada hasta allí en veinte segundos. Un choque violento la detuvo, y los pasajeros, sanos y salvos, saltaron a la orilla, después de haber sido arrastrados a lo largo de un espacio de dos millas, aguas abajo de su punto de embarque.

CAPÍTULO XI. DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR A NICOLAS PALANDER

Los trabajos geodésicos se reanudaron. Dos estaciones adoptadas sucesivamente, unidas a la última estación, situada más acá del río, sirvieron para la formación de un nuevo triángulo. Esta operación se llevó a cabo sin dificultad. Sin embargo, los astrónomos tuvieron que precaverse de las serpientes que infestaban aquella región. Eran «mambas» sumamente venenosas, de diez a doce pies de largo, cuya mordedura habría sido mortal.

Cuatro días después del paso del rápido de Nosoub, el 21 de junio, los operadores se encontraban en medio de un país boscoso. Pero los matorrales que lo cubrían, formados por árboles mediocres, no estorbaron el trabajo de la triangulación. En todos los puntos del horizonte, unas eminencias bien distintas, separadas entre sí por una distancia de varias millas, se prestaban al establecimiento de los pilones y los reverberos. Aquella comarca, vasta depresión de terreno sensiblemente rebajada por debajo del nivel general, era, por eso mismo, húmeda y fértil. William Emery reconoció allí por millares la higuera de la Hotentocia, cuyos frutos agridulces son muy del gusto de los bosquimanos. Las llanuras, ampliamente extendidas entre los matorrales, difundían un suave perfume debido a la presencia de una infinidad de raíces bulbosas, bastante parecidas a las plantas del cólquico. Un fruto amarillo, de dos a tres pulgadas de largo, coronaba estas raíces y perfumaba el aire con sus olorosas emanaciones. Era el «kucumakranti» del África austral, del que los pequeños indígenas se muestran especialmente golosos. En esta región, adonde aflúan las aguas circundantes por pendientes insensibles, reaparecían también los campos de coloquintidas, y unos intermina-

bles bordes de esas mentas cuyo trasplante tan perfectamente ha prosperado en Inglaterra.

Aunque fértil y propicia a grandes desarrollos agrícolas, esta región extratropical parecía poco frecuentada por las tribus nómadas. No se veía en ella ningún rastro de indígenas. Ni un kraal, ni siquiera una hoguera de campamento. Sin embargo, el agua no faltaba, y formaba en muchos lugares arroyos, charcas, algunas lagunas bastante importantes y dos o tres ríos de curso rápido que debían de afluir a los diversos tributarios del Orange.

Aquel día, los sabios organizaron un alto con intención de esperar a la caravana. Los plazos fijados por el cazador estaban a punto de expirar, y si no se había equivocado en sus cálculos, debía llegar aquel mismo día, después de haber franqueado el paso vadeable en el curso bajo del Nosoub.

Sin embargo, la jornada transcurrió. Ningún bosquimano apareció. ¿Habría encontrado la expedición algún obstáculo que le impedía reunirse con ellos? Sir John Murray pensó que, no siendo el Nosoub vadeable en aquella época en que las reservas de agua son todavía abundantes, el cazador habría tenido que buscar más al sur un vado practicable. Esta razón era, en efecto, plausible. Las lluvias habían sido muy abundantes durante la última estación y debían de haber provocado crecidas desacostumbradas.

Los astrónomos esperaban. Pero cuando la jornada del 22 de junio también hubo terminado sin que ninguno de los hombres de Mokoum hubiera aparecido, el coronel Everest se mostró muy inquieto. No podía proseguir su marcha hacia el norte careciendo del material de la expedición. Ahora bien, aquel retraso, de prolongarse, podía comprometer el éxito de las operaciones.

Mathieu Strux, con este motivo, hizo notar que su opinión había sido la de acompañar a la caravana, tras haber enlazado geodésicamente la última estación situada más acá del río con las dos estaciones situadas más allá; que si se hubiera seguido su parecer, la expedición no se encontraría en este apuro; que si la suerte de la triangulación se veía comprometida por este retraso, la responsabilidad recaería sobre quienes habían creído deber..., etcétera... Que, en todo caso, los rusos..., etcétera.

El coronel Everest, bien puede suponerse, protestó contra estas insinuaciones de su colega, recordando que la decisión se había tomado de común

acuerdo; pero sir John Murray intervino y pidió que aquella discusión, por lo demás perfectamente ociosa, se diera por terminada de inmediato. Lo hecho, hecho estaba, y todas las recriminaciones del mundo no cambiarían nada la situación. Se acordó únicamente que, si al día siguiente la caravana bosquimana no se había reunido con los europeos, William Emery y Michel Zorn, que se habían ofrecido, saldrían en su busca descendiendo hacia el sudoeste bajo la guía del foreloper. Durante su ausencia, el coronel Everest y sus colegas permanecerían en el campamento, y esperarían su regreso para tomar una determinación.

Acordado esto, los dos rivales se mantuvieron alejados el uno del otro durante el resto de la jornada. Sir John Murray empleó su tiempo en batir los matorrales vecinos. Pero la caza de pelo le faltó. En cuanto a las aves, no tuvo mucha suerte desde el punto de vista comestible. En cambio, el naturalista de que suele ir acompañado un cazador tuvo motivos para sentirse satisfecho. Dos especies notables cayeron bajo el plomo de su escopeta. Trajo consigo un hermoso francolín, de trece pulgadas de largo, de tarso corto, gris oscuro en el dorso, rojo de patas y de pico, cuyas elegantes remeras se matizaban de color pardo; ejemplar notable de la familia de los tetraónidos, de la que la perdiz es el tipo. La otra ave, que sir John había abatido con un notable golpe de destreza, pertenecía al orden de las rapaces. Era una especie de halcón propio del África austral, de garganta roja y cola blanca, citado con justicia por la belleza de sus formas. El foreloper desolló hábilmente ambas aves, de manera que su piel pudiera conservarse intacta.

Las primeras horas del 23 de junio ya habían transcurrido. La caravana aún no había sido señalada, y los dos jóvenes se disponían a ponerse en camino, cuando unos ladridos lejanos suspendieron su partida. Pronto, en la revuelta de un matorral de álces situado a la izquierda del campamento, apareció el cazador Mokoum sobre su cebra lanzada a toda velocidad.

El bosquimano se había adelantado a la caravana, y se acercaba rápidamente a los europeos.

—Llegue de una vez, bravo cazador —exclamó alegremente sir John Murray—. ¡De veras que ya desesperábamos de usted! ¿Sabe que jamás me habría consolado de no volver a verlo? Parece que la caza huye de mí cuando no está usted a mi lado. ¡Venga, pues, a que festejemos su regreso con un buen vaso de nuestro usquebaugh de Escocia!

A estas benévolas y amistosas palabras del honorable sir John, Mokoum no respondió. Escudriñaba el rostro de cada uno de los europeos. Los iba contando uno tras otro. Una viva ansiedad se pintaba en su semblante.

El coronel Everest se dio cuenta al instante, y, dirigiéndose al cazador, que acababa de poner pie en tierra:

—¿A quién busca, Mokoum? —le preguntó.

—Al señor Palander —respondió el bosquimano.

—¿No ha seguido a su caravana? ¿No está con ustedes? —repuso el coronel Everest.

—¡Ya no está con nosotros! —respondió Mokoum—. ¡Esperaba encontrarlo en su campamento! ¡Se ha extraviado!

Ante estas últimas palabras del bosquimano, Mathieu Strux se había adelantado rápidamente:

—¡Nicolas Palander perdido! —exclamó—. ¡Un sabio confiado a su cuidado, un astrónomo del que usted respondía, y al que no trae de vuelta! ¿Sabe usted bien, cazador, que es responsable de su persona, y que no basta con decir: el señor Nicolas Palander está perdido?

Estas palabras del astrónomo ruso encendieron los oídos del cazador, quien, al no hallarse de caza, no tenía ninguna razón para ser paciente.

—¡Eh, eh! Señor astrólogo de todas las Rusias —respondió con voz irridada—, ¿no va usted a medir sus palabras? ¿Acaso estoy yo encargado de guardar a su compañero, que no sabe guardarse a sí mismo? La toma usted conmigo, y hace mal, ¿me oye? Si el señor Palander se ha perdido, ha sido por su culpa. Veinte veces lo sorprendí, siempre absorto en sus cifras, alejándose de nuestra caravana. Veinte veces lo avisé y lo traje de vuelta. Pero anteayer, al caer la noche, desapareció, y pese a mis búsquedas no he podido dar con él. Sea usted más hábil, si puede, y ya que sabe manejar tan bien su antejo, aplique el ojo al extremo y procure descubrir a su compañero.

El bosquimano habría continuado sin duda en este tono, para gran cólera de Mathieu Strux, que, con la boca abierta, no podía meter baza, si sir John Murray no hubiera calmado al irascible cazador. Por fortuna para el sabio ruso, la discusión entre él y el bosquimano se detuvo allí. Pero Mathieu

Strux, mediante una insinuación sin fundamento, se volvió contra el coronel Everest, que no lo esperaba.

—En todo caso —dijo con tono seco el astrónomo de Pulkovo—, no pienso abandonar a mi desdichado compañero en este desierto. Por mi parte, emplearé todos mis esfuerzos en encontrarlo. Si fuera sir John Murray o el señor William Emery cuya desaparición se hubiese así comprobado, el coronel Everest, imagino, no vacilaría en suspender las operaciones geodésicas para socorrer a sus compatriotas. Pues bien, no veo por qué habría de hacerse menos por un sabio ruso que por un sabio inglés.

El coronel Everest, así interpelado, no pudo conservar su calma habitual.

—Señor Mathieu Strux —exclamó con los brazos cruzados, la mirada fija en los ojos de su adversario—, ¿es en usted cosa deliberada insultarme gratuitamente? ¿Por quiénes nos toma a los ingleses? ¿Le hemos dado acaso derecho a dudar de nuestros sentimientos en una cuestión de humanidad? ¿Qué le hace suponer que no acudiremos en socorro de ese torpe calculador...?

—Señor... —replicó el ruso, por aquel calificativo aplicado a Nicolas Palander.

—¡Sí, torpe! —prosiguió el coronel Everest, articulando todas las sílabas de su epíteto—, y para devolverle lo que usted afirmaba tan a la ligera hace un momento, añadiré que, si nuestras operaciones fracasaran por este motivo, la responsabilidad recaería sobre los rusos y no sobre los ingleses.

—Coronel —exclamó Mathieu Strux, cuyos ojos lanzaban chispas—, sus palabras...

—Mis palabras están todas bien pesadas, señor, y dicho esto, exigimos que, a partir de este momento y hasta que hayamos encontrado a su calculador, toda operación quede suspendida. ¿Está usted listo para partir?

—¡Ya estaba listo antes de que usted pronunciara una sola palabra! —respondió agriamente Mathieu Strux.

Dicho esto, los dos adversarios regresaron cada uno a su carreta, pues la caravana acababa de llegar.

Sir John Murray, que acompañaba al coronel Everest, no pudo dejar de decirle:

— Aún es una suerte que ese torpe no haya extraviado con él el duplicado del registro de mediciones.

— En eso mismo pensaba yo —respondió sencillamente el coronel.

Los dos ingleses interrogaron entonces al cazador Mokoum. El cazador les informó de que Nicolas Palander había desaparecido hacía dos días; de que se le había visto por última vez al costado de la caravana, a una distancia de doce millas del campamento; de que él, Mokoum, en cuanto se produjo la desaparición del sabio, se había puesto en su búsqueda, lo cual había retrasado su llegada; de que, al no encontrarlo, había querido ver si, por casualidad, aquel «calculador» se había reunido con sus compañeros al norte del Nosoub. Ahora bien, puesto que no era el caso, proponía dirigir las búsquedas hacia el nordeste, en la parte boscosa del país, añadiendo que no había una hora que perder si se quería encontrar con vida al señor Nicolas Palander.

En efecto, había que darse prisa. Desde hacía dos días, el sabio ruso vagaba a la ventura por una región frecuentada asiduamente por las fieras. No era hombre capaz de salir del apuro por sí mismo, habiendo vivido siempre en el dominio de las cifras y no en el mundo real. Donde cualquier otro habría hallado algún alimento, el pobre hombre moriría inevitablemente de inanición. Importaba, pues, socorrerlo cuanto antes.

A la una, el coronel Everest, Mathieu Strux, sir John Murray y los dos jóvenes astrónomos abandonaban el campamento, guiados por el cazador. Todos montaban briosos caballos, incluso el sabio ruso, que se aferraba a su montura de un modo grotesco, y refunfuñaba entre dientes contra el infortunado Palander, que le valía semejante fatiga. Sus compañeros, gente grave y «como es debido», tuvieron a bien no reparar en las divertidas posturas que el astrónomo de Pulkovo adoptaba sobre su caballo, animal vivo y de boca muy sensible.

Antes de abandonar el campamento, Mokoum había pedido al foreloper que le prestara su perro, animal fino e inteligente, hábil rastreador, muy apreciado por el bosquimano. Este perro, tras husmear un sombrero perteneciente a Nicolas Palander, se lanzó en dirección al nordeste, mientras su amo lo excitaba con un silbido particular. La pequeña tropa siguió de inmediato al animal, y pronto desapareció en el linde de un espeso matorral.

Durante toda aquella jornada, el coronel Everest y sus compañeros siguieron las idas y venidas del perro. Aquella bestia sagaz había comprendido perfectamente lo que se le pedía; pero aún le faltaban las huellas del sabio extraviado, y ninguna pista podía seguirse ni con regularidad ni con seguridad. El perro, tratando de reconocer las emanaciones del suelo, avanzaba, pero pronto regresaba sin haber dado con un rastro seguro.

Por su parte, los sabios no descuidaban ningún medio de señalar su presencia en aquella región desierta. Llamaban a voces, disparaban tiros de fusil, esperando hacerse oír de Nicolas Palander, por distraído o absorto que estuviera. Los alrededores del campamento habían sido así recorridos en un radio de cinco millas, cuando llegó la noche y suspendió las búsquedas. Debían reanudarlas al día siguiente, desde el amanecer.

Durante la noche, los europeos se guarecieron bajo un grupo de árboles, ante una hoguera de leña que el bosquimano mantuvo cuidadosamente. Se oyeron algunos aullidos de fieras. La presencia de animales feroces no era cosa que los tranquilizara respecto de Nicolas Palander. Aquel desdichado, extenuado, hambriento, aterido por aquella noche fría, expuesto a los ataques de las hienas que abundan en toda esta parte de África, ¿podía conservarse alguna esperanza de salvarlo? Era la preocupación de todos. Los colegas del infortunado pasaron así largas horas discutiendo, formando proyectos, buscando medios de llegar hasta él. Los ingleses mostraron, en esta circunstancia, una abnegación de la que el propio Mathieu Strux debió de sentirse conmovido, mal que le pesara. Muerto o vivo, quedó decidido que se encontraría al sabio ruso, aunque las operaciones trigonométricas hubieran de aplazarse indefinidamente.

Por fin, tras una noche cuyas horas valían siglos, llegó el día. Los caballos fueron enjaezados rápidamente, y las búsquedas se reanudaron en un radio más amplio. El perro se había puesto en cabeza, y la pequeña tropa se mantenía sobre sus huellas.

Avanzando hacia el nordeste, el coronel Everest y sus compañeros recorrieron una región muy húmeda. Los cursos de agua, sin importancia, es cierto, se multiplicaban. Se vadeaban con facilidad, precaviéndose de los cocodrilos, de los que sir John Murray vio entonces los primeros ejemplares. Eran reptiles de gran tamaño, de los que algunos medían de veinticinco a treinta pies de longitud, animales temibles por su voracidad, y difíciles de

esquivar en las aguas de los lagos o de los ríos. El bosquimano, sin querer perder tiempo combatiendo a estos saurios, los evitaba dando algún rodeo, y contenía a sir John, siempre dispuesto a enviarles una bala. Cuando uno de estos monstruos se dejaba ver entre las altas hierbas, los caballos, tomando el galope, se sustraían fácilmente a su persecución. En medio de los amplios estanques formados por el desbordamiento de los ríos, se los veía por docenas, la cabeza fuera del agua, devorando alguna presa a la manera de los perros, y arrancando pequeños bocados con sus formidables mandíbulas.

Entretanto, la pequeña tropa, sin gran esperanza, proseguía sus búsquedas, tan pronto bajo espesos matorrales, difíciles de rastrear, como en llano, en medio del inextricable laberinto de los cursos de agua, interrogando el suelo, apuntando las huellas más insignificantes: aquí, una rama rota a la altura de un hombre; allá, un mechón de hierba recién pisada; más lejos, una marca medio borrada cuyo origen era ya irreconocible. Nada podía poner a estos buscadores sobre la pista del infortunado Palander.

En aquel momento se habían adelantado unas diez millas al norte del último campamento, y por consejo del cazador estaban a punto de virar hacia el sudoeste, cuando el perro dio de pronto señales de agitación. Ladraba, moviendo la cola frenéticamente. Se apartaba unos pasos, el hocico pegado al suelo, apartando con el resuello las hierbas secas del sendero. Luego volvía al mismo sitio, atraído por alguna emanación particular.

—¡Coronel! —exclamó entonces el bosquimano—, nuestro perro ha olfateado algo. ¡Ah, inteligente bestia! Ha dado con las huellas de la caza..., perdón, del sabio que perseguimos. ¡Dejémoslo hacer! ¡Dejémoslo hacer!

—¡Sí! —repitió sir John Murray tras su amigo el cazador—, está sobre la pista. ¡Oiga esos pequeños ladridos! Se diría que habla consigo mismo, que trata de formarse una opinión. Daría cincuenta libras por semejante animal, si nos conduce al lugar donde se ha guarecido Nicolas Palander.

Mathieu Strux no reparó en el modo en que se hablaba de su compatriota. Lo importante era, ante todo, encontrarlo. Cada cual se mantuvo, pues, dispuesto a lanzarse tras las huellas del perro, en cuanto este hubiera asegurado su rastro.

No tardó mucho, y tras un ladrido sonoro, el animal, saltando por encima de un matorral, desapareció en la espesura del bosquecillo.

Los caballos no podían seguirlo a través de aquel bosque intrincado. El coronel Everest y sus compañeros se vieron obligados a rodear el bosque, guiándose por los ladridos lejanos del perro. Cierta esperanza los animaba entonces. No cabía duda de que el animal seguía las huellas del sabio extraviado, y si no perdía aquella pista, debía llegar derecho a su objetivo.

Una sola pregunta se planteaba entonces: ¿estaba Nicolas Palander muerto o vivo?

Eran las once de la mañana. Durante unos veinte minutos, los ladridos por los que se guiaban los buscadores dejaron de oírse. ¿Era la distancia, o se había desorientado el perro? El bosquimano y sir John, que iban en cabeza, se sintieron muy inquietos. Ya no sabían en qué dirección llevar a sus compañeros, cuando los ladridos volvieron a resonar, a media milla aproximadamente hacia el sudoeste, pero fuera del bosque. Al instante, los caballos, vivamente espoleados, se dirigieron hacia aquel lado.

En pocos saltos, la tropa llegó a una zona muy pantanosa del terreno. Se oía distintamente al perro, pero no se le podía divisar. Unos juncos, de doce a quince pies de altura, erizaban el terreno.

Los jinetes tuvieron que poner pie en tierra, y tras atar sus caballos a un árbol, se deslizaron a través de los juncos, guiándose por los ladridos del perro.

Pronto hubieron rebasado aquella red muy tupida y del todo impropia para caminar. Un vasto espacio, cubierto de agua y de plantas acuáticas, se ofreció a su vista. En la mayor depresión del terreno, una laguna, ancha y larga de media milla, extendía sus aguas parduscas.

El perro, detenido en las orillas cenagosas de la laguna, ladraba con furia.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —exclamó el bosquimano.

En efecto, en el extremo de una especie de península, sentado sobre un tocón, inmóvil, a trescientos pasos de distancia, Nicolas Palander estaba allí, sin ver nada, sin oír nada, un lápiz en la mano, un cuaderno colocado sobre las rodillas, ¡calculando sin duda!

Sus compañeros no pudieron contener un grito. El sabio ruso era acechado, a veinte pasos a lo sumo, por una banda de cocodrilos, la cabeza fuera

del agua, cuya presencia ni siquiera sospechaba. Aquellos voraces animales avanzaban poco a poco, y podían arrebatarlo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Démonos prisa! —dijo el cazador en voz baja—, no sé qué esperan esos cocodrilos para arrojarse sobre él.

—Quizá esperan a que esté bien manido—no pudo dejar de responder sir John, aludiendo a ese hecho observado por los indígenas: que estos reptiles jamás se hartan de carne fresca.

El bosquimano y sir John encomendaron a sus compañeros que los esperasen en aquel lugar, y rodearon la laguna de modo que pudieran ganar el estrecho istmo que debía conducirlos cerca de Nicolas Palander.

No habían dado doscientos pasos, cuando los cocodrilos, abandonando las profundidades del agua, empezaron a arrastrarse por el suelo, avanzando derechos hacia su presa.

El sabio no veía nada. Sus ojos no se apartaban del cuaderno. Su mano seguía trazando cifras.

—Buen ojo, sangre fría, o está perdido —murmuró el cazador al oído de sir John.

Ambos hincaron entonces rodilla en tierra, y, apuntando a los reptiles más próximos, hicieron fuego. Retumbó una doble detonación. Dos de los monstruos, con el espinazo roto, cayeron dando volteretas al agua, y el resto de la banda desapareció en un instante bajo la superficie del lago.

Al ruido de las armas de fuego, Nicolas Palander había por fin levantado la cabeza. Reconoció a sus compañeros, y, corriendo hacia ellos mientras agitaba su cuaderno:

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! —exclamaba.

—¿Y qué es lo que ha encontrado, señor Palander? —le preguntó sir John.

—¡Un error de decimal en el logaritmo ciento tres de la tabla de James Wolston!

En efecto, ¡había encontrado aquel error, el digno hombre! ¡Había descubierto un error de logaritmo! Tenía derecho al premio de cien libras prometido por el editor James Wolston. ¡Y en esto, durante los cuatro días que ha-

bía errado por aquellas soledades, había pasado el tiempo el célebre astrónomo del observatorio de Helsingfors!

CAPÍTULO XII. UNA ESTACIÓN AL GUSTO DE SIR JOHN

Por fin, el calculador ruso había sido encontrado. Cuando se le preguntó cómo había vivido durante aquellos cuatro días, no supo decirlo. ¿Había tenido conciencia de los peligros que así corría? No era probable. Cuando se le contó el incidente de los cocodrilos, no quiso creerlo y tomó la cosa por una broma. ¿Había pasado hambre? Tampoco. Se había alimentado de cifras, y tan bien alimentado, que había descubierto ese error en su tabla de logaritmos.

En presencia de sus colegas, Mathieu Strux, por amor propio nacional, no quiso dirigir ningún reproche a Nicolas Palander; pero, en privado, hay motivos para creer que el astrónomo ruso recibió una severa reprimenda de su jefe, y que se le invitó a no dejarse arrastrar más por sus estudios logarítmicos.

Las operaciones se reanudaron de inmediato. Durante algunos días, los trabajos marcharon convenientemente. Un tiempo claro y despejado favorecía las observaciones, tanto en la medida angular de las estaciones como en las distancias cenitales. Se añadieron nuevos triángulos a la red, y sus ángulos quedaron rigurosamente determinados mediante observaciones múltiples.

El 28 de junio, los astrónomos habían obtenido geodésicamente la base de su decimoquinto triángulo. Según sus cálculos, este triángulo debía abarcar el tramo de la meridiana comprendido entre el segundo y el tercer grado. Para completarlo, quedaba por medir los dos ángulos adyacentes, tomando la mira de una estación situada en su vértice.

Allí se presentó una dificultad física. El país, cubierto de matorral hasta donde alcanzaba la vista, no se prestaba en absoluto al establecimiento de las señales. Su pendiente general, bastante acusada de sur a norte, dificultaba, no la instalación, sino la visibilidad de los pilones.

Un único punto podía servir para el establecimiento de un reverbero, pero a gran distancia. Era la cima de una montaña de mil doscientos a mil trescientos pies, que se alzaba a unas treinta millas hacia el noroeste. En estas condiciones, los lados de este decimoquinto triángulo tendrían, pues, longitudes superiores a las veinte mil toesas, longitudes que en ocasiones se han llevado al cuádruple en diversas mediciones trigonométricas, pero que los miembros de la comisión anglo-rusa aún no habían alcanzado.

Tras madura discusión, los astrónomos decidieron el establecimiento de un reverbero eléctrico sobre aquella altura, y resolvieron hacer un alto hasta que la señal estuviera instalada. El coronel Everest, William Emery y Michel Zorn, acompañados de tres marineros y de dos bosquimanos dirigidos por el foreloper, fueron designados para dirigirse a la nueva estación, con el fin de instalar la mira luminosa destinada a una operación nocturna. La distancia era, en efecto, demasiado grande para aventurarse a observar de día con suficiente certeza.

La pequeña tropa, provista de sus instrumentos y de sus aparatos transportados a lomos de mulas, y abastecida de víveres, partió en la mañana del 28 de junio. El coronel Everest no contaba con llegar hasta el día siguiente a la base de la montaña, y por poco que la ascensión presentara alguna dificultad, el reverbero no podría instalarse, como muy pronto, hasta la noche del 29 al 30. Los observadores, que permanecían en el campamento, no debían, pues, buscar antes de treinta y seis horas al menos la cima luminosa de su decimoquinto triángulo.

Durante la ausencia del coronel Everest, Mathieu Strux y Nicolas Palander se entregaron a sus ocupaciones habituales. Sir John Murray y el bosquimano batieron los alrededores del campamento, y mataron algunas piezas pertenecientes a la especie de los antílopes, tan variada en las regiones del África austral.

Sir John añadió incluso a sus hazañas cinegéticas el «acoso» de una jirafa, hermoso animal, raro en las comarcas del norte, pero común en medio de las llanuras del sur. La caza de la jirafa está considerada por los entendi-

dos como «un bello deporte». Sir John y el bosquimano dieron con una manada de veinte ejemplares, muy huraños, a los que no pudieron acercarse a menos de quinientas yardas. Sin embargo, al separarse del grupo una jirafa hembra, los dos cazadores resolvieron acosarla. El animal emprendió la huida al trotecillo, dejándose ganar terreno de buen grado; pero cuando los caballos de sir John y del bosquimano se hubieron acercado sensiblemente, la jirafa, retorciendo la cola, se puso a huir con excesiva rapidez. Hubo que perseguirla durante más de dos millas. Por fin, una bala, que le fue enviada al hueco del hombro por el rifle de sir John, la derribó de costado. Era un magnífico ejemplar de la especie, «caballo por el cuello, buey por los pies y las patas, camello por la cabeza», como decían los romanos, y cuyo pelaje rojizo estaba moteado de blanco. Aquel singular rumiante no medía menos de once pies de altura desde el nacimiento del casco hasta el extremo de sus pequeños cuernos, revestidos de piel y de pelo.

Durante la noche siguiente, los dos astrónomos rusos tomaron algunas buenas alturas de estrellas, que les sirvieron para determinar la latitud del campamento.

La jornada del 29 de junio transcurrió sin incidentes. Se esperó la noche siguiente con cierta impaciencia para fijar la cima del decimoquinto triángulo. Llegó la noche, una noche sin luna, sin estrellas, pero seca, y que ninguna niebla enturbiaba, noche muy propicia, por consiguiente, para la marcación de una mira lejana.

Se habían tomado todas las disposiciones preliminares, y el anteojo del círculo repetidor, apuntado durante el día hacia la cima de la montaña, debía enfilar rápidamente el reverbero eléctrico, en caso de que la distancia lo hubiera hecho invisible a simple vista.

Así pues, durante toda la noche del 29 al 30, Mathieu Strux, Nicolas Palander y sir John Murray se turnaron ante el ocular del instrumento... pero la cima de la montaña permaneció inadvertida, y ninguna luz brilló en su extremo más alto.

Los observadores dedujeron de ello que la ascensión había presentado dificultades serias, y que el coronel Everest no había podido alcanzar la cima del cono antes del final del día. Aplazaron, pues, su observación a la noche siguiente, sin dudar de que el aparato luminoso hubiera sido instalado durante la jornada.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando, aquel 30 de junio, hacia las dos de la tarde, el coronel Everest y sus compañeros, cuyo regreso nada hacía presagiar, reaparecieron en el campamento!

Sir John corrió al encuentro de sus colegas.

— ¡Usted, coronel! — exclamó.

— Nosotros mismos, sir John.

— ¿Es, pues, inaccesible la montaña?

— Muy accesible, al contrario — respondió el coronel Everest —, pero bien guardada, se lo aseguro. Por eso venimos a buscar refuerzos.

— ¡Cómo! ¿Indígenas?

— Sí, indígenas de cuatro patas y de melena negra, que se han devorado uno de nuestros caballos.

En pocas palabras, el coronel relató a sus colegas su viaje, que se había desarrollado a la perfección hasta la base de la montaña. Aquella montaña, se comprobó entonces, solo era franqueable por un contrafuerte del sudoeste. Pues bien, precisamente en el único desfiladero que conducía a ese contrafuerte, una manada de leones había establecido su «kraal», según la expresión del foreloper. En vano trató el coronel Everest de desalojar a aquellos formidables animales; insuficientemente armado, tuvo que batirse en retirada, tras haber perdido un caballo al que un magnífico león había roto el espinazo de un zarpazo.

Semejante relato no podía sino enardecer a sir John Murray y al bosquimano. Aquella «montaña de los Leones» era una estación por conquistar, estación por lo demás absolutamente necesaria para la continuación de los trabajos geodésicos. La ocasión de medirse con los más temibles individuos de la raza felina era demasiado buena para no aprovecharla, y la expedición se organizó de inmediato.

Todos los sabios europeos, sin exceptuar al pacífico Palander, querían tomar parte en ella; pero era indispensable que algunos permanecieran en el campamento para la medición de los ángulos adyacentes a la base del nuevo triángulo. El coronel Everest, comprendiendo que su presencia era necesaria para el control de la operación, se resignó a quedarse en compañía de los dos astrónomos rusos. Por otra parte, no había motivo alguno que pudiera

retener a sir John Murray. El destacamento, destinado a forzar los accesos a la montaña, se compuso, pues, de sir John, de William Emery y de Michel Zorn, a cuyas instancias sus jefes habían tenido que ceder, luego del bosquimano, que no habría cedido su puesto a nadie, y por último de tres indígenas cuyo valor y sangre fría conocía Mokoum.

Tras estrechar la mano a sus colegas, los tres europeos, hacia las cuatro de la tarde, abandonaron el campamento, y se internaron bajo el matorral, en dirección a la montaña. Espolearon rápidamente sus caballos, y a las nueve de la noche habían salvado la distancia de treinta millas.

Llegados a dos millas del monte, pusieron pie en tierra y organizaron su vivac para la noche. No se encendió ninguna hoguera, pues Mokoum no quería atraer la atención de los animales a los que deseaba combatir a pleno día, ni provocar un ataque nocturno.

Durante aquella noche, los rugidos resonaron casi sin cesar. Es, en efecto, durante la oscuridad cuando estos temibles carnívoros abandonan su guarida y se lanzan en busca de alimento. Ninguno de los cazadores durmió, ni siquiera una hora, y el bosquimano aprovechó aquel insomnio para darles algunos consejos que su experiencia hacía valiosos.

— Señores — les dijo con tono perfectamente sereno —, si el coronel Everest no se ha equivocado, mañana tendremos que vérnoslas con una manada de leones de melena negra. Esas fieras pertenecen, pues, a la especie más feroz y más peligrosa. Procuraremos mantenernos bien preparados. Les recomiendo evitar el primer salto de estos animales, que pueden franquear, de un brinco, de dieciséis a veinte pasos. Fallado su primer golpe, rara vez repiten. Hablo por experiencia. Como regresan a su guarida al despuntar el día, es allí donde los atacaremos. Pero se defenderán, y se defenderán bien. Les diré que, por la mañana, los leones, bien hartos, son menos feroces, y tal vez menos valientes; es cuestión de estómago. Es también cuestión de lugar, pues son más tímidos en las regiones donde el hombre los acosa sin cesar. Pero aquí, en país salvaje, tendrán toda la ferocidad de lo salvaje. Les recomendaré también, señores, calcular bien las distancias antes de disparar. Dejen que el animal se acerque, no hagan fuego sino sobre seguro, y apunten al hueco del hombro. Añadiré que dejaremos nuestros caballos atrás. Estos animales se espantan ante la presencia del león y comprometen la segu-

ridad de su jinete. Combatiremos a pie, y confío en que no les faltará la sangre fría.

Los compañeros del bosquimano habían escuchado en silencio la recomendación del cazador. Mokoum había vuelto a ser el hombre paciente de las cacerías. Sabía que el asunto sería grave. Si bien es cierto que el león no suele arrojarle sobre el hombre que pasa sin provocarlo, su furia se eleva, al menos, hasta el mayor grado en cuanto se siente atacado. Es entonces una fiera terrible, a la que la naturaleza ha dado la agilidad para saltar, la fuerza para destrozar, la cólera que la hace formidable. Por ello, el bosquimano recomendó a los europeos que conservaran la sangre fría, y sobre todo a sir John, que a veces se dejaba arrastrar por su audacia.

—Dispare a un león —le dijo— como dispararía a un perdigón, sin más emoción. ¡Todo está en eso!

Todo está en eso, en efecto. Pero ¿quién puede responder, cuando no está curtido por la costumbre, de conservar la sangre fría ante un león?

A las cuatro de la madrugada, los cazadores, después de haber atado sólidamente sus caballos en medio de un espeso matorral, abandonaron el lugar del alto. El día aún no despuntaba. Algunos matices rojizos flotaban en las brumas del este. La oscuridad era profunda.

El bosquimano recomendó a sus compañeros que revisaran sus armas. Él y sir John Murray, armados cada uno con una carabina de retrocarga, no tuvieron más que deslizar en la recámara el cartucho de culote de cobre, y probar si el expulsor funcionaba bien. Michel Zorn y William Emery, portadores de rifles rayados, renovaron los fulminantes que la humedad de la noche podía haber dañado. En cuanto a los tres indígenas, iban provistos de arcos de áloe que manejaban con gran destreza. Más de un león, en efecto, había caído ya bajo sus flechas.

Los seis cazadores, formando un grupo compacto, se dirigieron hacia el desfiladero cuyos accesos habían reconocido la víspera los dos jóvenes sabios. No pronunciaban palabra, y se deslizaban entre los troncos del bosque, como las pieles rojas entre la maleza de sus bosques.

Pronto la pequeña tropa llegó a la angosta garganta que formaba la entrada del desfiladero. En este punto comenzaba aquel pasadizo, excavado entre dos murallas de granito, que conducía a las primeras laderas del contrafuerte.

te. Era en este pasadizo, hacia la mitad del recorrido aproximadamente, en un tramo ensanchado por un desprendimiento, donde se encontraba la guarida ocupada por la manada de leones.

El bosquimano tomó entonces las siguientes disposiciones: sir John Murray, uno de los indígenas y él debían avanzar solos, deslizándose por las aristas superiores del desfiladero. Esperaban llegar así cerca de la guarida, y contaban con desalojar a las temibles fieras, de manera que las empujasen hacia el extremo inferior del desfiladero. Allí, los dos jóvenes europeos y los dos bosquimanos, apostados al acecho, debían recibir a los fugitivos a flechazos y tiros de fusil.

El lugar se prestaba excelentemente a esta maniobra. Allí se alzaba un enorme sicomoro que dominaba todo el matorral circundante, y cuyas múltiples horquetas ofrecían un puesto seguro al que los leones no podrían llegar. Se sabe, en efecto, que estos animales no han recibido, como sus congéneres de la raza felina, el don de trepar a los árboles. Unos cazadores, así apostados a cierta altura, podían esquivar sus saltos y dispararles en condiciones favorables.

La maniobra peligrosa debía, pues, ser ejecutada por Mokoum, sir John y uno de los indígenas. Ante la observación que hizo William Emery al respecto, el cazador respondió que no podía ser de otro modo, e insistió en que no se introdujera ninguna modificación en su plan. Los jóvenes se rindieron a sus razones.

El día empezaba entonces a despuntar. La cima extrema de la montaña se encendía como una antorcha bajo la proyección de los rayos solares. El bosquimano, tras haber visto a sus cuatro compañeros instalarse en las ramas del sicomoro, dio la señal de partida. Sir John, el indígena y él reptaron pronto a lo largo de una senda caprichosamente sinuosa por la pared derecha del desfiladero.

Estos tres audaces cazadores avanzaron así durante unos cincuenta pasos, deteniéndose a veces y observando el estrecho pasadizo que iban remontando. El bosquimano no dudaba de que los leones, tras su excursión nocturna, hubieran regresado a su guarida, ya fuera para devorar en ella su presa, ya para descansar. Quizá incluso pudiera sorprenderlos dormidos, y acabar rápidamente con ellos.

Un cuarto de hora después de haber franqueado la entrada del desfiladero, Mokoum y sus dos compañeros llegaron ante la guarida, en el desprendimiento que les había sido indicado por Michel Zorn. Allí se agazaparon en el suelo y examinaron el cubil.

Era una excavación bastante ancha, cuya profundidad no se podía calcular en aquel momento. Restos de animales, montones de huesos, disimulaban su entrada. No había lugar a confusión: era el refugio de los leones señalado por el coronel Everest.

Pero en aquel momento, contrariamente a la opinión del cazador, la caverna parecía desierta. Mokoum, con el fusil amartillado, se dejó deslizar hasta el suelo, y, reptando sobre las rodillas, llegó hasta la entrada de la guarida.

Una sola mirada, rápidamente lanzada al interior, le mostró que estaba vacía.

Esta circunstancia, con la que no contaba, le hizo modificar de inmediato su plan. Sus dos compañeros, llamados por él, se reunieron con él en un instante.

—Sir John —dijo el cazador—, nuestra caza no ha regresado a su cubil, pero no puede tardar en aparecer. Me figuro que haremos bien en instalarnos en su lugar. Más vale ser sitiados que sitiadores con semejantes bribones, sobre todo cuando la plaza cuenta con un ejército de socorro a sus puertas. ¿Qué opina Su Señoría?

—Pienso como usted, bosquimano —respondió sir John Murray—. Estoy bajo sus órdenes y le obedezco.

Mokoum, sir John y el indígena penetraron en la guarida. Era una gruta profunda, sembrada de huesos y de carnes ensangrentadas. Tras comprobar que estaba absolutamente vacía, los cazadores se apresuraron a barricar su entrada por medio de grandes piedras que hicieron rodar no sin esfuerzo, y que amontonaron unas sobre otras. Los intersticios dejados entre estas piedras fueron taponados con ramaje y matojos secos de los que estaba cubierta la parte socavada del desfiladero.

Este trabajo solo exigió unos minutos, pues la entrada de la gruta era relativamente estrecha. Luego, los cazadores se situaron detrás de su barricada, horadada de troneras, y esperaron.

Su espera no fue de larga duración. Hacia las cinco y cuarto, un león y dos leonas aparecieron a cien pasos de la guarida. Eran animales de gran tamaño. El león, sacudiendo su melena negra y barriendo el suelo con su terrible cola, llevaba entre los dientes un antílope entero, al que sacudía como un gato habría hecho con un ratón. Aquella pesada presa no le pesaba en sus poderosas fauces, y su cabeza, aunque cargada pesadamente, se movía con una soltura perfecta. Las dos leonas, de pelaje amarillo, lo acompañaban dando brincos.

Sir John —Su Señoría lo ha confesado desde entonces— sintió que su corazón latía con violencia. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su frente se arrugó, y sintió una especie de miedo convulsivo al que se mezclaban el asombro y la angustia; pero esto no duró, y pronto volvió a ser dueño de sí mismo. En cuanto a sus dos compañeros, estaban tan tranquilos como de costumbre.

Sin embargo, el león y las dos leonas habían sentido el peligro. Al ver su guarida barricada, se detuvieron. Menos de sesenta pasos los separaban de ella. El macho lanzó un rugido ronco, y, seguido de las dos leonas, se arrojó a un matorral situado a la derecha, un poco por debajo del lugar donde los cazadores se habían detenido al principio. Se veía distintamente a aquellas terribles fieras a través de las ramas: sus flancos amarillos, sus orejas erguidas, sus ojos brillantes.

— Ahí están los perdigones —murmuró sir John al oído del bosquimano—. A cada uno el suyo.

—No —respondió Mokoum en voz baja—, la nidada no está completa, y la detonación espantaría a los demás.

—Bosquimano, ¿está seguro de su flecha a esta distancia?

—Sí, Mokoum —respondió el indígena.

—Pues bien, al flanco izquierdo del macho, ¡y revíentele el corazón!

El bosquimano tensó su arco, y apuntó con gran atención a través de la maleza. La flecha partió silbando. Estalló un rugido. El león dio un salto y volvió a caer a treinta pasos de la caverna. Allí quedó inmóvil, y se pudieron ver sus afilados dientes, que resaltaban sobre sus fauces rojas de sangre.

—¡Bien, bosquimano! —dijo el cazador.

En ese momento, las leonas, abandonando el matorral, se precipitaron sobre el cuerpo del león. A sus formidables rugidos, otros dos leones, entre ellos un viejo macho de garras amarillas, seguido de una tercera leona, aparecieron en la revuelta del desfiladero. Bajo el efecto de una espantosa furia, su melena negra, erizándose, los hacía parecer gigantescos. Parecían haber adquirido el doble de su volumen ordinario. Saltaban lanzando rugidos de una intensidad increíble.

— ¡A las carabinas, ahora! — exclamó el bosquimano —, ¡y disparémosles al vuelo, ya que no quieren posarse!

Estallaron dos detonaciones. Uno de los leones, alcanzado por la bala explosiva del bosquimano en el nacimiento de los riñones, cayó fulminado. El otro león, al que sir John había apuntado, con una pata rota, se precipitó hacia la barricada. Las leonas furiosas lo habían seguido. Aquellos terribles animales querían forzar la entrada de la caverna, y no podían dejar de conseguirlo si una bala no los detenía.

El bosquimano, sir John y el indígena se habían retirado al fondo de la guarida. Los fusiles habían sido recargados rápidamente. Uno o dos disparos afortunados, y las fieras acaso caerían inanimadas, cuando una circunstancia imprevista vino a hacer terrible la situación de los tres cazadores.

De pronto, un espeso humo llenó la caverna. Uno de los tacos, caído en medio de la maleza seca, la había incendiado. Pronto una cortina de llamas, avivada por el viento, quedó tendida entre los hombres y los animales. Los leones retrocedieron. Los cazadores ya no podían permanecer en su refugio sin exponerse a asfixiarse en pocos instantes.

Era una posición terrible. No había que vacilar.

— ¡Afuera! ¡Afuera! — exclamó el bosquimano, que ya se ahogaba.

Al instante, la maleza fue apartada a culatazos, las piedras de la barricada fueron rechazadas, y los tres cazadores, medio ahogados, se precipitaron afuera en medio del torbellino de humo.

El indígena y sir John apenas habían tenido tiempo de reconocer su situación, cuando ambos fueron derribados, el africano por un topetazo, el inglés por un coletazo, de las leonas aún ilesas. El indígena, alcanzado de lleno en el pecho, quedó inmóvil en el suelo. Sir John creyó tener rota la pierna, y cayó de rodillas. Pero en el momento en que el animal volvía sobre él, una

bala del bosquimano lo detuvo en seco, y, al topar con un hueso, estalló en su cuerpo.

En ese momento, Michel Zorn, William Emery y los dos bosquimanos, apareciendo en la revuelta del desfiladero, llegaron muy a propósito para tomar parte en el combate. Dos leones y una leona habían sucumbido a los mortales impactos de las balas y las flechas. Pero los supervivientes, las otras dos leonas y el macho, cuya pata había sido destrozada por el disparo de sir John, seguían siendo temibles. Sin embargo, los rifles rayados, manejados por mano firme, cumplían en ese momento su cometido. Una segunda leona cayó, alcanzada por dos balas en la cabeza y en el flanco. El león herido y la tercera leona, dando entonces un salto prodigioso y pasando por encima de la cabeza de los jóvenes, desaparecieron en la revuelta del desfiladero, saludados por última vez con dos balas y dos flechas.

Sir John lanzó un hurra triunfal. Los leones estaban vencidos. Cuatro cadáveres yacían en el suelo.

Todos se apresuraron a acudir junto a sir John Murray. Con la ayuda de sus amigos, pudo levantarse. Su pierna, por fortuna, no estaba rota. En cuanto al indígena a quien había derribado el topetazo, volvió en sí al cabo de unos instantes, no habiendo sido más que aturdido por aquel violento empujón. Una hora más tarde, la pequeña tropa había regresado al matorral donde estaban atados los caballos, sin haber vuelto a ver a la pareja fugitiva.

—Y bien —dijo entonces Mokoum a sir John—, ¿está Su Señoría satisfecho de nuestros perdigones de África?

—Encantado —respondió sir John, frotándose la pierna contusionada—, ¡encantado! Pero ¡qué cola tienen, mi digno bosquimano, qué cola!

[Nota 1] En la medición de la meridiana de Francia prolongada hasta Formentera, Arago, de Desierto a Campvey, midió en su decimoquinto triángulo un lado de 160.904 metros, desde la costa de España hasta la isla de Ibiza.

CAPÍTULO XIII. CON LA AYUDA DEL FUEGO

Mientras tanto, el coronel Everest y sus colegas esperaban en el campamento, con una impaciencia muy natural, el resultado del combate entablado al pie de la montaña. Si los cazadores triunfaban, la mira luminosa debía aparecer durante la noche. Se comprende la inquietud con que los sabios pasaron todo aquel día. Sus instrumentos estaban preparados. Los habían apuntado hacia la cima del monte, de manera que abarcasen en el campo de los anteojos un resplandor por débil que fuese. ¿Pero se mostraría ese resplandor?

El coronel Everest y Mathieu Strux no pudieron gozar de un instante de reposo. Solo Nicolas Palander, siempre absorto, olvidaba en sus cálculos que algún peligro amenazaba a sus colegas. ¡Que no se le acuse de un egoísmo original! Podía decirse de él lo que se decía del matemático Bouvard: «No dejará de calcular hasta que deje de vivir.» Y acaso, incluso, Nicolas Palander no dejará de vivir sino porque dejará de calcular.

Hay que decir, sin embargo, que en medio de sus inquietudes, los dos sabios, inglés y ruso, pensaban al menos tanto en la realización de sus operaciones geodésicas como en los peligros corridos por sus amigos. Esos peligros, ellos mismos los habrían afrontado, sin olvidar que pertenecían a la ciencia militante. Pero el resultado les preocupaba. Un obstáculo físico, de no ser superado, podía detener definitivamente sus trabajos, o al menos retrasarlos. Se comprenderá, pues, fácilmente la ansiedad de los dos astrónomos durante aquella interminable jornada.

Por fin llegó la noche. El coronel Everest y Mathieu Strux, debiendo observar cada uno durante media hora, se apostaron por turno ante el ocular del anteojo. En medio de aquella oscuridad, no pronunciaban una palabra, y

se relevaban con una exactitud cronométrica. Se trataba de ver quién divisaba primero aquella señal tan impacientemente esperada.

Las horas fueron transcurriendo. Pasó la medianoche. Nada había aparecido todavía en aquel sombrío pitón.

Por fin, a las dos y tres cuartos, el coronel Everest, incorporándose fríamente, dijo esta simple palabra:

—¡La señal!

La casualidad lo había favorecido, con gran despecho de su colega ruso, que tuvo que comprobar él mismo la aparición del reverbero. Pero Mathieu Strux, conteniéndose, no pronunció una sola palabra.

La marcación se tomó entonces con meticulosas precauciones, y, tras observaciones repetidas una y otra vez, el ángulo medido dio $73^{\circ} 58' 42''$ 413. Se ve que esta medida se obtenía hasta las milésimas de segundo, es decir, con una exactitud casi absoluta.

Al día siguiente, 2 de julio, se levantó el campamento desde el alba. El coronel Everest quería reunirse con sus compañeros lo antes posible. Tenía prisa por saber si aquella conquista de la montaña no se había pagado demasiado cara. Las carretas se pusieron en marcha bajo la dirección del foreloper, y a mediodía todos los miembros de la comisión científica estaban reunidos. Ni uno solo de ellos, como se sabe, faltaba a la cita. Se contaron los diversos incidentes del combate contra los leones, y los vencedores fueron muy calurosamente felicitados.

Durante aquella mañana, sir John Murray, Michel Zorn y William Emery habían medido desde lo alto de la montaña la distancia angular de una nueva estación situada a algunas millas al oeste de la meridiana. Las operaciones podían, pues, continuar sin demora. Los astrónomos, habiendo tomado también la altura cenital de algunas estrellas, calcularon la latitud del pitón, de donde Nicolas Palander concluyó que una segunda porción del arco de meridiano, equivalente a un grado, había sido obtenida mediante las últimas medidas trigonométricas. Eran, pues, en total, dos grados deducidos desde la base para una serie de quince triángulos.

Los trabajos se prosiguieron de inmediato. Se llevaban a cabo en condiciones satisfactorias, y cabía esperar que ningún obstáculo físico se opusiera a su total consumación. Durante cinco semanas, el cielo se mostró propicio

a las observaciones. La comarca, algo accidentada, se prestaba al establecimiento de las miras. Bajo la dirección del bosquimano, los campamentos se organizaban regularmente. Los víveres no faltaban. Los cazadores de la caravana, sir John a la cabeza, abastecían sin cesar la expedición. El honorable inglés ya ni siquiera contaba las variedades de antílopes o los búfalos que caían bajo sus balas. Todo marchaba a las mil maravillas. La salud general era satisfactoria. El agua todavía no había escaseado en los pliegues del terreno. Por fin, las discusiones entre el coronel Everest y Mathieu Strux parecían moderarse, con gran satisfacción de sus compañeros. Cada cual rivalizaba en celo, y ya podía preverse el éxito definitivo de la empresa, cuando una dificultad local vino a entorpecer momentáneamente las observaciones y a reavivar las rivalidades nacionales.

Era el 11 de agosto. Desde la víspera, la caravana atravesaba un país boscoso, en el que bosques y matorrales se sucedían de milla en milla. Aquella mañana, las carretas se detuvieron ante una inmensa aglomeración de altas frondas, cuyos límites debían de extenderse mucho más allá del horizonte. Nada más imponente que aquellas masas de verdor que formaban como una cortina de cien pies tendida sobre el suelo. Ninguna descripción daría una idea exacta de aquellos hermosos árboles que componían una selva africana. Allí se entremezclaban las especies más diversas: el «gounda», el «mosokoso», el «moukomdou», madera muy apreciada para las construcciones navales; los ébanos, de grueso tronco, cuya corteza recubre una carne completamente negra; el «bauhinia», de fibras de hierro; unas «buchneras» de flores color naranja; magníficos «roodeblatts», de tronco blanquecino y coronados de un follaje carmesí de un efecto indescriptible; guayacos a millares, algunos de los cuales medían hasta quince pies de circunferencia. De aquella espesura profunda salía un murmullo, a la vez conmovedor y grandioso, que recordaba el ruido de la resaca en una costa arenosa. Era el viento que, al pasar a través de aquella poderosa ramazón, venía a expirar en la linde de la selva gigantesca.

A una pregunta que en ese momento le formuló el coronel Everest, el cazador respondió:

— ¡Es la selva de Rovouma!

— ¿Cuál es su anchura de este a oeste?

— Cuarenta y cinco millas.

—¿Y su profundidad de sur a norte?

—Unas diez millas.

—¿Y cómo pasaremos a través de esta espesa masa de árboles?

—No pasaremos a través de ella —respondió Mokoum—. No hay ningún sendero practicable. No nos queda más recurso que rodear la selva, sea por el este, sea por el oeste.

Los jefes de la expedición, al oír las respuestas tan precisas del bosquimano, se hallaron muy embarazados. Evidentemente, no se podían disponer puntos de mira en aquella selva, que ocupaba un terreno absolutamente llano. En cuanto a rodearla, es decir, apartarse veinte o veinticinco millas de un lado u otro de la meridiana, eso aumentaba singularmente los trabajos de la triangulación, y añadía tal vez una decena de triángulos auxiliares a la serie trigonométrica.

Surgía, pues, una dificultad real, un obstáculo natural. La cuestión era importante y difícil de resolver. Tan pronto como se estableció el campamento a la sombra de magníficos macizos de árboles, distantes media milla de la propia linde de la selva, los astrónomos fueron convocados a consejo, con el fin de tomar una decisión. La cuestión de triangular a través del inmenso macizo de árboles fue descartada de inmediato. Era evidente que no se podía operar en semejantes condiciones. Quedaba, pues, la propuesta de rodear el obstáculo, ya fuera por la izquierda, ya por la derecha, siendo el desvío más o menos el mismo por cada lado, puesto que la meridiana atacaba la selva por su centro.

Los miembros de la comisión anglo-rusa concluyeron, pues, que la infranqueable barrera debía ser rodeada. Que fuese por el este o por el oeste, poco importaba. Y sucedió precisamente que, sobre esta cuestión fútil, se suscitó una violenta discusión entre el coronel Everest y Mathieu Strux. Los dos rivales, que se habían contenido desde hacía algún tiempo, recobraron entonces toda su antigua animosidad, que pasó del estado latente al estado sensible, y acabó degenerando en un altercado grave. En vano intentaron sus colegas interponerse. Los dos jefes no quisieron atender a razones. Uno, el inglés, se inclinaba por la derecha, dirección que acercaba la expedición a la ruta seguida por David Livingstone en su primer viaje a las cataratas del Zambeze, y esa era al menos una razón, pues aquel país, más conocido y

más frecuentado, podía ofrecer ciertas ventajas. En cuanto al ruso, opinaba por la izquierda, pero evidentemente para contrariar la opinión del coronel. Si el coronel hubiera optado por la izquierda, él se habría inclinado por la derecha.

La disputa llegó muy lejos, y podía preverse el momento en que se produciría una escisión entre los miembros de la comisión.

Michel Zorn y William Emery, sir John Murray y Nicolas Palander, no pudiendo hacer nada, abandonaron la reunión y dejaron a los dos jefes enzarzados. Tal era su obstinación que había que temerle todo, incluso que los trabajos, interrumpidos en aquel punto, prosiguieran mediante dos series de triángulos oblicuos.

La jornada transcurrió sin lograr acercamiento alguno entre las dos opiniones opuestas.

Al día siguiente, 12 de agosto, sir John, previendo que los obstinados aún no se pondrían de acuerdo, fue en busca del bosquimano y le propuso batir los alrededores. Mientras tanto, quizá los dos astrónomos lograran entenderse. En todo caso, un trozo de venado fresco no sería de despreciar.

Mokoum, siempre dispuesto, silbó a su perro Top, y los dos cazadores, batiendo el matorral, rastreando la linde del bosque, se aventuraron, mitad conversando, mitad ojeando, a algunas millas del campamento.

Muy naturalmente, la conversación giró en torno al incidente que impedía la continuación de los trabajos geodésicos.

—Me figuro —dijo el bosquimano— que henos aquí acampados por algún tiempo en la linde de la selva de Rovouma. Nuestros dos jefes no están, ni mucho menos, dispuestos a ceder el uno ante el otro. Que Su Señoría me permita la comparación, pero uno tira hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, como bueyes que no se entienden, y de este modo el carro no puede andar.

—Es una circunstancia enojosa —respondió sir John Murray—, y mucho me temo que esta obstinación acabe en una separación completa. De no ser por los intereses de la ciencia, esta rivalidad de astrónomos me dejaría bastante indiferente, buen Mokoum. Las tierras de África, tan ricas en caza, tienen con qué distraerme, y hasta que los dos rivales se hayan puesto de acuerdo, recorreré el campo, fusil en mano.

—Pero, esta vez, ¿piensa Su Señoría que llegarán a un acuerdo sobre este punto? Por mi parte, no lo espero, y como le decía, nuestra parada puede prolongarse indefinidamente.

—Me lo temo, Mokoum —respondió sir John—. Nuestros dos jefes discuten sobre una cuestión, por desgracia, fútil, y que no puede resolverse científicamente. Los dos tienen razón y los dos están equivocados. El coronel Everest ha declarado categóricamente que no cederá. Mathieu Strux ha jurado que resistirá a las pretensiones del coronel, y esos dos sabios, que sin duda se habrían rendido ante un argumento científico, no consentirán jamás en hacer concesión alguna en una cuestión de puro amor propio. Es realmente lamentable, en interés de nuestros trabajos, que esta selva quede cortada por el trazado de la meridiana.

—¡Al diablo con las selvas —replicó el bosquimano—, cuando se trata de semejantes operaciones! Pero además, ¿qué idea tienen esos sabios de medir la longitud o la anchura de la tierra? ¿Adelantarán algo cuando la hayan calculado así, por pies y por pulgadas? Por mi parte, Su Señoría, ¡prefiero desconocer todas esas cosas! Prefiero creer inmenso, infinito, este globo que habito, y me parece que empequeñecerlo es conocer sus dimensiones exactas. No, sir John, aunque viviera cien años, jamás admitiría la utilidad de sus operaciones.

Sir John no pudo evitar sonreír. A menudo se había debatido esta tesis entre el cazador y él, y aquel ignorante hijo de la naturaleza, aquel libre corredor de bosques y llanuras, aquel intrépido perseguidor de fieras, no podía evidentemente comprender el interés científico ligado a una triangulación. Alguna vez, sir John lo había apremiado al respecto, pero el bosquimano le respondía con argumentos impregnados de una verdadera filosofía natural, que presentaba con una especie de elocuencia salvaje, y de la que él, mitad sabio, mitad cazador, apreciaba todo el encanto.

Conversando así, sir John y Mokoum perseguían la caza menor de la llanura: liebres de las rocas, «giosciures», una nueva especie de roedores, reconocida por Ogilly con el nombre de «graphycerus elegans», algunos chorritos de grito agudo, y bandadas de perdices de plumaje pardo, amarillo y negro. Pero puede decirse que fue sir John quien, él solo, sostuvo aquella cacería. El bosquimano disparaba poco. Parecía preocupado por aquella rivalidad de los dos astrónomos, que forzosamente había de comprometer el

éxito de la expedición. El incidente «de la selva» le inquietaba ciertamente más de lo que inquietaba al propio sir John. La caza, por variada que fuese, apenas suscitaba de su parte una vaga atención. Grave indicio en un cazador semejante.

En efecto, una idea, al principio muy indecisa, trabajaba la mente del bosquimano, y poco a poco esa idea fue tomando una forma más nítida en su cerebro. Sir John lo oía hablar consigo mismo, interrogarse, responderse. Lo veía, con el fusil en reposo, indiferente a todas las ocasiones de caza de pluma o de pelo, permanecer inmóvil, y tan absorto como lo habría estado el propio Nicolas Palander en busca de un error de logaritmo. Pero sir John respetó aquella disposición de ánimo y no quiso arrancar a su compañero de una preocupación tan grave.

Dos o tres veces, durante aquella jornada, Mokoum se acercó a sir John y le dijo:

—Entonces, ¿piensa Su Señoría que el coronel Everest y Mathieu Strux no llegarán a ponerse de acuerdo?

A esta pregunta, sir John respondía invariablemente que el acuerdo le parecía difícil, y que era de temer una escisión entre ingleses y rusos.

Una última vez, hacia el atardecer, a algunas millas por delante del campamento, Mokoum planteó la misma pregunta y recibió la misma respuesta. Pero entonces añadió:

—Pues bien, que Su Señoría se tranquilice, ¡he encontrado el medio de dar la razón a la vez a nuestros dos sabios!

—¿De veras, mi digno cazador? —respondió sir John, bastante sorprendido.

—¡Sí! Se lo repito, sir John. Antes de mañana, el coronel Everest y el señor Strux ya no tendrán ningún motivo de disputa, si el viento es favorable.

—¿Qué quiere usted decir, Mokoum?

—Yo me entiendo, sir John.

—Pues bien, ¡hágalo, Mokoum! Se habrá hecho usted bien merecedor de la Europa sabia, y su nombre quedará consignado en los anales de la ciencia.

—Es mucho honor para mí, sir John —respondió el bosquimano, y, sin duda rumiando su proyecto, no añadió ni una palabra más.

Sir John respetó aquel mutismo y no pidió ninguna explicación al bosquimano. Pero, en verdad, no podía adivinar por qué medio pretendía su compañero reconciliar a los dos obstinados que comprometían tan ridículamente el éxito de la empresa.

Los cazadores regresaron al campamento hacia las cinco de la tarde. La cuestión no había avanzado un paso, e incluso la situación respectiva del ruso y del inglés se había envenenado. La intervención, repetida muchas veces, de Michel Zorn y de William Emery no había producido ningún resultado. Interpelaciones personales, cruzadas en varias ocasiones entre los dos rivales, insinuaciones lamentables, formuladas de una y otra parte, hacían ya imposible todo acercamiento. Incluso cabía temer que la disputa, así subida de tono, llegara hasta una provocación. El porvenir de la triangulación estaba, pues, hasta cierto punto comprometido, a menos que cada uno de aquellos sabios la prosiguiera aisladamente y por su propia cuenta. Pero, en ese caso, se habría seguido una separación inmediata, y esta perspectiva entristecía sobre todo a los dos jóvenes, tan acostumbrados el uno al otro, tan íntimamente unidos por una simpatía recíproca.

Sir John comprendió lo que pasaba en su interior. Adivinó bien la causa de su tristeza. Quizá habría podido tranquilizarlos refiriéndoles las palabras del bosquimano; pero, por más confianza que tuviera en este último, no quiso causar una falsa alegría a sus jóvenes amigos, y resolvió esperar hasta el día siguiente el cumplimiento de las promesas del cazador.

Este, durante la velada, no cambió en nada sus ocupaciones habituales. Organizó la guardia del campamento tal como acostumbraba a hacerlo. Vigiló la disposición de las carretas, y tomó todas las medidas necesarias para asegurar la seguridad de la caravana.

Sir John hubo de creer que el cazador había olvidado su promesa. Antes de ir a descansar un poco, quiso al menos sondear al coronel Everest acerca del astrónomo ruso. El coronel se mostró inquebrantable, firme en sus derechos, añadiendo que, en caso de que Mathieu Strux no cediera, ingleses y rusos se separarían, pues «hay cosas que no se pueden soportar, ni siquiera de parte de un colega».

Dicho esto, sir John Murray, muy inquieto, fue a acostarse, y, muy fatigado por su jornada de caza, no tardó en quedarse dormido.

Hacia las once de la noche, se despertó bruscamente. Una agitación insólita se había apoderado de los indígenas. Iban y venían por en medio del campamento.

Sir John se levantó al instante, y encontró a todos sus compañeros en pie.

La selva estaba en llamas.

¡Qué espectáculo! En aquella noche oscura, sobre el fondo negro del cielo, la cortina de llamas parecía elevarse hasta el cenit. En un instante, el incendio se había extendido a lo ancho de varias millas.

Sir John Murray miró a Mokoum, que permanecía inmóvil junto a él. Pero Mokoum no respondió a su mirada. Sir John había comprendido. El fuego iba a abrirles a los sabios un camino a través de aquella selva varias veces secular.

El viento, soplando del sur, favorecía los planes del bosquimano. El aire, precipitándose como si saliera de los costados de un ventilador, activaba el incendio y saturaba de oxígeno aquella hoguera ardiente. Avivaba las llamas, arrancaba tizones, ramas ignescentes, brasas incandescentes, y los llevaba lejos, hasta los espesos matorrales, que se convertían al instante en nuevos focos de incendio. El teatro del fuego se ensanchaba y se ahondaba cada vez más. Un calor intenso se propagaba hasta el campamento. La leña muerta, amontonada bajo las oscuras ramazones, crepitaba. En medio de las capas de llamas, algunos resplandores más vivos producían de pronto estallidos de luz. Eran los árboles resinosos, que se encendían como antorchas. De ahí verdaderas arcabuzadas, chisporroteos, crepitaciones distintas, según la naturaleza de las especies forestales, y luego detonaciones producidas por viejos troncos de palo de hierro, que estallaban como bombas. El cielo reflejaba aquella conflagración gigantesca. Las nubes, de un rojo ardiente, parecían prender fuego, como si el incendio se hubiera propagado hasta las alturas del firmamento. Ráfagas de chispas constelaban la bóveda negra en medio de torbellinos de espeso humo.

Luego se oyeron aullidos, risas siniestras, bramidos de animales por todos los costados de la selva incendiada. Pasaban sombras, tropes desprovistos, huyendo en todas direcciones, grandes espectros oscuros que sus for-

midables rugidos delataban entre la banda de los fugitivos. Un espanto insuperable arrastraba a aquellas hienas, aquellos búfalos, aquellos leones, aquellos elefantes, hasta los últimos confines del sombrío horizonte.

El incendio duró toda la noche, y el día siguiente, y aún otra noche más. Y cuando reapareció la mañana del 14 de agosto, un vasto espacio, devorado por el fuego, dejaba la selva practicable en una anchura de varias millas. El camino quedaba abierto a la meridiana, y esta vez, el porvenir de la triangulación acababa de ser salvado por el audaz acto del cazador Mokoum.

CAPÍTULO XIV. UNA DECLARACIÓN DE GUERRA

El trabajo se reanudó ese mismo día. Todo pretexto de discusión había desaparecido. El coronel Everest y Mathieu Strux no se perdonaron, pero reanudaron juntos el curso de las operaciones geodésicas.

A la izquierda de aquella ancha brecha, abierta por el incendio, se alzaba un montículo muy visible, a una distancia de cinco millas aproximadamente. Su punto culminante podía tomarse como mira y servir de vértice al nuevo triángulo. Se midió, pues, el ángulo que formaba con la última estación, y, al día siguiente, toda la caravana avanzó a través de la selva incendiada.

Era como una carretera macadamizada de carbones. El suelo aún estaba ardiente; algunos tocones humeaban aquí y allá, y se levantaba una bruma cálida, toda impregnada de vapores. En muchos lugares, cadáveres carbonizados, pertenecientes a animales sorprendidos en su refugio, a los que la huida no había podido sustraer a las furias del fuego. Humos negros, que se arremolinaban en ciertos parajes, indicaban todavía la existencia de focos parciales. Podía incluso creerse que el incendio no estaba extinguido, y que, bajo la acción del viento, cobrando pronto nueva fuerza, acabaría por devorar la selva entera.

Por eso la comisión científica apresuró su marcha hacia adelante. La caravana, atrapada en un círculo de fuego, se habría perdido. Tenía prisa por atravesar aquel escenario del incendio, cuyos últimos planos laterales ardían todavía. Mokoum excitó, pues, el celo de los conductores de las carretas, y, hacia la mitad de la jornada, se estableció un campamento al pie del montículo ya medido con el círculo repetidor.

La masa rocosa que remataba aquella protuberancia del suelo parecía haber sido dispuesta por la mano del hombre. Era como un dolmen, un con-

junto de piedras drúidicas, que un arqueólogo se habría sorprendido mucho de encontrar en aquel lugar. Una enorme arenisca cónica dominaba todo el conjunto, y remataba aquel monumento primitivo, que debía de ser un altar africano.

Los dos jóvenes astrónomos y sir John Murray quisieron visitar aquella extraña construcción. Por una de las laderas del montículo, ascendieron hasta la meseta superior. El bosquimano los acompañaba.

Los visitantes ya no se hallaban sino a veinte pasos del dolmen, cuando un hombre, hasta entonces resguardado tras una de las piedras de la base, apareció un instante; luego, bajando por el montículo y rodando, por así decirlo, sobre sí mismo, se ocultó rápidamente bajo un espeso matorral que el fuego había respetado.

El bosquimano no vio a aquel hombre más que un instante, pero ese instante le bastó para reconocerlo.

—¡Un makololo! —exclamó, y se precipitó tras las huellas del fugitivo.

Sir John Murray, arrastrado por sus instintos, siguió a su amigo el cazador. Los dos batieron el bosque sin llegar a ver al indígena. Este había ganado la selva, cuyos más pequeños senderos conocía, y el más hábil rastreador no habría podido alcanzarlo.

El coronel Everest, en cuanto fue informado del incidente, mandó llamar al bosquimano y lo interrogó al respecto. ¿Quién era aquel indígena? ¿Qué hacía en aquel lugar? ¿Por qué se había lanzado él tras las huellas del fugitivo?

—Es un makololo, coronel —respondió Mokoum—, un indígena de las tribus del norte que frecuentan los afluentes del Zambeze. Es un enemigo, no solo de nuestros bosquimanos, sino un saqueador temido por todo viajero que se aventura en el centro del África austral. Ese hombre nos espiaba, y quizá tengamos motivo para lamentar no haber podido apoderarnos de su persona.

—Pero, bosquimano —replicó el coronel Everest—, ¿qué tenemos que temer de una banda de esos ladrones? ¿No somos suficientes en número para resistir?

—Por el momento, sí —replicó el bosquimano—, pero esas tribus saqueadoras se encuentran con más frecuencia en el norte, y allí es difícil escapar de ellas. Si ese makololo es un espía, lo que no me parece dudoso, no dejará de echarnos encima a algunos centenares de saqueadores en nuestro camino, y cuando estén allí, coronel, ¡no daría yo ni un farthing por todos sus triángulos!

El coronel Everest quedó muy contrariado por aquel encuentro. Sabía que el bosquimano no era hombre que exagerara el peligro, y que había que tener en cuenta sus observaciones. Las intenciones del indígena no podían ser sino sospechosas. Su aparición súbita, su huida inmediata, demostraban que acababa de ser sorprendido en flagrante delito de espionaje. Parecía, pues, imposible que la presencia de la comisión anglo-rusa no fuera prontamente denunciada a las tribus del norte. En todo caso, el mal no tenía ya remedio. Se resolvió únicamente vigilar con más rigor la marcha de la caravana, y los trabajos de la triangulación se prosiguieron.

Hacia el 17 de agosto, se había obtenido un tercer grado de la meridiana. Buenas observaciones de latitud determinaron exactamente el punto alcanzado. Los astrónomos habían medido entonces tres grados del arco, que habían exigido la formación de veintidós triángulos desde el punto extremo de la base austral.

Hecha la comprobación en el mapa, se reconoció que la aldea de Kolobeng no estaba situada sino a un centenar de millas al noreste de la meridiana. Los astrónomos, reunidos en consejo, resolvieron ir a tomar algunos días de descanso en aquel pueblo, en el que sin duda podrían recoger algunas noticias de Europa. Hacía cerca de seis meses que habían dejado las orillas del río Orange, y, perdidos en aquellas soledades del África austral, se hallaban sin comunicación con el mundo civilizado. En Kolobeng, aldea bastante importante, estación principal de misioneros, quizá lograrían reanudar el lazo civil roto entre Europa y ellos. En aquel lugar, la caravana repararía también sus fatigas, y los aprovisionamientos podrían renovarse en parte.

La inquebrantable piedra que había servido de mira en la última observación fue tomada como punto de detención de esta primera parte del trabajo geodésico. En ese jalón fijo debían reanudarse las observaciones subsiguientes. Su situación en latitud fue rigurosamente determinada. El coronel

Everest, seguro ya de este punto de referencia, dio la señal de partida, y toda la caravana se dirigió hacia Kolobeng.

Los europeos llegaron a aquella aldea el 22 de agosto, tras un viaje desprovisto de todo incidente. Kolobeng no es más que un conjunto de chozas indígenas, dominado por el establecimiento de los misioneros. Este pueblo, llamado también Litoubarouba en algunos mapas, se llamaba antiguamente Lepelolé. Allí se instaló el doctor David Livingstone durante varios meses, en el año 1843, y se familiarizó con las costumbres de aquellos bechuas, más especialmente designados con el nombre de bakuinos en esta parte del África austral.

Los misioneros recibieron muy hospitalariamente a los miembros de la comisión científica. Pusieron a su disposición todos los recursos del país. Allí se veía todavía la casa de Livingstone, tal como estaba cuando la visitó el cazador Baldwin, es decir, arruinada y saqueada: pues los bóers no la respetaron en su incursión de 1852.

Los astrónomos, tan pronto como se hubieron instalado en la casa de los reverendos, se interesaron por las noticias de Europa. El padre principal no pudo satisfacer su curiosidad. Ningún correo, desde hacía seis meses, había llegado a la misión. Pero de un día a otro se esperaba a un indígena, portador de periódicos y despachos, cuya presencia había sido señalada desde hacía algún tiempo en las orillas del alto Zambeze. En su opinión, la llegada de aquel correo no podía retrasarse más de una semana. Era precisamente el lapso de tiempo que los astrónomos querían dedicar al descanso, y esa semana la pasaron todos en un completo «farniente», del que Nicolas Palander se aprovechó para revisar todos sus cálculos.

En cuanto al huraño Mathieu Strux, trató poco con sus colegas ingleses y se mantuvo apartado. William Emery y Michel Zorn emplearon útilmente su tiempo en paseos por los alrededores de Kolobeng. La más franca amistad unía a aquellos dos jóvenes, y ellos no creían que suceso alguno pudiera jamás romper aquella intimidad, fundada en la estrecha simpatía del espíritu y del corazón.

El 30 de agosto llegó el mensajero, tan impacientemente esperado. Era un indígena de Kilmiane, ciudad situada en una de las desembocaduras del Zambeze. Un buque mercante, procedente de la isla Mauricio, dedicado al comercio de la goma y el marfil, había arribado a esa parte de la costa

oriental en los primeros días de julio, y depositado los despachos de que era portador para los misioneros de Kolobeng. Aquellos despachos tenían, pues, más de dos meses de fecha, pues el mensajero indígena no había empleado menos de cuatro semanas en remontar el curso del Zambeze.

Aquel día se produjo un incidente que debe ser contado con detalle, pues sus consecuencias amenazaron gravemente el porvenir de la expedición científica.

El padre principal de la Misión, tan pronto como llegó el mensajero, entregó al coronel Everest un fajo de periódicos europeos. La mayoría de aquellos números procedían de la colección del *Times*, del *Daily-News* y del *Journal des Débats*. Las noticias que contenían tenían, en aquellas circunstancias, una importancia muy especial, como se podrá juzgar.

Los miembros de la comisión estaban reunidos en la sala principal de la Misión. El coronel Everest, después de desatar el fajo de periódicos, tomó un número del *Daily-News* del 13 de mayo de 1854, a fin de leerlo a sus colegas.

Pero apenas hubo leído el título del primer artículo de aquel periódico, cuando su fisonomía cambió de pronto, su frente se frunció, y el número del periódico tembló en su mano. Al cabo de unos instantes, el coronel Everest logró dominarse, y recobró su calma habitual.

Sir John Murray se levantó entonces, y, dirigiéndose al coronel Everest:

—¿Qué le ha enseñado, pues, ese periódico? —le preguntó.

—Noticias graves, señores —respondió el coronel Everest—, noticias muy graves, que voy a comunicarles.

El coronel seguía teniendo en la mano el número del *Daily-News*. Sus colegas, con la mirada fija en él, no podían engañarse sobre su actitud. Esperaban con impaciencia a que tomara la palabra.

El coronel se levantó. Ante el gran asombro de todos, y principalmente de aquel que era objeto de aquel gesto, avanzó hacia Mathieu Strux, y le dijo:

—Antes de comunicar las noticias contenidas en este periódico, señor, desearía hacerle una observación.

—Estoy dispuesto a escucharle —respondió el astrónomo ruso.

El coronel Everest, con tono grave, le dijo entonces:

—Hasta ahora, señor Strux, rivalidades más personales que científicas nos han separado, y han dificultado nuestra colaboración en la obra que hemos emprendido en un interés común. Creo que hay que atribuir este estado de cosas únicamente a la circunstancia de que estábamos los dos al frente de esta expedición. Esa situación creaba entre nosotros un antagonismo incessante. Toda empresa, cualquiera que sea, no necesita más que un jefe. ¿No es esa su opinión?

Mathieu Strux inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Señor Strux —prosiguió el coronel—, a raíz de circunstancias nuevas, esta situación, penosa para ambos, va a cambiar. Pero, antes, permítame decirle, señor, que siento por usted una profunda estima, la estima que merece el puesto que ocupa usted en el mundo científico. Le ruego, pues, que crea en mi pesar por todo cuanto ha ocurrido entre nosotros.

Estas palabras fueron pronunciadas por el coronel Everest con gran dignidad, e incluso con un singular orgullo. No se sentía ninguna humillación en aquellas disculpas voluntarias, noblemente expresadas.

Ni Mathieu Strux ni sus colegas sabían adónde quería llegar el coronel Everest. No podían adivinar el móvil que lo hacía actuar. Tal vez incluso el astrónomo ruso, no teniendo, para expresarse así, las mismas razones que su colega, estaba menos dispuesto a olvidar su resentimiento personal. Sin embargo, venció su antipatía, y respondió en estos términos:

—Coronel, pienso como usted que nuestras rivalidades, cuyo origen no quiero indagar, no deben, en ningún caso, perjudicar a la obra científica que se nos ha encomendado. Yo también siento por usted la estima que merecen sus talentos, y, en cuanto de mí dependa, haré lo posible para que, en adelante, mi personalidad se borre en nuestras relaciones. Pero usted ha hablado de un cambio que las circunstancias van a introducir en nuestra situación respectiva. No comprendo...

—Va usted a comprender, señor Strux —respondió el coronel Everest con un tono no exento de cierta tristeza—. Pero antes, deme usted su mano.

—Aquí la tiene —respondió Mathieu Strux, no sin haber dejado traslucir una ligera vacilación.

Los dos astrónomos se dieron la mano, y no añadieron una palabra más.

—¡Por fin! —exclamó sir John Murray—. ¡Ya son ustedes amigos!

—¡No, sir John! —respondió el coronel Everest, soltando la mano del astrónomo ruso—. ¡Somos, de ahora en adelante, enemigos! ¡Enemigos separados por un abismo! ¡Enemigos que ya no deben encontrarse, ni siquiera en el terreno de la ciencia!

Luego, volviéndose hacia sus colegas:

—Señores —añadió—, la guerra ha sido declarada entre Inglaterra y Rusia. ¡Aquí tienen los periódicos ingleses, rusos y franceses que dan cuenta de esta declaración!

En efecto, en aquel momento había comenzado la guerra de 1854. Los ingleses, unidos a los franceses y a los turcos, combatían ante Sebastopol. La cuestión de Oriente se dirimía a cañonazos en el mar Negro.

Las últimas palabras del coronel Everest produjeron el efecto de un rayo. La impresión fue violenta en aquellos ingleses y aquellos rusos, que poseen en grado raro el sentimiento de la nacionalidad. Se habían levantado bruscamente. Aquellas simples palabras: «¡La guerra ha sido declarada!», habían bastado. Ya no eran compañeros, ni colegas, ni sabios unidos para la realización de una obra científica; eran enemigos que ya se medían con la mirada, ¡tal es la influencia que estos duelos de nación a nación ejercen sobre el corazón de los hombres!

Un movimiento instintivo había alejado a aquellos europeos unos de otros. El propio Nicolas Palander sufría la influencia común. Solo, tal vez, William Emery y Michel Zorn se miraban todavía con más tristeza que animosidad, y lamentaban no haber podido darse un último apretón de manos antes del anuncio del coronel Everest.

No se pronunció ninguna palabra. Tras haber intercambiado un saludo, rusos e ingleses se retiraron.

Esta nueva situación, esta separación de los dos partidos, iba a hacer más difícil la continuación de los trabajos geodésicos, pero no a interrumpirla. Cada cual, en interés de su país, quiso proseguir la operación emprendida.

Sin embargo, las mediciones debían recaer ahora sobre dos meridianas distintas. En una entrevista que tuvo lugar entre Mathieu Strux y el coronel Everest, se arreglaron estos detalles. La suerte decidió que los rusos continuarían operando sobre la meridiana ya recorrida. En cuanto a los ingleses, dando por bueno el trabajo hecho en común, debían elegir, a sesenta u ochenta millas al oeste, otro arco que enlazarían con el primero mediante una serie de triángulos auxiliares; luego proseguirían su triangulación en esas condiciones, y la continuarían hasta el vigésimo paralelo.

Todas estas cuestiones se resolvieron entre los dos sabios, y hay que decirlo, sin provocar escándalo alguno. Su rivalidad personal se borraba ante la gran rivalidad nacional. Mathieu Strux y el coronel Everest no cruzaron una sola palabra malsonante, y se mantuvieron dentro de los más estrictos límites de la cortesía.

En cuanto a la caravana, se decidió que se dividiría en dos grupos, debiendo cada grupo conservar su propio material. Pero la suerte atribuyó a los rusos la posesión de la lancha de vapor, que, evidentemente, no podía dividirse.

El bosquimano, muy apegado a los ingleses y, en particular, a sir John, conservó la dirección de la caravana inglesa. El foreloper, hombre también muy entendido, fue puesto al frente de la caravana rusa. Cada bando conservó sus instrumentos, así como uno de los registros llevados por duplicado, en los que se habían consignado hasta entonces los resultados numéricos de las operaciones.

El 31 de agosto, los miembros de la antigua comisión internacional se separaron. Los ingleses tomaron la delantera, a fin de enlazar con la última estación su nueva meridiana. Salieron, pues, de Kolobeng a las ocho de la mañana, después de haber dado las gracias a los Padres de la Misión por la hospitalidad que habían hallado en su establecimiento.

Y si, algunos instantes antes de la partida de los ingleses, alguno de aquellos misioneros hubiera entrado en la habitación de Michel Zorn, habría visto a William Emery estrechando la mano de su antiguo amigo, ahora su enemigo, por voluntad de Sus Majestades la reina y el zar.

CAPÍTULO XV. UN GRADO MÁS

La separación se había consumado. Los astrónomos, prosiguiendo el trabajo geodésico, iban a verse más sobrecargados, pero la operación en sí misma no debía resentirse por ello. Se aportaría la misma precisión, el mismo rigor, en la medición de la nueva meridiana, y las verificaciones se harían con el mismo esmero. Solo que los tres sabios ingleses, repartíendose la tarea, avanzarían más despacio, y a costa de mayores fatigas. Pero no eran hombres de ahorrarse esfuerzos. Lo que los rusos iban a llevar a cabo por su lado, ellos querían llevarlo a cabo sobre el arco del nuevo meridiano. El amor propio nacional debía, en caso necesario, sostenerlos en esa tarea larga y penosa. Tres operadores se veían ahora en la necesidad de hacer el trabajo de seis. De ahí la necesidad de consagrar a la empresa todos los pensamientos y todos los instantes. Necesidad, para William Emery, de abandonarse menos a sus ensoñaciones, y para sir John Murray, de no seguir estudiando tanto, fusil en mano, la fauna del África austral.

Se acordó de inmediato un nuevo programa, que atribuía a cada uno de los tres astrónomos una parte del trabajo. Sir John Murray y el coronel se encargaron de las observaciones cenitales y geodésicas. William Emery sustituyó a Nicolas Palander en el empleo de calculista. No hace falta decir que la elección de las estaciones y la disposición de las miras se decidían en común, y que ya no había que temer que surgiera discrepancia alguna entre estos tres sabios. El bravo Mokoum seguía siendo, como antes, el cazador y el guía de la caravana. Los seis marineros ingleses que formaban la mitad de la tripulación del *Queen and Tzar* habían seguido naturalmente a sus jefes, y si la lancha de vapor había quedado a disposición de los rusos, el bote de caucho, más que suficiente para franquear simples cursos de agua, formaba parte del material inglés. En cuanto a las carretas, el reparto se había hecho

según la naturaleza de los suministros que transportaban. El abastecimiento de las dos caravanas, e incluso su comodidad, quedaban así asegurados. En cuanto a los indígenas que formaban el destacamento dirigido por el bosquimano, se habían dividido en dos grupos de igual número, no sin mostrar, por su actitud, que esa separación les disgustaba. Puede que tuvieran razón, desde el punto de vista de la seguridad general. Aquellos bosquimanos se veían arrastrados lejos de las regiones que les eran familiares, lejos de los pastos y los cursos de agua que solían frecuentar, hacia una comarca septentrional surcada de tribus errantes, desgraciadamente hostiles a los africanos del sur, y, en tales condiciones, poco les convenía dividir sus fuerzas. Pero, en fin, con la ayuda del bosquimano y del foreloper, habían consentido en el fraccionamiento de la caravana en dos destacamentos que, por lo demás —y esta fue la razón que más los conmovió—, debían operar a una distancia relativamente próxima el uno del otro y en la misma región.

Al partir de Kolobeng, el 31 de agosto, la tropa del coronel Everest se dirigió hacia aquel dolmen que había servido de mira en las últimas observaciones. Volvió, pues, a entrar en el bosque incendiado, y llegó al montículo. Las operaciones se reanudaron el 2 de septiembre. Un gran triángulo, cuyo vértice se apoyaba por la izquierda en un pilar levantado sobre una elevación del terreno, permitió a los observadores avanzar de inmediato diez o doce millas al oeste de la antigua meridiana.

Seis días más tarde, el 8 de septiembre, la serie de triángulos auxiliares estaba terminada, y el coronel Everest, de acuerdo con sus colegas, y hecha la verificación de los mapas, elegía el nuevo arco de meridiano que mediciones ulteriores debían calcular hasta la altura del paralelo veinte sur. Ese meridiano se hallaba situado a un grado al oeste del primero. Era el vigésimo tercero contado al este del meridiano de Greenwich. Los ingleses no debían, por tanto, operar a más de sesenta millas de los rusos, pero esa distancia bastaba para que sus triángulos no llegaran a cruzarse. En tales condiciones, era improbable que ambos grupos se encontrasen en las mediciones trigonométricas, e improbable, por consiguiente, que la elección de una mira se convirtiera en motivo de discusión, o acaso de un lamentable choque.

El país que recorrieron durante todo el mes de septiembre los observadores ingleses era fértil y accidentado, aunque poco poblado. Favorecía el avance de la caravana. El cielo era muy hermoso, muy despejado, sin bruma

y sin nubes. Las observaciones se realizaban con facilidad. Pocos bosques de importancia, matorrales muy espaciados, vastas praderas dominadas aquí y allá por algunos resaltos del terreno que se prestaban al emplazamiento de las miras, tanto de noche como de día, y al buen funcionamiento de los instrumentos. Era, al mismo tiempo, una región admirablemente dotada de todas las producciones de la naturaleza. La mayoría de las flores atraían, con sus vivos perfumes, enjambres de escarabajos, y más particularmente una especie de abejas, poco diferentes de las abejas europeas, que depositaban en las hendiduras de las rocas o en las grietas de los troncos una miel blanca, muy líquida y de sabor delicioso. Algunos grandes animales se aventuraban a veces de noche por los alrededores de los campamentos. Eran jirafas, diversas variedades de antílopes, algunas fieras, hienas o rinocerontes, y también elefantes. Pero sir John ya no quería dejarse distraer. Su mano manejaba el antejo del astrónomo, y ya no el rifle del cazador.

En estas circunstancias, Mokoum y algunos indígenas desempeñaban el oficio de proveedores, pero cabe suponer que la detonación de sus armas hacía latir con fuerza el pulso de Su Señoría. Bajo los disparos del bosquecillo cayeron dos o tres grandes búfalos de las praderas, esos bokolokolos de los bechuanas, que miden cuatro metros del hocico a la cola, y dos metros de la pezuña a la cruz. Su piel negra presentaba reflejos azulados. Eran animales formidables, de miembros cortos y vigorosos, de cabeza pequeña, de ojos salvajes, y cuya frente feroz se coronaba de gruesos cuernos negros. Un excelente suplemento de carne fresca, que variaba el ordinario de la caravana.

Los indígenas prepararon esa carne de modo que se conservara casi indefinidamente, al estilo del pemmican, tan útilmente empleado por los indios del norte. Los europeos siguieron con interés esta operación culinaria, hacia la cual mostraron al principio cierta repugnancia. La carne de búfalo, después de cortada en lonchas delgadas y secada al sol, se apretó dentro de una piel curtida, y luego se golpeó a mayalazos hasta reducirla a fragmentos casi impalpables. Ya no era entonces más que un polvo de carne, carne pulverizada. Ese polvo, encerrado en sacos de piel y muy apretado, fue después humedecido con la grasa hirviendo que se había recogido del propio animal. A esa grasa, un tanto sebosa, hay que confesarlo, los cocineros africanos añadieron médula fina y algunas bayas de arbustos cuyo principio sacarino debía, según parece, contrastar con los elementos nitrogenados de la carne.

Luego, todo el conjunto fue mezclado, triturado, batido, de manera que produjera, al enfriarse, una torta cuya dureza igualaba a la de la piedra.

La preparación quedaba entonces terminada. Mokoum rogó a los astrónomos que probasen aquella mezcla. Los europeos cedieron a las instancias del cazador, que tenía a su pemmican por un plato nacional. Los primeros bocados les parecieron desagradables a los ingleses; pero, acostumbrados pronto al sabor de aquel pudín africano, no tardaron en mostrarse muy aficionados a él. Era, en efecto, un alimento reconfortante, muy apropiado a las necesidades de una caravana lanzada por un país desconocido y a la que podían faltarle los víveres frescos; sustancia muy nutritiva, fácil de transportar, de una inalterabilidad casi perfecta, y que bajo un pequeño volumen encerraba una gran cantidad de elementos nutritivos. Gracias al cazador, la reserva de pemmican se elevó pronto a varios centenares de libras, que aseguraban así las necesidades del porvenir.

Así transcurrían los días. Las noches se dedicaban a veces a las observaciones. William Emery pensaba siempre en su amigo Michel Zorn, deplorando esas fatalidades que rompen en un instante los lazos de la más estrecha amistad. ¡Sí! Michel Zorn le hacía falta, y su corazón, siempre lleno de las impresiones que suscitaba aquella naturaleza grande y salvaje, ya no sabía dónde desahogarse. Se absorbía entonces en cálculos, se refugiaba en aquellas cifras con la tenacidad de un Palander, y las horas transcurrían. En cuanto al coronel Everest, era el mismo hombre, el mismo temperamento frío, que solo se apasionaba por las operaciones trigonométricas. En cuanto a sir John, echaba francamente de menos su antigua semilibertad, pero se guardaba muy bien de quejarse.

Sin embargo, la fortuna permitía a Su Señoría resarcirse de vez en cuando. Si ya no tenía tiempo de batir los matorrales y cazar las fieras de la comarca, en ciertas ocasiones esos animales se tomaban la molestia de venir hacia él e intentaban interrumpir sus observaciones. En tal caso, el cazador y el sabio no eran ya más que uno solo. Sir John se hallaba entonces en legítima defensa. Fue así como tuvo un serio encuentro con un viejo rinoceronte de los alrededores, el día 12 de septiembre, encuentro que le costó «bastante caro», como se verá.

Desde hacía algún tiempo, ese animal merodeaba en torno a los flancos de la caravana. Era un enorme «chucuroo», nombre que los bosquimanos

dan a ese paquidermo. Medía catorce pies de largo por seis de alto, y por el color negro de su piel, menos rugosa que la de sus congéneres de Asia, el bosquimano lo había reconocido como una bestia peligrosa. Las especies negras son, en efecto, más ágiles y más agresivas que las especies blancas, y atacan, incluso sin provocación, a los animales y a los hombres.

Aquel día, sir John Murray, acompañado de Mokoum, había ido a reconocer, a seis millas de la estación, una altura sobre la que el coronel Everest tenía la intención de levantar un poste de mira. Llevado de cierto presentimiento, se había llevado su rifle de bala cónica, y no una simple escopeta de caza. Aunque el rinoceronte en cuestión no había sido avistado desde hacía dos días, sir John no quería recorrer desarmado un país desconocido. Mokoum y sus compañeros habían dado caza al paquidermo sin alcanzarlo, y era posible que el enorme animal no hubiese renunciado a sus propósitos.

Sir John no tuvo que lamentar haber obrado como hombre prudente. Su compañero y él habían llegado sin percance a la altura indicada, y la habían escalado hasta su cumbre más escarpada, cuando, al pie de aquella colina, en el linde de un matorral bajo y poco tupido, apareció de pronto el «chucuroo». Jamás había podido sir John observarlo tan de cerca. Era realmente una bestia formidable. Sus ojillos centelleaban. Sus cuernos rectos, algo recurvados hacia atrás, colocados uno delante del otro, de longitud aproximadamente igual, unos dos pies, y sólidamente implantados en la masa ósea de las narices, formaban un arma temible.

El bosquimano fue el primero en avistar al animal, agazapado a media milla de distancia bajo un matorral de lentiscos.

—Sir John —dijo enseguida—, la fortuna favorece a Su Señoría. ¡Ahí está el chucuroo!

—¡El rinoceronte! —exclamó sir John, a quien se le iluminaron de pronto los ojos.

—Sí, sir John —respondió el cazador—. Es, como ve, una bestia magnífica, y que parece muy dispuesta a cortarnos la retirada. Por qué se obstina así ese chucuroo contra nosotros, no sabría decirlo, pues es un simple herbívoro; pero, en fin, ahí está, bajo esa espesura, y habrá que desalojarlo.

—¿Puede subir hasta nosotros? —preguntó sir John.

—No, Su Señoría —respondió el bosquimano—. La pendiente es demasiado empinada para sus miembros cortos y rechonchos. ¡Así que esperará!

—Pues bien, que espere —replicó sir John—, y cuando hayamos terminado de examinar esta estación, desalojaremos a ese incómodo vecino.

Sir John Murray y Mokoum reanudaron, pues, su examen, interrumpido un instante. Reconocieron con minucioso cuidado la disposición superior del montículo, y eligieron el emplazamiento en el que debía levantarse el poste indicador. Otras alturas bastante importantes, situadas al noroeste, debían permitir construir el nuevo triángulo en las condiciones más favorables.

Cuando este trabajo hubo terminado, sir John, volviéndose hacia el bosquimano, le dijo:

—Cuando usted quiera, Mokoum.

—Estoy a las órdenes de Su Señoría.

—¿El rinoceronte sigue esperándonos?

—Siempre...

—Bajemos entonces, y por poderoso que sea ese animal, una bala de mi rifle acabará fácilmente con él.

—¡Una bala! —exclamó el bosquimano—. Su Señoría no sabe lo que es un chucuroo. Esas bestias tienen la vida dura, y jamás se ha visto caer a un rinoceronte de un solo balazo, por bien apuntado que estuviera.

—¡Bah! —dijo sir John—, es porque no se empleaban balas cónicas.

—Cónicas o redondas —respondió Mokoum—, sus primeras balas no derribarán a semejante animal.

—Pues bien, mi buen Mokoum —replicó sir John, arrastrado por su amor propio de cazador—, voy a mostrarle lo que pueden nuestras armas europeas, ¡ya que usted duda de ellas!

Y diciendo esto, sir John montó su rifle, dispuesto a hacer fuego en cuanto la distancia le pareciera conveniente.

—¡Una palabra, Su Señoría! —dijo el bosquimano, algo picado, deteniendo a su compañero con un gesto—. ¿Consentiría Su Señoría en hacer

una apuesta conmigo?

—¿Por qué no, mi digno cazador? —respondió sir John.

—No soy rico —repuso Mokoum—, pero arriesgaría de buen grado una libra contra la primera bala de Su Señoría.

—¡Trato hecho! —replicó de inmediato sir John—. ¡Una libra para usted, si este rinoceronte no cae con mi primera bala!

—¿Trato? —dijo el bosquimano.

—Trato.

Los dos cazadores bajaron por el empinado talud del montículo, y pronto se apostaron a una distancia de quinientos pies del chucuroo, que conservaba una perfecta inmovilidad. Se presentaba, pues, en circunstancias muy favorables para sir John, que podía apuntarle a placer. El honorable inglés pensaba incluso tener tan buen juego, que en el momento de disparar, queriendo permitir al bosquimano volverse atrás de su apuesta, le dijo:

—¿Sigue en pie?

—¡Siempre! —respondió tranquilamente Mokoum.

El rinoceronte seguía tan inmóvil como una diana. Sir John podía elegir el punto donde convenía golpear para provocar una muerte inmediata. Se decidió a disparar al animal en el hocico, y, sobreexcitado por su amor propio de cazador, apuntó con un cuidado extremo, al que debía ayudar además la precisión de su arma.

Una detonación resonó. Pero la bala, en vez de dar en las carnes, alcanzó el cuerno del rinoceronte, cuya punta saltó hecha añicos. El animal ni siquiera pareció percatarse del golpe.

—Ese disparo no cuenta —dijo el bosquimano—. Su Señoría no ha alcanzado las carnes.

—¡Sí que cuenta! —replicó sir John, algo molesto—. El disparo cuenta, bosquimano. He perdido una libra, ¡pero se la juego a doble o nada!

—Como usted quiera, sir John, pero perderá.

—¡Ya veremos!

Se recargó el rifle con cuidado, y sir John, apuntando al chucuroo a la altura de la cadera, hizo su segundo disparo. Pero la bala, al topar con ese lugar donde la piel se superpone en placas córneas, cayó a tierra pese a su fuerza de penetración. El rinoceronte hizo un movimiento y se desplazó unos pasos.

—¡Dos libras! —dijo Mokoum.

—¿Las mantiene? —preguntó sir John.

—De buen grado.

Esta vez, sir John, a quien la cólera empezaba a dominar, recobró toda su sangre fría y apuntó al animal a la frente. La bala dio en el punto apuntado, pero rebotó como si hubiera topado con una placa de metal.

—¡Cuatro libras! —dijo tranquilamente el bosquimano.

—¡Y otras cuatro! —exclamó sir John, exasperado.

Esta vez, la bala penetró bajo la cadera del rinoceronte, que dio un salto formidable; pero, en vez de caer muerto, el animal se arrojó sobre los matorrales con indescriptible furia y los devastó.

—Creo que todavía se mueve un poco, sir John —dijo simplemente el cazador.

Sir John ya no era dueño de sí. Su sangre fría lo abandonó por completo. Aquellas ocho libras que debía al bosquimano, las arriesgó en una quinta bala. Volvió a perder, dobló, siguió doblando, y no fue hasta el noveno disparo de su rifle cuando el vivaz paquidermo, atravesado por fin el corazón, cayó para no levantarse más.

Entonces, Su Señoría lanzó un hurra. Sus apuestas, su desengaño, lo olvidó todo, para no recordar más que una cosa: había matado a su rinoceronte.

Pero, como diría más tarde a sus colegas del Hunter-Club de Londres: «¡Era una bestia de precio!»

Y, en efecto, no le había costado menos de treinta y seis libras, suma considerable que el bosquimano cobró con su calma habitual.

[Nota 1] Novecientos francos.

CAPÍTULO XVI. INCIDENTES DIVERSOS

A finales del mes de septiembre, los astrónomos habían ascendido un grado más hacia el norte. La porción de la meridiana, ya medida por medio de treinta y dos triángulos, se extendía entonces a lo largo de cuatro grados. Era la mitad de la tarea cumplida. Los tres sabios ponían en ello un celo extremo; pero, reducidos a tres, experimentaban a veces tales fatigas que debían suspender sus trabajos durante algunos días. El calor era entonces muy fuerte y verdaderamente agobiante. Ese mes de octubre del hemisferio austral corresponde al mes de abril del hemisferio boreal, y bajo el paralelo veinticuatro sur reina la temperatura elevada de las regiones argelinas. Ya, durante el día, ciertas horas de la tarde no permitían trabajo alguno. Así pues, la operación trigonométrica sufría algunos retrasos que inquietaban sobre todo al bosquimano. He aquí por qué.

Al norte de la meridiana, a un centenar de millas de la última estación levantada por los observadores, el arco cortaba una región singular, un «karrú» en lengua indígena, análogo al que se encuentra al pie de los montes Roggeveld, en la colonia de El Cabo. Durante la estación húmeda, esa región presenta por doquier los síntomas de la más admirable fertilidad; tras algunos días de lluvia, el suelo se cubre de un espeso verdor; las flores nacen por todas partes; las plantas, en brevísimo lapso de tiempo, brotan de la tierra; los pastos se espesan a ojos vistas; se forman cursos de agua; las manadas de antílopes bajan de las alturas y toman posesión de esas praderas improvisadas. Pero ese curioso esfuerzo de la naturaleza dura poco. Apenas ha transcurrido un mes, seis semanas a lo sumo, cuando toda la humedad de aquella tierra, absorbida por los rayos del sol, se ha perdido en el aire en forma de vapores. El suelo se endurece y ahoga los nuevos gérmenes; la vegetación desaparece en pocos días; los animales huyen de la comarca, vuel-

ta inhabitable, y el desierto se extiende allí donde antaño se desarrollaba un país opulento y fértil.

Tal era aquel karrú que la pequeña tropa del coronel Everest debía atravesar antes de alcanzar el verdadero desierto que confina con las orillas del lago Ngami. Se comprende qué interés tenía el bosquimano en internarse en aquella región fenomenal antes de que la extrema sequía hubiese agotado sus fuentes vivificadoras. Así pues, comunicó sus observaciones al coronel Everest. Este las comprendió perfectamente, y prometió tenerlas en cuenta en cierta medida, apresurando los trabajos. Pero no convenía, sin embargo, que esa premura perjudicase en nada su exactitud. Las medidas angulares no siempre son fáciles ni realizables a cualquier hora. Solo se observa bien a condición de observar en determinadas circunstancias atmosféricas. Así pues, las operaciones no avanzaron por ello sensiblemente más deprisa, pese a las apremiantes recomendaciones del bosquimano, y este comprendió bien que, cuando llegase al karrú, la fértil región habría probablemente desaparecido bajo la influencia de los rayos solares.

Mientras los progresos de la triangulación no hubieran llevado a los astrónomos hasta los límites del karrú, podían embriagarse contemplando la espléndida naturaleza que entonces se ofrecía a sus miradas. Jamás los azares de la expedición los habían conducido a comarcas más hermosas. Pese a lo elevado de la temperatura, los arroyos mantenían allí un frescor constante. Rebaños de millares de cabezas habrían encontrado en aquellos pastos un alimento inagotable. Algunos frondosos bosques erizaban aquí y allá aquel vasto suelo, que parecía dispuesto como el de un parque inglés. Solo le faltaban los faroles de gas.

El coronel Everest se mostraba poco sensible a estas bellezas naturales, pero sir John Murray y, sobre todo, William Emery sintieron vivamente el sentimiento poético que se desprendía de aquella comarca perdida en medio de los desiertos africanos. ¡Cuánto echó de menos entonces el joven sabio a su pobre Michel Zorn, y las simpáticas confidencias que solían intercambiar entre ellos! Como él, se habría sentido vivamente impresionado, y, entre dos observaciones, habrían dejado desbordar su corazón.

Así avanzaba la caravana en medio de aquel magnífico país. Numerosas bandadas de pájaros animaban con su canto y su vuelo las praderas y los bosques. Los cazadores de la tropa abatieron, en varias ocasiones, parejas

de «koranes», especie de avutardas propias de las llanuras del África austral, y de «dikkops», caza delicada cuya carne es muy apreciada. Otras aves llamaban también la atención de los europeos, pero desde un punto de vista no comestible. A orillas de los arroyos, o sobre la superficie de los ríos que rozaban con sus rápidas alas, algunas aves de gran tamaño perseguían encarnizadamente a las cornejas voraces que trataban de sustraer sus huevos del fondo de sus nidos de arena. Grullas azules de cuello blanco, flamencos rojos que se paseaban como una llama bajo los matorrales ralos, garzas, zarapitos, agachadizas, «kalas» posados a menudo en la cruz de los búfalos, chorlitos, ibis que parecían escapados de algún obelisco jeroglífico, enormes pelícanos que marchaban en fila por centenares, llevaban por doquier la vida a esas regiones a las que solo faltaba el hombre. Pero, de esas diversas muestras de la grey emplumada, ¿no eran los más curiosos aquellos ingeniosos «tejedores», cuyos nidos verdosos, trenzados de juncos o de briznas de hierba, cuelgan como enormes peras de las ramas de los sauces llorones? William Emery, tomándolos por frutos de una especie nueva, cogió uno o dos, ¡y cuál no sería su asombro al oír que aquellos supuestos frutos gorjeaban como pájaros! ¿No habría sido excusable creer, a ejemplo de los antiguos viajeros de África, que ciertos árboles de aquella comarca daban frutos que producían aves vivas?

Sí, aquel karrú tenía entonces un aspecto encantador. Ofrecía todas las condiciones favorables a la vida rumiante. Los ñus de pezuñas puntiagudas, los caamas, que según Harris parecen no estar compuestos más que de triángulos, los elandes, los rebecos, las gacelas, abundaban allí. ¡Qué variedad de caza, qué «tiros», para uno de los estimados miembros del Hunter-Club! Era en verdad una tentación demasiado fuerte para sir John Murray, y, tras obtener dos días de descanso del coronel Everest, los empleó en fatigarse de una manera notable. ¡Pero qué éxitos obtuvo, en colaboración con su amigo el bosquimano, mientras William Emery los seguía como aficionado! ¡Cuántos tiros afortunados que anotar en su cuaderno de montería! ¡Cuántos trofeos cinegéticos que llevar a su castillo de las Highlands! ¡Y en qué olvido dejó, durante esos dos días de vacaciones, las operaciones geodésicas, la triangulación, la medición de la meridiana! ¡Quién hubiera creído que aquella mano, tan hábil en el manejo del fusil, hubiese manejado jamás los delicados anteojos de un teodolito! ¡Quién hubiera pensado que aquel ojo, tan pronto para apuntar en sus saltos a una veloz antílope, se hubiese ejercitado a través de las constelaciones del cielo, persiguiendo alguna estrella de de-

cimotercera magnitud! ¡Sí! Sir John Murray fue, por completo y únicamente, cazador durante aquellos dos días de regocijo, y el astrónomo desapareció, haciendo temer que no volviese a aparecer jamás.

Entre otros lances de caza que anotar en el haber de sir John, hay que citar uno, señalado por resultados inesperados, y que apenas tranquilizó al bosquimano sobre el porvenir de la expedición científica. Este incidente no podía sino justificar las inquietudes que el perspicaz cazador había comunicado al coronel Everest.

Era el 15 de octubre. Desde hacía dos días, sir John se entregaba por entero a sus instintos imperiosos. Se había avistado una manada de unos veinte rumiantes a unas dos millas, en el flanco derecho de la caravana. Mokoum reconoció que pertenecían a aquella hermosa especie de antílopes conocida con el nombre de órix, cuya captura, muy difícil, pone de relieve a todo cazador africano.

De inmediato, el bosquimano dio a conocer a sir John la feliz ocasión que se presentaba, y lo instó vivamente a aprovecharla. Le informó al mismo tiempo de que aquellos órices eran muy difíciles de forzar, que su velocidad superaba a la del caballo más rápido, y que el célebre Cumming, cuando cazaba en el país de los namaquas, aun montando caballos de gran resistencia, no había cobrado, en toda su vida de cazador, más de cuatro de aquellas maravillosas antílopes.

No hacía falta tanto para sobreexcitar al honorable inglés, quien se declaró dispuesto a lanzarse tras las huellas de los órices. Escogió su mejor caballo, su mejor fusil, sus mejores perros, y, en su impaciencia, adelantándose al paciente bosquimano, se dirigió hacia el linde de un matorral confinante con una vasta llanura, cerca del cual se había señalado la presencia de los rumiantes.

Tras una hora de marcha, los dos caballos se detuvieron. Mokoum, resguardado tras un grupo de sicómoros, mostró a su compañero la manada que pacía, situada a favor del viento a algunos centenares de pasos. Aquellos animales desconfiados no los habían advertido todavía, sin embargo, y pacían pacíficamente la hierba de los pastos. No obstante, uno de aquellos órices parecía mantenerse aparte. El bosquimano se lo hizo notar a sir John.

—Es un centinela —le dijo—. Ese animal, un viejo taimado sin duda, vela por la salvación común. Al menor peligro, dejará oír una especie de relincho, y la manada, con él a la cabeza, huirá con todo el vigor de sus patas. Así que no hay que dispararle sino a buena distancia, y abatirlo de un primer tiro.

Sir John se limitó a responder con un gesto afirmativo de cabeza, y se colocó en buena posición para observar aquella manada.

Los órices seguían paciando sin desconfianza. Su guardián, al que quizá algún remolino de viento había traído emanaciones sospechosas, alzaba con bastante frecuencia su frente cornuda y mostraba algunos síntomas de agitación. Pero estaba demasiado lejos de los cazadores para que estos pudieran dispararle con éxito. En cuanto a forzar la carrera de la manada, en aquella vasta llanura que le ofrecía una pista favorable, no había ni que pensarlo. Quizá la manada se acercara al matorral, y, en ese caso, sir John y el bosquimano podrían apuntar a uno de aquellos órices en condiciones poco más o menos favorables.

El azar pareció querer favorecer a los cazadores. Poco a poco, bajo la dirección del viejo macho, los rumiantes se acercaron al bosque. Sin duda no se creían seguros en aquella llanura descubierta, y querían guarecerse bajo la espesa ramazón del matorral. Cuando su intención ya no pudo pasar inadvertida, el bosquimano invitó a su compañero a poner pie a tierra, como él. Los caballos fueron atados al pie de un sicómoro, con la cabeza envuelta en una manta, precaución que aseguraba a la vez su mutismo y su inmovilidad. Luego, siguiéndolos los perros, Mokoum y sir John se deslizaron entre la maleza, bordeando el linde sarmentoso del bosque, pero de manera que pudieran alcanzar una especie de punta formada por los últimos árboles, cuyo extremo no distaba trescientos pasos de la manada.

Allí, los dos cazadores se acurrucaron como si estuvieran al acecho, y, con el fusil montado, esperaron.

Desde el lugar que ocupaban así, podían observar a los órices, y admirar incluso en detalle a aquellos elegantes animales. Los machos se distinguían poco de las hembras, e incluso, por una rareza de la que la naturaleza ofrece pocos ejemplos, esas hembras, armadas más formidablemente que los machos, llevaban cuernos recurvados hacia atrás y elegantemente afilados. Ningún animal es más encantador que ese antílope del que el órix forma la

variedad; ninguno presenta abigarramientos negros tan delicadamente dispuestos. Un mechón de pelo flota en la garganta del órix, su crin es erguida, y su espesa cola arrastra hasta el suelo.

Sin embargo, la manada, compuesta de una veintena de individuos, tras haberse acercado al bosque, permaneció estacionaria. El guardián, evidentemente, empujaba a los órices a abandonar la llanura. Pasaba entre las altas hierbas y trataba de agruparlos en un grupo compacto, como hace un perro pastor con las ovejas confiadas a su vigilancia. Pero aquellos animales, retozando en el pasto, no parecían dispuestos a abandonar aquella exuberante pradera. Se resistían, escapaban dando brincos, y volvían a pacer unos pasos más allá.

Aquella maniobra sorprendió mucho al bosquimano. Se lo hizo notar a sir John, pero sin poder darle explicación de ello. El cazador no podía comprender la obstinación de aquel viejo macho, ni por qué razón quería llevar de vuelta al bosque a la manada de antílopes.

La situación se prolongaba, sin embargo, sin modificarse. Sir John atormentaba impacientemente el mecanismo de su rifle. Tan pronto quería disparar, como avanzar. Mokoum apenas lograba contenerlo.

Había transcurrido así una hora, y no se podía prever cuántas más habrían de transcurrir todavía, cuando uno de los perros, probablemente tan impaciente como sir John, lanzó un formidable ladrido y se precipitó hacia la llanura.

El bosquimano, furioso, de buena gana habría enviado una carga de plomo al maldito animal. Pero ya la veloz manada huía con una rapidez sin igual, y sir John comprendió entonces que ningún caballo habría podido alcanzarla. En pocos instantes, los órices no eran más que puntos negros que brincaban entre las altas hierbas.

Pero, con gran sorpresa del bosquimano, el viejo macho no había dado a la manada de antílopes la señal de huir. Contrariamente a las costumbres de esos rumiantes, aquel singular guardián había permanecido en el mismo sitio, sin pensar en seguir a los órices confiados a su cuidado. Desde que se marcharon, incluso trataba de disimularse entre las hierbas, quizá con la intención de alcanzar el matorral.

—Esto es cosa curiosa —dijo entonces el bosquimano—. ¿Qué le pasa a ese viejo órix? ¡Su modo de andar es singular! ¿Está herido, o agobiado por la edad?

—¡Ya lo sabremos! —respondió sir John, lanzándose hacia el animal, con el rifle listo para hacer fuego.

El órix, a la aproximación del cazador, se había ido agazapando cada vez más entre las hierbas. Solo se veían sus largos cuernos, de cuatro pies de altura, cuyas puntas afiladas dominaban la verde superficie de la llanura. Ya ni siquiera trataba de huir, sino de esconderse. Sir John pudo, pues, acercarse fácilmente al singular animal. Cuando ya no estuvo sino a cien pasos, lo apuntó con cuidado e hizo fuego. La detonación resonó. La bala había alcanzado evidentemente al órix en la cabeza, pues sus cuernos, erguidos hasta entonces, yacían ahora tendidos entre las hierbas.

Sir John y Mokoum corrieron hacia la bestia con toda la rapidez de sus piernas. El bosquimano llevaba en la mano su cuchillo de caza, dispuesto a destripar al animal en caso de que no hubiese muerto en el acto.

Pero esa precaución resultó inútil. El órix estaba muerto, bien muerto, y tan muerto, que cuando sir John tiró de él por los cuernos, no sacó más que una piel vacía y flácida, a la que faltaba por completo la osamenta.

—¡Por san Patricio! ¡Estas cosas solo me pasan a mí! —exclamó con un tono tan cómico que habría hecho reír a cualquiera que no fuese el bosquimano.

Pero Mokoum no reía. Sus labios apretados, sus cejas contraídas, sus ojos parpadeantes traicionaban en él una seria inquietud. Con los brazos cruzados, volviendo rápidamente la cabeza a derecha e izquierda, miraba a su alrededor.

De pronto, un objeto atrajo su mirada. Era un pequeño saco de cuero, adornado con arabescos rojos, que yacía en el suelo. El bosquimano lo recogió al instante, y lo examinó con atención.

—¿Qué es eso? —preguntó sir John.

—Esto —respondió Mokoum— es un saco de makololo.

—¿Y cómo es que está en este sitio?

—Porque el dueño de este saco acaba de dejarlo caer al huir precipitadamente.

—¿Y ese makololo?

—Con perdón de Su Señoría —respondió el bosquimano, crispando los puños con cólera—, ese makololo estaba dentro de esta piel de órix, ¡y es a él a quien Su Señoría ha disparado!

Sir John no había tenido tiempo de expresar su sorpresa, cuando Mokoum, advirtiendo a unos quinientos pasos cierta agitación entre las hierbas, hizo fuego de inmediato en esa dirección. Después, sir John y él se echaron a correr sin aliento hacia el lugar sospechoso.

Pero el lugar estaba vacío. Se veía, por el roce de las hierbas, que un ser animado acababa de pasar por allí. El makololo había desaparecido, y era preciso renunciar a perseguirlo a través de la inmensa pradera que se extendía hasta los límites del horizonte.

Los dos cazadores regresaron, pues, muy inquietos por aquel incidente, que debía, en efecto, alimentar sus inquietudes. La presencia de un makololo en el dolmen del bosque incendiado, aquel disfraz, muy usado entre los cazadores de órix, que poco antes lo ocultaba, atestiguaba una verdadera persistencia en seguir, a través de aquellas regiones desiertas, a la tropa del coronel Everest. No era sin motivo que un indígena perteneciente a la tribu saqueadora de los makololos espiaba así a los europeos y a su escolta. Y cuanto más avanzaban estos hacia el norte, mayor era el peligro de ser atacados por aquellos ladrones del desierto.

Sir John y Mokoum volvieron al campamento, y Su Señoría, completamente desencantado, no pudo dejar de decir a su amigo William Emery:

—De verdad, mi querido William, ¡no tengo suerte! Para el primer órix que mato, ¡ya estaba muerto antes de que yo lo tocara!

CAPÍTULO XVII. LOS HACEDORES DE DESIERTOS

El bosquimano, tras aquel incidente de la caza del órix, mantuvo una larga conversación con el coronel Everest. En opinión de Mokoum, opinión fundada en hechos probados, la pequeña tropa era seguida, espiada y, por consiguiente, amenazada. Según él, si los makololos no la habían atacado todavía, era porque les convenía atraerla más al norte, a la misma comarca que solían recorrer sus hordas de merodeadores.

¿Convenía, pues, ante ese peligro, dar marcha atrás? ¿Debía interrumpirse la serie de aquellos trabajos, tan notablemente llevados hasta entonces? ¿Lo que la naturaleza no había podido hacer, lo harían los indígenas africanos? ¿Impedirían a los sabios ingleses cumplir su tarea científica? Era esta una grave cuestión, y que importaba resolver.

El coronel Everest rogó al bosquimano que le contara todo lo que sabía de los makololos, y esto fue, en sustancia, lo que el bosquimano le dijo.

Los makololos pertenecen a la gran tribu de los bechuanas, y son los últimos que se encuentran al avanzar hacia el ecuador. En 1850, el doctor David Livingstone, durante su primer viaje al Zambeze, fue recibido en Seshèke, residencia habitual de Sebitouané, entonces gran jefe de los makololos. Aquel indígena era un guerrero temible que, en 1824, había amenazado las fronteras de El Cabo. Sebitouané, dotado de una inteligencia notable, obtuvo poco a poco un ascendiente supremo sobre las tribus dispersas del centro de África, y logró convertirlas en un grupo compacto y dominador. En 1853, es decir, el año anterior, aquel jefe indígena murió entre los brazos de Livingstone, y le sucedió su hijo Sékélétou.

Sékélétoú mostró al principio hacia los europeos que frecuentaban las orillas del Zambeze una simpatía bastante viva. El doctor Livingstone no tuvo personalmente de qué quejarse. Pero los modales del rey africano se modificaron sensiblemente tras la partida del célebre viajero. No solo los extranjeros, sino también los indígenas vecinos, se vieron particularmente vejados por Sékélétoú y los guerreros de su tribu. A las vejaciones sucedió pronto el pillaje, que se ejercía entonces a gran escala. Los makololos batían el campo, principalmente en aquella comarca comprendida entre el lago Ngami y el curso del alto Zambeze. Nada más inseguro que aventurarse por aquellas regiones con una caravana reducida a un corto número de hombres, sobre todo cuando esa caravana era señalada, esperada, y probablemente destinada de antemano a una catástrofe segura.

Tal fue, en resumen, el relato que el bosquimano hizo al coronel Everest.

Añadió que creía deber decirle toda la verdad, agregando que, por su parte, seguiría las órdenes del coronel y no retrocedería si se decidía continuar la marcha hacia adelante.

El coronel Everest se reunió en consejo con sus dos colegas, sir John Murray y William Emery, y quedó decidido que los trabajos geodésicos se proseguirían de todos modos. Cerca de las cinco octavas partes del arco estaban ya medidas, y, ocurriera lo que ocurriese, aquellos ingleses se debían a sí mismos y a su país no abandonar la operación.

Tomada esta decisión, la serie trigonométrica prosiguió. El 27 de octubre, la comisión científica cortaba perpendicularmente el trópico de Capricornio, y el 3 de noviembre, tras haber concluido su triángulo cuadragésimo primero, comprobaba, mediante observaciones cenitales, que la medida de la meridiana se había incrementado en un nuevo grado.

Durante un mes, la triangulación se prosiguió con ardor sin encontrar obstáculos naturales. En aquel hermoso país, tan felizmente accidentado, cortado solo por arroyos vadeables y no por cursos de agua importantes, los astrónomos operaron con rapidez y acierto. Mokoum, siempre alerta, cuidaba de explorar la cabeza y los flancos de la caravana, e impedía que los cazadores se alejaran de ella. Sin embargo, ningún peligro inmediato parecía amenazar a la pequeña tropa, y era muy posible que los temores del bosquimano no se realizasen. Al menos, durante aquel mes de noviembre no se dejó ver ninguna banda de merodeadores, y no se volvió a encontrar rastro

del indígena que había seguido tan tenazmente a la expedición desde el dolmen del bosque incendiado.

Y, sin embargo, en varias ocasiones, y aunque el peligro pareciera momentáneamente alejado, el cazador advirtió síntomas de vacilación entre los bosquimanos puestos bajo sus órdenes. No se les habían podido ocultar los dos incidentes del dolmen y de la caza del órix. Esperaban inevitablemente un encuentro con los makololos. Ahora bien, makololos y bosquimanos son dos tribus enemigas, sin piedad la una para con la otra. Los vencidos no tienen gracia alguna que esperar de los vencedores, y su corto número debía asustar precisamente a los indígenas de aquella tropa, mermada a la mitad desde la declaración de guerra. Aquellos bosquimanos se veían ya a más de trescientas millas de las orillas del río Orange, y todavía se trataba de arrastrarlos al menos doscientas millas más hacia el norte. Esa perspectiva les daba que pensar. Antes de contratarlos para aquella expedición, es verdad que Mokoum no les había ocultado la duración y las dificultades del viaje, y por cierto que eran hombres capaces de afrontar las fatigas inseparables de tal expedición. Pero, desde el momento en que a las fatigas se sumaban los peligros de un choque con enemigos encarnizados, esa circunstancia modificaba su disposición de ánimo. De ahí, quejas, lamentos, una mala voluntad que Mokoum fingía no ver ni oír, pero que aumentaba aún más su inquietud sobre el porvenir de la comisión científica.

Un hecho, en la jornada del 2 de diciembre, exacerbó aún más las malas disposiciones de aquellos supersticiosos bosquimanos y provocó, en cierta medida, una especie de rebelión contra sus jefes.

Desde la víspera, el tiempo, tan hermoso hasta entonces, se había ensombrecido. Bajo la influencia de un calor tropical, la atmósfera, saturada de vapores, indicaba una gran tensión eléctrica. Ya podía presagiarse una tormenta próxima, y las tormentas, en aquellos climas, se desarrollan casi siempre con una violencia incomparable.

En efecto, durante la mañana del 2 de diciembre, el cielo se cubrió de nubes de siniestro aspecto, en las que un meteorólogo no se habría equivocado. Eran «cúmulos» amontonados como balas de algodón, cuya masa, aquí de un gris oscuro, allá de un matiz amarillento, presentaba colores muy distintos. El sol tenía un tinte pálido. El aire estaba en calma, el calor era sofocante. El descenso barométrico, acusado desde la víspera por los instrumen-

tos, se había detenido entonces. Ni una hoja se movía en los árboles en medio de aquella pesada atmósfera.

Los astrónomos habían observado ese estado del cielo, pero no habían creído deber interrumpir los trabajos. En ese momento, William Emery, acompañado de dos marineros, de cuatro indígenas y de una carreta, se había adelantado dos millas al este de la meridiana, con el fin de plantar un poste indicador destinado a formar el vértice de un triángulo. Se ocupaba de colocar su mira en lo alto de un montículo, cuando una rápida condensación de los vapores, bajo la influencia de una fuerte corriente de aire frío, dio lugar a un considerable desarrollo de electricidad. Casi enseguida, un granizo copioso se precipitó sobre el suelo. Fenómeno bastante raramente observado, aquellos granizos eran luminosos, y se hubiera dicho que llovían gotas de metal encendido. Del suelo directamente golpeado brotaban chispas, y de todas las partes metálicas del vehículo que había servido para transportar el material salían disparados chorros luminosos.

Pronto aquellos granizos adquirieron un volumen considerable. Era una verdadera lapidación, a la que no se podía uno exponer sin peligro. Y no ha de extrañar la intensidad de este fenómeno cuando se sepa que el doctor Livingstone vio, en circunstancias semejantes, en Kolobeng, romperse los cristales de las casas, y morir caballos y antílopes a causa de aquellos enormes granizos.

Sin perder un instante, William Emery, abandonando su trabajo, llamó a sus hombres para buscar en la carreta un refugio menos peligroso que el de un árbol en tiempo de tormenta. Pero apenas había abandonado la cima del montículo, cuando un relámpago cegador, seguido de un trueno inmediato, inflamó la atmósfera.

William Emery fue derribado, como muerto. Los dos marineros, deslumbrados por un instante, se precipitaron hacia él. Muy afortunadamente, el joven astrónomo había sido respetado por el rayo. Por uno de esos efectos casi inexplicables que presentan ciertos casos de fulguración, el fluido había, por así decirlo, resbalado a su alrededor, envolviéndolo en una capa eléctrica; pero su paso quedaba debidamente atestiguado por la fusión que había producido en las puntas de hierro de un compás que William Emery llevaba en la mano.

El joven, incorporado por sus marineros, volvió pronto en sí. Pero no había sido ni la única ni la más castigada víctima de aquel trueno. Junto al poste plantado en el montículo, dos indígenas yacían sin vida, a veinte pasos el uno del otro. Uno de ellos, cuyo sistema vital había quedado completamente desorganizado por la acción mecánica del rayo, conservaba bajo sus ropas intactas un cuerpo negro como el carbón. El otro, alcanzado en el cráneo por el meteoro atmosférico, había quedado muerto en el acto.

Así pues, aquellos tres hombres —los dos indígenas y William Emery— acababan de sufrir simultáneamente la descarga de un solo rayo de triple dardo. Fenómeno raro, pero observado alguna vez, esta trisección de un rayo, cuya separación angular es a menudo considerable.

Los bosquimanos, primero aterrados por la muerte de sus compañeros, emprendieron pronto la huida, pese a los gritos de los marineros, y a riesgo de ser fulminados por enrarecer el aire tras de sí con la rapidez de su carrera. Pero no quisieron atender a razones, y regresaron al campamento a toda la velocidad de sus piernas. Los dos marinos, tras trasladar a William Emery a la carreta, colocaron en ella los cuerpos de los dos indígenas, y se refugiaron a su vez, ya todos magullados por el golpe de los granizos que caían como una lluvia de piedras. Durante unos tres cuartos de hora, la tormenta bramó con extrema violencia. Luego empezó a amainar. El granizo cesó de caer, y la carreta pudo emprender de nuevo el camino del campamento.

La noticia de la muerte de los dos indígenas se le había adelantado. Produjo un efecto deplorable en el ánimo de aquellos bosquimanos, que no veían sin un terror supersticioso esas operaciones trigonométricas que no lograban comprender en absoluto. Se reunieron en cónclave, y algunos de ellos, más desmoralizados que los demás, declararon que no irían más adelante. Hubo un principio de rebelión que amenazaba adquirir proporciones graves. Hizo falta toda la influencia de que gozaba el bosquimano para atajar aquella revuelta. El coronel Everest tuvo que intervenir y prometer a aquella pobre gente un suplemento de paga para mantenerlos a su servicio. El acuerdo no se restableció sin trabajo. Hubo resistencias, y el porvenir de la expedición pareció seriamente comprometido. En efecto, ¿qué habría sido de los miembros de la comisión, en medio de aquel desierto, lejos de toda población, sin escolta que los protegiera, sin conductores que guiasen sus carretas? Por fin, esta dificultad quedó también resuelta, y, tras el entie-

rro de los dos indígenas, levantado el campamento, la pequeña tropa se dirigió hacia el montículo en el que dos de los suyos habían hallado la muerte.

William Emery se resintió durante algunos días de la violenta descarga a la que había sido sometido. Su mano izquierda, que sostenía el compás, permaneció durante algún tiempo como paralizada; pero al fin aquella molestia desapareció, y el joven astrónomo pudo reanudar sus trabajos.

Durante los dieciocho días siguientes, hasta el 20 de diciembre, ningún incidente marcó la marcha de la caravana. Los makololos no aparecían, y Mokoum, aunque receloso, empezaba a tranquilizarse. Ya no se hallaban sino a una cincuentena de millas del desierto, y aquel karroo seguía siendo lo que había sido hasta entonces, una comarca espléndida cuya vegetación, sostenida todavía por las aguas vivas del suelo, no habría podido igualarse en ningún punto del globo. Cabía, pues, contar con que, hasta llegar al desierto, ni los hombres, en medio de aquella región fértil y rica en caza, ni las bestias de carga, hundidas hasta el pecho en aquellos pastos exuberantes, habrían de faltarles alimento. Pero no se contaba con los ortópteros, cuya aparición es una amenaza siempre pendiente sobre los asentamientos del África austral.

En la tarde del 20 de diciembre, una hora aproximadamente antes de la puesta del sol, el campamento había quedado organizado. Los tres ingleses y el bosquimano, sentados al pie de un árbol, descansaban de las fatigas del día y conversaban sobre sus proyectos futuros. El viento del norte, que tendía a levantarse, refrescaba un poco la atmósfera.

Entre los astrónomos se había convenido que aquella noche tomarían alturas de estrellas para calcular con exactitud la latitud del lugar. Ninguna nube cubría el cielo; la luna estaba próxima a ser nueva; las constelaciones serían resplandecientes, y, por consiguiente, aquellas delicadas observaciones cenitales no podían dejar de realizarse en las circunstancias más favorables. Así, el coronel Everest y sir John Murray se llevaron un gran desengaño cuando William Emery, hacia las ocho, levantándose y señalando hacia el norte, dijo:

— Ahí tenemos el horizonte que se cubre, y me temo que la noche no vaya a sernos tan propicia como esperábamos.

—En efecto —respondió sir John—, esa gran nube se eleva sensiblemente, y con el viento que refresca, no tardará en invadir el cielo.

—¿Se prepara entonces una nueva tormenta? —preguntó el coronel.

—Estamos en la región intertropical —respondió William Emery—, y eso es de temer. Creo que nuestras observaciones corren gran riesgo esta noche.

—¿Qué opina usted, Mokoum? —preguntó el coronel Everest al bosquimano.

El bosquimano observó atentamente el norte. La nube se delimitaba por una línea curva muy alargada, y tan nítida como si hubiera sido trazada con compás. El sector que recortaba por encima del horizonte presentaba un desarrollo de tres a cuatro millas. Aquella nube, negruzca como humo, presentaba un aspecto singular que llamó la atención del bosquimano. A veces, el sol poniente la iluminaba con reflejos rojizos que ella reflejaba como lo habría hecho una masa sólida, y no una aglomeración de vapores.

—¡Una nube singular! —dijo Mokoum, sin explicarse más.

Momentos después, uno de los bosquimanos vino a avisar al cazador de que los animales —caballos, bueyes y demás— daban muestras de agitación. Corrían por el pastizal y se negaban a entrar en el recinto del campamento.

—Bueno, dejadlos pasar la noche fuera —respondió Mokoum.

—¿Pero las fieras?

—¡Oh! Las fieras estarán pronto demasiado ocupadas para reparar en ellos.

El indígena se retiró. El coronel Everest iba a pedir al bosquimano la explicación de aquella extraña respuesta. Pero Mokoum, tras alejarse unos pasos, pareció absorto por completo en la contemplación de aquel fenómeno cuya naturaleza sospechaba evidentemente.

La nube se acercaba con rapidez. Podía advertirse lo baja que estaba, y con seguridad su altura sobre el suelo no debía de pasar de unos centenares de pies. Al silbido del viento que refrescaba se mezclaba una especie de

«rumor formidable», si es que estas dos palabras pueden acoplarse, y aquel rumor parecía salir de la nube misma.

En ese momento, y por encima de la nube, apareció un enjambre de puntos negros sobre el fondo pálido del cielo. Aquellos puntos revoloteaban de abajo arriba, sumergiéndose en medio de la masa sombría y saliendo de ella al instante. Se los habría contado por millares.

— ¡Eh! ¿Qué son esos puntos negros? —preguntó sir John Murray.

— Esos puntos negros son pájaros —respondió el bosquimano—. Son buitres, águilas, halcones, milanos. Vienen de lejos, siguen esa nube, y no la abandonarán hasta que sea aniquilada o dispersada.

— ¿Pero esa nube?

— No es una nube —respondió Mokoum, extendiendo la mano hacia la masa sombría que invadía ya un cuarto del cielo—; es una nube viva, ¡es una nube de langostas!

El cazador no se equivocaba. Los europeos iban a presenciar una de esas terribles invasiones de langostas, por desgracia demasiado frecuentes, que en una sola noche convierten el país más fértil en una comarca árida y desolada. Aquellos saltamontes, que pertenecen al género locusta, los «grylli devastatorii» de los naturalistas, llegaban así a millares de millones. ¿No han visto algunos viajeros una playa cubierta de estos insectos hasta una altura de cuatro pies y en una extensión de cincuenta millas?

— ¡Sí! —repuso el bosquimano—. Esas nubes vivas son un azote temible para los campos, ¡y quiera el cielo que no nos hagan demasiado daño!

— Pero aquí no tenemos —dijo el coronel Everest— ni campos sembrados ni pastos que nos pertenezcan. ¿Qué podríamos temer de esos insectos?

— Nada, si se limitan a pasar por encima de nuestras cabezas —respondió el bosquimano—; todo, si se abaten sobre este país que debemos atravesar. Entonces no quedará ni una hoja en los árboles ni una brizna de hierba en las praderas, y olvida usted, coronel, que si nuestro sustento está asegurado, no lo está el de nuestros caballos, nuestros bueyes, nuestras mulas. ¿Qué sería de ellos en medio de esos pastos devastados?

Los compañeros del bosquimano permanecieron en silencio. Observaban la masa animada que crecía a ojos vistas. El rumor redoblaba, dominado por

los gritos de águilas y halcones que, precipitándose sobre la nube inagotable, devoraban por millares sus insectos.

—¿Cree usted que se abatirán sobre esta comarca? —preguntó William Emery a Mokoum.

—Me lo temo —respondió el cazador—. El viento del norte las empuja directamente hacia aquí. Además, ahí tenemos el sol que desaparece. La brisa fresca del atardecer va a entorpecer las alas de estas langostas. Se abatirán sobre los árboles, sobre los matorrales, sobre las praderas, y entonces...

El bosquimano no terminó la frase. Su predicción se cumplía en ese mismo instante. En un momento, la enorme nube que rebasaba el cenit se abatió sobre el suelo. Ya no se vio más que una masa hormigueante y sombría alrededor del campamento y hasta los límites del horizonte. El propio emplazamiento del campamento quedó literalmente inundado. Las carretas, las tiendas, todo desapareció bajo aquel granizo viviente. La masa de langostas medía un pie de altura. Los ingleses, hundidos hasta media pierna en aquella espesa capa de saltamontes, aplastaban centenares a cada paso. Pero ¿qué importaba eso en medio de tal cantidad?

Y, sin embargo, no faltaban causas de destrucción para aquellos insectos. Los pájaros se arrojaban sobre ellos lanzando gritos roncOS y los devoraban con avidez. Bajo la masa, unas serpientes, atraídas por aquel succulento festín, absorbían cantidades enormes. Los caballos, los bueyes, las mulas, los perros se hartaban de ellas con un contento inexpresable. La caza de la llanura, las fieras, leones o hienas, elefantes o rinocerontes, engullían en sus vastos estómagos celemines enteros de estos insectos. Por fin, los propios bosquimanos, muy aficionados a esos «camarones del aire», se alimentaban de ellos como de un maná celestial. Pero su número desafiaba todas esas causas de destrucción, e incluso su propia voracidad, pues estos insectos se devoran entre sí.

A instancias del bosquimano, los ingleses tuvieron que probar aquel alimento que les caía del cielo. Se hicieron hervir algunos millares de langostas sazonadas con sal, pimienta y vinagre, tras haberse cuidado de elegir las más jóvenes, que son verdes y no amarillentas, y por lo tanto menos correosas que sus mayores, algunas de las cuales medían cuatro pulgadas de longitud. Estas jóvenes locustas, gruesas como un cañón de pluma, largas de quince a veinte líneas, y que aún no habían depositado sus huevos, son, en

efecto, consideradas por los aficionados como un manjar exquisito. Tras media hora de cocción, el bosquimano sirvió a los tres ingleses un apetitoso plato de langostas. Estos insectos, despojados de la cabeza, las patas y los élitros, exactamente como los camarones de mar, resultaron sabrosos, y sir John Murray, que comió varios centenares por su cuenta, recomendó a su gente que hiciera enormes provisiones de ellas. ¡No había más que agacharse para cogerlas!

Llegada la noche, cada cual regresó a su lecho habitual. Pero las carretas no habían escapado a la invasión. Era imposible entrar en ellas sin aplastar aquellos innumerables insectos. Dormir en tales condiciones resultaba poco agradable. Así que, puesto que el cielo estaba despejado y las constelaciones brillaban en el firmamento, los tres astrónomos pasaron toda la noche tomando alturas de estrellas. Sin duda valía más eso que hundirse hasta el cuello en aquel edredón de langostas. Además, ¿habrían podido los europeos conciliar un instante de sueño, mientras la llanura y los bosques retumbaban con los aullidos de las fieras acudidas al festín de las langostas?

Al día siguiente, el sol desbordó de un horizonte límpido y comenzó a describir su arco diurno en un cielo radiante que prometía una jornada calurosa. Sus rayos elevaron pronto la temperatura, y un sordo rumor de élitros se dejó oír en medio de la masa de langostas, que se disponían a reanudar su vuelo y llevar a otra parte sus devastaciones. Hacia las ocho de la mañana fue como el despliegue de un velo inmenso que se extendió por el cielo y eclipsó la luz del sol. Toda la comarca se ensombreció, y se hubiera podido creer que la noche reanudaba su curso. Luego, arreciado el viento, la enorme nube se puso en movimiento. Durante dos horas, con un ruido ensordecedor, pasó por encima del campamento sumido en sombras, y por fin desapareció más allá del horizonte occidental.

Pero, cuando la luz volvió a aparecer, pudo verse que las predicciones del bosquimano se habían cumplido enteramente. Ni una hoja quedaba en los árboles, ni una brizna de hierba en las praderas. Todo estaba aniquilado. El suelo aparecía amarillento y terroso. Las ramas despojadas no ofrecían ya a la vista más que una silueta desgarrada. ¡Era el invierno sucediendo al verano, con la rapidez de un cambio a la vista! ¡Era el desierto, y ya no la comarca exuberante!

Y podía aplicarse a aquellas langostas devoradoras aquel proverbio oriental que aún justifica el instinto rapaz de los otomanos: ¡La hierba ya no crece donde ha pasado el turco! ¡La hierba ya no crece donde se han abatido las langostas!

CAPÍTULO XVIII. EL DESIERTO

Era, en efecto, el desierto lo que se desplegaba ante los pasos de los viajeros, y cuando, el 25 de diciembre, tras haber medido un nuevo grado de la meridiana y concluido su cuadragésimo octavo triángulo, el coronel Everest y sus compañeros llegaron al límite septentrional del karroo, no encontraron diferencia alguna entre aquella región que dejaban atrás y el nuevo país, árido y abrasado, que iban a recorrer.

Los animales, empleados al servicio de la caravana, sufrían mucho por la escasez de pastos. También faltaba el agua. Las últimas gotas de lluvia se habían agotado en las charcas. El suelo era una mezcla de arcilla y arena muy poco propicia a la vegetación. Las aguas de la estación de lluvias, filtrándose a través de las capas arenosas, desaparecen casi enseguida de aquellos terrenos cubiertos de una innumerable cantidad de arenisca, y que no pueden conservar ni una molécula de líquido.

Era, en efecto, una de aquellas regiones áridas que el doctor Livingstone atravesó más de una vez en sus aventuradas exploraciones. No solo la tierra, sino la atmósfera misma, era tan seca que los objetos de hierro dejados al aire libre no se oxidaban. Según el relato del sabio doctor, las hojas de los árboles estaban arrugadas y ablandadas; las de las mimosas permanecían cerradas en pleno día como lo están durante la noche; los escarabajos, colocados en la superficie del suelo, expiraban al cabo de unos segundos; en fin, el bulbo de un termómetro, hundido tres pulgadas en la tierra, marcó al mediodía, en la columna de mercurio, ciento treinta y cuatro grados Fahrenheit.

Tales como se mostraron ciertas comarcas del África austral al célebre viajero, tal se mostró a los ojos de los astrónomos ingleses aquella porción

del continente situada entre el límite del karroo y el lago Ngami. Sus fatigas fueron grandes, sus sufrimientos extremos, sobre todo por la falta de agua. Esta privación afectaba de modo aún más sensible a los animales domésticos, a los que una hierba escasa, seca y polvorienta apenas alimentaba. Además, aquella extensión de terreno era el desierto no solo por su aridez, sino también porque casi ningún ser vivo se aventuraba en ella. Los pájaros habían huido más allá del Zambeze, para hallar de nuevo árboles y flores. Las fieras no se aventuraban por aquella llanura, que no les ofrecía recurso alguno. Apenas, durante los quince primeros días del mes de enero, los cazadores de la caravana entrevieron dos o tres parejas de esos antílopes capaces de pasarse sin beber durante varias semanas; eran, entre otros, órices semejantes a los que tanto habían decepcionado a sir John Murray, y, más en particular, caamas, de dulces ojos y pelaje gris ceniciento salpicado de manchas de ocre, animales inofensivos, muy apreciados por la calidad de su carne, y que parecen preferir las llanuras áridas a los pastos de las comarcas fértiles.

Sin embargo, a fuerza de caminar bajo aquel sol de fuego, a través de aquella atmósfera que no contenía un átomo de vapor, de proseguir las operaciones geodésicas por días y noches en que ningún soplo templaba el calor, los astrónomos se fatigaban visiblemente. Su reserva de agua, contenida en toneles recalentados, disminuía. Ya habían tenido que racionarse, y sufrían mucho con ese racionamiento. Sin embargo, su celo era tan grande, su valor tal, que dominaban las fatigas y las privaciones, y no descuidaban ningún detalle de su inmenso y minucioso trabajo. El 25 de enero, la séptima porción de la meridiana, que comprendía un nuevo grado, había sido calculada por medio de nueve nuevos triángulos, lo que elevaba a cincuenta y siete el número total de triángulos contruidos hasta entonces.

A los astrónomos ya no les quedaba más que una parte del desierto por franquear, y, en opinión del bosquimano, debían alcanzar las orillas del lago Ngami antes de los últimos días de enero. El coronel y sus compañeros podían responder de sí mismos y aguantar hasta entonces.

Pero los hombres de la caravana, los bosquimanos, que no estaban animados por ese ardor, gente a sueldo cuyo interés no se confundía con el interés científico de la expedición, indígenas poco dispuestos a proseguir su marcha hacia adelante, esos sí soportaban mal las pruebas del camino. Se mostraban muy sensibles a la escasez de agua. Ya algunas bestias de carga,

debilitadas por el hambre y la sed, habían tenido que quedar atrás, y era de temer que su número aumentara de día en día. Los murmullos y las recriminaciones crecían con las fatigas. El papel de Mokoum se hacía muy difícil, y su influencia disminuía.

Pronto resultó evidente que la falta de agua constituiría un obstáculo invencible, que habría que detener la marcha hacia el norte y dirigirse, ya fuera hacia atrás, ya fuera hacia la derecha de la meridiana, a riesgo de encontrarse con la expedición rusa, para alcanzar las poblaciones repartidas por una comarca menos árida en el itinerario de David Livingstone.

El 15 de febrero, el bosquimano puso en conocimiento del coronel Everest aquellas dificultades crecientes, contra las que se empleaba en vano. Los conductores de las carretas ya se negaban a obedecerle. Cada mañana, al levantar el campamento, se producían escenas de insubordinación en las que tomaba parte la mayoría de los indígenas. Aquellos desdichados, hay que reconocerlo, abrumados por el calor, devorados por la sed, daban lástima verlos. Por lo demás, los bueyes y los caballos, insuficientemente alimentados con una hierba corta y seca, y sin apenas beber, no querían ya caminar.

El coronel Everest conocía perfectamente la situación. Pero, duro consigo mismo, lo era también con los demás. No quiso en modo alguno suspender las operaciones de la red trigonométrica, y declaró que, aunque se quedara solo, continuaría avanzando. Por lo demás, sus dos colegas hablaban como él, y estaban dispuestos a seguirlo tan lejos como le placiera ir.

El bosquimano, mediante nuevos esfuerzos, consiguió de los indígenas que lo siguieran todavía algún tiempo más. Según su estimación, la caravana no debía de hallarse a más de cinco o seis jornadas de marcha del lago Ngami. Allí, caballos y bueyes encontrarían de nuevo pastos frescos y bosques umbríos. Allí, los hombres tendrían todo un mar de agua dulce donde refrescarse. Mokoum hizo valer estas consideraciones ante los principales bosquimanos. Les demostró que, para abastecerse, lo más corto era ir hacia el norte. En efecto, desviarse hacia el oeste era caminar al azar; volver atrás era encontrar de nuevo el karroo desolado, cuyos cursos de agua debían de estar todos secos. Por fin, los indígenas se rindieron a tantas razones y súplicas, y la caravana, casi agotada, reanudó su marcha hacia el Ngami.

Muy afortunadamente, en aquella llanura tan vasta, las operaciones geodésicas se realizaban con facilidad por medio de postes o pilares. Para ganar tiempo, los astrónomos trabajaban de noche y de día. Guiados por el resplandor de las lámparas eléctricas, obtenían ángulos muy nítidos, que satisfacían las determinaciones más escrupulosas.

Los trabajos proseguían, pues, con orden y método, y la red aumentaba poco a poco.

El 16 de febrero, la caravana pudo creer por un instante que aquella agua, de la que la naturaleza se mostraba tan avara, iba por fin a serle restituida en abundancia.

Se acababa de señalar en el horizonte una laguna de una a dos millas de anchura.

Se comprende con qué alegría se acogió esa noticia. Toda la caravana se lanzó rápidamente en la dirección indicada, hacia una extensión de agua bastante vasta que relucía bajo los rayos solares.

La laguna fue alcanzada hacia las cinco de la tarde. Algunos caballos, rompiendo sus tirantes, escapando de la mano de sus conductores, se lanzaron al galope hacia aquella agua tan deseada. La sentían, la aspiraban, y pronto pudo vérselos zambullirse en ella hasta el pecho.

Pero, casi de inmediato, aquellos animales regresaron a la orilla. No habían podido saciar su sed en aquellas aguas, y cuando llegaron los bosquimanos, se encontraron ante un agua tan impregnada de sal que no pudieron refrescarse en ella.

El desengaño, cabe decir la desesperación, fue grande. ¡Nada más cruel que una esperanza defraudada! Mokoum creyó que tendría que renunciar a llevar a los indígenas más allá del lago salado. Afortunadamente para el porvenir de la expedición, la caravana se hallaba más cerca del Ngami y de los afluentes del Zambeze que de ningún otro punto de aquella región donde pudiera procurarse agua potable. La salvación de todos dependía, pues, de la marcha hacia adelante. En cuatro días, si los trabajos geodésicos no la retrasaban, la expedición habría llegado a las orillas del Ngami.

Se reemprendió la marcha. El coronel Everest, aprovechando la disposición del terreno, pudo construir triángulos de grandes proporciones que requerían con menos frecuencia el establecimiento de miras. Como se opera-

ba sobre todo durante noches muy claras, las señales de fuego se veían admirablemente, y podían marcarse con extrema precisión, ya fuera con el teodolito, ya con el círculo repetidor, con una exactitud perfecta. Era a la vez economía de tiempo y de fatigas. Pero, hay que reconocerlo, tanto para aquellos valerosos sabios inflamados de celo científico, como para aquellos indígenas devorados por una sed ardiente bajo aquel clima terrible, y para los animales empleados al servicio de la caravana, ya era hora de llegar al Ngami. Nadie habría podido soportar quince días más de marcha en semejantes condiciones.

El 21 de febrero, el suelo llano y uniforme comenzó a modificarse sensiblemente. Se volvió escabroso, accidentado. Hacia las diez de la mañana, se señaló hacia el noroeste, a una distancia de unas quince millas, una pequeña montaña de quinientos a seiscientos pies de altura. Era el monte Scorzef.

El bosquimano observó atentamente los alrededores, y, tras un examen bastante largo, extendiendo la mano hacia el norte:

—¡El Ngami está ahí! —dijo.

—¡El Ngami! ¡El Ngami! —gritaron los indígenas, acompañando sus gritos de ruidosas demostraciones.

Los bosquimanos querían adelantarse y recorrer corriendo las quince millas que los separaban del lago. Pero el cazador logró contenerlos, haciéndoles notar que, en aquel país infestado por los makololos, era muy importante para ellos no dispersarse.

Sin embargo, el coronel Everest, deseando apresurar la llegada de su pequeña tropa al Ngami, resolvió unir directamente la estación que ocupaba con el Scorzef, mediante un solo triángulo. La cima del monte, rematada por una especie de pico muy agudo, podía apuntarse con gran exactitud, y se prestaba así a una buena observación. Era, por tanto, inútil esperar a la noche, e inútil, en consecuencia, enviar por delante un destacamento de marinos e indígenas para fijar un farol en la cumbre del Scorzef.

Se instalaron, pues, los instrumentos, y el ángulo que formaba el vértice del último triángulo ya obtenido en el sur volvió a medirse en esa misma estación, para mayor precisión.

Mokoum, muy impaciente por llegar a las orillas del Ngami, solo había hecho establecer un campamento provisional. Confiaba en alcanzar, antes

de que anoheciera, el lago tan deseado; pero no descuidó ninguna de las precauciones habituales, e hizo batir los alrededores por algunos jinetes. A derecha e izquierda se alzaban matorrales que convenía explorar. Sin embargo, desde la caza del órix no se había visto rastro alguno de los makololos, y el espionaje del que había sido objeto la caravana parecía haberse abandonado. No obstante, el receloso bosquimano quería mantenerse alerta, para prevenirlo todo.

Mientras el cazador vigilaba así, los astrónomos se ocupaban de construir su nuevo triángulo. Según los levantamientos realizados por William Emery, ese triángulo los llevaría muy cerca del paralelo veinte, en el que debía detenerse la punta terminal del arco que habían venido a medir en aquella porción de África. Unas cuantas operaciones más allá del Ngami, y muy probablemente se obtendría el octavo tramo de la meridiana. Luego, hecha la verificación de los cálculos por medio de una nueva base medida directamente sobre el terreno, la gran empresa quedaría concluida. Se comprende, pues, qué ardor animaba a aquellos audaces, que se veían a punto de rematar su obra.

Y entretanto, ¿cómo les había ido a los rusos por su lado? Desde hacía seis meses que los miembros de la comisión internacional se habían separado, ¿dónde se hallaban en ese momento Mathieu Strux, Nicolas Palander, Michel Zorn? ¿Los habían puesto a prueba las fatigas con el mismo rigor que a sus colegas de Inglaterra? ¿Habían sufrido la privación de agua, los agobiantes calores de aquellos climas? En su recorrido, que se acercaba sensiblemente al itinerario de David Livingstone, ¿habían sido las regiones menos áridas? Tal vez, pues existían, a partir de Kolobeng, aldeas y poblados como Schokuané, Schoschong y otros, poco alejados a la derecha de la meridiana, en los que la caravana rusa habría podido abastecerse. Pero ¿no era también de temer que, en aquellas regiones menos desiertas, y por consiguiente batidas sin cesar por los merodeadores, la pequeña tropa de Mathieu Strux se hubiese visto muy expuesta? De que los makololos parecieran haber abandonado la persecución de la expedición inglesa, ¿no había que concluir que se habían lanzado tras las huellas de la expedición rusa?

El coronel Everest, siempre absorto, no pensaba, o no quería pensar, en estas cosas, pero sir John Murray y William Emery hablaban con frecuencia de la suerte de sus antiguos colegas. ¿Les sería dado volver a verlos? ¿Lograrían los rusos su empresa? ¿Sería idéntico para ambas expediciones, que

habrían proseguido simultánea pero separadamente el establecimiento de la red trigonométrica, el mismo resultado matemático, es decir, el valor del grado de longitud en aquella parte de África? Luego, William Emery pensaba en su compañero, cuya ausencia le parecía tan lamentable, y sabía bien que Michel Zorn no lo olvidaría nunca.

Sin embargo, había comenzado la medida de las distancias angulares. Para obtener el ángulo que se apoyaba en la estación, se trataba de apuntar a dos miras, una de las cuales estaba formada por la cima cónica del Scorzef.

Para la otra mira, a la izquierda de la meridiana, se escogió un montículo puntiagudo, que no se hallaba sino a cuatro millas de distancia. Su dirección quedó fijada por uno de los anteojos del círculo repetidor.

El Scorzef, ya se ha dicho, estaba relativamente muy alejado. Pero los astrónomos no habían tenido elección, pues aquel monte aislado era el único punto culminante de la comarca. En efecto, ninguna otra altura se alzaba ni al norte ni al oeste, ni más allá del lago Ngami, que todavía no podía divisarse. Ahora bien, aquella lejanía del Scorzef iba a obligar a los observadores a desplazarse considerablemente hacia la derecha de la meridiana; pero, tras madura reflexión, comprendieron que podían proceder de otro modo. Se apuntó, pues, al monte solitario con extremo cuidado por medio del segundo anteojo del círculo repetidor, y la separación de los dos anteojos dio la distancia angular que separaba el Scorzef del montículo, y, por consiguiente, la medida del ángulo formado en la propia estación. El coronel Everest, para obtener una aproximación mayor, hizo veinte repeticiones sucesivas modificando la posición de sus anteojos sobre el círculo graduado; de este modo, dividió por veinte los posibles errores de lectura, y obtuvo una medida angular cuyo rigor era absoluto.

Estas diversas observaciones, pese a la impaciencia de los indígenas, fueron realizadas por el impasible Everest con el mismo esmero que habría puesto en su observatorio de Cambridge. Toda la jornada del 21 de febrero transcurrió así, y no fue sino al caer la tarde, hacia las cinco y media, cuando la lectura de los limbos se hizo difícil, que el coronel dio por terminadas sus observaciones.

—A sus órdenes, Mokoum —le dijo entonces al bosquimano.

—No es demasiado pronto, coronel —respondió Mokoum—, y lamento que no haya podido usted concluir sus trabajos antes de la noche, pues habríamos intentado trasladar nuestro campamento a las orillas del lago.

—¿Pero quién nos impide partir? —preguntó el coronel Everest—. Quince millas por recorrer, aun en una noche oscura, no habrían de detenernos. El camino es directo, es la propia llanura, y no podemos temer extraviarnos.

—Sí..., en efecto... —respondió el bosquimano, que parecía consultarse a sí mismo—; quizá podamos intentar la aventura, aunque hubiera preferido caminar a pleno día por estas tierras que lindan con el Ngami. Nuestros hombres no piden más que avanzar y alcanzar las aguas dulces del lago. Vamos a partir, coronel.

—Cuando usted guste, Mokoum —respondió el coronel Everest.

Aprobada por todos esta decisión, se uncieron los bueyes a las carretas, montaron los caballos sus jinetes, se recolocaron los instrumentos en los vehículos, y a las siete de la tarde, dada por el bosquimano la señal de partida, la caravana, aguijoneada por la sed, marchó derecha hacia el lago Ngami.

Por cierto instinto de veterano explorador, el bosquimano había rogado a los tres europeos que tomaran sus armas y se proveyeran de municiones. Él mismo llevaba el rifle que sir John le había regalado, y no le faltaban cartuchos en la cartuchera.

Se partió. La noche estaba oscura. Un espeso telón de nubes velaba las constelaciones. Sin embargo, la atmósfera, en su capa más próxima al suelo, estaba libre de brumas. Mokoum, dotado de una gran potencia de visión, observaba los flancos y la vanguardia de la caravana. Algunas palabras que había dicho a sir John probaban al honorable inglés que el bosquimano no consideraba la comarca muy segura. Así que, por su parte, sir John se mantenía preparado para cualquier eventualidad.

La caravana marchó durante tres horas en dirección al norte, pero se resentía de su estado de fatiga y agotamiento, y no avanzaba deprisa. A menudo había que detenerse para reunir a los rezagados. No se avanzaba sino a razón de tres millas por hora, y hacia las diez de la noche, seis millas separaban todavía a la pequeña tropa de las orillas del Ngami. Las bestias jadeaban y apenas podían respirar en aquella noche sofocante, en medio de una

atmósfera tan seca que el higrómetro más sensible no habría hallado en ella rastro de humedad.

Pronto, pese a las expresas recomendaciones del bosquimano, la caravana dejó de presentar un núcleo compacto. Los hombres y los animales se extendieron en una larga fila. Algunos bueyes, agotados por completo, habían caído en el camino. Jinetes desmontados apenas podían arrastrarse, y habrían sido fácilmente capturados por la más pequeña partida de indígenas. Así, Mokoum, inquieto, sin ahorrar ni palabras ni gestos, yendo de uno a otro, trataba de reconstituir su tropa, pero no lo lograba, y ya, sin que se hubiera dado cuenta, le faltaba cierto número de sus hombres.

A las once de la noche, las carretas que iban a la cabeza no se hallaban ya sino a tres millas del Scorzef. Pese a la oscuridad, aquel monte aislado se dibujaba bastante distintamente, y se erguía en la sombra como una enorme pirámide. La noche, sumando aún a sus dimensiones reales, doblaba su altura.

Si Mokoum no se había equivocado, el Ngami debía de hallarse detrás del Scorzef. Se trataba, pues, de rodear el monte de manera que se ganara por el camino más corto la vasta extensión de agua dulce.

El bosquimano se puso a la cabeza de la caravana, en compañía de los tres europeos, y se disponía a inclinarse hacia la izquierda, cuando unas detonaciones, muy nítidas aunque lejanas, lo detuvieron de pronto.

Los ingleses habían retenido de inmediato sus monturas. Escuchaban con una inquietud fácil de comprender. En un país donde los indígenas no se sirven más que de lanzas y flechas, unas detonaciones de armas de fuego debían de causarles una sorpresa mezclada de inquietud.

—¿Qué es eso? —preguntó el coronel.

—Disparos —respondió sir John.

—¡Disparos! —exclamó el coronel—. ¿Y en qué dirección?

Esta pregunta se dirigía al bosquimano, quien respondió:

—Esos disparos se hacen desde la cima del Scorzef. ¡Vean cómo se ilumina la sombra por encima! ¡Se combate por allí! Makololos, sin duda, que atacan a algún grupo de europeos.

—¡Europeos! —dijo William Emery.

—Sí, señor William —respondió Mokoum—. Estas ruidosas detonaciones no pueden ser producidas más que por armas europeas, y añadiré que por armas de precisión.

—¿Esos europeos serían acaso...?

Pero el coronel, interrumpiéndolo, exclamó:

—Señores, sean quienes sean esos europeos, hay que ir en su socorro.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos! ¡Vamos! —repitió William Emery, cuyo corazón se oprimía dolorosamente.

Antes de dirigirse hacia la montaña, el bosquimano quiso, una última vez, reunir a su pequeña tropa, que una partida de merodeadores podía rodear de improviso. Pero, cuando el cazador hubo vuelto atrás, la caravana estaba dispersa, los caballos desenganchados, las carretas abandonadas, y algunas sombras, errando por la llanura, desaparecían ya hacia el sur.

—¡Cobardes! —exclamó Mokoum—. ¡Sed, fatigas, lo olvidan todo con tal de huir!...

Luego, volviéndose hacia los ingleses y sus valientes marineros:

—¡Adelante, nosotros! —dijo.

Los europeos y el cazador se lanzaron enseguida en dirección al norte, arrancando a sus caballos lo que aún les quedaba de fuerza y de velocidad.

Veinte minutos después, se oía distintamente el grito de guerra de los makololos. Cuál fuera su número, no podía todavía calcularse. Aquellos bandidos indígenas asaltaban evidentemente el Scorzef, cuya cima se coronaba de fuegos. Se entreveían racimos de hombres trepando por sus flancos.

Pronto, el coronel Everest y sus compañeros se hallaron a espaldas de la tropa sitiadora. Abandonaron entonces sus monturas extenuadas, y, lanzando un formidable hurra que los sitiados debieron de oír, dispararon sus primeros tiros sobre la masa de los indígenas. Al oír las nutridas detonaciones de aquellas armas de tiro rápido, los makololos creyeron que eran atacados por una numerosa tropa. Aquel ataque repentino los sorprendió, y retrocedieron antes de haber hecho uso de sus flechas y de sus azagayas.

Sin perder un instante, el coronel Everest, sir John Murray, William Emery, el bosquimano, los marineros, cargando y disparando sin cesar, se lanzaron en medio del grupo de los merodeadores. Una quincena de cadáveres cubrían ya el suelo.

Los makololos se dividieron. Los europeos se precipitaron por la brecha, y, derribando a los indígenas más próximos, ascendieron de espaldas por las laderas de la montaña.

En diez minutos, alcanzaron la cima perdida en la sombra, pues los sitiados habían suspendido su fuego, temiendo herir a quienes acudían tan oportunamente en su ayuda.

Y aquellos sitiados eran los rusos. Estaban todos allí, Mathieu Strux, Nicolas Palander, Michel Zorn, sus cinco marineros. Pero de los indígenas que antaño formaban su caravana, no quedaba más que el fiel foreloper. Aquellos miserables bosquimanos los habían abandonado también a ellos en el momento del peligro.

Mathieu Strux, en el instante en que apareció el coronel Everest, saltó desde lo alto de un pequeño muro que coronaba la cima del Scorzef.

—¡Ustedes, los señores ingleses! —exclamó el astrónomo de Pulkovo.

—Nosotros mismos, señores rusos —respondió el coronel con voz grave—. ¡Pero aquí ya no hay ni rusos ni ingleses! ¡No hay más que europeos unidos para defenderse!

[Nota 1] 56 grados centígrados.

CAPÍTULO XIX. TRIANGULAR O MORIR

Un hurra acogió las palabras del coronel Everest. Frente a aquellos makololos, ante un peligro común, los rusos y los ingleses, olvidando la lucha internacional, no podían sino reunirse para la defensa común. La situación lo dominaba todo, y, en efecto, la comisión anglorrusa se encontró reconstituida ante el enemigo, más fuerte, más compacta que nunca. William Emery y Michel Zorn habían caído el uno en brazos del otro. Los demás europeos habían sellado con un apretón de manos su nueva alianza.

El primer cuidado de los ingleses fue calmar la sed. El agua, extraída del lago, no faltaba en el campamento de los rusos. Luego, resguardados bajo una casamata que formaba parte de un fortín abandonado que ocupaba la cima del Scorzef, los europeos conversaron sobre todo lo ocurrido desde su separación en Kolobeng. Mientras tanto, los marineros vigilaban a los makololos, que les daban cierta tregua.

Y, en primer lugar, ¿por qué se encontraban los rusos en la cima de aquel monte, y tan lejos, a la izquierda de su meridiana? Por la misma razón que había arrojado a los ingleses hacia su derecha. El Scorzef, situado aproximadamente a mitad de camino entre los dos arcos, era la única altura de aquella región que pudiera servir para el establecimiento de una estación en las orillas del Ngami. Era, pues, del todo natural que las dos expediciones rivales, empeñadas en aquella llanura, se hubiesen encontrado en la única montaña que pudiera servir a sus observaciones. En efecto, las meridianas rusa e inglesa llegaban al lago en dos puntos bastante alejados el uno del otro. De ahí la necesidad, para los operadores, de unir geodésicamente la orilla meridional del Ngami con su orilla septentrional.

Mathieu Strux dio a continuación algunos detalles sobre las operaciones que acababa de llevar a cabo. La triangulación desde Kolobeng se había hecho sin incidentes. Aquel primer meridiano que la suerte había asignado a los rusos atravesaba un país fértil, ligeramente accidentado, que ofrecía toda facilidad para el establecimiento de una red trigonométrica. Los astrónomos rusos habían sufrido, igual que los ingleses, la excesiva temperatura de aquellos climas, pero no la falta de agua. Los ríos abundaban en la comarca y mantenían en ella una humedad saludable. Los caballos y los bueyes se habían paseado, por así decirlo, en medio de un inmenso pastizal, a través de praderas verdeantes, cortadas aquí y allá por bosques y matorrales. En cuanto a los animales feroces, disponiendo de hogueras encendidas durante la noche, se les había mantenido alejados de los campamentos. En cuanto a los indígenas, eran aquellas tribus sedentarias de las aldeas y los poblados entre las que el doctor David Livingstone encontró casi siempre una acogida hospitalaria. Durante aquel viaje, los bosquimanos no habían tenido, pues, motivo alguno de queja. El 20 de febrero, los rusos alcanzaron el Scorzef, y llevaban treinta y seis horas instalados en él cuando los makololos aparecieron en la llanura en número de trescientos o cuatrocientos. Al punto, los bosquimanos, asustados, abandonaron su puesto y dejaron a los rusos abandonados a sus propias fuerzas. Los makololos comenzaron por saquear las carretas reunidas al pie del monte; pero, muy afortunadamente, los instrumentos habían sido trasladados al fortín desde el primer momento. Además, la lancha de vapor seguía intacta hasta entonces, pues los rusos habían tenido tiempo de reconstruirla antes de la llegada de los saqueadores, y en aquel momento estaba fondeada en una pequeña ensenada del Ngami. Por ese lado, las laderas del monte caían a pico sobre la orilla derecha del lago y la hacían inaccesible. Pero al sur, el Scorzef ofrecía pendientes practicables, y en aquel asalto que acababan de intentar, los makololos habrían quizá logrado subir hasta el fortín de no ser por la providencial llegada de los ingleses.

Tal fue, en resumen, el relato de Mathieu Strux. El coronel Everest le contó, a su vez, los incidentes que habían marcado su marcha hacia el norte, los sufrimientos y las fatigas de la expedición, la sublevación de los bosquimanos, las dificultades y los obstáculos que habían debido superar. De todo ello resultaba que los rusos habían sido más favorecidos que los ingleses desde su partida de Kolobeng.

La noche del 21 al 22 de febrero transcurrió sin incidentes. El bosquimano y los marineros habían montado guardia al pie de las murallas del fortín. Los makololos no renovaron sus ataques. Pero algunas hogueras, encendidas al pie de la montaña, probaban que aquellos bandidos seguían acampados en aquel lugar, y que no habían renunciado en absoluto a su propósito.

Al día siguiente, 22 de febrero, al despuntar el día, los europeos, saliendo de su casamata, fueron a observar la llanura. Las primeras luces matinales iluminaron casi de golpe aquel vasto territorio hasta los límites del horizonte. Hacia el sur estaba el desierto, con su suelo amarillento, sus hierbas quemadas, su aspecto árido. Al pie del monte se redondeaba el campamento, en medio del cual hormigueaban cuatrocientos o quinientos indígenas. Sus hogueras ardían todavía. Algunos trozos de carne se asaban sobre brasas encendidas. Era evidente que los makololos no querían abandonar el lugar, aunque todo lo que la caravana tenía de precioso, su material, sus carretas, sus caballos, sus bueyes, sus provisiones, hubiese caído en su poder; pero sin duda aquel botín no les bastaba, y, tras haber masacrado a los europeos, querían apoderarse de sus armas, de las que el coronel y los suyos acababan de hacer un uso tan terrible.

Los sabios rusos e ingleses, tras observar el campamento indígena, conversaron largamente con el bosquimano. Se trataba de tomar una resolución definitiva. Pero esa resolución debía depender de cierto concurso de circunstancias, y, ante todo, había que determinar exactamente la situación del Scorzef.

De aquella montaña, los astrónomos sabían ya que dominaba, al sur, las inmensas llanuras que se extienden hasta el Karrou. Al este y al oeste, era la prolongación del desierto según su diámetro menor. Hacia el oeste, la mirada alcanzaba en el horizonte la silueta desvaída de las colinas que bordean el fértil país de los makololos, del que Maketo, una de sus capitales, está situada a unas cien millas al nordeste del Ngami.

Hacia el norte, por el contrario, el monte Scorzef dominaba un país completamente distinto. ¡Qué contraste con las áridas estepas del sur! ¡Agua, árboles, pastizales, y todo ese manto del suelo que una humedad persistente puede sustentar! En una extensión de cien millas al menos, el Ngami desplegaba de este a oeste sus hermosas aguas, que se animaban entonces bajo

los rayos del sol naciente. La mayor anchura del lago se desarrollaba en el sentido de los paralelos terrestres. Pero de norte a sur no debía de medir más de treinta a cuarenta millas. Más allá, la comarca se dibujaba en suave pendiente, de aspecto muy variado, con sus bosques, sus pastizales, sus cursos de agua, afluentes del Lyambie o del Zambeze, y, muy al norte, pero a ochenta millas al menos, una cadena de pequeñas montañas la enmarcaba con su pintoresco contorno. ¡Hermoso país, arrojado como un oasis en medio de aquellos desiertos! Su suelo, admirablemente irrigado, siempre revivificado por una red de venas líquidas, respiraba vida. ¡Era el Zambeze, el gran río, el que, por medio de sus tributarios, mantenía aquella vegetación prodigiosa! ¡Inmensa arteria, que es para el África austral lo que el Danubio es para Europa, y el Amazonas para América del Sur!

Tal era el panorama que se desplegaba ante la mirada de los europeos. En cuanto al Scorzef, se alzaba en la orilla misma del lago, y, tal como había dicho Mathieu Strux, sus laderas, por el lado del norte, caían a pico en las aguas del Ngami. Pero no hay pendiente tan escarpada que unos marineros no puedan subir o bajar, y, por un estrecho repecho que descendía de saliente en saliente, habían llegado hasta el nivel del lago, en el mismo lugar donde estaba fondeada la lancha de vapor. El abastecimiento de agua estaba, pues, asegurado, y la pequeña guarnición podía resistir, mientras le durasen los víveres, tras las murallas del fortín abandonado.

Pero ¿por qué aquel fortín en el desierto, en la cima de aquella montaña? Se interrogó a Mokoum, que ya había visitado aquella comarca cuando servía de guía a David Livingstone. Estuvo en condiciones de responder.

Aquellos alrededores del Ngami eran antaño frecuentados por mercaderes de marfil o de ébano. El marfil lo proporcionan los elefantes y los rinocerontes. El ébano es esa carne humana, esa carne viva con la que trafican los corredores de la esclavitud. Todo el país del Zambeze está todavía infestado de miserables extranjeros que se dedican a la trata de negros. Las guerras, las razias, los saqueos del interior procuran un gran número de prisioneros, y los prisioneros se venden como esclavos. Pues bien, precisamente aquella orilla del Ngami constituía un lugar de paso para los comerciantes que venían del oeste. El Scorzef fue antaño el centro de acampada de las caravanas. Allí descansaban antes de emprender el descenso del Zambeze hasta su desembocadura. Los traficantes habían, pues, fortificado aquella posición para protegerse, a sí mismos y a sus esclavos, contra las depredaciones

de los saqueadores, pues no era raro que los prisioneros indígenas fuesen recapturados por aquellos mismos que los habían vendido y que volvían a venderlos.

Tal era el origen de aquel fortín, pero, en la época en que nos hallamos, se venía abajo en ruinas. La ruta de las caravanas había cambiado. El Ngami ya no las recibía en sus orillas, el Scorzef ya no tenía que defenderlas, y las murallas que lo coronaban se desmoronaban piedra a piedra. De aquel fortín no quedaba sino un recinto recortado en forma de sector, cuyo arco daba al sur y cuya cuerda daba al norte. En el centro de aquel recinto se alzaba un pequeño reducto acasamatado, horadado de troneras, coronado por una estrecha torre de madera cuyo perfil, reducido por la distancia, había servido de mira a los anteojos del coronel Everest. Pero, por ruinoso que estuviese, el fortín ofrecía todavía un refugio seguro a los europeos. Tras aquellas murallas de grueso gres, armados como estaban con fusiles de tiro rápido, podían resistir a un ejército de makololos, mientras no les faltasen víveres ni municiones, y acaso llevar a término su operación geodésica.

De municiones, el coronel y sus compañeros tenían en abundancia, pues el cofre que las contenía había sido colocado en la carreta que servía para el transporte de la lancha de vapor, y de esa carreta, como se sabe, los indígenas no se habían apoderado.

Los víveres eran otra cuestión. Ahí residía la dificultad. Las carretas de aprovisionamiento no habían escapado al saqueo. No había en el fortín con qué alimentar durante dos días a los dieciocho hombres allí reunidos, es decir, los tres astrónomos ingleses, los tres astrónomos rusos, los diez marineros de la *Queen and Tzar*, el bosquimano y el foreloper.

Así quedó debida y cumplidamente comprobado mediante un minucioso inventario realizado por el coronel Everest y Mathieu Strux.

Terminado aquel inventario y tomado el desayuno de la mañana —un desayuno muy sumario—, los astrónomos y el bosquimano se reunieron en el reducto acasamatado, mientras los marineros montaban buena guardia en torno a las murallas del fortín.

Se discutía aquella circunstancia tan grave de la penuria de víveres, y no se sabía qué idear para remediar una escasez segura, si no inmediata, cuando el cazador hizo la siguiente observación:

—Se preocupan ustedes, señores, por la falta de provisiones; y, en verdad, no veo qué es lo que les inquieta. ¿No tenemos víveres más que para dos días, dicen ustedes? Pero ¿quién nos obliga a quedarnos dos días en este fortín? ¿No podemos abandonarlo mañana, hoy mismo? ¿Quién nos lo impide? ¿Los makololos? Pero, que yo sepa, no recorren las aguas del Ngami, y, con la lancha de vapor, me comprometo a llevarles en pocas horas a la orilla septentrional del lago.

Ante esta propuesta, los sabios se miraron entre sí y miraron al bosquimano. Realmente parecía que aquella idea, tan natural, no se les hubiese ocurrido.

Y, en efecto, no se les había ocurrido. No podía ocurrírsele a aquellos audaces hombres, que, en aquella memorable expedición, habían de mostrarse hasta el final como los héroes de la ciencia.

Fue sir John Murray quien tomó la palabra el primero, y respondió al bosquimano:

—Pero, mi buen Mokoum, no hemos terminado nuestra operación.

—¿Qué operación?

—¡La medición de la meridiana!

—¿Cree usted acaso que a los makololos les importa su meridiana? —replicó el cazador.

—Que no les importe, es posible —repuso sir John Murray—, pero a nosotros sí nos importa, y no dejaremos esta empresa sin terminar. ¿No es ese su parecer, mis queridos colegas?

—Es nuestro parecer —respondió el coronel Everest, que, hablando en nombre de todos, se hizo intérprete de sentimientos que cada uno compartía—. ¡No abandonaremos la medición de la meridiana! ¡Mientras uno solo de nosotros sobreviva, mientras pueda aplicar su ojo al ocular de un anteojo, la triangulación seguirá su curso! Observaremos, si es necesario, el fusil en una mano, el instrumento en la otra, pero resistiremos aquí hasta nuestro último aliento.

—¡Hurra por Inglaterra! ¡Hurra por Rusia! —gritaron aquellos enérgicos sabios, que ponían por encima de todo peligro el interés de la ciencia.

El bosquimano miró un instante a sus compañeros, y no respondió. Había comprendido.

Quedaba, pues, convenido. La operación geodésica se proseguiría de todos modos. Pero las dificultades locales, aquel obstáculo del Ngami, la elección de una estación adecuada, ¿no la harían impracticable?

Esta pregunta se planteó a Mathieu Strux. El astrónomo ruso, que llevaba dos días ocupando la cima del Scorzef, debía de estar en condiciones de responder.

— Señores — dijo —, la operación será difícil, minuciosa, exigirá paciencia y celo, pero no es en absoluto impracticable. ¿De qué se trata? De unir geodésicamente el Scorzef con una estación situada al norte del lago. Ahora bien, ¿existe esa estación? Sí, existe, y yo ya había elegido en el horizonte un pico que pudiera servir de mira a nuestros anteojos. Se alza al noroeste del lago, de tal modo que ese lado del triángulo cortará el Ngami según una línea oblicua.

— Pues bien — dijo el coronel Everest —, si el punto de mira existe, ¿dónde está la dificultad?

— La dificultad — respondió Mathieu Strux — estará en la distancia que separa el Scorzef de ese pico.

— ¿Y cuál es esa distancia? — preguntó el coronel Everest.

— Ciento veinte millas al menos.

— Nuestro anteojo la salvará.

— Pero habrá que encender un fanal en la cima de ese pico.

— Se encenderá.

— Habrá que llevarlo hasta allí.

— Se llevará.

— ¡Y, mientras tanto, defenderse de los makololos! — añadió el bosquimano.

— ¡Nos defenderemos!

— Señores — dijo el bosquimano —, estoy a sus órdenes, y haré lo que me manden hacer...

Así terminó, con estas palabras del abnegado cazador, aquella conversación de la que había dependido la suerte de la operación científica. Los sabios, bien unidos en un mismo pensamiento y dispuestos a sacrificarse si era preciso, salieron de la casamata y fueron a observar la comarca que se extendía al norte del lago.

Mathieu Strux señaló el pico que había elegido. Era el pico Volquiria, una especie de cono que la distancia hacía apenas visible. Se alzaba a gran altura, y, pese a la distancia, un potente farol eléctrico podría divisarse en el campo de los anteojos, provistos de oculares de gran aumento. Pero aquel farol había que llevarlo a más de cien millas del Scorzef, e izarlo hasta la cima del monte. Ahí estaba la verdadera dificultad, pero no insuperable. El ángulo que formaba el Scorzef con el Volquiria, por un lado, y con la estación precedente, por otro, terminaría probablemente la medición de la meridiana, pues el pico debía de estar situado muy cerca del vigésimo paralelo. Se comprende, pues, toda la importancia de la operación, y con qué ardor los astrónomos trataban de vencer los obstáculos.

Había que proceder, ante todo, a la instalación del farol. Eran cien millas por recorrer en un país desconocido. Michel Zorn y William Emery se ofrecieron. Fueron aceptados. El foreloper consintió en acompañarlos, y se dispusieron de inmediato a partir.

¿Emplearían la lancha de vapor? No. Querían que quedase a disposición de sus colegas, quienes acaso se verían en la necesidad de alejarse rápidamente, una vez terminada su observación, para escapar con más presteza a la persecución de los makololos. Para atravesar el Ngami bastaba con construir una de esas canoas de corteza de abedul, a la vez ligeras y resistentes, que los indígenas saben fabricar en pocas horas. Mokoum y el foreloper bajaron hasta la orilla del lago, donde crecían algunos abedules enanos, y terminaron rápidamente su tarea.

A las ocho de la noche, la canoa estaba cargada con los instrumentos, el aparato eléctrico, algunos víveres, armas y municiones. Se convino en que los astrónomos volverían a encontrarse en la orilla meridional del Ngami, al borde de una cala que el bosquimano y el foreloper conocían ambos. Además, en cuanto se hubiese divisado y determinado el farol del Volquiria, el coronel Everest encendería un farol en la cima del Scorzef, para que Michel Zorn y William Emery pudieran, a su vez, determinar su posición.

Tras despedirse de sus colegas, Michel Zorn y William Emery abandonaron el fortín y bajaron hasta la canoa. El foreloper, un marinero ruso y un marinero inglés se les habían adelantado.

La oscuridad era profunda. Se soltó la amarra, y la frágil embarcación, impulsada por sus remos, se dirigió silenciosamente a través de las aguas sombrías del Ngami.

CAPÍTULO XX. OCHO DÍAS EN LA CIMA DEL SCORZEF

No fue sin una opresión en el corazón como los astrónomos vieron alejarse a sus dos jóvenes colegas. ¡Cuántas fatigas, cuántos peligros aguardaban tal vez a aquellos valerosos jóvenes, en medio de aquel país desconocido que iban a atravesar en un espacio de cien millas! Sin embargo, el bosquimano tranquilizó a sus amigos, encareciendo la habilidad y el valor del foreloper. Era, por lo demás, presumible que los makololos, muy ocupados en torno al Scorzef, no batirían el campo al norte del Ngami. En suma —y su instinto no le engañaba—, Mokoum consideraba al coronel Everest y a sus compañeros más expuestos en el fortín que a los dos jóvenes astrónomos en los caminos del norte.

Los marineros y el bosquimano montaron guardia por turnos durante aquella noche. La oscuridad, en efecto, debía favorecer las intenciones hostiles de los indígenas. Pero «esos reptiles» —así los llamaba el cazador— no se aventuraron todavía por las laderas del Scorzef. Tal vez esperaban refuerzos, con el fin de invadir la montaña por todas sus vertientes, y anular, con su número, los medios de resistencia de los sitiados.

El cazador no se había equivocado en sus conjeturas, y, cuando volvió el día, el coronel Everest pudo comprobar un aumento notable en el número de los makololos. Su campamento, hábilmente dispuesto, rodeaba la base del Scorzef e imposibilitaba toda huida por la llanura. Afortunadamente, las aguas del Ngami no estaban ni podían estar vigiladas, y, llegado el caso, la retirada, salvo circunstancias imprevistas, seguiría siendo siempre practicable por el lago.

Pero no se trataba de huir. Los europeos ocupaban un puesto científico, un puesto de honor que no pensaban en absoluto abandonar. En este punto reinaba entre ellos un acuerdo perfecto. Ya no quedaba ni rastro de las desavenencias personales que en otro tiempo habían dividido al coronel Everest y a Mathieu Strux. Tampoco se hablaba jamás de la guerra que en aquel momento enfrentaba a Inglaterra y a Rusia. No se hacía la menor alusión al respecto. Ambos sabios caminaban hacia el mismo fin; ambos querían obtener aquel resultado, igualmente útil para las dos naciones, y llevar a cabo su obra científica.

En espera de la hora en que brillaría el fanal en la cima del Volquiria, los dos astrónomos se ocuparon de terminar la medición del triángulo precedente. Esta operación, que consistía en apuntar con el anteojo doble a las dos últimas estaciones del itinerario inglés, se realizó sin dificultades, y su resultado fue consignado por Nicolas Palander. Terminada esta medición, se convino en que, durante las noches siguientes, se harían numerosas observaciones de estrellas, con el fin de obtener con rigurosa precisión la latitud del Scorzef.

Una cuestión importante debía decidirse también antes que cualquier otra, y Mokoum fue naturalmente llamado a dar su opinión en esta circunstancia. ¿En qué tiempo mínimo podían Michel Zorn y William Emery alcanzar la cadena de montañas que se extendía al norte del Ngami, y cuyo pico principal debía servir de punto de apoyo al último triángulo de la red?

El bosquimano no pudo calcular en menos de cinco días el tiempo necesario para alcanzar el puesto en cuestión. En efecto, una distancia de más de cien millas lo separaba del Scorzef. La pequeña tropa del foreloper marchaba a pie, y, teniendo en cuenta las dificultades que debía presentar una región a menudo cortada por ríos, cinco días serían incluso un plazo muy corto.

Se adoptó, pues, un máximo de seis días, y sobre esa base se estableció la reglamentación de la comida.

La reserva de víveres era muy escasa. Había sido necesario ceder una parte de ella a la pequeña tropa del foreloper, en espera del momento en que pudiese abastecerse mediante la caza. Los víveres, trasladados al fortín y disminuidos en esa parte, ya no podían proporcionar a cada uno su ración ordinaria más que durante dos días. Consistían en algunas libras de galleta,

de carne en conserva y de pemmican. El coronel Everest, de acuerdo con sus colegas, decidió que la ración diaria se reduciría a un tercio. De este modo se podría esperar hasta el sexto día a que la luz, incesantemente acachada, apareciese en el horizonte. Los cuatro europeos, sus seis marineros, el bosquimano, once hombres en total, sufrirían sin duda por aquella alimentación insuficiente, pero estaban por encima de tales sufrimientos.

— Además, ¡no está prohibido cazar! — dijo sir John Murray al bosquimano.

El bosquimano meneó la cabeza con aire de duda. Le parecía difícil que, en aquel monte aislado, la caza no fuese muy escasa. Pero eso no era motivo para dejar su fusil en reposo, y, tomadas estas determinaciones, mientras sus colegas se ocupaban de reducir las medidas consignadas en el doble registro de Nicolas Palander, sir John, acompañado de Mokoum, abandonó el recinto del fortín para llevar a cabo un reconocimiento exacto del monte Scorzef.

Los makololos, tranquilamente acampados al pie de la montaña, no parecían tener ninguna prisa por dar el asalto. ¡Tal vez su intención era reducir a los sitiados por hambre!

El inventario del monte Scorzef se llevó a cabo rápidamente. El emplazamiento sobre el que se alzaba el fortín no medía un cuarto de milla en su mayor dimensión. El suelo, cubierto de una hierba bastante espesa, entremezclada de guijarros, estaba cortado aquí y allá por algunos matorrales bajos, formados en parte por gladiolos. Brezos rojos, proteas de hojas plateadas, ericáceas de largos festones, componían la flora de la montaña. En sus laderas, pero bajo ángulos muy abruptos que dibujaban salientes de roca que horadaban la corteza del monte, crecían arbustos espinosos, de diez pies de altura, con racimos de flores blancas, olorosas como las flores del jazmín, y cuyo nombre desconocía el bosquimano. En cuanto a la fauna, tras una hora de observación, sir John seguía sin ver el menor ejemplar. Sin embargo, algunos pajarillos, de remeras oscuras y picos rojos, escaparon de algunos matorrales, y, con toda certeza, al primer disparo, toda aquella banda alada habría desaparecido para no volver. No se podía, pues, contar con los productos de la caza para abastecer a la guarnición.

— Siempre podremos pescar en las aguas del lago — dijo sir John, deteniéndose en la vertiente septentrional del Scorzef y contemplando la magní-

fica extensión del Ngami.

—Pescar sin red y sin sedal —respondió el bosquimano— es querer atrapar pájaros al vuelo. Pero no desesperemos. Su Señoría sabe que la casualidad nos ha favorecido muchas veces hasta ahora, y pienso que nos favorecerá todavía.

—¡La casualidad! —replicó sir John Murray—. Pero, cuando Dios quiere estimularla, es el proveedor más fiel del género humano que yo conozco. No hay agente más seguro, no hay mayordomo más ingenioso. Nos ha conducido junto a nuestros amigos los rusos, los ha traído precisamente adonde nosotros mismos queríamos venir, y, a unos y a otros, nos llevará suavemente hacia la meta que queremos alcanzar.

—¿Y nos alimentará? —preguntó el bosquimano.

—Nos alimentará ciertamente, amigo Mokoum —respondió sir John—, y, al hacerlo, no hará sino cumplir con su deber.

Las palabras de Su Señoría eran, sin duda, tranquilizadoras. No obstante, el bosquimano pensó que la casualidad era un servidor que pedía ser servido un poco por sus amos, y se prometió firmemente ayudarla si era necesario.

La jornada del 25 de febrero no trajo ningún cambio en la situación respectiva de sitiadores y sitiados. Los makololos permanecían en su campamento. Rebaños de bueyes y de ovejas pacían en las partes más próximas al Scorzef, que las infiltraciones del suelo mantenían en estado de pastizal. Las carretas saqueadas habían sido llevadas al campamento. Algunas mujeres y niños, que se habían unido a la tribu nómada, se dedicaban a las labores ordinarias. De cuando en cuando, algún jefe, reconocible por la riqueza de sus pieles, subía por las rampas de la montaña y trataba de reconocer las sendas practicables que condujesen con más seguridad a su cima. Pero la bala de un rifle estriado lo devolvía prontamente al suelo de la llanura. Los makololos respondían entonces a la detonación con su grito de guerra, lanzaban algunas flechas inofensivas, blandían sus azagayas, y todo volvía a la calma.

Sin embargo, el 26 de febrero, aquellos indígenas hicieron un intento algo más serio, y, en número de una cincuentena, escalaron el monte por tres lados a la vez. Toda la guarnición salió fuera del fortín, al pie del recinto. Las armas europeas, cargadas y disparadas con tanta rapidez, causaron

cierto estrago en las filas de los makololos. Cinco o seis de aquellos saqueadores murieron, y el resto de la banda abandonó la partida. Sin embargo, y a pesar de la rapidez de su fuego, resultó evidente que los sitiados podrían verse desbordados por el número. Si varios centenares de aquellos makololos se lanzaban simultáneamente al asalto de la montaña, sería difícil hacerles frente por todos los lados. Sir John Murray tuvo entonces la idea de proteger el frente del fortín instalando en él la ametralladora que constituía el principal armamento de la lancha de vapor. Era un excelente medio de defensa. Toda la dificultad consistía en izar aquel pesado ingenio por aquellas rocas escalonadas a plomo, muy difíciles de escalar. Sin embargo, los marinos de la *Queen and Tzar* se mostraron tan hábiles, tan ágiles, se diría incluso tan audaces, que, en el transcurso del día 26, la temible ametralladora quedó instalada en una tronera del recinto almenado. Allí, sus veinticinco cañones, cuyo tiro se disponía en abanico, podían cubrir con sus fuegos todo el frente del fortín. Los indígenas iban pronto a familiarizarse con aquel ingenio de muerte que las naciones civilizadas introducirían, veinte años más tarde, en su material de guerra.

Durante su inacción forzosa en la cima del Scorzef, los astrónomos habían calculado cada noche alturas de estrellas. El cielo, muy puro, y la atmósfera, muy seca, les permitieron realizar excelentes observaciones. Obtuvieron para la latitud del Scorzef $19^{\circ} 37' 18''$,²⁶⁵, valor aproximado hasta las milésimas de segundo, es decir, con un margen de un metro. Era imposible llevar más lejos la exactitud. Este resultado los confirmó en la idea de que se encontraban a menos de medio grado del punto septentrional de su meridiana, y que, en consecuencia, aquel triángulo cuyo vértice trataban de apoyar en el pico Volquiria pondría fin a la red trigonométrica.

La noche que transcurrió del 26 al 27 de febrero no vio renovarse los intentos de los makololos. La jornada del 27 se le antojó muy larga a la pequeña guarnición. Si las circunstancias habían favorecido al foreloper, partido hacía cinco días, era posible que él y sus compañeros hubiesen llegado, aquel mismo día, al Volquiria. Por lo tanto, durante la noche siguiente había que observar el horizonte con extremo cuidado, pues la luz del fanal podría aparecer en él. El coronel Everest y Mathieu Strux ya habían orientado el instrumento hacia el pico, de modo que este quedase encuadrado en el campo del objetivo. Esta precaución simplificaba unas pesquisas que, sin punto de referencia, resultaban muy difíciles en una noche oscura. Si la luz se en-

cendía en la cima del Volquiria, sería vista de inmediato, y quedaría determinado el ángulo.

Durante aquella jornada, sir John batió en vano los matorrales y los altos hierbajos. No consiguió descubrir ningún animal comestible, o poco menos. Los mismos pájaros, turbados en su retiro, habían ido a buscar refugios más seguros en medio de los sotos de la orilla. El honorable cazador se desechaba, pues entonces no cazaba por placer, trabajaba *pro domo sua*, si es que este vocablo latino puede aplicarse al estómago de un inglés. Sir John, dotado de un apetito robusto, al que un tercio de ración no podía satisfacer, sufría de verdad de hambre. Sus colegas soportaban más fácilmente aquella abstinencia, ya fuese porque su estómago era menos imperioso, ya fuese porque, a ejemplo de Nicolas Palander, podían sustituir el tradicional bistec por una o dos ecuaciones de segundo grado. En cuanto a los marineros y al bosquimano, tenían hambre igual que el honorable sir John. Ahora bien, la escasa reserva de víveres tocaba a su fin. Un día más, y todo alimento se habría consumido, y, si la expedición del foreloper se retrasaba en su marcha, la guarnición del fortín se vería pronto en un apuro extremo.

Toda la noche del 27 al 28 de febrero transcurrió en observaciones. La oscuridad, tranquila y pura, favorecía singularmente a los astrónomos. Pero el horizonte permaneció perdido en la sombra espesa. Ni un resplandor destacó su perfil. Nada apareció en el objetivo del anteojo.

No obstante, apenas se había alcanzado el plazo mínimo atribuido a la expedición de Michel Zorn y de William Emery. Sus colegas no podían, pues, sino armarse de paciencia y esperar.

Durante la jornada del 28 de febrero, la pequeña guarnición del Scorzef comió su último trozo de carne y de galleta. Pero la esperanza de aquellos valerosos sabios no flaqueaba todavía, y, aunque tuvieran que alimentarse de hierbas, estaban resueltos a no abandonar la plaza antes de concluir su trabajo.

La noche del 28 de febrero al 1 de marzo tampoco dio resultado alguno. Una o dos veces, los observadores creyeron divisar el resplandor del fanal. Pero, hecha la comprobación, aquel resplandor no era sino una estrella velada por la bruma en el horizonte.

Durante la jornada del 1 de marzo no se comió. Probablemente acostumbrados desde hacía algunos días a una alimentación muy insuficiente, el coronel Everest y sus compañeros soportaron aquella falta absoluta de alimento más fácilmente de lo que creían, pero, si la Providencia no acudía en su ayuda, el día siguiente les reservaba crueles tormentos.

Al día siguiente, la Providencia no los colmó de dicha, sin duda; ninguna pieza de caza, de ninguna clase, vino a solicitar un disparo de sir John Murray, y, sin embargo, la guarnición, que no tenía derecho a mostrarse exigente, logró restaurarse siquiera un poco.

En efecto, sir John y Mokoum, atenaceados por el hambre, la mirada extraviada, se habían puesto a errar por la cima del Scorzef. Un hambre tenaz les desgarraba las entrañas. ¿Llegarían, pues, a pacer aquella hierba que pisaban, tal como había dicho el coronel Everest?

—¡Si tuviéramos estómagos de rumiantes! —pensaba el pobre sir John—, qué consumo haríamos de este pastizal. ¡Y ni una pieza de caza, ni un pájaro!

Diciendo así, sir John dirigía la mirada hacia aquel vasto lago que se extendía bajo él. Los marineros de la *Queen and Tzar* habían intentado pescar algunos peces, pero en vano. En cuanto a las aves acuáticas que revoloteaban sobre la superficie de aquellas aguas tranquilas, no se dejaban acercar en absoluto.

Sin embargo, sir John y su compañero, que ya no caminaban sino con extrema fatiga, se tendieron pronto sobre la hierba, al pie de un montículo de tierra, alto de cinco a seis pies. Un sueño pesado, más un entorpecimiento que un sueño, invadió su cerebro. Bajo aquella opresión, sus párpados se cerraron involuntariamente. Poco a poco fueron cayendo en un verdadero estado de sopor. El vacío que sentían dentro de sí los aniquilaba. Aquel sopor, por lo demás, podía suspender un instante los dolores que los desgarraban, y se dejaban llevar por él.

Cuánto habría durado aquel entorpecimiento, ni el bosquimano ni sir John habrían sabido decirlo; pero, una hora después, sir John se sintió despertado por una sucesión de picores muy desagradables. Se sacudió, trató de volver a dormirse, pero los picores persistieron, y, impacientado al fin, abrió los ojos.

Legiones de hormigas blancas corrían por sus ropas. Su rostro, sus manos estaban cubiertos de ellas. Aquella invasión de insectos lo hizo levantarse como si un resorte se hubiese distendido en él. Aquel movimiento brusco despertó al bosquimano, tendido a su lado. Mokoum estaba igualmente cubierto de aquellas hormigas blancas. Pero, ante la enorme sorpresa de sir John, Mokoum, en lugar de espantar aquellos insectos, los tomó a puñados, se los llevó a la boca y los comió con avidez.

— ¡Ah, puaj, Mokoum! —exclamó sir John, a quien aquella voracidad daba asco.

— ¡Coma! ¡Coma! ¡Haga como yo! —respondió el cazador, sin perder un solo bocado—. ¡Coma! ¡Es el arroz de los bosquimanos!...

Mokoum acababa, en efecto, de dar a aquellos insectos su denominación indígena. Los bosquimanos se alimentan de buen grado de esas hormigas, de las que existen dos especies, la hormiga blanca y la hormiga negra. La hormiga blanca es, según ellos, de calidad superior. El único defecto de este insecto, considerado desde el punto de vista alimenticio, es que hay que absorber cantidades considerables de él. Por eso los africanos suelen mezclar estas hormigas con la goma del mimosa. Obtienen así un alimento más sustancioso. Pero el mimosa faltaba en la cima del Scorzef, y Mokoum se contentó con comer su arroz «al natural».

Sir John, pese a su repugnancia, impulsado por un hambre que la vista del bosquimano saciándose no hacía sino aumentar, se decidió a imitarlo. Las hormigas salían por millares de su enorme hormiguero, que no era otro que aquel montículo de tierra contra el que los dos durmientes se habían recostado. Sir John las tomó a puñados y se las llevó a los labios. En verdad, aquella sustancia no le desagradó. Le encontró un sabor ácido muy agradable, y sintió que los retortijones de su estómago se calmaban poco a poco.

Sin embargo, Mokoum no había olvidado a sus compañeros de infortunio. Corrió al fortín y trajo de allí a toda la guarnición. Los marineros no pusieron ningún reparo en lanzarse sobre aquel singular alimento. Tal vez el coronel, Mathieu Strux y Palander vacilaron un instante. Sin embargo, el ejemplo de sir John Murray los decidió, y aquellos pobres sabios, medio muertos de inanición, engañaron al menos su hambre engullendo cantidades innumerables de aquellas hormigas blancas.

Pero un incidente inesperado vino a procurar un alimento más consistente al coronel Everest y a sus compañeros. Mokoum, con el fin de hacer acopio de aquellos insectos, tuvo la idea de derribar un lado del enorme hormiguero. Era, como se ha dicho, un montículo cónico, flanqueado de conos más pequeños, dispuestos circularmente en su base. El cazador, armado de su hacha, había asestado ya varios golpes al edificio, cuando un ruido singular atrajo su atención. Se hubiera dicho un gruñido que se producía en el interior del hormiguero. El bosquimano suspendió su labor de demolición, y escuchó. Sus compañeros lo miraban sin pronunciar palabra. Dio él algunos nuevos golpes de hacha. Se oyó un gruñido más acentuado.

El bosquimano se frotó las manos sin decir palabra, y sus ojos brillaron de codicia. Su hacha atacó de nuevo el montículo, de manera que abrió un agujero de un pie de ancho aproximadamente. Las hormigas huían por todas partes, pero al cazador no le preocupaba eso, y dejaba a los marineros el cuidado de encerrarlas en sacos. De pronto, un animal extraño apareció en el orificio del agujero. Era un cuadrúpedo, provisto de un largo hocico, boca pequeña, lengua extensible, orejas erguidas, patas cortas, cola larga y puntiaguda. Largas cerdas grises de tonos rojizos cubrían su cuerpo achatado, y enormes garras armaban sus patas.

Un golpe seco, asestado por Mokoum en el hocico de aquel extraño animal, bastó para matarlo.

—Aquí está nuestro asado, señores —dijo el bosquimano—. Se ha hecho esperar, pero no por ello será menos bueno. Vamos, fuego, una baqueta de fusil por espetón, ¡y cenaremos como nunca hemos cenado!

El bosquimano no exageraba demasiado. Aquel animal, al que desolló con presteza, era un orictéropo, especie de oso hormiguero o comedor de hormigas, al que los holandeses conocen también con el nombre de «cerdo de tierra». Es muy común en el África austral, y los hormigueros no tienen mayor enemigo. Este mirmicófago destruye legiones de insectos, y, cuando no puede introducirse en sus estrechas galerías, las pesca deslizándose en ellas su lengua extensible y viscosa, que retira toda cubierta de aquellas hormigas.

El asado estuvo pronto a punto. Tal vez le faltaron algunas vueltas de espetón, pero ¡los hambrientos estaban tan impacientes! La mitad del animal fue devorada, y su carne, firme y saludable, fue declarada excelente, aunque

ligeramente impregnada de ácido fórmico. ¡Qué festín, y cómo devolvió, junto con nuevas fuerzas, el valor y la esperanza a aquellos valerosos europeos!

Y, en efecto, era preciso que tuvieran la esperanza arraigada en el corazón, pues, la noche siguiente, ningún resplandor apareció todavía en la cima del pico Volquiria.

[Nota 1] Estos arbustos, cuyos frutos son bayas bastante semejantes al agracejo, deben de pertenecer a la especie *Ardunia bispinosa*, una suerte de arbustos a los que los hotentotes dan el nombre de *Num'num*.

CAPÍTULO XXI. ¡FIAT LUX!

El foreloper y su pequeña tropa habían partido hacía nueve días. ¿Qué incidentes habían retrasado su marcha? ¿Se habrían interpuesto ante ellos hombres o animales como un obstáculo infranqueable? ¿Por qué ese retraso? ¿Debía concluirse que Michel Zorn y William Emery habían quedado absolutamente detenidos en su marcha? ¿No cabía pensar que estaban irrevocablemente perdidos?

Se comprenden los temores, las angustias, las alternativas de esperanza y desesperación por las que pasaban los astrónomos encerrados en el fortín del Scorzef. ¡Sus colegas, sus amigos habían partido hacía nueve días! En seis, en siete días a lo sumo, deberían haber llegado a su destino. Eran hombres activos, valerosos, arrastrados por el heroísmo científico. Del éxito de su presencia en la cima del pico Volquiria dependía el triunfo de la gran empresa. Lo sabían, no debían de haber descuidado nada para conseguirlo. El retraso no podía imputárseles. Si, pues, nueve días después de su partida, el fanal no había brillado en la cima del Volquiria, era porque habían muerto o estaban prisioneros de las tribus nómadas.

Tales eran los pensamientos desalentadores, las angustiosas hipótesis que se formaban en el ánimo del coronel Everest y de sus colegas. ¡Con qué impaciencia esperaban a que el sol hubiese desaparecido bajo el horizonte, para comenzar sus observaciones nocturnas! ¡Qué esmero ponían en ello! ¡Toda su esperanza se aferraba a aquel ocular que debía captar el resplandor lejano! ¡Toda su vida se concentraba en el estrecho campo de un anteojo! Durante aquella jornada del 3 de marzo, vagando por las laderas del Scorzef, sin apenas cruzar palabra, dominados todos por una idea única, sufrieron como nunca habían sufrido. No, ni los calores excesivos del desierto, ni

las fatigas de una peregrinación diurna bajo los rayos de un sol tropical, ni los tormentos de la sed, los habían abrumado hasta tal punto.

Durante aquella jornada se devoraron los últimos pedazos del orictero, y la guarnición del fortín quedó entonces reducida a aquella insuficiente alimentación sacada de los hormigueros.

Llegó la noche, una noche sin luna, tranquila y profunda, particularmente propicia para las observaciones... Pero ningún resplandor reveló la cima del Volquiria. Hasta las primeras luces de la mañana, el coronel Everest y Mathieu Strux, turnándose, vigilaron el horizonte con admirable constancia. Nada, nada apareció, y los rayos del sol hicieron pronto imposible toda observación.

Por el lado de los indígenas, nada había aún que temer. Los makololos parecían decididos a rendir por hambre a los sitiados. Y, en verdad, no podían dejar de conseguirlo. Durante aquella jornada del 4 de marzo, el hambre torturó de nuevo a los prisioneros del Scorzef, y aquellos desdichados europeos solo pudieron aliviar sus angustias mascando las raíces bulbosas de aquellos gladiolos que crecían entre las rocas en las laderas de la montaña.

¡Prisioneros! ¡No, sin embargo! ¡El coronel Everest y sus compañeros no lo eran! La lancha de vapor, siempre fondeada en la pequeña ensenada, podía, a su voluntad, llevarlos por las aguas del Ngami hacia una campiña fértil, donde no faltarían ni la caza, ni los frutos, ni las plantas leguminosas. Varias veces se había planteado la cuestión de si no convendría enviar al bosquimano hacia la orilla septentrional, para cazar allí en beneficio de la guarnición. Pero, además de que esa maniobra podía ser advertida por los indígenas, era arriesgar la lancha, y por consiguiente la salvación de todos, en caso de que otras tribus de makololos batieran la parte norte del Ngami. Esa propuesta había sido, pues, rechazada. Todos debían huir o quedarse juntos. En cuanto a abandonar el Scorzef antes de haber terminado la operación geodésica, ni siquiera se planteaba. Había que esperar, mientras no se hubieran agotado todas las posibilidades de éxito. ¡Era cuestión de paciencia! ¡Se sería paciente!

—Cuando Arago, Biot y Rodrigues —dijo aquel día el coronel Everest a sus compañeros reunidos en torno a él— se propusieron prolongar la meridiana de Dunkerque hasta la isla de Ibiza, aquellos sabios se encontraron

poco más o menos en la situación en que estamos nosotros. Se trataba de enlazar la isla con la costa de España mediante un triángulo cuyos lados sobrepasaban las ciento veinte millas. El astrónomo Rodrigues se instaló en las cumbres de la isla y mantuvo allí encendidas unas lámparas, mientras los sabios franceses vivían bajo tienda, a más de cien millas de allí, en medio del desierto de las Palmas. Durante sesenta noches, Arago y Biot acecharon el fanal cuya dirección querían determinar. Desalentados, iban a renunciar a su observación, cuando, en la sexagésima primera noche, un punto luminoso que su sola inmovilidad impedía confundir con una estrella de sexta magnitud apareció en el campo de su anteojo. ¡Sesenta y una noches de espera! Pues bien, señores, ¿lo que dos astrónomos franceses hicieron por un gran interés científico, no podrían hacerlo unos astrónomos ingleses y rusos?

La respuesta de todos aquellos sabios fue un hurra afirmativo. Y, sin embargo, habrían podido responder al coronel Everest que ni Biot ni Arago padecieron los tormentos del hambre durante su larga estancia en el desierto de las Palmas.

Durante el día, los makololos, acampados al pie del Scorzef, se agitaron de un modo insólito. Eran idas y venidas que no dejaron de inquietar al bosquimano. Aquellos indígenas, llegada la noche, ¿querían intentar un nuevo asalto a la montaña, o se disponían a levantar el campamento? Mokoum, tras haberlos observado atentamente, creyó reconocer en aquella agitación intenciones hostiles. Los makololos preparaban sus armas. Sin embargo, las mujeres y los niños que se les habían unido abandonaron el campamento y, bajo la conducción de algunos guías, se retiraron hacia la región del este, acercándose a las orillas del Ngami. Era, pues, posible que los sitiadores quisieran intentar una última vez tomar la fortaleza, antes de retirarse definitivamente hacia Makèto, su capital.

El bosquimano comunicó a los europeos el resultado de sus observaciones. Se decidió ejercer una vigilancia más severa durante la noche y mantener todas las armas dispuestas. El número de los sitiadores podía ser considerable. Nada les impedía lanzarse sobre las laderas del Scorzef en número de varios centenares. El recinto del fortín, arruinado en varios puntos, habría dado fácilmente paso a un grupo de indígenas. Le pareció, pues, prudente al coronel Everest tomar algunas disposiciones para el caso de que los sitiados se vieran obligados a batirse en retirada y a abandonar momentá-

neamente su estación geodésica. La lancha de vapor debía estar lista para zarpar a la primera señal. Uno de los marineros —el mecánico del *Queen and Tzar*— recibió la orden de encender la caldera y mantenerse a presión, para el caso de que la huida se hiciera necesaria. Pero debía esperar a que el sol se hubiese puesto, a fin de no revelar a los indígenas la existencia de una lancha de vapor en las aguas del lago.

La comida de la noche se compuso de hormigas blancas y raíces de gladiolo. ¡Triste alimento para gente que tal vez iba a combatir! Pero estaban decididos, estaban por encima de toda flaqueza, y esperaron sin temor la hora fatal.

Hacia las seis de la tarde, en el momento en que se hizo de noche con esa rapidez peculiar de las regiones intratropicales, el mecánico bajó por las rampas del Scorzef y se ocupó de calentar la caldera de la lancha. Huelga decir que el coronel Everest no pensaba huir sino en última extremidad, y cuando ya no fuese posible resistir en el fortín. Le repugnaba abandonar su observatorio, sobre todo de noche, pues en cualquier momento podía encenderse el fanal de William Emery y Michel Zorn en la cima del Volquiria.

Los demás marineros fueron dispuestos al pie de las murallas del recinto, con orden de defender a toda costa la entrada de las brechas. Las armas estaban listas. La ametralladora, cargada y provista de un gran número de cartuchos, alargaba sus temibles cañones a través de la tronera.

Se esperó durante varias horas. El coronel Everest y el astrónomo ruso, apostados en la estrecha torre, y turnándose el uno al otro, examinaban sin cesar la cima del pico enmarcada en el campo de su anteojo. El horizonte permanecía bastante oscuro, mientras las más bellas constelaciones del firmamento austral resplandecían en el cenit. Ningún soplo turbaba la atmósfera. Aquel profundo silencio de la naturaleza resultaba imponente.

Entretanto, el bosquimano, apostado en un saliente de roca, escuchaba los ruidos que se elevaban de la llanura. Poco a poco, aquellos ruidos se hicieron más distintos. Mokoum no se había equivocado en sus conjeturas: los makololos se disponían a dar un asalto supremo al Scorzef.

Hasta las diez, los sitiadores no se movieron. Sus fuegos habían sido apagados. El campamento y la llanura se confundían en la misma oscuridad. De pronto, el bosquimano entrevió sombras que se movían por las laderas

de la montaña. Los sitiadores no estaban entonces a cien pies de la meseta que coronaba el fortín.

—¡Alerta! ¡Alerta! —gritó Mokoum.

Al instante, la pequeña guarnición salió al frente sur y comenzó un fuego nutrido contra los asaltantes. Los makololos respondieron con su grito de guerra y, pese a la incesante fusilería, siguieron subiendo. A la luz de las detonaciones se veía un hormiguero de aquellos indígenas, que se presentaban en tal número que toda resistencia parecía imposible. Sin embargo, en medio de aquella masa, las balas, de las que ni una se perdía, hacían una carnicería espantosa. De aquellos makololos caían por racimos, que rodaban unos sobre otros hasta el pie del monte. En el brevísimo intervalo entre las detonaciones, los sitiados podían oír sus gritos de fieras. Pero nada los detenía. Seguían subiendo en filas apretadas, sin lanzar una sola flecha —no tenían tiempo para ello—, queriendo llegar a toda costa a la cima del Scorzef.

El coronel Everest disparaba a la cabeza de toda su gente. Sus compañeros, armados como él, lo secundaban valerosamente, sin excluir a Palander, que sin duda manejaba un fusil por primera vez. Sir John, ora sobre una roca, ora sobre otra, aquí de rodillas, allá tendido, hacía maravillas, y su rifle, recalentado por la rapidez del tiro, ya le quemaba las manos. En cuanto al bosquimano, en aquella lucha sangrienta había vuelto a ser el cazador paciente, audaz, seguro de sí mismo que ya conocemos.

Sin embargo, el admirable valor de los sitiados, la seguridad de su puntería, la precisión de sus armas, nada podían contra el torrente que subía hasta ellos. Por cada indígena muerto, veinte lo reemplazaban, y era demasiado para aquellos diecinueve europeos. Al cabo de media hora de combate, el coronel Everest comprendió que iba a verse desbordado.

En efecto, no solo por el flanco sur del Scorzef, sino también por sus laderas laterales, la marea de los sitiadores seguía ganando terreno. Los cadáveres de unos servían de peldaño a otros. Algunos se hacían escudos con los muertos y subían así cubriéndose. Todo aquello, visto a la luz rápida y roja de las detonaciones, resultaba espantoso, siniestro. Se sentía bien que de tales enemigos no cabía esperar cuartel alguno. Era un asalto de fieras el de aquellos saqueadores sedientos de sangre, peores que los animales más salvajes de la fauna africana. Bien valían, ciertamente, los tigres que le faltan a ese continente.

A las diez y media, los primeros indígenas llegaban a la meseta del Scor-zef. Los sitiados no podían luchar cuerpo a cuerpo, en condiciones donde sus armas no habrían podido servirles. Era, pues, urgente buscar refugio tras el recinto. Muy afortunadamente, la pequeña tropa seguía intacta, pues los makololos no habían empleado ni sus arcos ni sus azagayas.

— ¡En retirada! — gritó el coronel con una voz que dominó el tumulto de la batalla.

Y tras una última descarga, los sitiados, siguiendo a su jefe, se retiraron tras las murallas del fortín.

Clamores formidables acogieron aquella retirada. Y al instante, los indígenas se presentaron ante la brecha central, para intentar el asalto.

Pero de pronto se dejó oír un ruido formidable, algo así como un inmenso desgarramiento que se produjera en una descarga eléctrica y multiplicara sus detonaciones. Era la ametralladora, manejada por sir John, que hablaba. Aquellos veinticinco cañones, dispuestos en abanico, cubrían de plomo un sector de más de cien pies en la superficie de aquella meseta que atestaban los indígenas. Las balas, suministradas sin cesar por un mecanismo automático, caían en granizada sobre los sitiadores. De ahí un barrido general que dejó el terreno limpio en un instante. A las detonaciones de aquel formidable ingenio respondieron primero alaridos, rápidamente sofocados, y luego una nube de flechas que no causó ni podía causar daño alguno a los sitiados.

— ¡Qué bien va la preciosa! — dijo fríamente el bosquimano, acercándose a sir John—. Cuando se canse usted de tocarle una tonada...

Pero la ametralladora callaba ya. Los makololos, buscando refugio contra aquel torrente de metralla, habían desaparecido. Se habían replegado a los flancos del fortín, dejando la meseta cubierta de sus muertos.

Durante aquel momento de respiro, ¿qué hacían el coronel Everest y Mathieu Strux? Habían regresado a su puesto en la torre, y allí, con el ojo pegado a los anteojos del círculo repetidor, escrutaban en la sombra el pico del Volquiria. Ni los gritos ni los peligros lograban conmoverlos. Con el corazón sereno, la mirada límpida, admirables de sangre fría, se turnaban ante el ocular, miraban, observaban con tanta precisión como si se hubiesen hallado bajo la cúpula de un observatorio, y cuando, tras un breve respiro, los alaridos de los makololos les hicieron saber que el combate se reanudaba,

aquellos dos sabios, alternándose por turno, permanecieron de guardia junto alpreciado instrumento.

En efecto, la lucha acababa de reanudarse. La ametralladora ya no bastaba para alcanzar a los indígenas, que se presentaban en tropel ante todas las brechas, lanzando sus gritos de muerte. Fue en estas condiciones, y ante aquellas aberturas defendidas palmo a palmo, como el combate continuó durante otra media hora. Los sitiados, protegidos por sus armas de fuego, solo habían recibido algunos rasguños debidos a puntas de azagaya. El encarnizamiento no disminuía por ninguna de las dos partes, y la cólera crecía en medio de aquellos enfrentamientos cuerpo a cuerpo.

Fue entonces, hacia las once y media, en lo más recio de la refriega, en medio del estruendo de la fusilería, cuando Mathieu Strux apareció junto al coronel Everest. Su mirada era a un tiempo radiante y despavorida. Una flecha acababa de atravesarle el sombrero y aún temblaba sobre su cabeza.

—¡El fanal! ¡El fanal! —exclamó.

—¿Eh? —respondió el coronel Everest, terminando de cargar su fusil.

—¡Sí! ¡El fanal!

—¿Lo ha visto usted?

—¡Sí!

Dicho esto, el coronel, disparando una última vez su rifle, lanzó un hurra de triunfo y se precipitó hacia la torre, seguido de su intrépido colega.

Allí, el coronel se arrodilló ante el anteojo y, conteniendo los latidos de su corazón, miró. ¡Ah, cómo en aquel instante toda su vida pasó por su mirada! ¡Sí! ¡El fanal estaba allí, centelleando entre los hilos del retículo! ¡Sí! ¡La luz brillaba en la cima del Volquiria! ¡Sí! ¡El último triángulo acababa por fin de encontrar su punto de apoyo!

Habría sido en verdad un espectáculo maravilloso ver trabajar a los dos sabios en medio del tumulto del combate. Los indígenas, demasiado numerosos, habían forzado el recinto. Sir John y el bosquimano les disputaban el terreno palmo a palmo. A las balas respondían las flechas de los makololos, a los golpes de azagaya, los hachazos. Y, sin embargo, uno tras otro, el coronel Everest y Mathieu Strux, inclinados sobre su instrumento, observaban sin cesar. Multiplicaban las repeticiones del círculo para corregir los errores

de lectura, y el impasible Nicolas Palander anotaba en su registro los resultados de sus observaciones. Más de una vez una flecha les rozó la cabeza y fue a romperse contra el muro interior de la torre. Apuntaban siempre al fanal del Volquiria, luego comprobaban con la lupa las indicaciones del último, y el uno verificaba sin cesar el resultado obtenido por el otro.

—Una observación más —decía Mathieu Strux, deslizando los anteojos por el limbo graduado.

Por fin, una enorme piedra lanzada por la mano de un indígena hizo saltar el registro de las manos de Palander y, derribando el círculo repetidor, lo rompió.

¡Pero las observaciones ya estaban terminadas! ¡La dirección del fanal había sido calculada con una aproximación de una milésima de segundo!

Ahora había que huir, salvar el resultado de aquellos gloriosos y magníficos trabajos. Los indígenas penetraban ya en la casamata y podían de un momento a otro aparecer en la torre. El coronel Everest y sus dos colegas, recuperando sus armas, y Palander, recogiendo su preciado registro, huyeron por una de las brechas. Sus compañeros estaban allí, algunos ligeramente heridos, y dispuestos a cubrir la retirada.

Pero, en el momento de descender por las laderas septentrionales del Scorzef:

—¡Nuestra señal! —exclamó Mathieu Strux.

En efecto, había que responder al fanal de los dos jóvenes astrónomos con una señal luminosa. Era necesario, para la conclusión de la operación geodésica, que William Emery y Michel Zorn apuntasen a su vez a la cima del Scorzef, y sin duda, desde el pico que ocupaban, esperaban con impaciencia que aquel fuego apareciese ante ellos.

—¡Un esfuerzo más! —exclamó el coronel Everest.

Y mientras sus compañeros rechazaban con energía sobrehumana las filas de los makololos, él regresó a la torre.

Aquella torre estaba hecha de un complicado armazón de madera seca. Una chispa podía prenderle fuego. El coronel la incendió por medio de un cebo. La madera crepitó al instante, y el coronel, precipitándose fuera, se reunió con sus compañeros.

Pocos minutos después, bajo una lluvia de flechas y de cuerpos arrojados desde lo alto del Scorzef, los europeos descendían por las rampas, haciendo deslizar delante de ellos la ametralladora que no querían abandonar. Tras rechazar una vez más a los indígenas bajo su mortífera fusilería, llegaron a la lancha.

El mecánico, siguiendo las órdenes de su jefe, la había mantenido a presión. Se largó la amarra, la hélice se puso en movimiento, y la *Queen and Tzar* avanzó rápidamente sobre las aguas sombrías del lago.

Pronto la lancha estuvo lo bastante alejada como para que los pasajeros pudiesen divisar la cima del Scorzef. La torre, envuelta en llamas, brillaba como un faro y debía de transmitir fácilmente su resplandor deslumbrante hasta el pico del Volquiria.

Un inmenso hurra de ingleses y rusos saludó aquella gigantesca antorcha, cuyo resplandor rompía en un vasto perímetro la oscuridad de la noche.

¡Ni William Emery ni Michel Zorn podrían quejarse!

¡Ellos habían mostrado una estrella, y se les respondía con un sol!

CAPÍTULO XXII. DONDE NICOLAS PALANDER PIERDE LOS ESTRIBOS

Cuando amaneció, la lancha atracaba en la orilla septentrional del lago. Allí, ni rastro de indígenas. El coronel Everest y sus compañeros, que se habían preparado para hacer fuego, descargaron sus rifles, y la *Queen and Tzar* fue a atracar en una pequeña ensenada abierta entre dos peñascos.

El bosquimano, sir John Murray y uno de los marineros fueron a batir los alrededores. La comarca estaba desierta. Ni rastro de makololos. Pero, muy afortunadamente para la tropa hambrienta, la caza no faltaba. Entre las altas hierbas de los pastizales y al amparo de los matorrales pacían manadas de antílopes. Las orillas del Ngami, además, eran frecuentadas por un gran número de aves acuáticas de la familia de los patos.

Los cazadores volvieron con una abundante provisión. El coronel Everest y sus compañeros pudieron así reponerse con aquella sabrosa carne de caza que ya no habría de faltarles.

Desde aquella misma mañana del 5 de marzo, se organizó el campamento en la orilla del Ngami, a la vera de un pequeño río, al abrigo de grandes sauces. El lugar de encuentro convenido con el foreloper era precisamente esa orilla septentrional del lago, recortada en aquel punto por una pequeña bahía. Allí debían esperar a sus colegas el coronel Everest y Mathieu Strux, y era probable que estos efectuasen el regreso en mejores condiciones y, por consiguiente, más rápidamente. Eran, pues, unos días de descanso forzoso de los que nadie pensó en quejarse, después de tantas fatigas. Nicolas Palander los aprovechó para calcular los resultados de las últimas operaciones trigonométricas. Mokoum y sir John se solazaron cazando como posesos en

aquella comarca abundante en caza, fértil, bien regada, que el honorable inglés habría comprado de buen grado por cuenta del gobierno británico.

Tres días después, el 8 de marzo, unas detonaciones anunciaron la llegada de la tropa del foreloper. William Emery, Michel Zorn, los dos marineros y el bosquimano regresaban en perfecta salud. Traían intacto su teodolito, el único instrumento que quedaba ahora a disposición de la comisión anglo-rusa.

No se podría decir cómo fueron recibidos aquellos jóvenes sabios y sus compañeros. No se les escatimaron las felicitaciones. En pocas palabras, contaron su viaje. La ida había sido difícil. En los largos bosques que precedían a la región montañosa, se habían extraviado durante dos días. Sin punto de referencia alguno, guiándose por la indicación bastante vaga de la brújula, jamás habrían alcanzado el monte Volquiria sin la sagacidad de su guía. El foreloper se había mostrado, en todo momento y en todas partes, inteligente y abnegado. La ascensión del pico había sido penosa. De ahí unos retrasos que los jóvenes sufrieron con no menos impaciencia que sus colegas del Scorzef. Por fin, habían logrado alcanzar la cima del Volquiria. El fanal eléctrico fue instalado durante la jornada del 4 de marzo, y durante la noche del 4 al 5, su luz, potenciada por un poderoso reflector, brilló por primera vez en la punta del pico. Así pues, los observadores del Scorzef la divisaron casi tan pronto como apareció.

Por su parte, Michel Zorn y William Emery habían divisado fácilmente el fuego intenso que brilló en la cima del Scorzef, con motivo del incendio del fortín. Habían tomado su marcación por medio del teodolito, completando así la medición del triángulo cuyo vértice se apoyaba en el pico del Volquiria.

—¿Y la latitud de ese pico? —preguntó el coronel Everest a William Emery—, ¿la ha determinado usted?

—Exactamente, coronel, y mediante buenas observaciones de estrellas —respondió el joven.

—¿Ese pico se encuentra situado?...

—A $9^{\circ} 37' 3''$, 337, con una aproximación de trescientas treinta y siete milésimas de segundo —respondió William Emery.

—Pues bien, señores —prosiguió el coronel—, nuestra tarea está, por así decirlo, terminada. Hemos medido un arco de meridiano de más de ocho grados mediante sesenta y tres triángulos, y, cuando los resultados de nuestras operaciones hayan sido calculados, conoceremos exactamente cuál es el valor del grado, y por consiguiente el del metro, en esta parte del esferoide terrestre.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamaron ingleses y rusos, unidos en un mismo sentimiento.

—Ahora —añadió el coronel Everest—, no nos queda más que ganar el océano Índico descendiendo el curso del Zambeze. ¿No es esa su opinión, señor Strux?

—Sí, coronel —respondió el astrónomo de Pulkovo—, pero creo que nuestras operaciones deben tener un control matemático. Propongo, pues, continuar hacia el este la red trigonométrica hasta el momento en que hayamos hallado un emplazamiento propicio para la medición directa de una nueva base. ¡La concordancia que exista entre la longitud de esa base, obtenida por el cálculo y por la medición directa sobre el terreno, será lo único que nos indique el grado de certeza que conviene atribuir a nuestras operaciones geodésicas!

La propuesta de Mathieu Strux fue adoptada sin discusión. Ese control de toda la serie de trabajos trigonométricos desde la primera base era indispensable. Se convino, pues, en que se construiría hacia el este una serie de triángulos auxiliares hasta el momento en que uno de los lados de esos triángulos pudiera medirse directamente por medio de las reglas de platino. La lancha de vapor, descendiendo por los afluentes del Zambeze, debía ir a esperar a los astrónomos más abajo de las célebres cataratas Victoria.

Arreglado así todo, la pequeña tropa, dirigida por el bosquimano, menos cuatro marineros que se embarcaron a bordo de la *Queen and Tzar*, partió al salir el sol, el 6 de marzo. Se habían elegido estaciones en dirección oeste, medido ángulos, y en aquel país propicio para el establecimiento de miras, cabía esperar que la red auxiliar se obtendría fácilmente. El bosquimano se había apoderado muy hábilmente de un cuagga, especie de caballo salvaje, de crin parda y blanca, de lomo rojizo y rayado, y, de grado o por fuerza, hizo de él una bestia de carga destinada a llevar el poco equipaje de la cara-

vana, el teodolito, las reglas y los caballetes destinados a medir el terreno, que habían sido salvados junto con la lancha.

El viaje se realizó con bastante rapidez. Los trabajos retrasaron poco a los observadores. Los triángulos accesorios, de extensión mediocre, encontraban fácilmente puntos de apoyo en aquel país accidentado. El tiempo era favorable, y resultó innecesario recurrir a las observaciones nocturnas. Los viajeros podían resguardarse casi sin cesar bajo los largos bosques que erizaban el suelo. Por lo demás, la temperatura se mantenía en un grado soportable, y, bajo la influencia de la humedad que los arroyos y las charcas mantenían en la atmósfera, algunos vapores se elevaban en el aire y tamizaban los rayos del sol.

Además, la caza satisfacía todas las necesidades de la pequeña caravana. De indígenas, ni hablar. Era probable que las bandas de saqueadores mero-deasen más al sur del Ngami.

En cuanto a las relaciones entre Mathieu Strux y el coronel Everest, ya no ocasionaban discusión alguna. Parecía que las rivalidades personales hubiesen quedado olvidadas. Ciertamente es que no existía una verdadera intimidad entre aquellos dos sabios, pero no había que pedirles más.

Durante veintiún días, del 6 al 27 de marzo, no se produjo ningún incidente digno de mención. Se buscaba, ante todo, un lugar adecuado para el establecimiento de la base, pero el terreno no se prestaba a ello. Para esa operación era necesaria una extensión bastante vasta de terreno llano y horizontal, de varias millas de superficie, y precisamente los accidentes del suelo, las elevaciones tan favorables para el establecimiento de miras, se oponían a la medición directa de la base. Se avanzaba, pues, siempre hacia el nordeste, siguiendo a veces la orilla derecha del Chobé, uno de los principales afluentes del alto Zambeze, de manera que se evitaba Makèto, la principal población de los makololos.

Sin duda, cabía esperar que el regreso se realizaría así en condiciones favorables, que la naturaleza ya no pondría más obstáculos ni dificultades materiales ante los pasos de los astrónomos, que el período de las pruebas no volvería a comenzar. El coronel Everest y sus compañeros recorrían, en efecto, una comarca relativamente conocida, y no debían tardar en encontrar las poblaciones y aldeas del Zambeze que el doctor Livingstone había visitado tiempo atrás. Pensaban, pues, no sin razón, que la parte más difícil

de su tarea estaba cumplida. Tal vez no se equivocaban, y, sin embargo, un incidente cuyas consecuencias podían ser de la mayor gravedad estuvo a punto de comprometer irreparablemente los resultados de toda la expedición.

Nicolas Palander fue el héroe, o más bien quien estuvo a punto de ser la víctima de esa aventura.

Ya se sabe que el intrépido, pero inconsciente calculista, absorto en sus cifras, se dejaba a veces llevar lejos de sus compañeros. En un país llano, esa costumbre no presentaba gran peligro. Se recuperaba rápidamente la pista del ausente. Pero en una comarca boscosa, los despistes de Palander podían tener consecuencias muy graves. Por eso Mathieu Strux y el bosquimano le hicieron mil recomendaciones al respecto. Nicolas Palander prometía atenerse a ellas, aunque se asombraba mucho de tanto exceso de prudencia. ¡El digno hombre ni siquiera se percataba de sus despistes!

Pues bien, precisamente durante aquella jornada del 27 de marzo, Mathieu Strux y el bosquimano pasaron varias horas sin haber visto a Nicolas Palander. La pequeña tropa atravesaba grandes matorrales, muy poblados de árboles bajos y tupidos, que limitaban extremadamente el horizonte. Era, pues, el caso, si alguna vez lo hubo, de mantenerse en grupo compacto, pues habría sido difícil hallar el rastro de una persona extraviada en aquellos bosques. Pero Nicolas Palander, sin ver ni prever nada, se había adelantado, el lápiz en una mano, el registro en la otra, por el flanco izquierdo de la tropa, y no había tardado en desaparecer.

Júzguese la inquietud de Mathieu Strux y sus compañeros cuando, hacia las cuatro de la tarde, no encontraron ya a Nicolas Palander entre ellos. El recuerdo del incidente de los cocodrilos aún estaba presente en su ánimo, y, entre todos, el distraído calculista era probablemente el único que lo había olvidado.

Por tanto, gran ansiedad entre la pequeña tropa, e imposibilidad de proseguir la marcha hacia adelante mientras Nicolas Palander no se hubiese reunido con ella.

Se le llamó a voces. En vano. El bosquimano y los marineros se dispersaron en un radio de un cuarto de milla, batiendo los matorrales, rebuscando

en el bosque, husmeando entre las altas hierbas, disparando tiros de fusil. Nada. Nicolas Palander no reaparecía.

La inquietud de todos fue entonces extremadamente viva, pero hay que decir que en Mathieu Strux, a esa inquietud se sumaba una irritación extrema contra su desafortunado colega. Era la segunda vez que semejante incidente se repetía por culpa de Nicolas Palander, y, en verdad, si el coronel Everest le hubiese llamado a capítulo por ello, él, Mathieu Strux, no habría sabido ciertamente qué responder.

No quedaba, pues, en tales circunstancias, más que una resolución que tomar: acampar en el bosque y llevar a cabo las búsquedas más minuciosas para dar con el calculista.

El coronel y sus compañeros se disponían a hacer alto cerca de un claro bastante amplio, cuando un grito —un grito que ya no tenía nada de humano— resonó a algunos centenares de pasos, a la izquierda del bosque. Casi al instante, apareció Nicolas Palander. Corría con toda la velocidad de sus piernas. Iba con la cabeza descubierta, el cabello erizado, medio despedido de sus ropas, de las que algunos jirones le cubrían los riñones.

El desdichado llegó junto a sus compañeros, que lo asediaron a preguntas. Pero, con el ojo desmesuradamente abierto, la pupila dilatada, las narices aplastadas y cerrando todo paso a su respiración, que era entrecortada e incompleta, el pobre hombre no podía hablar. Quería responder, pero las palabras no le salían.

¿Qué había ocurrido? ¿A qué se debía aquel extravío, a qué aquel espanto cuyos síntomas más inequívocos presentaba Nicolas Palander en tan alto grado? No se sabía qué imaginar.

Por fin, estas palabras casi ininteligibles escaparon de la garganta de Palander:

—¡Los registros! ¡Los registros!

Los astrónomos, al oír estas palabras, se estremecieron todos con el mismo estremecimiento. ¡Habían comprendido! ¡Los registros, aquellos dos registros en los que estaba anotado el resultado de todas las operaciones trigonométricas, aquellos registros de los que el calculista jamás se separaba, ni siquiera al dormir, aquellos registros faltaban! ¡Nicolas Palander no los traía consigo! ¿Los había extraviado? ¿Se los habían robado? ¡Poco importaba!

¡Aquellos registros estaban perdidos! ¡Todo había que rehacerlo, todo había que empezarlo de nuevo!

Mientras sus compañeros, aterrados —la palabra es esa—, se miraban en silencio, Mathieu Strux dejaba desbordar su cólera. ¡No podía contenerse! ¡De qué manera trató al desdichado! ¡Con qué calificativos lo abrumó! No temió amenazarlo con toda la cólera del gobierno ruso, añadiendo que, si no perecía bajo el knut, iría a pudrirse en Siberia.

A todo esto, Nicolas Palander solo respondía con un movimiento de cabeza de abajo arriba. Parecía asentir a todas aquellas condenas, parecía decir que las merecía, que resultaban demasiado suaves para él.

—¡Pero entonces lo han robado! —dijo por fin el coronel Everest.

—¡Qué importa! —exclamó Mathieu Strux, fuera de sí—. ¿Por qué se ha alejado ese desdichado? ¿Por qué no se ha quedado junto a nosotros, después de todas las recomendaciones que le habíamos hecho?

—Sí —respondió sir John—, pero al fin y al cabo hay que saber si ha perdido los registros o si se los han robado. ¿Le han robado, señor Palander? —preguntó sir John, volviéndose hacia el pobre hombre, que se había dejado caer de fatiga—. ¿Le han robado?

Nicolas Palander hizo un gesto afirmativo.

—¿Y quién le ha robado? —prosiguió sir John—. ¿Serían indígenas, makololos?

Nicolas Palander hizo un gesto negativo.

—¿Europeos, blancos? —añadió sir John.

—No —respondió Nicolas Palander con voz estrangulada.

—¿Pues quién entonces? —exclamó Mathieu Strux, extendiendo sus manos crispadas hacia el rostro del desdichado.

—¡No! —dijo Nicolas Palander—. Ni indígenas... ni blancos... ¡babuinos!

Verdaderamente, si las consecuencias de aquel incidente no hubiesen sido tan graves, el coronel y sus compañeros habrían estallado en carcajadas ante aquella confesión. ¡Nicolas Palander había sido robado por unos monos!

El bosquimano expuso a sus compañeros que aquel hecho se repetía a menudo. Muchas veces, según su experiencia, viajeros habían sido despojados por «chacmas», cinocéfalos de cabeza de cerdo, que pertenecen a la especie de los babuinos, y de los que se encuentran numerosas bandas en los bosques de África. El calculista había sido desvalijado por aquellos saqueadores, no sin haber luchado, tal como atestiguaban sus ropas hechas jirones. Pero eso no lo excusaba en modo alguno. No habría ocurrido si él se hubiese quedado en su puesto, y ¡los registros de la comisión científica no por ello dejaban de estar perdidos —pérdida irreparable, que anulaba tantos peligros, tantos sufrimientos y tantos sacrificios!

—El caso es —dijo el coronel Everest— que no valía la pena medir un arco de meridiano en el interior de África, para que un torpe...

No terminó la frase. ¿De qué servía abrumar al desdichado, ya tan abrumado por sí mismo, y al que el irascible Strux no dejaba de prodigar los epítetos más malsonantes?

Sin embargo, había que decidir algo, y fue el bosquimano quien decidió. Solo él, a quien aquella pérdida afectaba menos directamente, conservó su sangre fría en aquella ocasión. Hay que confesarlo: los europeos, sin excepción, estaban anonadados.

—Señores —dijo el bosquimano—, comprendo su desesperación, pero los momentos son preciosos, y no hay que perderlos. Han robado los registros del señor Palander. Ha sido desvalijado por los babuinos; pues bien, pongámonos sin demora en persecución de los ladrones. ¡Esos chacmas son cuidadosos con los objetos que roban! Ahora bien, los registros no se comen, y si encontramos al ladrón, encontraremos con él los registros.

El consejo era bueno. Era una luz de esperanza que el bosquimano había encendido. No había que dejarla apagar. Nicolas Palander, ante esa propuesta, se reanimó. Otro hombre se reveló en él. Se envolvió en los jirones de ropa que lo cubrían, aceptó la chaqueta de un marinero, el sombrero de otro, y se declaró dispuesto a guiar a sus compañeros hacia el escenario del crimen.

Aquella misma noche, la ruta fue modificada según la dirección indicada por el calculista, y la tropa del coronel Everest se dirigió más directamente hacia el oeste.

Ni aquella noche ni la jornada siguiente trajeron resultado favorable. En muchos lugares, por ciertas huellas dejadas en el suelo o en la corteza de los árboles, el bosquimano y el foreloper reconocieron el paso reciente de cinocefalos. Nicolas Palander afirmaba haber tenido que vérselas con una decena de aquellos animales. Pronto tuvieron la certeza de hallarse sobre su pista, y avanzaron, por tanto, con extremada precaución, cubriéndose siempre, pues aquellos babuinos son seres sagaces, inteligentes, que no se dejan abordar fácilmente. El bosquimano no contaba con tener éxito en sus pesquisas sino a condición de sorprender a los chacmas.

Al día siguiente, hacia las ocho de la mañana, uno de los marineros rusos que se había adelantado divisó, si no al ladrón, al menos a uno de los compañeros del ladrón de Nicolas Palander. Regresó prudentemente hacia la pequeña tropa.

El bosquimano ordenó hacer alto. Los europeos, decididos a obedecerle en todo, esperaron sus instrucciones. El bosquimano les rogó que se quedasen en aquel lugar, y, llevándose a sir John y al foreloper, se dirigió hacia la parte del bosque visitada por el marinero, cuidando siempre de mantenerse al abrigo de los árboles y la maleza.

Pronto avistaron al babuino señalado, y casi al mismo tiempo, a una decena de otros monos que retozaban entre los árboles. El bosquimano y sus dos compañeros, agazapados tras un tronco, los observaron con extrema atención.

Era, en efecto, tal como había dicho Mokoum, una manada de chacmas, el cuerpo cubierto de pelo verdoso, las orejas y el rostro negros, la cola larga y siempre en movimiento, que barría el suelo; animales robustos, a los que sus músculos poderosos, sus mandíbulas bien armadas y sus garras afiladas hacen temibles incluso para las fieras. Estos chacmas, verdaderos merodeadores de la especie, grandes saqueadores de los campos de trigo y de maíz, son el terror de los bóers, cuyas viviendas asolan con demasiada frecuencia. Aquellos, mientras jugaban, ladraban y gañían, como grandes perros mal formados, a los que se asemejaban por su conformación. Ninguno de ellos había advertido a los cazadores que los acechaban.

Pero, ¿se encontraba el ladrón de Nicolas Palander en aquella manada? Ese era el punto importante que determinar. Ahora bien, la duda dejó de ser posible cuando el foreloper señaló a sus compañeros a uno de aquellos

chacmas, cuyo cuerpo aún estaba rodeado de un jirón de tela arrancado del vestido de Nicolas Palander.

¡Ah, qué esperanza volvió al corazón de sir John Murray! No dudaba de que aquel gran simio fuese el portador de los registros robados. Había, pues, que apoderarse de él a toda costa, y para ello, actuar con la mayor circunspección. Un movimiento en falso, y toda la manada escaparía a través del bosque, sin que fuese posible alcanzarla.

—Quédese aquí —dijo Mokoum al foreloper—. Su Señoría y yo vamos a reunirnos con nuestros compañeros y a tomar medidas para cercar a la manada. Pero, sobre todo, no pierda de vista a esos merodeadores.

El foreloper permaneció en el puesto asignado, y el bosquimano y sir John regresaron junto al coronel Everest.

Cercar la manada de cinocéfalos era, en efecto, el único medio de atrapar al culpable. Los europeos se dividieron en dos destacamentos. Uno, compuesto por Mathieu Strux, William Emery, Michel Zorn y tres marineros, debía reunirse con el foreloper y desplegarse en semicírculo a su alrededor. El otro destacamento, que comprendía a Mokoum, sir John, el coronel, Nicolas Palander y los otros tres marineros, tomó por la izquierda, de manera que rodease la posición y cayese sobre la manada de monos.

Siguiendo la recomendación del bosquimano, solo se avanzó con extrema precaución. Las armas estaban listas, y se había convenido en que el chacma con los jirones de tela sería el blanco de todos los disparos.

Nicolas Palander, cuyo ardor costaba trabajo calmar, marchaba cerca de Mokoum. Este lo vigilaba, temiendo que su furia le hiciese cometer alguna torpeza. Y, en verdad, el digno astrónomo ya no se poseía. Era para él una cuestión de vida o muerte.

Tras media hora de marcha semicircular, durante la cual las paradas habían sido frecuentes, el bosquimano juzgó llegado el momento de cerrar el cerco. Sus compañeros, colocados a una distancia de veinte pasos unos de otros, avanzaron silenciosamente. Ni una palabra pronunciada, ni un gesto arriesgado, ni un crujido de ramas. Se habría dicho una tropa de pawnees reptando por un sendero de guerra.

De pronto, el cazador se detuvo. Sus compañeros se detuvieron al instante, el dedo en el gatillo del fusil, el fusil listo para ser echado al hombro.

La manada de chacmas estaba a la vista. Aquellos animales habían presentado algo. Se mantenían al acecho. Un babuino de elevada estatura — precisamente el ladrón de los registros — daba señales inequívocas de inquietud. Nicolas Palander había reconocido a su salteador de caminos. Solo que aquel mono no parecía haber conservado los registros consigo, o al menos no se veían.

— ¡Vaya pinta de bribón que tiene! — murmuraba el sabio.

Aquel gran simio, todo ansioso, parecía hacer señales a sus compañeros. Algunas hembras, con sus crías agarradas al hombro, se habían reunido en grupo. Los machos iban y venían a su alrededor.

Los cazadores se acercaron aún más. Cada uno había reconocido al ladrón y ya podía apuntarle sobre seguro. Pero he aquí que, por un movimiento involuntario, el fusil se disparó en las manos de Nicolas Palander.

— ¡Maldición! — exclamó sir John, descargando su rifle.

¡Qué efecto! Diez detonaciones respondieron. Tres monos cayeron muertos al suelo. Los demás, dando un salto prodigioso, pasaron como masas aladas por encima de la cabeza del bosquimano y sus compañeros.

Solo un chacma había quedado: era el ladrón. En lugar de huir, se lanzó al tronco de un sicomoro, trepó por él con la agilidad de un acróbata, y desapareció entre las ramas.

— ¡Ahí es donde ha escondido los registros! — exclamó el bosquimano, y Mokoum no se equivocaba.

Sin embargo, era de temer que el chacma escapase pasando de un árbol a otro. Pero Mokoum, apuntándolo con calma, hizo fuego. El mono, herido en una pata, cayó rodando de rama en rama. Una de sus manos sostenía los registros, que había vuelto a coger de una horquilla del árbol. Al ver esto, Nicolas Palander, saltando como un gamo, se precipitó sobre el chacma, ¡y se trabó una lucha!

¡Qué lucha! La cólera sobreexcitaba al calculista. A los ladridos del mono se unían los alaridos de Palander. ¡Qué gritos tan discordantes en aquella refriega! ¡Ya no se sabía cuál de los dos era el mono y cuál el matemático! No se podía apuntar al chacma, por temor a herir al astrónomo.

—¡Disparen! ¡Disparen sobre los dos! —gritaba Mathieu Strux, fuera de sí, y aquel ruso exasperado tal vez lo habría hecho, si su fusil no hubiese estado descargado.

El combate continuaba. Nicolas Palander, ora encima, ora debajo, trataba de estrangular a su adversario. Tenía los hombros ensangrentados, pues el chacma lo laceraba a zarpazos. Por fin, el bosquimano, hacha en mano, aprovechando un momento favorable, golpeó al mono en la cabeza y lo mató en el acto.

Nicolas Palander, desvanecido, fue levantado por sus compañeros. Su mano apretaba contra el pecho los dos registros que acababa de reconquistar. El cuerpo del mono fue llevado al campamento, y, en la comida de la noche, los comensales, incluido su colega robado, se comieron al ladrón tanto por gusto como por venganza, pues su carne era excelente.

CAPÍTULO XXIII. LAS CATARATAS DEL ZAMBEZE

Las heridas de Nicolas Palander no eran graves. El bosquimano, que entendía de eso, frotó los hombros del digno hombre con algunas hierbas, y el astrónomo de Helsingfors pudo reemprender la marcha. Su triunfo lo sostenía. Pero aquella exaltación decayó pronto, y volvió a ser en seguida el sabio absorto que solo vivía en el mundo de las cifras. Se le había dejado uno de los registros, pero, por prudencia, tuvo que entregar a William Emery el otro registro, que contenía el duplicado de todos los cálculos, cosa que hizo, por lo demás, de buen grado.

Los trabajos continuaron. La triangulación se hacía de prisa y bien. Ya solo se trataba de encontrar una llanura favorablemente dispuesta para el establecimiento de una base.

El 1 de abril, los europeos tuvieron que atravesar unos vastos pantanos que retrasaron algo su marcha. A aquellas llanuras húmedas sucedieron numerosos estanques, cuyas aguas despedían un olor pestilente. El coronel Everest y sus compañeros se apresuraron a abandonar aquella región malsana, dando a sus triángulos un mayor desarrollo.

La disposición de la pequeña tropa era excelente, y reinaba en ella el mejor espíritu. Michel Zorn y William Emery se felicitaban de ver reinar el más completo entendimiento entre sus dos jefes. Estos parecían haber olvidado que una disensión internacional había debido separarlos.

—Mi querido William —dijo un día Michel Zorn a su joven amigo—, espero que a nuestro regreso a Europa hallemos concluida la paz entre Ingla-

terra y Rusia, y que, por consiguiente, tengamos derecho a seguir siendo allí los amigos que somos aquí, en África.

—Lo espero como usted, mi querido Michel —respondió William Emery—. Las guerras modernas no pueden durar mucho tiempo. Una batalla o dos, y se firman los tratados. Esta desdichada guerra empezó hace ya un año, y pienso, como usted, que la paz estará concluida a nuestro regreso a Europa.

—Pero ¿no es su intención regresar a El Cabo, William? —preguntó Michel Zorn—. El observatorio no lo reclama de manera imperiosa, y espero hacerle en mi casa los honores de mi observatorio de Kiev.

—Sí, amigo mío —respondió William Emery—, sí, lo acompañaré a Europa, y no volveré a África sin haber pasado antes algún tiempo por Rusia. Pero algún día usted me visitará en Ciudad del Cabo, ¿no es verdad? Vendrá a perderse entre nuestras hermosas constelaciones australes. ¡Verá qué firmamento tan rico, y qué alegría da beber en él, no a manos llenas, sino a miradas llenas! Mire, si quiere, desdoblaremos juntos la estrella θ del Centauro. Le prometo no empezar sin usted.

—¿Trato hecho, William?

—Trato hecho, Michel. Le guardo θ , y, a cambio —añadió William Emery—, iré a reducir a Kiev una de sus nebulosas.

¡Buenos muchachos! ¿No parecía que el cielo les perteneciera? Y, en efecto, ¿a quién habría de pertenecer, sino a esos perspicaces sabios que lo han sondeado hasta en sus profundidades?

—Pero, ante todo —repuso Michel Zorn—, es preciso que esta guerra termine.

—Terminará, Michel. Las batallas a cañonazos duran menos que las disputas a golpe de estrellas. Rusia e Inglaterra estarán reconciliadas antes que el coronel Everest y Mathieu Strux.

—¿Así que no cree usted en su sincera reconciliación —preguntó Michel Zorn—, después de tantas pruebas que han pasado juntos?

—Yo no me fiaría —respondió William Emery—. Piense usted, ¡rivalidades de sabios, y de sabios ilustres!

—Seamos, entonces, menos ilustres, mi querido William —respondió Michel Zorn—, ¡y sigamos queriéndonos siempre!

Habían transcurrido once días desde la aventura de los cinocéfalos, cuando la pequeña tropa, llegada no lejos de las cataratas del Zambeze, se encontró con una llanura que se extendía a lo largo de varias millas. El terreno se prestaba perfectamente a la medición directa de una base. En su linde se alzaba una aldea de apenas algunas chozas. Su población —a lo sumo algunas decenas de indígenas—, compuesta de habitantes inofensivos, acogió bien a los europeos. Fue una suerte para la tropa del coronel Everest, pues, sin carretas, sin tiendas, casi sin material de campamento, le habría resultado difícil instalarse de manera conveniente. Ahora bien, la medición de la base podía durar un mes, y ese mes no se podía pasar al aire libre, con el follaje de los árboles como único abrigo.

La Comisión científica se instaló, pues, en las chozas, previamente acondicionadas para el uso de sus nuevos ocupantes. Los sabios eran, por lo demás, hombres capaces de contentarse con poco. Una sola cosa los preocupaba: la verificación de sus operaciones anteriores, que iba a comprobarse mediante la medición directa de aquella nueva base, es decir, del último lado de su último triángulo. En efecto, según el cálculo, ese lado tenía una longitud matemáticamente determinada, y cuanto más se aproximara la medición directa a la medición calculada, más perfecta habría de considerarse la determinación de la meridiana.

Los astrónomos procedieron inmediatamente a la medición directa. Los caballetes y las reglas de platino se fueron levantando sucesivamente sobre aquel suelo bien llano. Se tomaron todas las minuciosas precauciones que habían acompañado la medición de la primera base. Se tuvo en cuenta todas las condiciones atmosféricas, las variaciones del termómetro, la horizontalidad de los aparatos, etc. En suma, nada se descuidó en aquella operación suprema, y aquellos sabios ya no vivieron sino para esa única preocupación.

Aquel trabajo, comenzado el 10 de abril, no quedó terminado hasta el 15 de mayo. Habían sido necesarias cinco semanas para aquella delicada operación. Nicolas Palander y William Emery calcularon de inmediato los resultados.

En verdad, el corazón les latía con fuerza a aquellos astrónomos cuando se proclamó aquel resultado. ¡Qué recompensa por sus fatigas, por sus prue-

bas, si la verificación completa de sus trabajos «podía permitir legarlos, inatacables, a la posteridad»!

Cuando las longitudes obtenidas hubieron sido reducidas por los calculistas a arcos referidos al nivel medio del mar, y a la temperatura de sesenta y un grados del termómetro de Fahrenheit ($16^{\circ} 11'$ centígrados), Nicolas Palander y William Emery presentaron a sus colegas las cifras siguientes:

Base nueva medida. Con la misma base deducida de la primera base y de toda la red trigonométrica. Diferencia entre el cálculo y la observación. Solo catorce centésimas de toesa, es decir, menos de diez pulgadas, ¡y las dos bases se hallaban situadas a una distancia de seiscientas millas la una de la otra!

Cuando se estableció la medición de la meridiana de Francia entre Dunkerque y Perpiñán, la diferencia entre la base de Melun y la base de Perpiñán había sido de 11 pulgadas. La concordancia obtenida por la comisión anglorrusa resulta, pues, aún más notable, y convierte este trabajo, llevado a cabo en circunstancias difíciles, en pleno desierto africano, en medio de pruebas y peligros de toda índole, en la más perfecta de las operaciones geodésicas emprendidas hasta este día.

Un triple hurra saludó aquel resultado admirable, ¡sin precedentes en los anales científicos!

Y ahora, ¿cuál era el valor de un grado del meridiano en aquella porción del esferoide terrestre? Precisamente, según las reducciones de Nicolas Palander, cincuenta y siete mil treinta y siete toesas. Era, con un margen de una toesa, la cifra hallada en 1752 por Lacaille, en el cabo de Buena Esperanza. A un siglo de distancia, el astrónomo francés y los miembros de la comisión anglorrusa habían coincidido con esa aproximación.

En cuanto al valor del metro, para deducirlo había que esperar el resultado de las operaciones que debían emprenderse más adelante en el hemisferio boreal. Ese valor debía ser la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre. Según los cálculos anteriores, ese cuadrante comprendía, teniendo en cuenta el achatamiento de la Tierra, evaluado en $1/299,15$, diez millones ochocientos cincuenta y seis metros, lo cual situaba la longitud exacta del metro en 0t, 513074, o sea tres pies once líneas y doscientas

noventa y seis milésimas de línea. ¿Era esa cifra la verdadera? Eso es lo que debían decir los trabajos posteriores de la Comisión anglorrusa.

.....

Las operaciones geodésicas habían, pues, concluido por completo. Los astrónomos habían terminado su tarea. Ya no les quedaba sino llegar a las bocas del Zambeze, siguiendo, en sentido inverso, el itinerario que había de recorrer el doctor Livingstone en su segundo viaje, de 1858 a 1864.

El 25 de mayo, tras un viaje bastante penoso a través de un país surcado de ríos, llegaron a las cataratas conocidas geográficamente con el nombre de cataratas Victoria.

Las admirables cataratas justificaban su nombre indígena, que significa «humo atronador». Aquellas láminas de agua, de una milla de anchura, precipitadas desde una altura doble que la del Niágara, se coronaban de un triple arco iris. A través de la profunda hendidura del basalto, el enorme torrente producía un estruendo comparable al de veinte truenos desencadenándose a la vez.

Aguas abajo de la catarata, y sobre la superficie del río, vuelto ya apacible, la lancha de vapor, que había llegado quince días antes por un afluente inferior del Zambeze, esperaba a sus pasajeros. Todos estaban allí, todos ocuparon su lugar a bordo.

Dos hombres se quedaron en la orilla, el bosquimano y el foreloper. Mokoum era más que un guía abnegado, era un amigo que los ingleses, y sir John principalmente, dejaban en el continente africano. Sir John había ofrecido al bosquimano llevarlo a Europa y acogerlo allí todo el tiempo que le placiera quedarse; pero Mokoum, teniendo compromisos posteriores, tenía empeño en cumplirlos. En efecto, debía acompañar a David Livingstone durante el segundo viaje que aquel audaz doctor iba pronto a emprender por el Zambeze, y Mokoum no quería faltarle a su palabra.

El cazador se quedó, pues, bien recompensado y —cosa que apreciaba más— bien abrazado por aquellos europeos que tanto le debían. La lancha se alejó de la orilla, tomó la corriente en medio del río, y el último gesto de sir John Murray fue un último adiós a su amigo el bosquimano.

Aquel descenso del gran río africano, en la rápida lancha, a través de las numerosas aldeas que sembraban sus orillas, se cumplió sin fatiga y sin in-

cidentes. Los indígenas contemplaban con supersticiosa admiración aquella embarcación humeante, que un mecanismo invisible impulsaba sobre las aguas del Zambeze, y en ningún momento estorbaron su marcha.

El 15 de junio, tras seis meses de ausencia, el coronel Everest y sus compañeros llegaban a Quilimane, una de las principales ciudades situadas en la más importante de las bocas del río.

El primer cuidado de los europeos fue pedir al cónsul inglés noticias de la guerra...

La guerra no había terminado, y Sebastopol seguía resistiendo a los ejércitos anglofranceses.

Aquella noticia fue una decepción para aquellos europeos, tan unidos ahora en un mismo interés científico. Sin embargo, no hicieron comentario alguno, y se dispusieron a partir.

Un buque mercante austríaco, *la Novara*, estaba a punto de zarpar rumbo a Suez. Los miembros de la Comisión resolvieron tomar pasaje a bordo.

El 18 de junio, en el momento de embarcar, el coronel Everest reunió a sus colegas y, con voz tranquila, les habló en estos términos:

— Señores, en los cerca de dieciocho meses que llevamos viviendo juntos hemos pasado por muchas pruebas, pero hemos llevado a cabo una obra que merecerá la aprobación de la Europa sabia. Añadiré que de esta vida en común debe resultar entre nosotros una inquebrantable amistad.

Mathieu Strux se inclinó ligeramente sin responder.

— Sin embargo —prosiguió el coronel—, y muy a nuestro pesar, la guerra entre Inglaterra y Rusia continúa. Se combate ante Sebastopol, y hasta el momento en que la ciudad haya caído en nuestras manos...

— ¡No caerá! —dijo Mathieu Strux—, aunque Francia...

— El futuro nos lo dirá, señor —respondió fríamente el coronel—. En todo caso, y hasta el fin de esta guerra, creo que debemos considerarnos de nuevo como enemigos...

— Iba a proponérselo yo mismo —respondió sencillamente el astrónomo de Pulkovo.

La situación quedó claramente definida, y fue en esas condiciones como los miembros de la Comisión científica se embarcaron en *la Novara*.

Unos días después llegaban a Suez, y en el momento de separarse, William Emery decía, estrechando la mano de Michel Zorn:

—¿Siempre amigos, Michel?

—Sí, mi querido William, ¡siempre y a pesar de todo!

FIN.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB